

MESONERO ROMANOS, RAMÓN DE (1803-1882)

OBRAS JOCOSAS Y SATÍRICAS DE EL CURIOSO PARLANTE:

PANORAMA MATRITENSE

ÍNDICE:

PRÓLOGO

LAS COSTUMBRES DE MADRID

EL RETRATO

LA COMEDIA CASERA

LAS VISITAS DE DIAS

LOS CÓMICOS EN CUARESMA

LA ROMERÍA DE SAN ISIDRO

LA EMPLEO-MANÍA

UN VIAJE AL SITIO

EL PRADO

LA CALLE DE TOLEDO

LAS CASAS POR DENTRO

LOS AIRES DEL LUGAR

EL AMANTE CORTO DE VISTA

LAS TIENDAS

EL BARBERO DE MADRID

LAS FERIAS

GRANDEZA Y MISERIA

EL CAMPO SANTO

PRETENDER POR ALTO

LA POLÍTICO-MANÍA

EL AGUINALDO

LA COMPRA DE LA CASA

POLICÍA URBANA

EL DÍA DE FIESTA

LA CASA A LA ANTIGUA

LA CASA DE CERVANTES

EL DIARIO DE MADRID

LA PROCESIÓN DEL CORPUS

PASEO POR LAS CALLES

EL PATIO DE CORREOS

LAS CASAS DE BAÑOS
EL SOMBRERITO Y LA MANTILLA
A PRIMA NOCHE

PANORAMA MATRITENSE

PRÓLOGO

J'emprunte au public la matière de mon ouvrage; ç est un portrait de lui, que j'ai fait d'après nature.

--LA BRUYÈRE.

El público me ha servido de original; mi obra es su retrato.

--LA BRUYÈRE.

Cuando en los primeros días de 1832 empecé a publicar en el único periódico literario de aquella época estos festivos bosquejos de nuestras costumbres contemporáneas, estaba muy lejos de sospechar que llegaría un día -medio siglo después- en que sería llamado a reproducirlos por la *décima o undécima vez* para ser ofrecidos a un público benévolo, que desde su primera aparición les dispensó y continúa dispensándoles singular indulgencia y simpatía.

Las razones que entonces me movieron a emprender esta agradable tarea fueron detalladamente expuestas en el Prólogo que precedió a la colección hecha en 1835 de esta *primera serie* de artículos, que entonces se publicó con el título de PANORAMA MATRITENSE.

El pensamiento dominante en ellos fue el de reivindicar la buena fama de nuestro carácter y costumbres patrias, tan desfigurados por los novelistas y dramaturgos extranjeros; oponiendo a ellos una pintura sencilla e imparcial de su verdadera índole y sus cualidades indígenas y naturales, sin exageración y sin acrimonia, enaltecendo sus virtudes, castigando sus vicios y satirizando suavemente sus ridiculeces y manías.

Mas ¿cómo hacerlo con toda la extensión que cumplía a mi propósito? Varios caminos se ofrecían a mi vista para ello, mas ninguno me satisfacía: unos, por lo anticuados o extemporáneos; otros, por escasos y limitados para mi objeto. -La novela satírica de costumbres, al corte de la de *Gil Blas*, que era lo que más me seducía, estaba enterrada hacía dos siglos entre nosotros, y no era dado a ningún escritor desenterrarla repentinamente ante un público apasionado a la novela romántica de D'Arlinecourt, o la histórica de Walter Scott. -El teatro, que seguramente es el medio más eficaz para reflejar

las costumbres con toda su viveza y colorido, era insuficiente para recorrer como yo deseaba todas las clases, desde las más humildes a las más elevadas, y adolecía ya de marcada tendencia al drama romántico, que empezaba a ser el favorito del público. -Por otro lado, yo no podía competir tampoco con la gracia, la espontaneidad y galanura del insigne BRETON, único adalid que se atrevía a sostener esta lucha desigual. -Los cuentos y narraciones fantásticas, los apólogos, los sueños y alegorías a la manera de *Quevedo*, *Espinel*, *Mateo Alemán* y *D. Diego de Torres*; los viajes de Wanthon y de Gulliver; las *Cartas Marruecas* de Cadalso, y otras formas literarias adoptadas por escritores anteriores para describir las costumbres patrias, no eran ya propias de este siglo, más explícito; preciso era inventar otra cosa que no exigiese la lectura seguida del libro, sino que le fuese ofrecida en cuadros sueltos e independientes, valiéndose de la prensa periódica, que es la dominante en el día, porque el público gustaba ya de aprender andando, y todavía no se le había acostumbrado a recibir las páginas del libro por debajo de las puertas en entregas o pliegos sueltos.

Dada esta situación, pues, y deseando, como es natural a todo autor, procurar a mi obra preconcebida la popularidad y simpatía, propúseme desarrollar mi plan por medio de ligeros bosquejos o cuadros *de caballete*, en que, ayudado de una acción dramática y sencilla, caracteres verosímiles y variados, y diálogo animado y castizo, procurase reunir en lo posible el interés y las condiciones principales de la novela y del drama. -Al mismo tiempo, este plan, por su variedad sin límite obligado, me permitía recorrer a placer todas las clases, todas las condiciones, todos los tipos o caracteres sociales, desde el Grande de España hasta el mendigo; desde el literato al bolsista; desde el médico al abogado; desde la manola a la duquesa; desde el comediante al industrial; desde el pretendiente al empleado; desde la viuda al cesante; desde el seductor a, la zurcidora; desde el artista al poeta; desde el magistrado al alguacil; desde el alcalde de barrio al cofrade, y desde el cortesano al paleta; alternando en la exhibición de estos tipos sociales con la de los usos y costumbres populares y exteriores (digámoslo así), tales como paseos, romerías, procesiones, viajatas, ferias y diversiones públicas, al paso que otros se contrajesen más especialmente a las escenas privadas de la vida íntima; la sociedad, en fin, bajo todas sus fases, con la posible exactitud y variado colorido. -Y dominado por esta idea, y trazado mentalmente mi plan literario, puse inmediatamente manos a la obra, publicando en las *Cartas Españolas* (única Revista periódica de aquella época), en los primeros días del mes de enero de 1832, el primer artículo o cuadro de mis *Escenas Matritenses*, titulado *El Retrato*, y firmelo con el pseudónimo «UN CURIOSO PARLANTE».

De este modo hallaba resuelta la cuestión de forma, y ensayaba por primera vez entre nosotros un género literario absolutamente nuevo, que no habían podido ejercitar nuestros célebres satíricos y moralistas por la absoluta carencia de prensa periódica. -La pintura, pues, festiva, satírica y moral de las costumbres populares había tenido, como toda tarea literaria, que refugiarse en el periódico y subdividirse en mínimas producciones para hallar auditorio; el mismo Cervantes, escribiendo en tal época, hubiérase visto precisado a reducir sus cuadros a tan pequeña proporción; y su inmortal novela, arrojada en medio de nuestra agitada sociedad, apenas habría conseguido lectores sino dispensándoles sus capítulos a guisa de folletín.

En descargo de mi conciencia y en prueba de mi sinceridad, debo confesar que no fui solo en lanzarme por este camino absolutamente nuevo. A mi lado tuve un insigne compañero, un modelo de ingenio y de buen decir, el erudito don Serafín Estébanez Calderón, que, bajo el pseudónimo de *El Solitario*, empezó a trazar por entonces en las mismas *Cartas Españolas* sus preciosísimos cuadros de costumbres andaluzas con una gracia y desenfado tales, que pudieran equivocarse con los de un Cervantes o un Quevedo, si bien el extremado sabor clásico y arcaico que plugo dar a sus preciosos bocetos el erudito *Solitario* perjudicaba a éstos para adquirir popularidad entre los lectores del día. -De todos modos, el autor de las ESCENAS MATRITENSES, que procuraba seguir en la exposición de éstas una marcha más sencilla y moderna, un estilo más usual, reconoce como su gloria mayor el haber alternado semanalmente, en su primer período, con el insigne *Solitario*, aquel ingenio singular que, por desgracia para las letras patrias, hubo muy luego de abandonarlas para seguir diversos destinos.

El ejemplo de ambos jóvenes, laboriosos y entusiastas por la patria literatura, no sólo despertó de su marasmo al indolente público de entonces, sino que sirvió también de estímulo a otros jóvenes e ingenios privilegiados a lanzarse a la palestra donde habían de alcanzar merecido lauro. Entre ellos descolló el malogrado *Fígaro* (D. Mariano José de Larra), que, animado por ambos, y sin sombra alguna de miserables rivalidades, emprendió, pocos meses después, sus primeros opúsculos bajo el epígrafe de *Cartas de un pobrecito hablador*.

Hase dicho después por algunos críticos un tanto ligeros, y en son de alabanza de *El Curioso Parlante*, que era «el más feliz de los imitadores de *Fígaro*». -Mucho honraría al autor de las ESCENAS MATRITENSES semejante comparación, si la verdad del hecho no fuese que precedió a aquél en la tarea, y por consecuencia, mal podía imitar quien llevaba en el orden del tiempo la delantera. Así lo confiesa el mismo *Fígaro* en la primera edición de sus artículos, escritos cuando ya se habían publicado gran parte de los de *El Curioso Parlante*, y en dos excelentes juicios críticos que dedicó a la primera serie de estos artículos (o sea *El Panorama*), que van extractados a continuación.

Además, como cada uno dio diferente giro y tendencia a sus escritos, no parece que existen términos de comparación. El intento constante del ingenioso y discreto *Fígaro* fue (con cortas excepciones) la sátira política, la censura o retrato apasionado de los hombres de la época: *El Curioso Parlante* se proponía otra misión más modesta y tranquila, cual era la de pintar con risueños, si bien pálidos colores, la sociedad privada, tranquila y bonancible, los ridículos comunes, el bosquejo, en fin, del hombre en general. Tal igualmente era el objeto del filosófico autor de las *Costumbres Andaluza*s, el erudito y castizo *Solitario*; y ambos miraron sin asomo, de celos ni pujos de rivalidad, en las manos de su amigo y compañero *Fígaro*, la merecida palma de la sátira política, en la que es preciso confesar que ni antes ni después ha tenido entre nosotros digno rival, ni aun siquiera felices imitadores.

El autor de las ESCENAS, apasionado ardiente de nuestros buenos escritores de los siglos XVI y XVII, procuró tenerles presentes, y seguir sus huellas, ya que no en la forma, en la intención y en el estilo; y embebido en su estudio, se olvidó bien pronto de

los modelos extranjeros, prefiriendo ser imitador de los propios a triunfar o competir con aquéllos.

Todos los géneros literarios tienen sus ventajas respectivas, y el de los cuadros sueltos de costumbres, a más de la rápida popularidad, tiene la de poder encerrar en cortos límites todas las condiciones de un drama o una novela, y acaso conseguir interesar más la mente del lector por lo incisivo del pensamiento y por su marcha desembarazada de episodios; así como suele acontecer al ligero epigrama, puesto en parangón con la cansada sátira o con el filosófico discurso.

Sin embargo, como estas ligeras obrillas suelen ser hijas de las influencias del momento en que se publican; como por lo general el autor que a ellas se dedica no puede subordinarlas todas a un pensamiento común; y por muy independiente que sea de las circunstancias públicas, escribiendo en diversas épocas, bajo distintas impresiones, ha de revelar forzosamente la marcha de los sucesos, y hasta la de su propia edad; por eso es preciso que los lectores tomen en cuenta la fecha de cada cuadro, y se trasladen, si es posible, con la mente, al punto de vista en que les colocó el pintor.

El largo período de diez años transcurridos desde el primer artículo de esta colección hasta el último en su *segunda época* fue tan fecundo en contrastes y en peripecias, modificando en tal grado la fisonomía de nuestro pueblo, sus gustos e inclinaciones, y hasta el lente mismo del observador, que sería injusticia juzgar los primeros ensayos de éste bajo el punto de vista del día. -Y cualquier lector, por poco que medite, echará de ver en la primera serie de estos artículos (que se refiere principalmente a los años 32 al 35, y forma este tomo con el título de *Panorama*) una notable diferencia con la otra, que abraza desde 1836 hasta 1843. -En la *Primera serie de las Escenas*, al paso que el reflejo de una sociedad reposada en su estado normal, o si se quiere en la indiferencia política, observará también la timidez del escritor delante de la censura, su falta de práctica en el estilo, y hasta la espontaneidad incorrecta y los risueños colores de una imaginación juvenil: y en la segunda, acaso llegará a descubrir más intención filosófica, más madurez en la razón, más soltura en el estilo; así como en la sociedad descrita más movimiento político, mayor energía y vitalidad.

Si el autor de estos opúsculos hubiera consultado sólo a su propia voluntad, quizás habría suprimido por entero esta primera parte, como infinitamente más débil; pero ha debido sacrificar el amor propio a la razón, y no sólo conservarla, sino privarse de toda alteración sustancial en ella, por parecerle que de este modo ofrece más sensible su primitivo colorido y hace resaltar más el contraste de aquella época y la que describe después. Sólo, sí, ha adicionado ambas series con notas, que hacen más perceptible el texto y dan una idea de la marcha y desenvolvimiento de la sociedad retratada.

Expuestas francamente las razones que tuvo presentes para dedicarse a cultivar este ramo de la literatura moderna, queda a cargo del lector el apreciar los reducidos medios intelectuales de que para desempeñar esta tarea le fue dado disponer. Entre ellos, sin duda, sobresale la recta intención y buena fe, así como la constancia en el propósito, llevado acabo al través de épocas borrascosas, en que los sucesos públicos absorbían

todas las atenciones. -Sin duda hubiera podido dar mayor interés a este trabajo realizándole con el barniz político, que tan apreciado es por los lectores del día; pero entonces hubiera perdido su carácter inofensivo y permanente en gracia de una momentánea popularidad. -El autor de esta obrita no aspiró a tan ruidosos triunfos. Satisfecho con la simpatía que logró excitar en el ánimo del pueblo, renuncia desde luego a la arrogante aprobación de los sabios o al alto patrocinio del poder; y sólo alega como único mérito y disculpa de su insuficiencia la circunstancia de no haber suscitado con sus escritos el menor agravio, ni convertido su pluma en instrumento de venganzas, de interés ajeno, ni de propio engrandecimiento.

R. DE M. R.

He aquí ahora un extracto del juicio crítico que mereció a Larra EL PANORAMA, o sea la *primera serie de las Escenas*, única que pudo conocer, por su desgraciado fin en febrero de 1837.

LAS COSTUMBRES DE MADRID

Dificile est proprie communia dicere.
--HORAT.

«Éste que llama el vulgo estilo llano,
envuelve tantas fuerzas, que quien osa
tal vez acometerle, suda en vano»
--LUPERCIO DE ARGENSOLA.

Grave y delicada carga es la de un escritor que se propone atacar en sus discursos los ridículos de la sociedad en que vive. Si no está dotado de un genio observador, de una imaginación viva, de una sutil penetración; si no reúne a estas dotes un gracejo natural, estilo fácil, erudición amena, y sobre todo un estudio continuo del mundo y del país en que vive, en vano se esforzará a interesar a sus lectores; sus cuadros quedarán arrinconados, cual aquellos retratos que, por muy estudiados que estén, no alcanzan la ventaja de parecerse al original.

El transcurso del tiempo y los notables sucesos que han mediado desde los últimos años del siglo anterior, han dado a las costumbres de los pueblos nuevas direcciones, derivadas de las grandes pasiones e intereses que pusieran en lucha las circunstancias. Así que un francés actual, se parece muy poco a otro de la corte de Luis XV, y en todas las naciones se observa la misma proporción.

Los españoles, aunque más afectos en general a los antiguos, no hemos podido menos de participar de esta metamorfosis, que se hace sentir tanto más en la corte por la facilidad de las comunicaciones y el trato con los extranjeros. Añádanse a estas causas las invasiones repetidas dos veces en este siglo, la mayor frecuencia de los viajes exteriores, el conocimiento muy generalizado de la lengua y la literatura francesas, el entusiasmo por

sus modas, y más que todo, la falta de una educación sólidamente española, y se conocerá la necesidad de que nuestras costumbres hayan tomado un carácter galo-hispano, peculiar del siglo actual, y que no han trazado ni pudieron prever los rígidos moralistas, o los festivos críticos que describieron a España en los siglos anteriores. Es a la verdad muy cierto que, en medio de esta confusión de ideas, y al través de tal extravagancia de usos, han quedado aún (principalmente en algunas provincias) muchos característicos de la nación, si bien todos en general reciben paulatinamente cierta modificación que tiende a desfigurarlos.

Los franceses, los ingleses, alemanes y demás extranjeros, han intentado describir moralmente la España; pero o bien se han creado un país ideal de romanticismo y quijotismo, o bien desentendiéndose del trascurso del tiempo, la han descrito no como es, sino como pudo ser en tiempo de los Felipes... Y es así como en muchas obras publicadas en el extranjero de algunos años a esta parte con los pomposos títulos de *La España, Madrid o las costumbres españolas, El Español, Viaje a España, etc., etc.*, se ha presentado a los jóvenes de Madrid enamorando con la guitarra; a las mujeres asesinando por celos a sus amantes; a las señoritas bailando el bolero; al trabajador descansando *de no hacer nada*; así es como se ha hecho de un sereno un héroe de novela; de un salteador de caminos un Gil Blas; de una manola de Lavapiés una amazona; de este modo se ha embellecido la plazuela de Afligidos, la venta del Espíritu Santo, los barberos, el coche de colleras y los romances de los ciegos, dándoles un aire a lo Walter Scott, al mismo tiempo que se deprimen nuestros más notables monumentos, las obras más estimadas del arte; y así en fin los más sagrados deberes, la religiosidad, el valor, la amistad, la franqueza, el amor constante, han sido puestos en ridículo y representados como obstinación, preocupaciones, necedad y pobreza de espíritu.

ero ¿qué ha de suceder? Viene a España un extranjero (y principalmente uno de vuestros vecinos transpirenaicos) y durante los cuatro días de camino de Bayona a Madrid no cesa de clamar con sus compañeros de diligencia contra los usos y costumbres de la nación que aún no conoce; apéase en una fonda extranjera, donde se reúne con otros compatriotas que se ocupan exclusivamente de la alza o baja de los fondos en París o de las discusiones de las cámaras; visita a todos sus paisanos, atiende con ellos a sus especulaciones mercantiles, y sigue en un todo sus patrios usos.

Levántase, por ejemplo, al siguiente día, y después de desayunarse con cuarenta y ocho columnas de diarios llegados por la mala, se dirige por el más corto camino a casa de *Mr. Monier* a tomar un baño; luego a almorzar *chez Genieys*; después al salón de *Petibon*, o al obrador de *Rouget*; desde allí a la embajada, y saliendo a las tres.

-«*¡Peste de país!* no hay nadie en las calles». -Con lo cual se baja al *Prado*, donde no deja de hallar a aquella hora a algún ciego que baila los monos delante de los muchachos, otro que enseña el *tutili-mondi* al son del tambor o un calesín que va a los toros con dos manolas gallardamente escoltadas por un picador y un chulo. -«Vamos a los toros...» - gritos, silbidos, expresiones obscenas... -«*¡Oh le vilain pays!*». -Embiste el toro, cae el picador, derriba a los chulos, estropea el caballo; saca su libro de memoria y anota -«*En la corrida de toros murieron siete hombres, y el público reía grandemente*». -Sale de allí

y baja al Prado al anochecer; hay mucha gente, pero ya no se ve. -«*Las jóvenes personas (anota) van al Prado tan tapadas que no se las ve*». -Súbese por la calle de la Reina, come en *Genieys*, donde el Champagne y el Bordeaux le entretienen tanto que llega al teatro cuando se ha empezado el sainete: «*Las pequeñas piezas en España son pitoyables*». -No le parece tanto otra *pieza* que se distingue en la primer fila de la cazuela; espérala a su descenso, y viéndola cabalmente sin compañía se ofrece caballerescamente a hacérsela; acepta ella como era de esperar, y desde el momento le habla con la mayor marcialidad: «*Las mujeres en España son extremadamente amables*» -dice, sin meterse a averiguar más respecto a su compañera. -Luego va a una *soirée*, donde al instante todos empiezan bien o mal a hablarle en francés, y para diferenciar le invitan a jugar al *écarté* o a bailar la *galope*, con lo cual vase luego a su casa y emplea el resto de la noche en extender sus memorias sobre las costumbres españolas, y pintar los románticos amores de *don Gómez* con *donna Matilda*, o *donna Paquita* con *don Fernández*. -Pasan así quince días, vuelve rápidamente a Bayona, y a poco tiempo «*Tableau moral et politique de l'Espagne, par un observateur*»; -y pillando un trozo de Lesage, no duda en adoptar por epígrafe el: «*Suivez moi, je vous ferai connaître Madrid*». Y por cierto que el Madrid que ellos pintan no lo conocería Lesage ni el autor del *Manual*.

No pudiendo permanecer tranquilo espectador de tanta falsedad, y deseando ensayar un género que en otros países han ennoblecido las elegantes plumas de Adisson, Jouy y otros, me propuse, aunque *siguiendo de lejos* aquellos modelos y *adorando sus huellas*, presentar al público español cuadros que ofrezcan escenas de costumbres propias de nuestra nación, y más particularmente de Madrid, que como corte y centro de ella, es el foco en que se reflejan las de las lejanas provincias. -No dejo de conocer que los respetables nombres que acabo de escribir, y las cualidades que senté al principio de este discurso, y que reconozco indispensables para llenar con perfección esta tarea, son otros tantos cargos contra mí, y que acriminan la presunción de mi intento; pero por otro lado, sea que nuestro gusto no esté tan refinado, ni exija tanta perfección como en aquellos países, sea que marche por un campo virgen, donde a poco esfuerzo pueden recogerse flores y matizar con ellas mis descoloridos cuadros, sea, en fin, fortuna mía, he conseguido hasta ahora que el público que ha reído con la *El Retrato*, la *Calle de Toledo*, la *Comedia casera* y las *Visitas*, se haya mostrado juez indulgente con quien le divierte a su costa.

Mi intento es merecer su benevolencia, si no por la brillantez de las imágenes, al menos por la verdad de ellas; si no por la ostentación de una pedantesca ciencia, por el interés de una narración sencilla; y finalmente, si no por el punzante aguijón de la sátira, por el festivo lenguaje de la crítica. Las costumbres de la que en el idioma moderno se llama *buena sociedad*, las de la medianía, y las del común del pueblo, tendrán alternativamente lugar en estos cuadros, donde ya figurará un drama llorón, ya un alegre sainete. Empero nadie podrá quejarse de ser el objeto directo de mis discursos, pues deben tener entendido que cuando pinto, no retrato.

Esto supuesto, y entre tanto que otros artículos preparo, saldrán a lucir sin formalidad ni cumplimiento *Los cómicos en Cuaresma*, *La empleo-manía*, *El día 30 del mes*, *El Patio del correo*, *El Pleito*, *La Sala y la Cocina*, *El Teatro*, *La Comida de campo*, y otros

muchos, ya borrajados, ya *in pectore*, donde vayan encontrando su respectivo lugar todas las virtudes, todos los vicios y todos los ridículos que forman en el día nuestra sociedad; donde los usos generales, los dichos familiares, caractericen el pueblo actual, llevando en su veracidad la fecha del escrito, y donde al mismo tiempo que se ataque al ridículo, se venga al carácter nacional de los desmedidos insultos, de las extravagantes caricaturas en que le han presentado sus antagonistas. ¡Ojalá que, guiado por una luz diáfana, acierte a llenar mi propósito, y ojalá que el público, al leer estos artículos diga con Terencio: «*Sic nunc sunt mores*». -«¡Tales con nuestras actuales costumbres!».

(Enero de 1832)

EL RETRATO

«Quien no me creyere que tal sea de él,
Al menos me deben la tinta y papel».
--BARTOLOMÉ TORRES NAHARRO.

Por los años de 1789 visitaba yo en Madrid una casa en la calle ancha de San Bernardo; el dueño de ella, hombre opulento y que ejercía un gran destino, tenía una esposa joven, linda, amable y petimetra: con estos elementos, con coche y buena mesa puede considerarse que no les faltarían muchos apasionados. Con efecto, era así, y su tertulia se citaba como una de las más brillantes de la corte. Yo, que entonces era un pisaverde (como si dijéramos un *lechuguino* del día), me encontraba muy bien en esta agradable sociedad; hacía a veces la partida de mediator a la madre de la señora, decidía sobre el peinado y vestido de ésta, acompañaba al paseo al esposo, disponía las meriendas y partidas de campo, y no una vez sola llegué a animar la tertulia con unas picantes seguidillas a la guitarra, o bailando un bolero que no había más que ver. Si hubiese sido ahora, hubiera hablado alto, bailado de mala gana, o sentándome en el sofá, tararearía un aria italiana, cogería el abanico de las señoras, haría gestos a las madres y gestos a las hijas, pasearía la sala con sombrero en mano y de bracero con otro camarada, y en fin, me daría tono a la usanza..., pero entonces... entonces me lo daba con mi mediator y mi bolero.

Un día, entre otros, me hallé al levantarme con una esquela, en que se me invitaba a no faltar aquella noche, y averiguado el caso, supe que era día de doble función, por celebrarse en él la colocación en la sala del retrato del amo de la casa. Hallé justo el motivo, acudí puntual, y me encontré al amigo colgado en efigie en el testero con su gran marco de relumbrón. No hay que decir que hube de mirarle al trasluz, de frente y costado, cotejarle con el original, arquear las cejas, sonreírme después, y encontrarle admirablemente parecido; y no era la verdad, porque no tenía de ello sino el uniforme y los vuelos de encaje. Repitiose esta escena con todos los que entraron, hasta que ya llena la sala de gentes, pudo servirse el refresco (costumbre harto saludable y descuidada en estos tiempos), y de allí a poco sonó el violín, y salieron a lucir las parejas, alternando

toda la noche los *minuets* con sendos versos que algunos poetas *de tocador* improvisaron al retrato.

Algunos años después volví a Madrid y pasé a la casa de mi antigua tertulia: pero ¡oh Dios! *quantum mutatus ab illo!* ¡qué trastorno! el marido había muerto hacía un año, y su joven viuda se hallaba en aquella época del duelo en que, si bien no es lícito reírse francamente del difunto, también el llorarle puede chocar con las costumbres. Sin embargo, al verme, sea por afinidad, o sea por cubrir el expediente, hubo que hacer algún *puchero*, y esto se renovó cuando notó la sensación que en mí produjo la vista del retrato, que pendía aún sobre el sofá. -«¿Le mira usted?» (exclamó): «¡Ay pobrecito mío!». -Y prorrumpió en un fuerte sonido de nariz; pero tuvo la precaución de quedarse con el pañuelo en el rostro, a guisa del que llora.

Desde luego un don *No-sé-quién*, que se hallaba sentado en el sofá con cierto aire de confianza, saltó y dijo:

-«Está visto, doña Paquita, que hasta que V. no haga apartar este retrato de aquí, no tendrá un instante tranquilo»; -y esto lo acompañó con una entrada de moral que había yo leído aquella mañana en el *Corresponsal del censor*. Contestó la viuda, replicó el argumentante, terciaron otros, aplaudimos todos, y por sentencia sin apelación se dispuso que la menguada efigie sería trasladada a otra sala no tan cotidiana; volví a la tarde, y la vi ya colocada en una pieza interior, entre dos mapas de América y Asia.

En estas y las otras, la viuda, que sin duda había leído a Regnard y tendría presentes aquellos versos, que traducidos en nuestro romance español podrían decir:

¿Mas de qué vale un retrato
Cuando hay amor verdadero?
¡Ah! sólo un esposo vivo
Puede consolar del muerto

hubo de tomar este partido, y a dos por tres me hallé una mañana sorprendido con la nueva de su feliz enlace con el *don Tal*, por más señas. Las nubes desaparecieron, los semblantes se reanimaron, y volvieron a sonar en aquella sala los festivos instrumentos...
¡Cosas del mundo!

Poco después, la señora, que se sintió embarazada, hubo de *embarazarse* también de tener en casa al niño que había quedado de mi amigo, por lo que se acordó en consejo de familia ponerle en el seminario de nobles; y no hubo más, sino que a dos por tres hiciéronle su hatillo y dieron con él en la puerta de San Bernardino: dispúsosele su cuarto, y el retrato de su padre salió a ocupar el punto céntrico de él. La guerra vino después a llamar al joven al campo del honor; corrió a alistarse en las banderas patrias, y vueltos a la casa paterna sus muebles, fue entre ellos el malparado retrato, a quien los colegas, en ratos de buen humor habían roto las narices de un pelotazo.

Colocósele por entonces en el dormitorio de la niña, aunque notándose en él a poco tiempo cierta virtud chinchorrera, pasó a un corredor, donde le hacían alegre compañía dos jaulas de canarios y tres campanillas.

La visita de reconocimiento de casas para los alojados franceses recorría las inmediatas; y en una junta extraordinaria, tenida entre toda la vecindad, se resolvió disponer las casas de modo que no apareciera a la vista sino la mitad de la habitación, con el objeto de quedar libres de alojados. -Dicho y hecho; -delante de una puerta que daba paso a varias habitaciones independientes, se dispuso un altar muy adornado, y con el fin de tapar una ventana que caía encima... «¿que pondremos? ¿qué no pondremos?». -El retrato. -Llega la visita, recorre las habitaciones, y sobre la mesa del altar, ya daba el secretario por libre la casa, cuando ¡oh desgracia!... un maldito gato que se había quedado en las habitaciones ocultas, salta a la ventana, da un maído, y cae el retrato, no sin descalabro del secretario, que enfurecido tomó posesión, a nombre del Emperador, de aquella tierra incógnita destinando a ella un coronel con cuatro asistentes.

Asendereado y maltrecho yacía el pobre retrato, maldecido de los de su casa y escarnecido de los asistentes, que se entretenían, cuándo en ponerle bigotes, cuándo en plantarle anteojos, y cuándo en quitarle el marco para dar pábulo a la chimenea.

En 1815 volví yo a ver la familia, y estaba el retrato en tal estado en el recibimiento de la casa; el hijo había muerto en la batalla de Talavera; la madre era también difunta, y su segundo esposo trataba de casar a su hija. Verificose esto a poco tiempo, y en el reparto de muebles que se hizo en aquella sazón, tocó el retrato a una antigua ama de llaves, a quien ya por su edad fue preciso jubilar. Esta tal tenía un hijo que había asistido seis meses a la Academia de San Fernando, y se tenía por otro Rafael, con lo cual se propuso limpiar y restaurar el cuadro. Este muchacho, muerta su madre, sentó plaza, y no volví a saber más de él.

Diez y seis años eran pasados cuando volví a Madrid, el último. No encontré ya mis amigos, mis costumbres, mis placeres, pero en cambio encontré más *elegancia*, más *ciencia*, más *buena fe*, más *alegría*, más *dinero* y más *moral pública*. No pude dejar de convenir en que estamos en el siglo de las luces. -Pero como yo casi no veo ya, sigo aquella regla de que al ciego el candil le sobra; y así, que abandonando los refinados establecimientos, los grandes almacenes, los famosos paseos, busqué en los rincones ocultos los restos de nuestra antigüedad y por fortuna acerté a encontrar alguna botillería en que beber a la luz de un candilón; algunos calesines en que ir a los toros; algunas buenas tiendas en la calle de Postas; algunas cómodas escaleras de la Plaza, y sobre todo un teatro de la Cruz que no pasa día por él.

Finalmente, cuando me hallé en mi centro, fue cuando llegaron las ferias. No las hallé, en verdad, en la famosa plazuela de la Cebada; pero en las demás calles el espectáculo era el mismo. Aquella agradable variedad de sillas desvencijadas, tinajas sin suelo, linternas sin cristal, santos sin cabeza, libros sin portada; aquella perfecta igualdad en que yacen por los suelos las obras de Loke, Bertoldo, Fenelon, Valladares, Metastasio, Cervantes y Belarmino; aquella inteligencia admirable con que una pintura del de Orbaneja cubre un

cuadro de Ribera o Murillo; aquel surtido general, metódico y completo de todo lo útil y necesario; no pudo menos de reproducir en mí las agradables ideas de mi juventud.

Abismado en ellas subía por la calle de San Dámaso a la de Embajadores, cuando a la puerta de una tienda, y entre varios retazos de paño de varios colores, creí divisar un retrato cuyo semblante no me era desconocido. Limpio mis anteojos, aparto los retales, tiro un velón y dos lavativas que yacían inmediatas, cojo el cuadro, miro de cerca... «¡Oh Dios mío! -exclamé-: ¿y es aquí donde debía yo encontrar a mi amigo?».

Con efecto, era él, era el cuadro del baile, el cuadro del seminario, de los alojados y del ama de llaves; la imagen, en fin, de mi difunto amigo. No pude contener mis lágrimas, pero tratando de disimularlas, pregunté cuánto valía el cuadro. -«Lo que usted guste» - contestó la vieja que me lo vendía; insté a que le pusiera precio, y por último me lo dio en *dos pesetas*; informéme entonces de dónde había habido aquel cuadro, y me contestó que hacía años que un soldado se lo trajo a empeñar, prometiéndole volver en breve a rescatarlo, pues según decía, pensaba hacer su fortuna con el tal retrato, reformándole la nariz, y poniéndole grandes patillas, con lo cual quedaba muy parecido a un personaje a quien se lo iba a regalar; pero que habiendo pasado tanto tiempo sin aparecer el soldado, no tenía escrúpulo en venderlo, tanto más, cuanto que hacía seis años que salía a las ferias, y nadie se había acercado a él; añadiéndome que ya lo hubiera tirado a no ser porque le solía servir cuándo para tapar la tinaja, y cuándo para aventar el brasero.

Cargué al oír esto precipitadamente con mi cuadro, y no paré hasta dejarlo en mi casa seguro de nuevas profanaciones y aventuras. Sin embargo, ¿quién me asegura que no las tendrá? Yo soy viejo, muy viejo, y muerto yo ¿qué vendrá a ser de mi buen amigo? ¿Volverá séptima vez a las ferias? ¿o acaso alterado su gesto tornará de nuevo a autorizar una sala? ¡Cuántos retratos habrá en este caso! En cuanto a mí, escarmentado con lo que vi en éste, me felicito más y más de no haber pensado en dejar a la posteridad mi retrato - ¿para qué?- para presidir a un baile, para excitar suspiros, para habitar entre mapas, canarios y campanillas; para sufrir golpes de pelota; para criar chinches; para tapar ventanas; para ser embigotado y restaurado después, empeñado y manoseado, y vendido en las ferias por *dos pesetas*...

(Enero de 1832)

NOTA. -Este artículo fue el primero que publicó el autor, con la firma de *Un Curioso Parlante*, en la revista titulada *Cartas Españolas*, del 12 de enero de 1832. Leyéndole hoy no puede menos de sonreír al observar el empeño que en su primera edad juvenil parece que formaba en aparecer viejo ante sus lectores, así como en los últimos artículos de esta obrita, escritos diez años después y en su edad madura, lucha y se esfuerza por dar a sus cuadros la frescura y colorido de la juventud. -Achaque es éste natural y propio de los escritores de costumbres, que anhelando siempre proceder por comparación con épocas anteriores, van a buscarlas, cuando muchachos, a las sociedades que no alcanzaron; y después cuando ya maduros, a las que formaban sus delicias en los tiempos de su risueña juventud. -Por lo demás esta historia de un retrato, no es propiamente tal, sino en cuanto está fundada en datos, ciertos unos, calculados otros, y esparcidos en

diversos casos, aunque fundados todos en las debilidades propias de nuestra humana condición. -En este artículo, como en otros muchos de esta obrita, quisieron entonces buscar originales determinados; pero luego los que tal pensaban, hubieron de desengañarse de que no fue ni pudo ser la intención del autor más que la de alcanzar en su pintura imaginada todo el grado de verosimilitud posible; y así hubo de creerlo entre otros el difunto Comisario de Cruzada, Sr. Varela, que deseando conocerle, para felicitarle por este artículo, se le hizo presentar por un amigo, y con la sonrisa en los labios le manifestó que destinaba a la Academia de San Fernando el retrato suyo pintado recientemente. - «Porque (añadió con mucha gracia) aunque el mérito del pincel de López me asegure contra las ferias, no quisiera morirme con el escozor que me ha producido su artículo de V.».

LA CALLE DE TOLEDO

«Como aquí de provincias tan
distantes
Concurren, o por gracia o por
justicia,
Diversas lenguas, trajes y
semblantes;
»Necesidad, favor, celo, codicia,
Forman tumulto, confusión y prisa
Tal, que dirás que el orbe se
desquicia».
-B. DE ARGENSOLA.

Pocos días ha tuve que salir a recibir a un pariente que viene a Madrid desde Mairena (reino de Sevilla), con el objeto de examinarse de escribano. Las diez eran de la mañana cuando me encaminé a la gran puente que presta paso y comunicación al camino real de Andalucía, y ayudado de mi catalejo, tendí la vista por la dilatada superficie, para ver si divisaba, no la rápida diligencia, no el brioso alazán, sino la compasada galera en que debía venir el cuasi-escribano.

Poco rato se me hizo aguardar para dejarse ver de los *ángeles* acá (*rari nantes in gurgite vasto*), y mucho más hube de esperar para que llegase adonde yo estaba. Verificolo al fin; viome mi primo; saltó del incómodo camaranchón, y *pian pian* enderezamos hacia la gran villa, ya acortando el paso para que pudieran seguirnos las siete mulas que arrastraban la galera, ya procurando conservar la distancia conveniente para no ser interrumpidos en nuestra sabrosa plática por la monótona armonía de los cencerros y campanillas de las bestias, de los jaleos y rondeñas de los zagales.

-Y bien, primo mío, ¿qué te parece del aspecto de Madrid?

-Que ze pué desir dél lo que de Parmira, que ez la *perla del dezierto*; y oyez, y tuvieron rason zus fundadores en zituarle sobre alturas, porque zinó, con este río, adonde vamo-ha-paral...

-Ya te entiendo; pero en cambio tienes aquí éste, que si no es gran puente, por lo menos es un puente grande.

-Zin duda; y aun por ezo he leído yo en un libraco viejo unaz copliyaz que disen...

Fuérame yo por la puente
Que lo es sin encantamiento,
En diciembre, de Madrid,
Y en verano, de Ríoseco;
La que, haciéndose ojos toda
Por ver su amante pigmeo,
Se queja dél porque ingrato
Le da con arena en ellos;
La que...

¿Acabarás con tu pintura? -Rasón tienez; punto y coma y a otra coza, que ze hase tarde y habremoz de detenernoz en la puerta. -Y en efecto fue así, porque llegando a ésta, y mientras se verificaba la operación del registro, se pasó media hora, en la cual no estuvieron ociosos nuestros ojos ni nuestras lenguas.

Mi primo es un mozo, ni bien sabio, ni bien tonto; aunque una buena dosis de malicia tercia entre ambas cualidades, y haciéndole disimular la segunda, lo presta ciertos ribetes de la primera; además es andaluz, y ya se sabe que los de su tierra tienen la circunstancia de caer en gracia; condición harto esencial, y en Madrid más que en otra parte. Hecha esta prevención acerca de su carácter, no se extrañará que yo desease conocer el efecto que le producían las rápidas escenas que pasaban a nuestra vista, para lo cual y excitarle a hablar, anudé el interrumpido diálogo de esta manera:

-Vas a entrar en Madrid (le dije) por el cuartel más populoso y animado; desde luego debes suponer que no será el más elegante, sino aquel en que la corte se manifiesta como madre común, en cuyo seno vienen a encontrarse los hijos, las producciones y los usos de las lejanas provincias; aquel, en fin, en que las pretensiones de cada suelo, los dialectos, los trajes y las inclinaciones respectivas presentan al observador un cuadro de la *España en miniatura*.

-Punto ez ezte -dijo mi primo- para obzervarle zentados; aproyechemoz ezte poyito.

No bien lo habíamos dicho y hecho, cuando llegó una galera guiada por un valenciano tan ligero como su vestido. Él iba, venía a todos lados, retozaba con los demás, blandía su vara, ceñía y desceñía su faja, aguijaba a las mulas, contestaba a las preguntas del resguardo, y pregonaba de paso las esteras que conducía en su carro. Deseoso yo de que le escuchara mi pariente, trabé conversación con él, suponiendo curiosidad por conocer los proyectos que le traían a Madrid, y muy luego supimos por su misma boca que pensaba vender sus esteras en un portal durante el invierno; emplear su producto en loza, que vendería por las calles en la primavera; fijarse mientras el verano en una rinconada

para vender horchata, y trasladarse después a una plazuela para regir, durante el otoño, un puesto de melones; tales eran los proyectos de este Proteo mercantil.

Poco después llegaron unos cuantos que, por sus anguarinas, grandes sombreros y alforjas al hombro, calificamos pronto de extremeños, que conducían las picantes producciones que tan buen olor, color y sabor prestan ala cotidiana olla española. De éstos supimos que eran todos parientes y de un mismo pueblo (Candelario), y no pudo menos de chocarnos la semejanza de las facciones de tres de ellos, que parecían uno mismo, aunque en distintas edades; eran padre, hijo y nieto, y traían a éste por primera vez a la capital, por lo cual no cesaban de, darle consejos sobre el modo de presentarse en las casas, encarecer las ventajas del género y demás, concluyendo con una disertación choricera capaz de excitar al más inapetente.

Aun no se había acabado, cuando nos hallamos envueltos por una invasión de jumentillos alegres y vivarachos, que se entraron por la puerta con una franqueza sin igual: traían cada uno dos pellejos, y diciendo que sus conductores eran manchegos, no hay que añadir que los pellejos eran de vino. Los mozos echaron pie a tierra y dejaron ver sus robustas formas, su aire marcial, expresivas facciones, color encendido, ojos penetrantes; traían todos tremendas patillas; su pañuelo en la cabeza, y encima la graciosa monterilla; las varas a la espalda y atravesadas en el cinto. Empezaron luego a contar sus pellejos; mas por desgracia nunca iban de acuerdo con el guarda, pues si éste decía veinte, ellos sacaban diez y nueve; y volviendo a contar, sólo resultaban diez y siete; por último, se fijaron en diez y ocho, pagaron su cuota y echaron acorrer.

-Otro carromato. -¿De dónde? -De Murcia y Cartagena. -¿Carga? -Naranjas y granadas. - Al menos es cosa de sustancia. -Ahora van VV. a probar que la tienen.

-A un lao, zeñorez (exclamó mi primo levantándose); a un laíto por amor de Dioz, que viene aquí la gente. -Y decíalo por una sarta de machos engalanados que entraban por la puerta con sendos jinetes encima.

-A la paz de Dioz, caballeros -saludó con voz aguardentosa un viejo que al parecer hacía de amo de los demás.

-Toque esoz sinco, paizano -dijo mi primo sin poderse contener-; «¿de qué parte del paraíso?».

-De Jaén -replicó con un ronquido el viejo.

-Buena tierra, zi no estuviera tan serca de Caztiya.

-Maz serca eztá del sielo.

-Como que tiene la cara de Dios.

-Y como que zí; pero dejando esto, ¿no me dirá zu mersé (dirigiéndose a mí) de dónde han traído esta puelta? porque, o me engañan miz vizualez, o no eztaba añoz atraz cuando yo eztuve en este lugar.

-Así es la verdad -le contesté-; porque hace pocos años que se substituyó este monumento a las mezquinas tapias que antes daban entrada por esta parte a la capital.

-Ahora -repuso el escribano- la entrada parese mezquina al lado de la puerta.

Aquí llegábamos en nuestra conversación, cuando se nos dio por sanos y salvos, con lo que pudimos emprender la subida de la calle, alternando nuestras observaciones con el viejo andaluz. Entre los primeros objetos que la fijaron, fueron la recua de manchegos que habíamos visto en la puerta, los cuales salían de una posada inmediata para repartir los cueros por las tabernas. Mi primo me hizo observar que llevaban veinte pellejos, y acordándonos de los diez y ocho pagados a la puerta, nos persuadimos de que habrían tratado de imitar el milagro de las bodas de Caná.

Divertíamos así nuestro camino, contemplando la multitud de tiendas y comercios que prestan a aquella calle el aspecto de una eterna feria; tantas tonelerías, caldererías, zapaterías y cofrerías; tantos barberos, tantas posadas, y sobre todo, tantas tabernas. Esta última circunstancia hizo observar a mi primo que la afición al vino debe ser común a todas las provincias. Yo sólo le contesté que son ochocientas diez las tabernas que hay en Madrid.

Engolfados en nuestra conversación tropezábamos, cuándo con un corro de mujeres cosiendo al sol; cuándo con un par de mozos durmiendo a la sombra; muchachos que corren; asturianos que retozan; carreteros que descargan a las puertas de las posadas; filas de mulas ensartadas unas a otras y cargadas de paja, que impiden la travesía; acá, una disputa de castañeras; allá, una prisión de rateros; por este lado, un relevo de guardia; por el otro, un entierro solemne...

*Favor a la justicia. -Agur, camaráa. -Requiem aeternam. -Pue ya... ¡el demonio del usía!
-Cabayero, una calesa. -Vaya usted con Dios, prenda. -Chas... a un lado, la diligencia de Carabanchel. -Aceituna bue... -Señores, por el amor de Dios. -Riá... toma... só... ó... ó...
generalala, coronela. -Perdone V., caballero. -No hay de qué...*

Con estas y otras voces, la continua confusión y demás, mi primo se atolondró de modo que le perdí de vista y tardé largo rato en volverle a encontrar. Por fin pude hallarle, que estaba parado delante de la fuente nueva.

-¿Qué haces ahí parado? le preguntó con algún ceño.

-¿Qué he de haser, hombre? eztoy recordando todo el Buffón, a ver zi zaco en limpio qué animalejo ez ezte que ezta ahí ensima. -Majadero, ¿no conoces que es el león?... -Como no lo dise el letrero... -Vamos, vamos.

«Parador de Cádiz». -«Aquí se sacan muelas a gusto de los parroquianos». -«Se gisa de comer por un tanto diario todos los días». -«Memoria-lista, se echan cuentas en todas lenguas». -«Aquí se venden hábitos para difuntos completos». -«Zapatos para hombres rusos hechos en Madrid». -«Aquí se venden sombreros para niños de paja».

-¿Qué demonios estás diciendo? -Leo laz mueztraz (contestó mi primo). -Vaya, déjate de tonterías, y repara que pisas el recinto fatal en que los condenados al último suplicio... - Pacito, primo, que tengo buen humor y no eztá nada lindo ezo de que me enzeñes la horca antes que el lugar.

Tremendos cartelones. -«Teatro del Príncipe». - *El Castillo de Staonins-Coyz, o los siete crímenes*. -Cruz. -*Los asesinos elegantes*. -Sartén. -*Horror y desesperación*, drama melo-mimo-lóbreo». -Oyez, primo, ¿y ze entretienen los zeñores madrileñoz con eztas lindesaz? -Qué quieres ¡el gusto del siglo!... -Pue hemoz llegao a un ziglo divertío.

Soberbia perspectiva hase eza iglesia. -Como que es la principal de la corte y dedicada a su santo patrono. -Póngase en primer lugar en mi libro para visitarla mañana.

A este punto y hora llegábamos, cuando vimos a lo lejos una calesa con la, cubierta echada atrás y sentadas en ella dos manolas, con aquel aire natural que las caracteriza. Ni Tito ni Augusto, al volver triunfantes a la capital del orbe, pasaron más orgullosos bajo los arcos que les eran dedicados que nuestras dos heroínas por el de la Plaza Mayor. Guardapiés amarillos y encarnados, ricas mantillas de sarga y terciopelo sobre los hombros, pañuelos de color de rosa al pecho, cesto de trenzas en las cabezas, y coloreadas las mejillas por el vapor del vino; tal era el atavío con que venían echándose fuera de la calesa, y pelando unas naranjas con un desenfado singular. Aquí la turbación de mi provincial; parado delante de la calesa no reparaba su peligro, hasta que una de las manolas:

-Oiga, señor visión -le dijo-, déjenos el paso franco.

-¿Adónde van laz reinaz?

-A perderle de vista.

-Si nesecitazen un hombre al eztribo...

-¿Y son así los hombres en su tierra? Jesús, ¡qué miedo!

-Y qué, ¿no me han de dar un cacho de naranja?

-Tome el rocín venido.

Y le dirigieron a las narices una cáscara de vara y media; con lo cual, y aguijando el caballejo, desaparecieron en medio de la risa general. Yo hube de contener la mía por no irritar al pobre mozo, a quien no me pareció había gustado el lance; pero me propuse echarle después un buen sermón. Entre tanto seguimos nuestro camino sin hablar palabra hasta casa, recapitulando ambos lo que habíamos visto y oído; él para aprovecharse de ello, y yo para contarlo aquí.

(Febrero de 1832)

LA COMEDIA CASERA

«On sera ridicule et je n'oserai rire?».

--BOILEAU.

Los hombres nos reímos siempre de lo pasado; el niño juguetón se burla del tierno rapaz sujeto en la cuna; el joven ardiente y apasionado recuerda con risa los juegos de su niñez; el hombre formal mira con frialdad los ardores de la juventud, y el viejo, más próximo ya al estado infantil, sonrío desdeñosamente a los juegos bulliciosos, a las fuertes pasiones y al amor de los honores y riquezas que a él le ocuparan en las distintas estaciones de la vida. A su vez las demás edades ríen de los viejos..., con que queda justificado el dicho de *la mitad del mundo se ríe siempre de la otra mitad*.

-¿Y a qué viene una introducción tan pomposa, que al oírla nadie dudaría que iba usted a improvisar una disertación filosófica a la manera de Demócrito?

Tal le decía yo a mi vecino, *don Plácido Cascabelillo*, cierta mañana entre nueve y diez, mientras colocábamos pausadamente en el estómago sendos bollos de los PP. de Jesús, hondamente reblandecidos con un rico chocolate de Torroba.

-Dígolo -me contestó el vecino con una sonrisa (y aquí se precipitó a alcanzar con los labios una casi deshecha sopa que desde la mano, por un efecto de su gravedad quería volver a la jícara)-, dígolo por la escena que acabo de tener con mi sobrino.

-¿Y se puede saber cuál es la escena?

-Óigala usted.

-Este joven, a quien usted conoce por sus finos modales, nobles sentimientos, y por la fogosidad propia de sus veinte y dos años, tiene al teatro una afición que me da que temer algunas veces, aunque por otro lado no dejo de admirar su extraordinaria habilidad; así que, siempre que le sorprendo en su cuarto representando solo, y después de haberle escuchado un rato con admiración, no dejo de entrar con muy mal gesto a distraerle y aun regañarle.

Días pasados me manifestó que una reunión de amigos habían determinado ejecutar en este Carnaval una comedia casera, y al principio me opuse a su entrada en ella; pero acordándome luego que yo había hecho lo mismo a su edad, hube de ceder, convencido de las cualidades que adornaban a todos los de la reunión, de la inocencia del objeto, y de la inutilidad de resistir a los esfuerzos de mi sobrino. La sociedad recibió con entusiasmo mi condescendencia, y queriendo dar una prueba plena de su agradecimiento, resolvió *nemine discrepante* (ríase V. un poco, amigo mío), nombrarme su presidente.

-Aquí prorrumpimos ambos en una carcajada, y echando un pequeño sorbo para dejar el jicarón a la mitad, continuamos nuestros bollos, y prosiguió.

-Ya conoce V. que hubiera sido descortesía corresponder con una negativa a tan solemne honor. Muy lejos de ello, oficié a la Junta dándole las gracias por su distinción, y admitiendo el sillón presidencial. Aquella misma noche se citó para la toma de posesión, y la verifiqué en medio de la alegría de ambos lados, cubiertos de socios *actores*, socios *contribuyentes* y socios *agregados*.

El que hacía de secretario de la Junta me leyó un reglamento en que se disponía la división en comisiones. Comisión *de buscar casa*, comisión *de decoraciones*, comisión *de candilejas*, comisión *de copiar papeles*, comisión *de trajes* y comisión *de permiso para la representación*. De ésta quedé yo encargado, y presidente *nato* de las demás.

El contarle a V., amigo mío, las profundas discusiones, los acalorados debates, las distintas proposiciones, indicaciones, adiciones y resoluciones que han ido eslabonándose en las posteriores juntas, sería nunca acabar. Baste, pues, decirle, que encontramos en la calle de... una casa con sala bastante capaz (después de tirar tres tabiques y construirlos más apartados), de un aspecto bastante decente (después de blanqueada y pintada), y con los enseres necesarios (que se alquilaron y colocaron donde convino). Así que resuelto este problema y el del permiso favorablemente, los demás fueron ya de más fácil resolución, o quedaron subordinados a la importante discusión, acerca de la elección de pieza que se había de representar.

Diez y siete se tuvieron presentes. Ógalas V. (dijo esto sacando un papelejo de su escritorio). El *Otelo*, las *Minas de Polonia*, *Pelayo*, la *Pata de Cabra*, la *Cabeza de bronce*, el *Viejo y la niña*, el *Rico-hombre de Alcalá*, el *Español y la Francesa*, el *Jugador de los treinta años*, el *Médico a palos*, el *Tasso*, el *Delincuente honrado*, *A Madrid me vuelvo*, *García del Castañar*, la *Misanropía*, *Sancho Ortiz de las Roelas* y *El Café*. Ya usted ve que en nuestra Junta no preside exclusivamente el género clásico ni el romántico.

Las dificultades que a todas se ofrecían eran importantes. En una había tres decoraciones, y los bastidores no se habían pintado más que por dos lados, por la sencilla razón de que no tenían más; tal necesitaban dos viejas, y ninguna de la comparsa, aun las de cincuenta y ocho años, se creían adecuadas para semejantes papeles; cuál llamaba a una niña de diez y ocho años, y una de cuarenta rotundamente embarazada, se empeñaba en ejecutar aquel papel. En una salía un rey, y el designado para este papel era bajo; en otra tenía el gracioso demasiado papel y poca memoria; todos querían ser primeros galanes; los que se avenían a los segundos apenas sabían hablar; se cuidaba por los maridos que el oficial N. no hiciera de galán enamorado; los amantes no consentían que sus queridas salieran de criadas; los galanes y las damas (porque a esta Junta fueron admitidas), los barbas, las partes de por medio y las personas *que no hablan*, todos hablaban allí por los codos y a la vez, de modo que yo, presidente, vi varias veces desconocida mi autoridad. Por último, después de largo rato pudo restablecerse el orden, y a instancias de mi sobrino se resolvió y adoptó generalmente la comedia de *El Rico-hombre de Alcalá*, no sin grandes protestas y malignas demostraciones de un joven andaluz, a quien para desagrarle se encargó el papel del rey don Pedro.

Terminado así este importante punto, pasamos a vencer otras dificultades, como tablado, decoraciones, orquesta, bancos, mozos de servicio, arreglo de entradas, salidas, billetes, señas, contraseñas y demás del caso; y no tengo necesidad de decir a V. que en estos veinte y cinco días se han renovado veinte y cinco veces en nuestra sala de juntas las escenas del campo de Agramante.

Por último, la suscripción se realizó, el arreglo del teatro también; los actores y actrices aprendieron sus papeles y empezaron los ensayos. En ellos fue, amigo mío, cuando saqué yo el escote de mi diversión. Porque había V. de ver allí las intriguillas, los chistes, los lances verdaderamente cómicos que sin cesar se sucedían. Quién formaba coalición con el apuntador para que apuntase a un desmemoriado en voz casi imperceptible; quién reñía con su querida porque en cierta escena había permanecido dos minutos más con su mano entre las del primer galán; cuál tomaba entre ojos a alguno porque le desairaba con sus grandes voces.

«Despacio, señores. -Más alto. -Conde, que le está a usted manchando esa vela. -Doña Antonia, que la llama a V. el rey don Pedro. -Esos brazos, que se meneen. -Usted sale por aquí y se vuelve por allá. -Doña Leonor, don Enrique, doña María, aquí mucho fuego. -Eso no vale nada».

Por este estilo puede V. figurarse lo demás; pero todo ello ha pasado entre la risa y la algazara, a no ser cierta competencia amorosa a que da lugar una de las actrices entre mi sobrino y el andaluz que hace de Rey. Varias veces hemos temido un choque, pero por fin salimos con bien de los ensayos; en su consecuencia se ha señalado esta noche para la primera representación, y tengo el honor, como presidente, de ofrecer a V. un billete.

Acepté gustoso el convite y llegada la noche, y habiéndome incorporado con don Plácido, nos metimos en un simón, que a efecto de conducir al presidente y actores había tomado la Compañía, y llegamos en tres cuartos de hora a la casa de la comedia. El refuerzo de un farol más en el portal nos advirtió de la solemnidad, y subiendo a la sala la encontramos ya ocupada tan económicamente, que no podíamos pasar por entre las filas de bancos. Por fin, atravesamos la calle real que corría en medio de la sala, formando división en la concurrencia, y fuímonos a colocar en la primera fila. Por de pronto tuvimos que hacerlo de modo que al sentarnos no viniesen abajo los dos que se hallaban en las extremidades del banco, aunque el del lado de la pared no quedó agradecido al refuerzo. Los *socios* corrían aquí y allá colocando a sus favoritas, haciendo que todo el mundo se quitase el sombrero, hablando con los músicos y con los acomodadores, entrando y saliendo del tablado, comunicando noticias de la proximidad del espectáculo, y cuidando en fin de que todos estuviesen atentos.

Los concurrentes por su parte cada cual se hallaba ocupado en reconocer los puestos circunvecinos; alargar el pescuezo por encima de un peine, enfilar la vista entre dos cabezas, limpiar el antejo, sonreírse, corresponder con una inclinación a un movimiento de abanico, y entablar en fin aquellos diálogos generales en tales ocasiones. Entre tanto los violines templaban, el bajo sonaba sus bordones, el apuntador sacaba su cabeza por el

agujero, los músicos se colocaban en sus puestos, y con esto, y un prolongado silbido, todo el mundo se sentó, menos el telón, que se levantó en aquel instante.

«-¿No me escuchas?
-¡Qué molesta
y qué cansada mujer!
-Siempre que te viene a ver
debe de subir por cuesta».

Ya pueden figurarse los lectores que así empezaron a representar; pero tres minutos antes que los dijeran ya repetía yo estos versos sólo de escucharlos al apuntador. Así fue repitiendo, y así nosotros escuchando, de suerte que oíamos la comedia con ecos.

Los actores eran de una desigualdad chocante. Cuando el uno acababa de decir su parte con una asombrosa rapidez, entraba otro a contestarle con una calma singular; uno muy bajito era galán de una dama altísima, que me hacía temblar por las bambalinas cada vez que parecía en la escena; cuál entraba resbalándose de lado por los bastidores; cuál salía atropellando cuanto encontraba y estremeciendo el tablado; sólo en una cosa se parecían todos, es a saber: los galanes en el manejo de los guantes, y las damas en el *inevitable* pañuelo de la mano.

En fin, así seguimos aplaudiendo constantemente durante el primer acto todos los finales de las relaciones, que regularmente solían ir acompañados de una gran patada; pero subió a su colmo nuestro entusiasmo durante la escena entre el *Rico-hombre* y el *buen Aguilera*. Tengo dicho, me parece, que el sobrino del presidente, que hacía de *Rico-hombre*, estaba picado de celos con el que hacía de Rey, así que cargaron a maravilla los desprecios y la arrogancia, con lo cual lució más aquella escena.

El entreacto no ofreció cosa particular, a no ser una ocurrencia de que me hubiera reído a mi sabor si hubiera estado solo; y fue, que un oficial que se sentaba detrás de mí dijo muy naturalmente a uno que estaba a su lado, que la dama era la única que lo desgraciaba.

-Se conoce que lo entiende V. muy poco, caballero, porque esa dama es mi hija.

-Entonces siento haber creído que su hija de V. lo echa a perder.

-Diga V. que el galán no la ayuda.

-¿Cómo que no la ayuda mi sobrino? (gritó una voz aguda de cierta vieja de siglo y medio, que estaba a mi derecha).

-Señores (saltamos todos) no hay que incomodarse ni tomarlo por donde quema, todos se ayudan recíprocamente, y la comedia *la sacan* que no hay más que ver.

Por fin volvió a sonar el silbato: giramos todos sobre nuestros pies, y quedamos sentados unos de frente y otros de perfil, según la mayor o menor extensión del terreno.

Todo el mundo deseaba la escena de la humillación de don Tello a la presencia del Rey, menos mi vecino el presidente. En fin, llegó aquella escena, y D. Pedro, vengándose de lo sufrido por el buen Aguilera, trató al Rico-hombre con una altivez sin igual: por último, al decir los dos versos:

«A cuenta de este castigo
tomad estas cabezadas»,

Se revistió tan bien de su papel y de un sublime entusiasmo, que aunque los bastidores no eran muy dobles, no hubieron de parecer muy sencillos al sobrino, según el gesto que presentó. Los aplausos de un lado, las risas generales por otro, y más que todo, el aire triunfal de D. Pedro, enfurecieron al sobrino D. Tello, en términos que desapareciendo de su imaginación toda idea de ficción escénica, arremetió con don Pedro a bofetones; éste, viéndose bruscamente atacado, quiso tirar de su espada, pero por desgracia no tenía hoja y no pudo salir. Los músicos alborotados saltaron al tablado, el apuntador desapareció con su covacha, la ronda se metió entre los combatientes y la consternación se hizo general. Entre tanto doña Leonor, la Elena de esta nueva Troya, cayó desmayada en el suelo con un estrépito formidable, mientras D. Enrique de Trastamara corría por un vaso de agua y vinagre.

Todo eran voces, confusión y desorden, y nadie se tenía por dichoso si no lograba derribar una candileja o mudar una decoración. El tablado en tanto, sobrecargado con cincuenta o sesenta personas, sufría con pena tan inaudita comparsa, y mientras se pedían y daban las satisfacciones consiguientes, se inclinó por la izquierda y desplomándose con un estruendo horroroso bajaron rodando todos los interlocutores y se encontraron nivelados con la concurrencia. Ésta, que por su parte ya había tomado su determinación, ganó por asalto la puerta y la escalera, adonde hallé al Presidente haciendo vanos esfuerzos para evitar la retirada y asegurando que *todo se había acabado ya*; y así era la verdad, porque aquí se acabó todo.

(Marzo de 1832)

LAS VISITAS DE DIAS

«On s'embrasse, on s'étuffe à force de
tendresse, et tout bas on me dit de celui
qu'ou raresse».
-PICARD.

Entre las varias modificaciones que con el tiempo ha recibido la antiquísima y loable costumbre de felicitar a los amigos el día de su nacimiento, una es la de trasladarse al del santo de su nombre; y desde entonces fue más importante el calendario, así como resultaron más clásicos que los demás algunos días del año. -Cuando se aproximan, V. gr., el 1º. de enero, el 19 de marzo, el 24 de junio, el 16 de julio, el 8 de setiembre, el 8 de

diciembre, ¡qué movimiento, qué vida en los talleres de sastres y modistas! ¡qué actividad en las fondas y confiterías! ¡qué cálculos entre los proveedores de comestibles!

Amanece el día feliz, y desde muy de mañana los mercados presentan el más lisonjero aspecto; triples órdenes de terneros, salmónes, perdicés y demás familia que sustentan los tres elementos para ponerlos a disposición del cuarto. ¡Qué día para los mayordomos! ni la bolsa de Londres ofrece más animación, más combinaciones que las que presenta a primera hora de tales días la plazuela de San Miguel. Los compradores de las fondas y casas grandes dan el precio de los víveres y los hacen pasar a sus oficiales; siguen su movimiento los criados asturianos y demás especuladores subalternos, y las criadas vizcaínas y alcarreñas acuden después a espigar el resto; todos se retiran cargados, y en menos de dos horas desaparecen de aquel recinto algunos quintales de peso. -Empieza después el movimiento rápido de barberos, que aquel día tienen que asistirá todos sus parroquianos a la misma hora; luego, los peluqueros de antaño y los de ogaño, los sastres de allende y de aquende y las modistas se cruzan con los mozos de las confiterías, que sostienen en sus manos sendas fuentes con castillos de dulce, templetos, navíos, estatuas y obeliscos...

Hay varios modos de dar los días; el mejor, sin duda, es el que va acompañado de alguno de aquellos apéndices; pero aquí no se trata del mejor; sólo si quisiera trazar el más elegante.

Las ocho, «el barbero»; las nueve, «el peluquero»; las diez, «el sastre» el sastre no parece... ¡maldito sastre! las once, ya está aquí; -a ver, probemos nada, no vale nada; lléveselo V., maestro...; las doce, «señor, la berlina de la calle del Baño...». Vamos allá.

La primera hora está dedicada a aquellas visitas de amigos de confianza, adonde puede uno ir *de mañanita* antes de las dos de la tarde. -«¿Adónde, señor?». -A la calle de Atocha, número, casa de D. Sinfioriano Calabaza. -El lacayo, repitiendo la orden al cochero, cerró de un golpe la portezuela y echamos a andar.

A este punto y hora saqué mi cartera y empecé a recapitular... una, dos, seis, ocho, doce, diez y siete visitas... no es nada... En seguida me puse a contemplar las tarjetas hechas *ex profeso* para aquel día. Grandes habían sido mis cavilaciones para hacer estas tarjetas; la elegante variedad de la moda las hace mudar tan rápidamente de forma, que apenas hay medio de seguirla... luego, como o no podía adornarlas con una corona ducal o un capacete, ni con una orden militar, como hacen otros, no sabía cómo disponerlas de modo que diesen golpe. Primero tuve tentaciones de hacerlas estampar en un pie cuadrado de cartulina, y el nombre cruzado en una de las puntas en letra muy menuda; pero me hice el cargo de que ya no era nuevo. Luego quise poner las letras al reyes; pero eché de ver que las volverían y quedarían al derecho. Letras góticas, alemanas, tártaras, hebreas, chinas, sirias y egipcias, todas sufrieron mi inspección; hasta que por último me decidí, *para mayor claridad*, por unas griegas del siglo de Pericles, y las hice estampar en cartulinas octógonas y sobre un ramaje oscuro; de manera que conseguí que no se entendiera lo que decía. Muy satisfecho de mi invención, me felicitaba de antemano por la sorpresa que

iban a causar, y apartaba para las respectivas casas las doradas, las plateadas, las azules, las encarnadas y las de tinta simpática.

En esto llegué a casa de D. Sinfioriano, y al ir a entrar, me hicieron saber que él se había marchado, huyendo los cumplidos; «pero pase V. a la sala, que ahí están las señoras...». Las señoras no estaban, y antes que se presentasen, ya había yo tenido un buen rato para mirar los cuadros, atusarme el pelo, remover el brasero y leer *El Diario*. Apareció, en fin, la mamá a medio peinar y por mitad vestida, cubriéndose con una gran capa y dándome excusas de no haber salido antes. Yo se las di igualmente de no haber entrado después; hasta que conociendo por su impaciencia la mala obra que estaba haciendo, tomé el partido de retirarme. Primera visita.

Llegué a la segunda casa a eso de la una, y a tiempo que entre las personas de confianza estaban ensayando en una aria coreada que había de cantar la niña ala noche.

Mi aparición en la sala turbó a la amable cantatriz en términos, que no hubo forma de hacerla seguir mientras yo estuviese allí; con que, me marché. Segunda visita.

A la otra ya me lisonjeaba de encontrar mejor acogida y no caer tan de improviso y extemporáneo; pero salió un lacayo a decirme que las señoras *no recibían*, siendo así que por las risas y el bullicio que yo oía en las piezas inmediatas no pude menos de conocer *que habían recibido*.

Gracias a Dios, a la otra me hallé ya con la sociedad más en regla, y desde la antesala oí la animación de la concurrencia. Entré en la sala; cortesías al frente, a derecha e izquierda. Callaron todos y callé yo; me miraron y les miré; se sentaron y me senté; por último, después de un rato de indecisión...

-¿Usted ha visto qué tiempo, señor don Fulano? (saltó una vieja que ocupaba el flanco derecho del sofá).

«Ya, ya está bueno»; -y sobre esto nos apresuramos todos a dar nuestro parecer, amenizando cada cual la conversación con sus observaciones meteorológicas, hasta que al cabo de un cuarto de hora se agotó la materia, y cuando empezaba a decaer, entraron otras señoras. Pasados los cumplidos y besos de ordenanza, -«¿Ha visto usted qué tiempo, mi señora doña María? -dijo la más vieja, y volvió a renovar la pasada disertación; llegó ésta a su ordinaria frialdad, y ya iba habiendo pausa de diez minutos, cuando unas señoras se levantaron para marcharse; respondieron otras a esta señal; y luego otras y otros, y nos marchamos todos, después de habernos convencido cordialmente de que *hacía mal tiempo*. Otra visita.

La siguiente era de una Pepita, bella como un ángel y elegante como la que más. Hervía la sala en jóvenes primorosos, oficiales y paisanos. Pepita, vestida muy sencillamente, aparentaba no ser el objeto de la reunión, mientras su mamá, su abuela, su tía y hermanitas ofuscaban con sus ricos trajes y elegantes peinados. Variado absolutamente el aspecto de éstos, y habiendo sustituido toda la riqueza del orden corintio a la sencillez

dórica, apenas pude, reconocer al pronto a ninguna de las personas de la casa, a quien veía casi diariamente; reíanse de mis excesivos cumplimientos, y me hablaban con mucha franqueza, agitando los abanicos, hasta que, en fin, ¡pobre de mí! acerté a distinguir las *inveteradas* facciones entre aquellos encajes y pedrerías. Allí la conversación fue más alegre, más sustancial se habló de la ópera; ¡oh qué cosas tan *virtuosamente dilletantis* se dijeron por aquellos señores! ¡Qué de reputaciones teatrales fueron a pique! ¡Qué de otras subieron a las nubes! Por último, convinimos todos en que *ahora no hay ópera*, con lo cual salimos tan satisfechos unos de otros.

Desde aquí me dejé caer en una casa a la antigua, cuyo amo, jefe de una oficina principal, dio punto a sus progresos en el año de 1806, en que subió a su destino, y desde entonces para él el siglo ha permanecido estacionario. En vano sus hijos y nietos le impelen a marchar en él; fijo en sus antiguos usos, sólo les opone una desdeñosa compasión. Entré en la sala y me lo encontré sentado en medio de su familia, con su vestido serio de rico paño, peluca nueva y pechera de encaje. Vino a abrazarme cuando me vio, y me presentó a los suyos con una franqueza y amabilidad sin igual. Componíase la reunión de antiguos empleados, abogados y comerciantes, varias señoras respetables, y algún otro joven, hijos de éstos o meritorios de la oficina, que se ocupaban más que ligeramente de la posteridad del señor don José; y a juzgar por las tiernas miradas de las nietecitas, me persuadí que acaso muy pronto le harían subir *legalmente* una casilla más arriba en su árbol genealógico.

La conversación era animada, alegre y varia, y distraído con ella se me pasó el tiempo, hasta que, oyendo las tres, se levantó D. José para rogarme que me quedara a *hacer penitencia*: negueme absolutamente a ello, pero no pude excusarme al convite del refresco por la tarde, ni a una entrada de Jerez y bollo maimón que circuló, entre los asistentes, y de la cual se me hizo doble participante. Alegre y satisfecho dejé esta amable reunión, después de desear muy *felices días* al amo de la casa, *en compañía de señora y niñas*, repetir a éstas la misma canción, dar la mano a todos los concurrentes, y retirarme, procurando olvidar las cortesías y las medias palabras.

De aquí datan las visitas de alto tono, las que despaché en un instante; en unas hacía desde el coche subir la tarjeta con la apostilla *en persona*. En otras sentaba mi nombre en una lista preparada por el portero; en otras entraba, hacía tres cortesías, me sentaba, me levantaba, hacía seis inclinaciones y me retiraba. En algunas terciaba un momento en la conversación general, que era siempre sobre los dos puntos consabidos: tiempo y ópera. Deseando darla pábulo, tomaba en unas la defensiva de lo mismo que había atacado en la anterior, y a lo mejor me encontraba con que el lejano interlocutor con quien cruzaba mi disputa era uno que en la visita última me sostuvo lo contrario. ¡Qué de contradicciones, qué de repeticiones, qué de invenciones oí a todos sobre lo mismo que habían dicho a mi vista! ¡Qué de críticas de las casas anteriores! ¡qué glosas sobre los trajes, los dichos, los hechos y los pensamientos! Estando en esto, solía entrar uno de los actores del cuadro en cuestión, y todos callaban; salía poco después, y allí era ella... ¡qué complots! ¡qué sátiras!... ¡qué mala fe!... ¿Y es ésta nuestra buena sociedad?...

Conociendo, en fin, por las miradas, las sonrisas y los secretitos al oído que me había tocado la suerte de quedar en berlina, corrí a meterme en la mía, abandonando un campo donde el más atrevido y el más hablador es el que luce a costa del hombre modesto y apocado.

En este punto dieron las cuatro, y me trasladé a la última casa, donde estaba convidado a comer. Llegué a ella cuando se iban reuniendo los convidados, lo cual no tardó en verificarse del todo. Íbame yo poniendo al corriente de los distintos caracteres que formaban la reunión, cuando anunciaron la sopa. Pasamos al comedor y pero la comida ya pica en historia, y merece por sí capítulo aparte.

(Marzo de 1832)

LOS CÓMICOS EN CUARESMA

«Y con todo esto, son necesarios en la república, como lo son las florestas, las como lo son las cosas que honestamente recrean».

—CERVANTES, Lic. Vidriera.

«Amigo mío: Hallándome comprometido a quedarme en el presente año con el teatro de esta ciudad, y conociendo la afición de V. a estas cosas, le ruego y espero de su amistad se sirva proporcionarnos una buena compañía, pues en ésa, donde se hallan actualmente la mayor parte de los actores, será cosa fácil, y más para V. No me extiende a más, porque V. comprende mi idea, y sólo me limitaré a manifestarle que el tiempo urge, y que no da ya lugar para una negativa. Adiós, amigo mío».

Tal, punto por coma, fue la epístola con que los días pasados se me insinuó mi corresponsal de..., poniéndome con su contenido en uno de los apuros mayores en que me vi en la vida; porque si bien es cierta mi afición al teatro, también lo es que nunca ha pasado más allá de la orquesta, y que para mí sus interioridades son tan desconocidas como las islas del polo.

Pero en fin, después de haber cavilado tres cuartos de hora con la carta en la mano, hirió mi imaginativa el feliz recuerdo de *D. Pascual Bailón Corredera*, el hombre más a propósito de este mundo para sacarme del empeño. -Porque este D. Pascual es un hombre de vara y tercia, que entra, sale y bulle por todas partes, y tan pronto se le halla en la antecámara de un ministro, como en los bastidores de un teatro; ya paseando en landó con una duquesa, ya sentado en una tienda de la calle de Postas; ora disponiendo una comida de campo, ora acompañando un entierro; o disputando en una librería, o pidiendo para los pobres del barrio a la puerta de una iglesia.

Este era el hombre, en fin, que yo necesitaba, y sin perder momento corrí a avistarme con él; hallele componiendo su itinerario del día (del que, en gracia de la brevedad, hago gracia a mis lectores); mas luego que le hube enterado de mi negocio, varió de plan, aceptó mi encargo, y convenidos en un todo echamos a andar para desempeñarlo. Don Pascual, sin manifestarme adónde me conducía, me persuadió de que al momento encontraríamos gente conocida entre los venidos de las provincias, y que de un golpe nos pondrían en el justo medio de nuestra negociación.

-«Porque ya sabe V. -añadió-, que durante la Cuaresma, en que se cierran todos los teatros, hasta el domingo de Pascua, en que empieza el nuevo *año cómico*, bajan a Madrid los *autores* o *formadores* de las compañías, los cómicos y acompañamiento, y realizados aquí los ajustes, salen para los puntos respectivos. Para formar una compañía; por lo regular el empresario, que suele ser un actor antiguo o individuo unido al teatro por lazos de consanguinidad, reúne las *partes* que le convienen, y sin más adelanto que el preciso para gastos del viaje y algunos días de asistencia a toda la compañía, cobra después durante las funciones de todo el año el 25 por 100 o más del capital adelantado; y para hacer el reparto del producto de aquéllas con proporción, se figura a cada individuo lo que se llama *partido*;- v. gr.- A., primer galán, entra con partido de 40 reales; B. con 30; y C. con 20; siendo la entrada 225 reales tocará al primero 100 reales, al segundo 75, y 50 al tercero, a razón de *dos partes y media*; pero como el producto en las provincias es corto, por muchas causas, apenas llegan a cobrar más de *media parte* o *un cuarterón* del partido; así que no es de extrañar la miseria en que generalmente se ven los cómicos de *la legua*, y aun los de las primeras capitales de provincia. Sólo en Madrid, Barcelona y alguna otra ciudad pueden subsistir con decoro y dárselo también a la escena; las demás son compañías de *pipirigaña*, como ellos dicen.

-¿Y hacen ellos esa distinción?

-Esa y otras muchas, aunque ya con el trascurso del tiempo van olvidándose, pero si quiere V. enterarse por menor de ello, lea usted al famoso Agustín de Rojas, quien en su *Viaje entretenido* nos dejó una graciosísima explicación de las ocho maneras de comparsas y representantes, a saber. *Bululú, Ñaque, Gangarilla, Cambaleo, Garnacha, Bojiganga, Farándula y Compañía*. Léale usted, pues, que es rato divertido.

-Pero ahora no subsisten ya esas distinciones.

-Sin embargo, con poca diferencia la cosa en el fondo es la misma; no es esto decir que en el día vayan forrados de carteles como el famoso Melchor Zapata del Gil Blas, pero también es la verdad que suelen andar sin forro de ninguna clase; y aun empeñado el año siguiente para comer el actual. En fin, ya llegamos al punto céntrico, y lo que en él vamos a ver suplirá mis explicaciones».

Al decir esto hicimos alto en la embocadura de la calle Ancha de Peligros, y enfilamos por medio la espaciosa puerta del parador de Zaragoza y Barcelona, que según mi amigo es desde tiempo inmemorial el central depósito de toda gente de teatro advenediza; atravesamos el zaguán; subimos la escalera, y siguiendo lo largo de los corredores, se nos

ofreció a la vista una multitud de habitaciones todas abiertas, todas disponibles y todas llenas de mujeres cantando, viejos que fumaban o chiquillos alborotadores. Acercámonos a una de donde oímos salir grandes voces, y creímos asistir a una pendencia de provecho; mas toda ella se reducía a un cigarro que había faltado de cierta petaca; aunque los interlocutores a fuer de *damas* y *galanes nobles* chillaban tanto y tan de recio, y accionaban con tal calor (fuerza de la costumbre), que al pronunciar una de las damas esta terrible amenaza:

«Dame el cigarro, o las habrás con Roque»,

hubimos de entrar de *partes de por medio* para terminar aquella escena que podría figurar airosamente en uno de los dramas modernos.

Arrancada que fue a la lid aquella heroína, restituida súbitamente a la calma por una de aquellas transiciones rápidas que son tan frecuentes en el mundo *de cartón*, separadas las melenas nada airosas que cubrían su pronunciada faz, y enjugados aquellos luceros que el coraje había eclipsado: -«¿Es usted, mi querida Narcisa? (exclamó don Pascual con un arrebató verdaderamente dramático). -¡Don Pascual! Usted... pues... ¡quién había de pensar!...-¡Ingrata! ¡y qué poco ha conservado usted la memoria de mi cariño! -¡Ingrato! ¡y cuán mal ha pagado V. mi amor!».

La explicación iba siendo vehemente, y yo entre tanto hube de tomar el recurso de reconocer el vestuario, que pendía colgado de sendos clavos alrededor de las paredes del cuarto. Llamome primero la atención un pantalón azul, un marsellés de calesero y una cortina de muselina blanca en forma de turbante, sobre cuyo atavío había un cartón que en letras gordas decía: «*Traje de Otelo y demás moros de Venecia y de otras partes*». - Mas allá un tonelete, una coraza y una peluca a lo Luis XIV, llevaban por distintivo: «*Traje de Carlos V sobre Túnez*». -Una mantilla de tafetán con lentejuelas y un vestido de percal francés: «*Traje de Dido, y también de la viuda del Malabar, con un crespón negro*». -Un tontillo, una escofieta y un jubón con faldillas: «*Traje de Semíramis, de la Esclava del Negro Ponto y demás comedias de Moratín*». -Un pantalón de mahón *figurando carne*, una camisa de mujer y un cinto de cuero: «*Traje de Isidoro en el Orestes*». -Y por este estilo iba siguiendo todo el equipaje hasta unos ocho o diez trajes de ambos sexos. Pero en llegando aquí, escuché claramente la voz de D. Pascual, quien después de un buen rato de cuchicheo preguntaba a Narcisa por su marido. -No sé, contestó ella; ya sabes (y advierta de paso el lector que se habían apeado el tratamiento) que por aquella carta tuya con tu sortija, que me sorprendió, huyó de mí dejándome en Málaga, donde creo que se embarcó, y hace diez años que... -Pues luego, ¿esos trajes de moros y cristianos?... -Esos trajes son... son... -¿De quién, ingrata? -Del segundo galán.

A este punto, ya creí yo poder terciar en la conversación y preguntar a entrambos cuándo podríamos empezar nuestra contrata. -Ahora mismo, contestó D. Pascual: por de pronto ya tenemos dama. -Fáltanos, sin embargo el galán, a menos que V... -Al galán (replicó Narcisa), le hallarán VV. con todos los demás compañeros en la plazuela de Santa Ana; hablándole a V. con franqueza (añadió en voz baja a D. Pascual), él no es gran cosa,

pero... -Lo demás de la explicación no lo pude oír. Levantose de allí a un momento mi amigo, y despidiéndonos de Narcisa emprendimos la marcha hacia la plazuela.

Hervía ésta en corrillos en el punto en que la pisamos. Hombres de todas edades, trajes y cataduras, corrían, se agitaban, se reunían, se separaban, hablaban a voces, hablaban en secreto, y de esta mezcla, de esta actividad, resultaba un espectáculo singular; aquí un grupo de cuatro, vestido, cuál con pantalón de verano, casaquilla gris y gorrita francesa; cuál con su gran capa color de corteza y sombrero calañés, trataban de formar una compañía bajo la bandera de uno de levita blanca, a quien todos agasajaban y perseguían; más allá se disolvía estrepitosamente otra; de un lado se cerraba un ajuste, y ambos contrayentes corrían a firmarlo al inmediato café de Venecia; del otro se armaba una disputa entre dos interlocutores sobre su mérito respectivo.

Formando el primer término de este cuadro y entre la acera de la calle del Prado y los árboles de la plazuela, se dejaban ver en numeroso grupo los individuos de las compañías de la corte, manifestando en sus modales y en su vestido el buen tono y la elegancia. Hablaban de sus teatros, de sus empresas, encarecían sus protecciones, despreciaban sus sueldos, se lamentaban de la decadencia del arte, animábanse contra la boga de la ópera, contaban las intrigas de bastidor y cuchicheaban en voz baja los que ya *habían firmado*. Por vía de sainete se reían de los pobres advenedizos, y con cuestiones malignas o alabanzas exageradas contribuían a mantenerlos en su petulancia y disputas eternas, y en acabando éstas, las hacían volver a empezar.

Don Pascual y yo nos dirigimos a los cortesanos a fin de que nos prestasen el auxilio de sus luces en nuestra ardua operación; hiciéronlo así, y llamando por sus nombres a varios, nos los presentaron como *galanes, barbas, graciosos, característicos y partes de por medio*. No bien corrió la voz de que éramos *formadores*, nos empezaron a sitiar, a acosarnos, a embestirnos por todos lados, y mientras un galán de cincuenta y ocho años nos explicaba su ternura tirándonos del botón de la casaca y humedeciéndonos con rocío que salía por entre sus despobladas encías, un barba mal encarado con voz cigarreña y aguardentosa nos hablaba de su formalidad, y el gracioso, subido en un guardacantón, nos ensordecía a gritos para hacernos reír. Estando en esto sentí por la espalda unos golpecitos de bastón, y me encontré con un hombre de mala traza que me llamó aparte.

-«Pues, señor (haciéndome tres cortesías), no he podido menos de compadecerme al considerar que le ha rodeado a V. la escoria del arte, porque ha de saber V. que éstos son de los que nadie quiere, y de los que llegará el domingo de Ramos y tendrán que reunirse en una compañía de *conformes*, como decimos nosotros». -Y con esto se fue extendiendo lo mejor que supo en pintarme los defectos de varios de ellos, aunque a decir verdad, sospeché por su explicación que él debía ser el peor de todos. Los demás nos miraban con sospecha, y yo la tuve de que adivinaban nuestra conversación, en tanto que los de Madrid, con risas y señas, me daban a entender el concepto que les merecía mi oficioso interlocutor.

Tratábame ya de desembarazar de él a toda costa, cuando el nombre de *Narcisa*, que pronunció, me hizo caer en la cuenta de que el tal era el suplente del marido de la dama

de mi amigo, con lo cual llamé a éste y le dejé con él, mientras que yo me salvé entre los de Madrid, que me convidaron a ver por mí mismo la gracia de mi consultor en un *particular* que celebraban a la noche. -¿Y qué es un *particular*? repliqué yo. -Llámanse así, me contestó uno de los más mesurados, las tertulias de examen que suelen celebrarse en casa de algún actor para oír a los de las provincias. El nombre se ha conservado de lo antiguo por la costumbre que había de representar en las casas de los magnates y sujetos particulares.

«Solían, con efecto (dice Pellicer), los señores, los togados y la gente principal, llamar a los comediantes a sus casas para que hiciesen en ellas algunos *pasos* y aun comedias, y cantasen, después de haber representado en los *corrales*; y a esta diversión casera llamaban un *particular*».

-Que me place -dije yo-, y acepto gustoso el convite a nombre de mi amigo y mío.

Con esto y con dejar citados a varios para el siguiente día en nuestra casa, salimos de la plazuela, discurrendo alegremente sobre lo que habíamos visto, hasta que llegada que fue la noche marchamos al convite. Ya la sala estaba henchida de damas y galanes, de literatos y curiosos, que habían acudido a aquel certamen artístico. Tuvo principio éste con varias relaciones de la *Moza de Cántaro*, *La Vida es sueño*, y el *Tetrarca de Jerusalén*, repetidas con el énfasis y los manoteos de costumbre; luego siguieron varias escenas chistosas y remedos de animales (en los cuales algunos no se hacían gran violencia), y se reservó para final una escena trágica de *Otelo*, entre la bella Narcisa y su compadre el galán de la plazuela.

Difícil sería pintar la originalidad del modo de representar de éste; sus inflexiones, sus suspiros, sus movimientos; sólo diré que era cosa de deshacerse en lágrimas de risa; así como al contrario la dama por su naturalidad hacía nacer sentimientos diferentes. Brillaban, al oír los aplausos a ésta, los ojos de D. Pascual, si bien alguna vez los dejaba caer con desconfianza hacia la puerta de la alcoba, donde además se apercibía un hombre embozado y en pie. Lleno de curiosidad, preguntó quién era aquel sujeto misterioso, y se le contestó que un excelente actor venido de fuera, pero que no quería representar aquella noche.

En tanto la escena entre Narcisa y Roque (*Otelo* y *Edelmira*) fue animándose hasta el punto en que dice ésta:

«Todo me mata,
todo va reuniéndose en mi daño...».
-«Y todo te confunde, desdichada»,

Prorrumpió un grito agudo lanzado de la alcoba. Las miradas de todos se dirigieron rápidamente hacia aquel punto, pero ya el embozado interruptor había franqueado de un salto el espacio que le separaba de su víctima, había soltado la capa, y cogiendo del brazo a aquélla,

«Mírame, ¿me conoces?... ¿me conoces?...»,

la dice con toda la verdad y rabiosa expresión que en tal verso animaba al célebre Maiquez. Un grito de Edelmira fue la única contestación y cayó sin sentido. Los circunstantes nos deshacíamos a aplausos y bravos, y éstos crecieron al oír al nuevo Otelo dirigir a la infeliz estas palabras:

«El cielo soberano te castiga
por un medio distinto... ¿Ves la carta?
pues mira la sortija, aquí la tienes».

Pero viendo que Edelmira nada respondía, que el galán primero, amostazado con el nuevo aparecido se disponía a recobrar su puesto, y que éste no mitigaba su encono, llegamos a sospechar que allí podría haber algo más que fingimiento, y por mi parte adiviné de plano la causa viendo escurrirse bonitamente a D. Pascual, diciéndome al despedirse: «Es él...».

Apresurámonos todos a volver en sí a Narcisa y su marido (que tal era el nuevo Otelo), y conduciendo gradualmente el negocio, vinimos al fin de media hora a una reconciliación conyugal, que terminé yo apalabrando a entrambos para mi compañía. En cuanto a Roque desapareció de nuestra vista, y es fama que aquella noche no durmió ya en Madrid.

En los siguientes días acabé de contratar la comparsa, hasta que reunidos en número de catorce, ajusté una gran galera, donde se empaquetaron entre cofres y maletas, y escribí a mi amigo una carta de *remesa*. Al cabo de unos días me ha acusado el recibo del cargamento sin avería de ninguna especie.

(Abril de 1832)

LA ROMERÍA DE SAN ISIDRO

«Plácenme los cuadros en narración, porque en cuanto a los de lienzo, aunque no dejo de hablar de ellos como tantos otros, confieso francamente que no los entiendo».
—DIDEROT.

Así lo ha dicho un autor francés; por supuesto que lo decía en francés, porque tienen esta gracia los escritores de aquella nación, que casi todos escriben en su lengua; no así muchos de nuestros castellanos, que cuando escriben no se acuerdan de la suya; pero en fin, esto no es del caso; vamos a la sustancia de mi narración.

Yo quería regalar a mis lectores con una narración de la Romería de San Isidro y para ello me había propuesto desde la víspera darme un madrugón y constituirme al amanecer en el punto más importante de la fiesta. Por lo menos tengo esto de bueno, que no cuento

sino lo que veo, y esto sin tropos ni figuras, pero viniendo a mi asunto digo, que aquella noche me acosté más temprano que de costumbre, revolviendo en mi cabeza el exordio de mi artículo.

«Romería -decía yo para darme cierta importancia de erudito-, significa el viaje o peregrinación que se hace a algún santuario», y si hemos de creer al Diccionario de la lengua, añadiremos que «se llamó así porque las principales se hacían a Roma». Luego vino a mi imaginación la memoria de Jovellanos, quien considerando a las romerías como una de las fiestas más antiguas de los españoles, añade: «La devoción sencilla los llevaba naturalmente a los santuarios vecinos en los días de fiesta y solemnidad, y allí, satisfechos los estímulos de la piedad, daban el resto del día al esparcimiento y al placer». Esto, según la ya dicha respetable autoridad, acaecía en el siglo XII, y mi imaginación se dirigía a cavilar sobre la fidelidad de los pueblos a sus antiguas usanzas.

Largo rato anduvieron alternando en mi memoria, ya las famosas de Santiago de Galicia, ya las de nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, y parecíame ver los peregrinos con su bordón y la esclavina cubierta de conchas acudir de luengas tierras a ganar el jubileo del año santo. Luego se me representaban las animadas fiestas de esta clase, que aún hoy se celebran en las Provincias Vascongadas, y de todo ello sacaba observaciones que podrán tener lugar cuando escribiera la historia de las romerías, que no dejaría de ser peregrina; mas por lo que es ahora no venían a cuento, pues que sólo trataba de formar el cuadro de la de San Isidro en nuestra capital. En fin, tanto cavilé, tantos autores revolví en los estantes de mi cabeza, tal polvo alcé de citas y pergaminos, que al cabo de algunas horas me quedé dormido profundamente.

La imaginación, empero, no se durmió: afectada con la idea de la próxima función, me trasladó a la opuesta orilla del Manzanares, al sitio mismo donde la emperatriz doña Isabel, esposa de Carlos V, fundó la ermita del patrón de Madrid, en agradecimiento de la salud recobrada por su hijo el príncipe don Felipe con el agua de la vecina fuente, que según la tradición abrió el santo labrador al golpe de su hijada para apagar la sed de su amo Iván de Vargas. Dominaba desde allí la pequeña colina sobre que está situada la ermita; y la desigualdad del terreno, los paseos que conducen a ella y las elevadas alturas que la rodean, encubrían a mi imaginación la natural aridez de la campiña; añádase a esto la inmediatez del río, la vista de los puentes de Toledo y Segovia, y más que todo, la extensa capital que se ostentaba ante mis ojos por el lado más agradable, ofreciéndome por términos el Palacio Real, el cuartel de Guardias y el Seminario de nobles a la izquierda, el convento de Atocha, el Observatorio y el Hospital general a la derecha; al frente tenía la nueva puerta de Toledo, y desde ella y la de Segovia la inmensa muchedumbre precipitándose al camino formaba una no interrumpida cadena hasta el sitio en que yo estaba o creía estar.

Mi fantasía corría libremente por el espacio que media entre el principio y el fin del paseo, y por todas partes era testigo de una animación, de un movimiento imposible de describir. Nuevas y nuevas gentes cubrían el camino; multitud de coches de colleras corrían precipitadamente entre los ligeros calesines que volvían vacíos para embarcar nuevos pasajeros; los briosos caballos, las mulas enjaezadas hacían replegarse a la

multitud de pedestres, quienes para vengarse, los saludaban a su paso con sendos latigazos, o los espantaban con el ruido de las campanas de barro. Los que volvían de la ermita, cargados de santos, de campanillas y frascos de aguardiente bautizado y confirmado, los ofrecían bruscamente a los que iban, y éstos reían del estado de acaloramiento y exaltación de aquéllos, siendo así que podrían decir muy bien: «Vean ustedes cómo estaré yo a la tarde». Las danzas improvisadas de las manolas y los majos, las disputas y retoques de éstos por quitarse los frasquetes; los puestos humeantes de buñuelos y el continuo paso de carruajes hacían cada momento más interrumpida la carrera, y esta dificultad iba creciendo según la mayor proximidad a la ermita.

Ya las incansables campanas de ésta herían los oídos, entre la vocería de la muchedumbre que coronaba todas las alturas, y apiñándose en la parte baja hacía sentir su reflujo hasta el medio del paseo. Los puestos de santos, de bollos y campanillas iban sucediéndose rápidamente hasta llegar a cubrir ambos bordes del camino, y cedían después el lugar a tiendas caprichosas y surtidas de bizcochos, dulces y golosinas, eterna comezón de muchachos llorones, tentación perenne de bolsillos apurados. Cada paso que se avanzaba en la subida, se adelantaba también en el progreso de las artes del paladar; a los puestos ambulantes de buñuelos habían sucedido las excitantes pasas, higos y garbanzos tostados; luego los roscones de pan duro y los frasquetes alternaban con las tortas y soldados de pasta-flora: más allá los dulces de ramillete y bizcochos empapelados ofrecían una interesante batería, y por último, las fondas entapizadas ostentaban sobre sus entradas los nombres más caros a la gastronomía madrileña, y brindaban en su interior con las apetitosas salsas y succulentos sólidos.

¡Qué espectáculo manducante y animado! Cuáles sobre la verde alfombra formaban espeso círculo en derredor de una gran cazuela en que vertían sendos cantarillos de leche de las Navas sobre una gran cantidad de bollos y roscones; cuáles ostentando un noble jamón lo partían y subdividían con todas las formalidades del derecho.

La conversación por todas partes era alegre y animada, y las escenas a cuál más varia e interesante. -Por aquí unos traviesos muchachos atando una cuerda a una mesa llena de figuras de barro, tiraban de ella corriendo y rodaban estrepitosamente todos aquellos artefactos, no sin notable enojo de la vieja que los vendía; por allá un grupo de chulos al pasar por junto a un almuerzo dejaban caer en el cuenco de leche una campanilla; ya levantándose otros, volvían a caer impelidos de su propio peso, o bien al concluir un almuerzo rompían un gran botijo tirándole a veinte pasos con *blandos* bollos, restos del banquete. Los chillidos, las risas, los dichos agudos se sucedían sin cesar, y mientras esto pasaba de un lado, del otro los paseantes se agitaban, bebían agua del santo en la fuente milagrosa, intentaban penetrar en la ermita, y la turba saliente los obligaba a volver a bajar las gradas penetrando al fin en el cementerio próximo, donde reflexionaban sobre la fragilidad de las cosas humanas mientras concluían los restos del mazapán y bizcocho de galera. En la parte elevada de la ermita algunos cofrades asomaban a los balconillos ostentando en medio al santero vestido con un traje que remedaba al del santo labrador, y en lo alto de las colinas cerraban todo este cuadro varios grupos de muchachos que arrojaban cohetes al aire.

La parte más escogida de la concurrencia refluye en las fondas, adonde aguardaban en pie y con sobrada disposición de almorzar, mientras los felices que llegaron antes no desocupaban las mesas. La impaciencia se pintaba en el rostro de las madres, el deseo en el de las niñas y la incertidumbre en los galanes acompañantes; entre tanto los dichosos sentados saboreaban una perdiz o un plato de crema, sin pasar cuidado por los que les estaban contando los bocados.

Desocúpase en fin una mesa... ¡qué precipitación para apoderarse de ella!... Ocúpala una madre, tres hijas y un caballero andante, el cual, a fuer de galán, pone en manos de la mamá la lista fatal... Los ojos de ésta brillan al verla... «Pichones», «pollos», «chuletas...» ¿qué escogerá? -Yo lo que ustedes quieran; pero me parece que ante todo debe venir un par de perdices; tú, Paquita, querrás un pollito, ¿no es verdad? -«Venga», gritó el galán entusiasmado. -Y tú, Mariquita, ¿jamón en dulce? -Pues yo a mis pichones me atengo. -Vaya, probemos de todo. -«Venga de todo», respondió el Gaiferos con una sonrisa si es no es afectada.

Con efecto, el mozo viene, la mesa se cubre, el trabajo mandibular comienza, y el infeliz prevé, aunque tarde, su perdición; mas entre tanto, Paquita le ofrece un alón de perdiz, y en aquel momento todas las nubes desaparecen. La vieja incansable vuelve a empuñar la lista. -Ahora los fritos y asados», dice, y señala cinco o seis artículos al expedito mozo. No para aquí, sino que en el furor de su canino diente, embiste a las aceitunas, saltando dos de ellas a la levita del amartelado; cae y rompe un par de vasos, y para hacer tiempo de que vuelva el mozo se come un salchichón de libra y media.

Tres veces se habían renovado de gente las otras mesas y aún duraba el almuerzo, no sin espanto del joven caballero, que calculaba un resultado funesto; las muchachas, cual más, cual menos, todas imitaban a la mamá, y cuando ya cansadas apenas podían abrir la boca, les decía aquélla: -Vamos, niñas, no hay que hacer melindres; -y siempre con la lista en la mano traía al mozo en continua agitación.

Por último, concluyó al fin de tres horas aquel violento sacrificio; pídese la cuenta al mozo, y éste, después de mirar al techo y rascarse la frente, responde: -«Ciento cuarenta y dos reales». -El Narciso a tal acento varía de color, y como acometido de una convulsión revuelve rápidamente las manos de uno a otro bolsillo, y reuniendo antecedentes llega a juntar hasta unos cuatro duros y seis reales: entonces llama al mozo aparte, y mientras hace con él un acomodo, la mamá y las niñas ríen graciosamente de la aventura.

Arreglado aquel negocio salen de la fonda, llevando al lado a la Dulcinea con cierto aire triunfal; pero a pocos pasos, un cierto oficialito conocido de las señoras, que se perdió a la entrada de la fonda, vuelve a aparecer casualmente y ocupa el otro lado de doña Paquita, no sin enojo del caballero pagano. Mas no para aquí el contratiempo; a poco rato el excesivo almuerzo empieza a hacer su efecto en la mamá, y se siente indispueta; el síntoma catorce del *cólera* se manifiesta estrepitosamente, y las niñas declaran al pobre galán que por una consecuencia desgraciada, su mamá no puede volver a pie...

No hay remedio, el hombre tiene que ajustar un coche de colleras y empaquetarse en él con toda la familia; más el aumento del recién venido que se coloca en el testero, entre Paquita y su madre, quedándole al caballero particular el sitio frontero a ésta, para ser testigo de sus náuseas y horribles contorsiones. El cochero en tanto ocupa su lugar, y *chas... co-mandanta...*

Al ruido del coche desperté precipitado, y mirando al reloj vi que eran ya las diez, con lo cual tuve que desistir de la idea de ir a la romería, quedándome el sentimiento de no poder contar a mis lectores lo que pasa en Madrid el día de San Isidro.

(Mayo de 1832)

LA EMPLEO-MANÍA

«Hic vivimus ambitiosa paupertate omnes»
-HORAT.

-Pues, como digo a V., el tal D. Anselmo es un mayorazgo acomodado en una de las primeras villas de Andalucía; es joven, buena presencia, amable, bondadoso; pero tiene una debilidad, cual es el afán de figurar; y no contento con la consideración que sus bienes y demás cualidades le dan en su pueblo, siempre anda buscando cargos y comisiones, que, a lo que él cree, contribuyen a realzar su esplendor. ¿Quién sabe lo que él intrigó para hacerse nombrar mayordomo de la cofradía de aquella iglesia parroquial? Consiguiólo, y aquel año pagó la mayordomía bien cara; después aspiró al honor de síndico, y también se le decretaron; pero precisamente en ocasión en que los fondos de propios estaban muy atrasados, con que tuvo que suplir para el pago de contribuciones; luego fue alcalde y cuadrillero; mas pareciéndole ya su pueblo un círculo estrecho para su importancia, se hizo comisionar por el Ayuntamiento para seguir un pleito en la chancillería de Granada; allí se olvidó de su mujer y de su casa, y sólo pensó en buscar recomendaciones, solicitar favor y derramar su dinero en encargos ajenos. Hasta entonces, con el producto de sus haciendas no había necesitado un empleo; ahora ya lo necesitaba, porque aquél cada día era menor. En vano su esposa y sus amigos han procurado hacerle volver en sí, inclinándolo a fomentar su patrimonio y buscar en él una subsistencia independiente; él no oye razones; y por una plaza de oficial duodécimo de cualquiera oficina daría su mayorazgo, sus demás bienes, y hasta creo que su mujer y sus hijos. Por último, se ha dejado de rodeos y se ha venido a Madrid, donde permanece hace doce años, gastando lo que ya no tiene, acosando los ministerios a memoriales, solicitando recomendaciones de los lacayos para los cocineros, de éstos para mayordomos y ayudas de cámara, de éstos para señoras que le venden mucha protección, y de ellas para señores que de todo se acuerdan menos de él; haciendo -antesalas y corteslas, consumiendo zapatos, sombreros y papel sellado, y corriendo, en fin, tras un fantasma, que se le escapa de las manos. ¿No le parece a V. un ente original?

-Eslo sin dada -replicó *D. Fidel de la Vera-Cruz*, con quien yo suelo dar mis paseos filosóficos desde la puerta de Segovia a la de Toledo-; pero por desgracia tiene entre nosotros bastantes copias. (Al llegar aquí hicimos alto como unos dos minutos; sacó *D. Fidel* su caja, ofreciome un polvo, tiré yo el que tenía entre los dedos, tomé otro de aquélla, él hizo lo mismo, y prosiguió la conversación.

-La manía de *D. Anselmo* es general; ni el propietario rico, ni el industrioso fabricante, ni el comerciante, ni el letrado, ni ninguna de las otras clases independientes se consideran por sí solas bastante lucidas como no vayan acompañadas *del empleito*. Este falso raciocinio, esta terrible manía es la que despuebla nuestros campos y nuestras fábricas, al mismo tiempo que hinche de pretendientes las antecámaras y las oficinas; la que arranca al comercio y a la industria los brazos más útiles, para ocuparlos en trabajos rutinarios; la que hace de un hombre activo un intrigante; de un literato un adulador; de un afortunado un ambicioso. Esta es la que a tantos ha hecho infelices, sacándoles del círculo en que pudieran haber brillado, y ésta, en fin, a quien debo yo todas las adversidades de mi vida.-

Volvimos a callar, y pasearnos un rato en silencio; pero animado con aquel exordio y con la franqueza de la amistad, rogué al amigo que me explicase lo que él llamaba sus adversidades, a lo cual condescendió de esta manera:

«-Mi padre era un comerciante acreditado en Alicante, que habiendo heredado del suyo un pequeño capital, adquirido en la mercadería de sedas, supo aprovechar de tal modo su trabajo, que en pocos años logró elevar su comercio a una altura más que mediana; tranquilo en el seno de su familia y de sus negocios, disfrutaba de una vida activa sin agitación, y embellecida por la risueña perspectiva de un aumento progresivo en su fortuna. Varios negocios de comercio lo trajeron a Madrid, donde, alternando con personas importantes, acostumbrándose al ambiente de los salones, y ofuscado por el brillo de los bordados y el seductor lenguaje de la corte, hubo de recibir una impresión demasiado viva, con lo cual empezó a mirar con desdén su bufete, sus fábricas y sus especulaciones mercantiles.

»Su carácter amable e interesante, su talento y finos modales, no tardaron en granjearle un lugar distinguido en la sociedad, y por fin, un empleo de importancia vino a colmarle de placer. Este día, que él celebró como el de su triunfo, fue el primero de sus infortunios.

»Precisado a vivir en Madrid a consecuencia de su nuevo empleo, pasó a Alicante para arreglar sus negocios y transferirlos en un todo a un primo mío, volviendo a la capital con mi madre y conmigo. Yo entonces era muy niño; pero, fuese adulación de padre, o fuese realidad, siempre aquél ponderaba en mí, mientras estuvimos en Alicante, mi disposición para el comercio; mas la nueva carrera a que se veía llamado le hizo variar de plan.

»Por de pronto no se pensó más que en hacerme olvidar los resabios de provincia y constituirme un señorito a la moda. Mis padres, por su parte, se esforzaban en brillar cuanto podían. Gran casa, gran mesa, bailes, academias, abono en el teatro, nada faltaba a su esplendor, y nuestra casa fue muy pronto de las que *estaban en el mapa* de la brillante sociedad de Madrid. Entre tanto yo aprendía a bailar, tiraba al florete, montaba a caballo,

leía en francés y escribía a la inglesa, a la rusa y a la italiana, con lo cual y mi elegante persona, me veía halagado con la idea de una brillante suerte futura.

»Llegué a tener diez y seis años, y mis padres, que ya no podían soportar mis gastos, pensaron en hacerme conocer que sus productos no correspondían y que era preciso que yo trabajase y ganase algo, o por lo menos, que empezase a hacerme digno de ello, con que me propusieron que dijese la carrera que quería seguir. Entonces eché mis cuentas. - ¿Comercio? -Yo carecía de los conocimientos necesarios, y aunque veía prosperar a mi primo, no era cosa de irme yo a poner bajo sus órdenes y reducirme otra vez a Alicante. - ¿Letras? -Yo no las entendía; por otro lado, de nada sirven, no siendo las de cambio o las de Universidad. -¿Milicia? -La verdad, no tenía grandes ánimos, y eso de exponerse uno a que una bala -¿Iglesia? -¿Cómo, si me sentía inclinado a la *propaganda*? -¿Medicina? ¿Artes? ¡¡¡Para todo esto hay tanto que estudiar!!! -Pues señor (le dije a mi padre), como V. no me coloque en una oficina, aunque sea de meritorio... -¡Bravo, bravo! no esperaba yo menos de ti, me dijo mi padre muy satisfecho, y desde aquel día empezó a trabajar para ello.

»No tardó mucho en conseguirlo, porque sus relaciones eran grandes, y así que a poco tiempo, y a pesar de mi repugnancia natural al trabajo, pude ascender a cuatrocientos ducados de sueldo, con lo cual, y con mi uniforme y real título, me consideré un personaje de la más alta importancia. Y estaba tan fiero, que respondí en un tono bastante altivo a mi primo, que me escribió proponiéndome asociarme a su casa y fortuna.

»El amor vino poco después a alterar mi tranquilidad; mas, por desgracia, el objeto que me le inspiró no estaba conforme con mis ideas de engrandecimiento. Así lo advirtió mi padre, y participando también de ellas, fijó su atención en la hija única de mi jefe, y me la propuso, acompañada de un brillante empleo que se me haría obtener. El amor luchó largo tiempo en mi corazón con la vanidad; pero el sistema de mi educación era muy conforme a hacer triunfar a ésta; así se verificó; yo recibí una esposa que mi alma miraba con tedio, y sacrifiqué al destino la desgraciada víctima de mi pasión; mi arrepentimiento la vengó muy luego.

»Mi esposa era una mujer altiva, acostumbrada a ser obedecida, y en mí veía un marido a quien ella había elevado a su altura, cuya consideración la hacía insufrible, dándole un dominio absoluto sobre mí. Poco después de mi matrimonio faltaron mis padres, dejándome por única herencia algunas deudas considerables, que contribuyeron no poco a abreviar su vida, y quedando en un todo a merced de los caprichos de mi esposa. Quise resistirlos; se me amenazó con la separación y pérdida de mi empleo; cedí, y me vi hecho el juguete de mi casa. Entre tanto el cielo había tenido a bien regalarme dos niños y una niña, y mi esposa los educaba a su modo, quiero decir, como la habían educado a ella y a mí. Mi casa hervía en diversiones, y mi sueldo siempre le llevaba gastado con tres meses de adelanto; pero ella se aturdía con las músicas y festines, y yo no osaba hablar alto, de miedo de que todos me echasen en cara mi ingratitud. ¡Miserable condición la de un marido vendido al interés!

«Mi mujer era intrigante y tenía mucho favor, y yo la perdonaba los malos ratos en gracia de los ascensos y mercedes que prodigaba sobre mí. Verdad es que me los hacía pagar bien caros, pues aún me acuerdo de un día que se me concedió un sobresueldo de 4000 reales, y me hizo gastar 12000 en trajes y funciones.

»Ya los hijos iban creciendo, y por más que la quería hacer sentir la necesidad de darles carrera, no lo permitía lo que ella llamaba su *ternura maternal*, halagándome siempre con la idea de que, mediante sus conexiones, les conseguiría a cada uno un buen empleo, con lo cual yo dejábame dormir en estos sueños lisonjeros. Estaba del cielo que las pobres criaturas habían de ser víctimas de la misma manía que su abuelo y su padre.

»Todos tres estaban ya en edad de figurar, y apenas sabían leer; mi esposa empezaba a pensar en ellos alguna vez, cuando la falta de uno de los personajes con quien ella contaba vino a desbaratar sus proyectos, y a poco tiempo la arrebató la muerte también, dejándome con los muchachos sin educación y sin apoyo. Mi carácter, tanto, por el sistema de mis primeros años, cuanto por la especie de dependencia en que siempre me tuvo mi esposa, era para muy poco, así que estas desgracias debilitaron en términos mi salud que, siéndome imposible continuar trabajando, solicité y obtuve mi jubilación.

»Entre tanto los muchachos cada día crecían en necesidades, y habiendo gastado todos mis productos en maestros de esgrima, de canto y de baile, me hallaba con que nada sabían y que para nada eran. El mayor, altivo y presuntuoso, rechazó mis proposiciones de varias colocaciones modestas, y conducido de una en otra calaverada al juego y a la disolución, concluyó a poco tiempo con huir de mi casa, y correr a probar fortuna, sentando plaza en un regimiento... Mi hija, a quien su madre reservaba para los mejores partidos de la corte, a quien yo me propuse adornar de mil habilidades, tiene que sacar hoy partido de ellas para ayudar a nuestra manutención, acudiendo a coser y bordar a un obrador; por último, el menor de mis hijos, mejor inclinado que el primero, ha consentido en pasar a Alicante, al lado de uno de mis sobrinos, como dependiente de su casa de comercio...

»Tal, amigo mio, es hoy la suerte de mi familia; de esta familia, a quien, sin el falso cálculo de mi padre, hubiera yo transmitido la laboriosidad y la opulencia. En prueba de ello, concluiré diciéndole a V. que de los dos hijos que quedaron de mi primo, el uno sigue el comercio y es en el día una de las primeras casas del reino; el otro, después de haber recorrido toda Europa, ha regresado a su patria lleno de conocimientos, y establecido varias fábricas de tejidos, en que brillan al misino tiempo el talento, la actividad y el patriotismo de su dueño».

Al llegar aquí tuvo D. Fidel que reprimir sus lágrimas, y yo, poco menos conmovido, traté de cambiar la conversación, sin que en todo el paseo volviésemos a tocar la de la *empleo-manía*.

(Mayo de 1832)

NOTA. -De todos los artículos que forman la serie de esta revista de costumbres, éste es el que menos ha envejecido por su argumento. Al contrario, la enfermedad endémica que en él se combate, ha crecido con las revoluciones políticas en proporciones tan asombrosas, que el autor de las *Escenas* encuentra hoy extremadamente pálidos los colores que empleó entonces para pintarla. -No lo parecieron, sin embargo, tales, en aquella época, al censor del periódico, el Rmo. P. maestro fray Miguel Huerta, Vicario general de San Agustín y predicador afamado, de quien por otro lado no tiene el autor motivo alguno de queja, antes bien de agradecimiento por su tolerancia, ilustración y deferencia. -En este artículo, sin embargo, creyó ver demasiadas alusiones a las intrigas cortesanas, y suprimió párrafos y episodios que lo dejaron aun más descolorido. Si el autor los hubiera conservado, procuraría colocarlos de nuevo en su lugar propio, marcándoles bien, para que fueran testimonio fehaciente de la miseria de la época, de la suspicacia y meticulosidad que infundía hasta en los hombres más ilustrados y tolerantes, como el R. P. Huerta. -En defensa personal de este respetable religioso, arrastrado después en las revueltas políticas a los bandos militantes, y cuya existencia o paradero ignora, debe el autor decir que, así en esta como en alguna otra ocasión, en que creyó oportunas alguna corrección o supresión, le llamó y procuró convencerle de la necesidad, a vueltas de cumplidos elogios de sus escritos; y éste, que respetaba en él la ilustración, la autoridad y el buen deseo, no tenía el menor inconveniente en suscribirá las menores insinuaciones de tan benévola censura.

UN VIAJE AL SITIO

*«Comme on voit au printemps la diligente abeille
Qui du butin des fleurs va composer son miel,
Des sotisses du temps je compose mon fiel».*
-BOILEAU.

Muy agradable es el viajar, pero lo es aun más el contar el viaje; mi inclinación me llamaba a lo segundo; tuve que verificar lo primero. *El viaje por mis faltriqueras*, de cierto autor, el que hizo otro *alrededor de su cuarto*, y aún el de *un curioso por Madrid*, me parecieron estrecho límite y apocada resolución, si bien no me determiné, como alguno, a viajar por todo el universo desde mi escritorio. Quise, en fin, moverme en cuerpo y alma, y la primera duda que me ocurrió fue el saber adónde iría.

Pareciome por de pronto conveniente el dar vuelta al globo, para cerciorarme de que su figura tiene más de oval que de esférica, y venir a dar a mis lectores tan agradable nueva; pero la dificultad de hallar carruaje de retorno, me disuadió de mi intento; después pensé en atravesar de parte a parte el Imperio chino, para fijar decididamente las dimensiones de la gran muralla; más tarde quise ir a buscar el paso entre América y Asia, con el objeto de establecer allí un portazgo; por último, me decidí a marchar a Aranjuez, y gracias a Dios y a mi constancia lo llevé a cabo y estoy ya de vuelta. (Aquí el *Curioso Parlante* saluda con agrado a toda la sociedad de *curiosos oyentes*, y prosigue de esta manera su narrativa.)

Prolijo sería mi discurso si hubiera de darle principio contando por menor las dilaciones que hube de sufrir para proporcionarme asiento en la diligencia; tampoco hablaré de las que me ocasionó la saca del pasaporte y demás preparativos del viaje; antes bien, dándolas todas por vencidas, me plantaré de un salto en el punto y hora de partida.

El reloj de Nuestra Señora del Buen Suceso sonaba majestuosamente las cinco y cuarto de la mañana, cuando yo atravesaba precipitado la Puerta del Sol con dirección a la casa de postas de donde sale la diligencia. Los viajeros y viajeras iban reuniéndose, mostrando aún en sus semblantes la impresión de la almohada, agradablemente interrumpida en algunos menos curiosos con tal cual ligera pinta de chocolate en la parte más saliente de la nariz, o al o un trozo de barba menos afeitado que el resto, efectos todos de la premura del tiempo. Las maletas respectivas, las sombrereras y los sacos de noche iban siendo, colocados en sus respectivos departamentos, los mozos concluían de enganchar el tiro, y los briosos caballos

«Probaban sus herraduras
En las guijas del zaguán».

Las portezuelas de las tres divisiones, berlina, interior y rotonda, se abrieron en fin, y todos los interesados fuimos tomando posesión de nuestros respectivos asientos; los adioses, los encargos se cruzaban en todas direcciones, y al decir el mayoral: -«¿Hay más?» -suena el reloj la media, ciérranse las puertas, silba el látigo, y rodando la inmensa mole, sale del patio haciendo temblar el pavimento.

Mi posición en aquel instante era la más lisonjera; hallábame en el interior de un coche y en uno de sus ángulos; enfrente tenía a una joven muy linda, y el otro rincón le ocupaba una señora como de treinta, hermosa y elegante; el centro de ambas damas y del testero daba lugar a un finchado caballero, que después averiguamos ser esposo de la primera; un señor de edad y un joven formaban conmigo el otro triunvirato.

La frescura de la mañana, la perspectiva del río, y la alabanza del establecimiento de diligencias, fueron los objetos de las primeras palabras; pero bien pronto la conversación se hizo más animada, más franca, y casi todos dejamos entrever los lisonjeros proyectos que hervían en nuestras cabezas. Fue la primera en tomar esta iniciativa la señora elegante, ostentando cierto aire de altas sociedad y dando a sus palabras el giro más afectado. Los sucesos de buen tono, las intrigas, las bodas, los rompimientos entre las personas más marcadas, eran continuo pábulo a su discurso, y los nombres más estupendos salían de su boca con cierta familiaridad consanguínea o amical. Todos la saludamos en nuestro interior como duquesa, o por lo menos condesa.

No así la otra dama, que ya fuese porque la locuacidad de la primera no la dejaba meter baza en la conversación, ya porque un exceso de penetración femenil la hiciese dudar de la alta clase de nuestra amable parladora, la dirigía ciertas miradas escudriñadoras *desde el alto copete al pie pulido*; escuchaba cuidadosamente sus palabras, y de vez en cuando se descolgaba con tal cual preguntilla capciosa, sin duda con el piadoso fin de pillarla en algún renuncio; pero no la fue posible, porque la incógnita, firme en su posición, la

devolvía un diccionario de expresiones altisonantes, y una floresta entera de anécdotas auténticas de todo lo más notable de Madrid; por último, para hacer mayor nuestro asombro, empezó a hablarnos de Londres y París con tales pelos y señales, que ya no pudimos menos de convenir en que todo el mundo era suyo y que teníamos delante una de las primeras notabilidades de la monarquía.

Nuestras atenciones redoblaban a medida que ella se encumbraba, y muy luego vino a ser la reina de la diligencia; negábala solamente el tributo de admiración la otra dama, y para hacerla sentir más su indiferencia, llevaba casi constantemente la cabeza fuera de la ventanilla: tanto prolongó esta situación, y tanto me chocaba que nunca mirase al camino que teníamos delante y sí al que dejábamos andado, que no pude menos de asomar yo también la cabeza; pero la prudencia me hizo volver a retirarla, pues, aunque ligeramente, noté una mano masculina con guante amarillo que salía de la rotonda y ayudaba a mi graciosa compañera a bajar la persiana.

El esposo, en tanto, metiendo la barba en el corbatín, rizándose el cabello, inflando los carrillos y fumando en luengo cigarro, nos contaba la calidad de las tierras por donde pasábamos; los apellidos, títulos y conexiones de los personajes a quienes pertenecían (todos, por supuesto, amigos suyos), y aun amenizaba su narración con algún rasguño de las costumbres de Getafe y Valdemoro, que podría muy bien alternar en esta relación, si ella no fuese ya de suyo hartamente fastidiosa.

El joven de mi izquierda, que por confesión propia supimos ser un pretendiente veterano que pasaba al Sitio con el objeto de activar eficazmente sus solicitudes, vio el cielo abierto cuando notó que le escuchábamos, y sin tomar aliento, nos contó la historia de sus derrotas en todos los ministerios, nos encareció sus méritos, y fijándose en las oficinas por donde ahora pretendía, nos hizo ver casi palpablemente la injusticia que era el no haberle colocado cuando menos de jefe de alguna de ellas. El señor *del humo* escuchaba con aire importante su relación, acogía sus quejas, ayudaba sus sátiras, y ofrecíale su alta protección: seguro ya de su benevolencia nuestro pretendiente, quiso atraerse la del pacífico anciano que estaba al otro rincón, y empezó a dirigirle la palabra; pero éste sólo le contestaba con cierta sonrisa, ni bien irónica, ni bien satisfactoria, o con palabras, como «*tal vez, ya se ve puede ser*»; que desconcertaron al satisfecho joven, poniéndole de muy mal humor.

Por mi parte, ocupado casi exclusivamente en escuchar la brillante narración de la hermosa incógnita, oía con indiferencia todo aquel diálogo; y ella, a quien no pudieron menos de llamar la atención mis miradas, mi silencio y mi expresión, quiso persuadirme de que su corazón no era de hielo, y cesando súbitamente en su interesante parla, fijó a sus hermosos ojos el oficio que hasta entonces había desempeñado tan bien su lengua. Este nuevo intérprete no era menos expresivo ni menos fuerte que el primero, y forzoso será confesarlo, pero mi turbación creció hasta un punto indecible. La casadita fue la primera que lo advirtió, o por lo menos que dio a entender que lo había advertido, importunando nuestra misteriosa correspondencia con sonrisas y miradas; quiso, pues, hacerla callar, y asomé la cabeza por la ventanilla, mirando a la rotonda y sonriéndome también, con lo

cual cesó de mezclarse en nuestras relaciones, y se cuidó solamente de componer su persiana de tiempo en tiempo.

Llegados a la parada en donde habíamos de mudar segunda vez el tiro, descendimos casi todos, y pude reconocer los demás personajes que ocupaban los distintos compartimentos del coche; yo di la mano a la hermosa para bajar, y me disponía a improvisar mi añeja declaración, cuando otra de las señoras bajada de la berlina, y a quien oí nombrar la *marquesa*, la llamó aparte, y siguieron en conversación todo el rato, con lo que ya no me quedó duda de que ella sería otra tal. La señorita casada no había querido bajar, hasta que se presentó a la portezuela un joven buen mozo, que la ofreció una mano, cubierta aún del anteaudo guante, y descendió. El mayoral llamó a poco rato a volver a ocupar el coche, y por uno de aquellos movimientos que una mujer diestra sabe dirigir, mi diosa halló el medio de ocupar el lugar enfrente del mío; y aunque la otra quiso replicar, no se atrevió, y hubo de sentarse al otro lado.

No hay necesidad de decir que desde entonces nuestra correspondencia no era ya telegráfica, pues algunos *apartes* diestramente ingeridos a favor de la conversación general formaban la nuestra particular. Ocurriósela en esto a mi amable interlocutora sacar el brazo para arreglar la ventanilla, y en el momento... ¡oh sorpresa!... una mano extraña la retiene... el primer movimiento fue manifestar su enojo; pero yo, que eché de ver la equivocación, la advertí prontamente, y con una ligera seña todo lo comprendió, así como la interesada, que yacía en el otro ángulo del coche. Rápida comunicación que sólo cabe en una mente femenil.

La campiña, en tanto, había variado mágicamente de aspecto; a las áridas llanuras, al suelo ingrato y desnudo, habían sucedido frondosas arboledas, valles encantadores; el ruido de los arroyos, el canto de los pájaros, formaban una cadencia lisonjera; corpulentos arboles sombreaban el camino; el aroma de las flores llegaba hasta nosotros; los puentes y pilares anunciaban la proximidad del Sitio, y nuestros corazones iban ya experimentando la dulce embriaguez que el ambiente de Aranjuez inspira. El joven marido excitaba a su esposa a contemplar aquella maravilla; pero ella manifestaba con su indiferencia que la llanura pasada la había sido más grata; el pretendiente redoblaba sus atenciones con todos menos con el anciano, que sufría con paciencia sus impolíticos movimientos, y en cuanto a mí, sólo me ocupaba del objeto que delante tenía.

Tal era nuestra situación cuando entramos en el puente del Tajo; multitud de curiosos nos dirigían sus anteojos y sus saludos; y nosotros, cual otros Anacharsis, les hacíamos conocer en nuestras miradas la superioridad de recién venidos. Paró el coche para reconocer los pasaportes, y todos tuvimos que dar nuestros nombres. -«Señor don *Preciso Necesar* y su esposa». -Servidores de usted, dijo el marido. -«Sr. D. Fulano de Tal». -Presente, contesté yo. -«Sr. D...». -Aquí está, prorrumpió el anciano. -¡Cómo! ¿es posible? (exclamó reprimiéndose el joven y llamándome aparte). ¡Desdichado de mí! ¡Con quién me he ido yo a indisponer! ¡Si es precisamente el director que ha de proponerme para el empleo! -Vea usted, le repliqué yo, uno de los inconvenientes de la diligencia. -«Señora Marquesa de... y su criada», continuó el de los pasaportes.- «Aquí», gritó la señora de la berlina; «la criada está en el interior».

¡Rayo del cielo fue a mis oídos esta voz! Todos lo conocieron; el marido sonreía, la esposa gozaba de la humillación de su antagonista, la miraba con cierto aire de triunfo, y a mí la devolvió el abanico frunciendo los labios y limpiándose las manos. Hasta el pobre pretendiente se consideró con derecho a divertirse conmigo, diciéndome al oído: -Amigo, vea V. otro de los inconvenientes de la diligencia.

En tal difícil situación seguimos hasta la fonda de la Flor de Lis, donde hicimos alto y descendimos; la criada habladora siguió a su ama después de haber recibido saludos irónicos de todos los compañeros; el pretendiente cabizbajo se deshacía a cortesías con el anciano, que respondía con su natural indiferencia; yo me retiré al primer corredor de la fonda y ocupé uno de los cuartos; pared por medio dio fondo el matrimonio consabido, y más allá el caballero del guante; con lo cual pensamos todos en descansar, lavarnos, vestirnos y esperar la hora del paseo.

Sabido es que después del mediodía, la reunión del buen tono es en la fuente de la *Espina* del jardín de la Isla; allí dirigí mis paseos, saboreando, durante la travesía por el jardín, el aire embalsamado, el canto armonioso, de las aves, la hermosa vista de las flores, el ruido de las fuentes y cascadas, y la delicia, en fin, del hermoso sitio de quien decía Lupercio:

«La hermosura y la paz de estas riberas
Las hace parecer a las que han sido
En ver pecar al hombre las primeras».

Entrando en la plazuela de la fuente, vi sentadas las damas bajo los templetes que la decoran, y una multitud de elegantes en pie formando grupos y dirigiendo sus miradas a las más hermosas. La conversación era poco animada; la escena nada varía, y sólo crecía un tanto cuanto en interés cuando entraban nuevas señoras en aquel recinto; fijábanse en ellas todas las miradas; las ya sentadas se hablaban en secreto; los caballeros rodeaban a los recién venidos que las acompañaban, les hacían preguntas de cómo habían dejado la capital, qué tal había salido la ópera nueva, cómo estuvo el baile de... y luego los nuevos preguntaban a los antiguos sobre las cosas del Sitio.

«Y bien, Marqués, ¿qué vida lleváis aquí? -Chico, nada, como ves; una vida muy *circular*. -Pero ¿y los jardines? -Hermosos, pero yo no he pasado aún de aquí. -¿El teatro? -Insoportable. -¿Los toros? -¡Bah!... -¿Las tertulias? -Aquí no hay tertulias; ya te lo digo, esto es *secarse*. -Por lo menos, las giras de campo... -Nada menos que eso; quince días ha que en casa de pensamos en hacer una partida de campo *en borricos*; pero todavía no nos hemos determinado a madrugar una mañana. -¡Pues yo os creía más dichosos! -¡Ah! ¡Los dichosos sois los que estáis en Madrid!».

Por supuesto, debe creerse que en aquel recinto hallaría yo a todos mis compañeros de viaje; que saludé respetuosamente al anciano; que no pude menos de sonrojarme al ver a mi brillante conquista detrás de la Marquesa; que al encontrar en la plazuela al matrimonio mi vecino no tardé en mirar a lo lejos el satélite de aquel planeta. -¿Quién es ese sujeto? -le pregunté a un amigo que había hablado al marido. -Este es un D. Nadie, que en todas partes se cree indispensable, porque las gracias de su esposa le atraen

muchos amigos, que él los toma por suyos. -¡Cuántos hay como él, de quien nadie hablaría si no fuera por sus mujeres! - Entonces le conté todo nuestro viaje, y no pudimos menos de reír juntos.

Salimos por fin de la plazuela, y atravesando el jardín, sólo hallamos de trecho en trecho algún corro de señores mayores hablando de asuntos graves, parándose cada momento, y siguiendo a lo lejos a sus respetables consortes, que iban reconociendo lentamente los mismos sitios en que medio siglo antes habían recibido acaso el primer flechazo de amor.

Retirado a mi posada, tuve que contentarme con una comida mal condimentada y peor servida, y por la tarde salí al paseo de la *calle de la Reina*, que era a aquella hora el punto de reunión. La misma escena que por la mañana, aunque en distinto teatro. Todas las damas sentadas a lo largo del enrejado de los jardines; las conversaciones no hay por qué repetirlas: -«¿Quiénes han venido en la diligencia esta mañana? -¿Quién es ese que ha pasado? -¿Y por qué Fulana no va con...? -¿Han tronado? -¿Y tiene *plan* con esa que acompaña?» Y así de los demás. Nosotros, por nuestra parte, nos dábamos la posible importancia: hablábamos alto, con estudio, y no mirando al que dirigíamos la palabra; saludábamos con elegancia y haciendo una cuidadosa distinción según la jerarquía o *notabilidad* de la persona saludada; y si podíamos pillar del brazo a un *entorchado* o una *llave dorada*, ¡qué ufanos y qué orondos nos paseábamos entonces!

Cansado, en fin, de esta pantomima, me retiré, y después de la función del teatro, donde no tuve tampoco motivo de gran satisfacción, volví a mi posada tranquilamente. En el cuarto inmediato al mío había visto luz, y de cuando en cuando oía el ruido de las botas de alguno que paseaba por el corredor, con lo que me persuadí de que el D. Preciso tomaba el fresco: convencime más y más de ello, cuando de allí a un instante miré abrirse la puerta de mi habitación y entrar al mismo; sin embargo, mi imaginación es rápida, y no pude dejar de notar que no traía botas.

-¡Ah, buena maula! -exclamó alborozado al verme-¿Con que V. es el *Curioso Parlante*?
-¿Quién? ¿Yo?

-Vamos, no hay que hacer la deshecha, que lo sé de buen original y además soy suscriptor a las *Cartas Españolas*, ¡ay, amigo! y ¡qué artículo tan bello me prometo ya sobre vuestro viaje! artículo *cómico*, ¿no es verdad? (y la risa interrumpía sus exclamaciones). ¿A qué sale allí a relucir aquel pobre hombre pretendiente, y aquel personaje incógnito, y V. también, ¿no es así? ¿con sus amores con la dama habladora, que luego salimos con que era una criada? ¿Y mi mujer? ¿Qué dirá V. de mi mujer y de mí? ¿Soy yo también persona que *hace*?

-No, amigo mío -interrumpí con cierta sonrisa-; usted es la *que padece*.

Un ligero ruido en la puerta inmediata vino en este momento a llamar nuestra atención; levantámonos, salimos al corredor, vimos entreabierta la puerta del todo, y hallamos al caballero consabido y que en aquel momento acababa de entrar, y a la señora, que sentada junto a la ventana escuchaba sus palabras; el primer movimiento fue el de la

turbación; pero recobrando el mancebo su serenidad, expresó que sólo una equivocación de la puerta de su cuarto podría haber sido causa... Entonces ella se explayó en demostrarnos lo fáciles que eran estas equivocaciones de noche, y yo defendí con tesón, tan excelente idea, con lo cual el esposo se dio por satisfecho y a guisa de hombre de buen tono hizo los debidos ofrecimientos al vecino; éste por su parte correspondió con toda la cortesía de un caballero, y yo, sin pensarlo, tuve que terciar en la relación de gentes que debían conocerse y apreciarse. -La conversación se animó; el Adonis nos ofreció su valimiento y conexiones en el Sitio, nos invitó a ver todas sus curiosidades, aceptamos y de allí en adelante no nos separamos ya ni para ver la casa de Labrador, ni en la de la Monta, ni en el Cortijo, ni en el Molino, ni en el Riajal.

Pero bien pronto esta vida monótona, que se repetía exactamente todos los días, comenzó a fastidiarme, y para que no concluyera por hacerlo del todo, tomé la determinación de regresar a Madrid. Subí de nuevo en la diligencia y mas no quiero contar lo que me pasó a la vuelta, porque sería repetir lo ya dicho; como que en situaciones semejantes las escenas se parecen unas a otras.

(Junio de 1832)

EL PRADO

«Irás al Prado, Leonor,
En cuya grata espesura
Toda divina hermosura
Rinde tributo al amor.
¡Cuántos mirándote allí
Aumentarán sus desvelos!
No quieran, Leonor, los cielos,
Que te los causen a ti».
-Comedia antigua.

«Hacia la parte oriental (de Madrid) luego en saliendo de las casas sobre una altura que se hace, hay un suntuosísimo monesterio de frailes Hierónimos con aposentamientos y cuartos para recibimientos y hospedería de reyes, con una hermosísima y muy grande huerta. Entre las casas y este monesterio hay, a la mano izquierda en saliendo del pueblo, una grande y hermosísima alameda; puestos los álamos en tres órdenes que hacen dos calles muy anchas y muy largas, con cuatro o seis fuentes hermosísimas y de lindísima agua, a trechos puestas por la una calle, y por la otra muchos rosales entretejidos a los pies de los árboles por toda la carrera. Aquí en esta alameda hay un estanque de agua que ayuda mucho a la grande hermosura y recreación de la alameda. A la otra mano derecha del mismo monesterio, saliendo de las casas, hay otra alameda también muy apacible, con dos órdenes de árboles que hacen una calle muy larga hasta salir del camino que llaman de Atocha. Tiene esta alameda sus regueros de agua, y en gran parte se va arrimando por la una parte a unas huertas. Llaman a estas alamedas el *Prado de San Hierónimo*, donde de invierno al sol, y de verano a gozar de la frescura, es cosa muy de ver, y de mucha

recreación la multitud de gente que sale de bizarrísimas damas, de bien dispuestos caballos, y de muchos señores y señoras principales en coches y carrozas. Aquí se goza con gran deleite y gusto de la frescura del viento todas las tardes y noches del estío, y de muchas buenas músicas, sin daños, perjuicios ni deshonestidades, por el buen cuidado y diligencia de los alcaldes de la corte».

He aquí una pintura del Prado de Madrid hecha en el siglo XVI, y consignada en un librote *nuevo* de puro *viejo*, que, como varias personas, no tienen otra recomendación que los muchos años que sobre sí cuenta. ¿Qué diría el autor (*maestro Pedro de Medina*) si levantara la cabeza y fuérale permitido dar ahora un paseo desde la puerta de Recoletos hasta el convento de Atocha? -Diría... ¡qué había de decir! que el mundo se rejuvenece como cabeza de setentona con los específicos del doctor Oñez, y que lo que ayer era blanco, suele aparecer prieto al siguiente día.

Por lo demás, si tales alabanzas prodigaba al Prado, cuando lo desigual e inculto de su inmundo término, lo espeso de sus matorrales, la oscuridad de sus revueltas, el inmenso arroyo que corría por toda su extensión, y demás circunstancias que le afeaban, hacía olvidar tal cual trozo más bello que de trecho en trecho pudiera amenizarle, ¿qué diría, vuelvo a repetir, si le atravesase hoy en toda su extensión de cerca de media legua, marchando siempre por una superficie plana y sólida, diestramente compartida en magníficas calles de árboles, cuyas ramas se entrelazan formando una bóveda encantadora? ¿Qué al contemplar en toda su extensión ocho primorosas fuentes, entre ellas la de la Alcachofa, Neptuno, Apolo y Cibele, cuya excelente ejecución honra la memoria de los artistas españoles? ¿Qué del lindísimo Jardín Botánico, de la elegante perspectiva del Museo, del gracioso peristilo de la Real Platería, de las magníficas calles que desembocan en el paseo, y de tantos objetos, en fin, como constituyen su actual hermosura?

Verdad es que en aquellos siglos de valor y de galantería el amor embellecía, como en éstos, los sitios más ásperos y escabrosos, pues aunque el festivo Lope de Vega, en un momento de mal humor, se dejó decir:

«Los prados en que pasean
Son y serán celebrados;
Bien hacéis en hacer prados,
Pues hay hiel, para quien sean»,

el mismo Tirso de Molina, Calderón, Moreto y demás poetas de su tiempo, se esmeraron en encomiarle a porfía con las descripciones más interesantes y románticas. Así que el Prado desde aquel tiempo ha seguido ocupando un lugar privilegiado en las comedias y novelas españolas.

¡Quién no tiene en la memoria aquellas escenas interesantes, aquellas damas tapadas, que a hurtadillas de sus padres y hermanos venían a este sitio al acecho de cuál o cuál galán perdedizo, o bien que se le encontraban allí sin buscarle! ¡Quién no cree ver a éstos tan valientes, tan pundonorosos, tan comedidos con la dama, tan altaneros con el rival!

¡Aquellas criadas malignas y revoltosas, aquellos escuderos socarrones, en fin, que el actor Cubas nos representa tan al vivo en el teatro! -Qué es el escuchar en estas ingeniosísimas comedias (únicas historias de las costumbres de su tiempo) aquellos levantados razonamientos, aquellas intrigas galantes, aquella metafísica amorosa, que no sólo estaba en la mente de los autores, pues que el público la aplaudía y ensalzaba como pintura fiel de la sociedad y espejo de sus acciones! ¡Qué gratas memorias no deberían acompañar a este Prado que todos los poetas se apropiaban como suyo! Pero al mismo tiempo, ¡qué de venganzas, qué de intrigas, qué de traiciones no cubrieron también su suelo! Con efecto; su fragosidad, las circunstancias políticas y la inmediatez al corte del Retiro, llegaron a darle en los últimos reinados de la casa de Austria una celebridad casi funesta.

Por fortuna, en el estado actual de nuestras costumbres el Prado sólo ha conservado la parte galante. Las damas, no ya encubiertas, sino ostentando todo el encanto de sus amables atractivos, vienen periódicamente todas las tardes a este delicioso sitio, seguras de hallar en él al galán o galanes, objeto u objetos de sus suspiros; la reunión de la parte más visible del pueblo, y la franqueza que da la costumbre de verse en él, hacen a este paseo la primera tertulia de Madrid.

Figurémonos verle en una de las apacibles tardes del verano, cuando ya pasada la hora de la siesta, regado durante ella, y refrescado además con las exhalaciones de los árboles y las fuentes, empieza a ser el punto de reunión general. Sea en aquel momento en que la multitud, abandonando las calles estrechas del lado de San Fermín, y las de Atocha, las del Jardín Botánico y las del paseo de Recoletos, viene a refluir en el gran *salón*, centro de todo el Prado. Situémonos para el efecto de la perspectiva en la entrada de dicho Salón por delante de la fuente de Neptuno; a la derecha tendremos la calle destinada a los coches, que corre a lo largo de todo el paseo. Mirarémosla henchida de carruajes de todas formas, de todos tiempos y de todos gustos, que desfilan en vuelta pausadamente, dejando en el medio espacio para los coches de la familia real, a cuyo paso todos paran y saludan con respeto.

Esta parte del paseo tiene un carácter de originalidad peculiar del país y de la época, y que revela la confusa mezcla de nuestras costumbres antiguas con las imitadas de los países extranjeros; v. gr.: Detrás de un elegante tilbury, que Londres o Bruselas produjo, y que rige su mismo dueño desde un elevado asiento, conduciendo pacíficamente al lacayo, sentado una cuarta más abajo, viene arrastrando con dificultad un cajón semi-oval y verdi-negro, a quien el maestro Medina podría muy bien llamar carroza en el siglo XVI, y en el XIX llamamos *simón*, verdadero anacronismo ambulante. Síguele en pos linda carretela abierta charolada y refulgente, con sendas armaduras en los costados y letras doradas en el pescante; hermosas damas elegantemente ataviadas a la francesa con sombreros y plumas ocupan el centro; el cochero, de gran librea, obliga con pena a los briosos caballos a seguir el paso del furgón que va delante, y dobles lacayos con bellos uniformes, bandas y plumeros, coronan aquella brillante máquina. Inmediato a ella sigue un coche cerrado, conducido por pacientes mulas que duermen al paso, permitiendo también gozar de las dulzuras de Morfeo al cochero, al lacayo y al señor mayor que va dentro; no lejos de él pasa el modesto cabriolé que la bondad marital de un médico

dispensó aquella tarde a su esposa; ni falta tampoco almagrado y extraño coche de camino con grandes faroles, y ataviado a la calesera; ni berlina redonda con soberbios caballos andaluces, que comprometen la pública prosopopeya; por último, unos de grado y otros por fuerza, todos se sujetan al carril trazado desde la entrada del paseo por la fuente de Cibeles hasta la puerta de Atocha, y en el mismo, aunque por entre las filas de coches, lucen su gallardía los elegantes jinetes, quiénes solos, quiénes acompañados de damas que ostentan su bizarría dominando un fogoso alazán.

Inmediato a ese paseo, mírase una estrecha calle, que formaría parte del salón principal, sólo interrumpida por la fila de bancos de piedra, si el buen tono no hubiera hecho en ella una división más sensible. Como los carruajes van despacio, y los elegantes que no tienen coche tomarían muy a mal el ser confundidos con la multitud, eligieron este pequeño recinto como el punto más a propósito para conservar cierta correspondencia con la sublime sociedad que se pasea sentada, y aun a despecho del olor ingrato de las mulas y caballos, y del polvo que ellos y los carruajes levantan, todo lo más notable del paseo se *extracta* aquí: no sin graves apreturas, encontrones, distracciones y contorsiones. Cierran con los bancos este recinto multitud de sillas, ocupadas todas mediante el modesto rédito de ocho maravedís, que es al poco más o menos el valor del capital. La extensión del paseo proporciona la ventaja de volverse a encontrar varias veces durante la tarde, con un período, ni tan corto que fatigue, ni tan largo que enoje o haga olvidar.

¡Qué campo tan fecundo para el observador! Sentado en una silla, cruzados los pies sobre otra, los anteojos sobre la nariz, y el bastón bajo la barba, si se inclina al lado de las fuentes en la parte principal del salón, mira desfilar delante de él la inmensa multitud; por poca que sea su penetración, muy luego descubre las intriguillas amorosas, sorprende las furtivas miradas de las niñas, las sonrisas de inteligencia de los mozos; marca los saludos expresivos; nota en los semblantes de las madres los diversos síntomas de la vanidad, del cariño maternal o del desprecio; tiembla al contemplar la imprudente seguridad del padre, que entretenido por el travieso niño, se distrae con él, mientras que su hermanita acaba de recibir un billete que un apuesto mancebo resbala en su mano; sorprende las expresiones de doble sentido y las que se dicen al paso mirando a otro lado; está en antecedentes respecto al juego de pañuelos y al lenguaje del abanico, y nada, en fin, se escapa a su vista penetrante y escudriñadora.

Si girando sobre su silla (con cuidado por supuesto, para que no se destruya tan débil máquina con notable desmán del caballero contemplativo) vuelve la vista al estrecho y elegante recinto, advierte la misma escena, aunque más mímicamente representada. -Mira a los elegantes rigoristas, afectando en su traje, en sus modales y en su habla las costumbres extranjeras; obsérvalos andar tortuosamente y sin dirección fija, ora arrimándose a los coches para ver pasar uno y recibir la grata sonrisa de alguna hermosa dama, ora volviendo rápidamente cerca de los bancos para asistir al paso de otra con quien aparecen en cierta inteligencia; hablar alto, formar corro, acompañar entre sí un momento a éstas, y dejarlas rápidamente para dar media vuelta en sentido inverso siguiendo a otras.

Todas éstas y más mudanzas habían hecho una tarde el caballero Don-Tal y el caballero Don-Cual, sujetos ambos cuya fama se extiende desde la Puerta del Sol hasta la Red de San Luis, desde el Salón del Prado hasta el teatro del Príncipe; miran pasar un elegante landó, corren precipitadamente a situarse en paraje conveniente, mientras que una hermosa joven baja acompañada de un caballero de edad; síguenla de cerca, y entablan en *francés* el diálogo siguiente:

- «*Ce mari, mon cher, est un homme bien original... toujours auprès de sa femme.*
- *Cela t'étonne?... Un chevalier du quinzième siècle.*
- *Epoux d'une élégante du dixneuvième.*
- Que veux tu, mon cher? ces vieux maris dissent que le cœur ne vieillit pas.*
- *Oui... et leurs petites femmes... hein? (con sonrisa irónica).*
- Chut, mon cher, notre homme peut nous entendre.*
- Bah! Tu oublies que de son temps n'apprennait en Espagne que notre pauvre langue! Car, je conviens, nos ayeux etaient des sottés gens!*
- Cependant, malgré nos avantages modernes, Madame fait la creulle... Elle ne te regarde pas, mon cher...*
- Elle m'adore cependant, car elle rit toujours lors qu'elle, me voit... oui, mon cher, elle rit.*
- Bravo, mon cher, bravo; c'est bon signe».*

A este punto pasó un quídam del lado de la pareja marital, y habiéndola saludado le cogió el esposo del brazo y siguieron andando; viendo el recién venido que ambos consortes iban riendo, no pudo menos de preguntarles la causa, y el marido con suma cachaza lo dijo en voz alta:

-Amigo, no puede V. figurarse lo que me voy divirtiendo con esos tontos de extranjeros que vienen detrás.

-(*Diable*, dijo uno de los dos. -*Tais toi*; replicó el otro.)

-Porque han pasado y repasado mil veces por delante para ver a mi mujer; vuelven, se paran, y hacen, en fin, más mudanzas que los danzantes que suelen ir delante de las procesiones.

-Pero habla V. bajo, que lo van a comprender.

-¡Qué han de comprender! Si no saben el español; nada; impunemente puedo decir que son unos majaderos.

(La esposa en este momento estrechó el brazo de su marido, como temiendo que ellos lo entendiesen.)

-No tengas miedo. ¿Te parece que esos tontos se habían de ocupar en aprender el español? Nada menos que eso. En su tiempo no se aprende tal lengua.

-Es que, replicó el amigo, pudieran ser españoles, y acaso me atrevería a apostar, pues en sus modales echo de ver más caricatura que carácter francés.

-¡Cómo es posible que lo sean? ¿No va usted que no entienden lo que digo?

-Cierto, que eso me hace dudar...

(Durante esta conversación, ellos, haciendo los indiferentes, siguieron hablando de cosas generales, siempre en francés, sin darse por notificados del contenido diálogo.)

Cerca ya de anoecer, subieron en su coche los consortes y salieron del Prado. Inmediatamente corrieron casi a escape por la Carrera de San Jerónimo los dos elegantes ambiguos, siguiendo el coche; pero el cochero (a quien sin duda habían descuidado aquella tarde) no les tenía consideración, pues sacudiendo los caballos, obligó a los de a pie a volar y sudar, hasta que convencidos de que con cuatro pies se va más lejos, y que ellos por la bondad del cielo no podían contar más que con dos cada uno, dieron media vuelta y regresaron al Prado, metiéndose por el medio del Salón.

Todo lo observaba yo desde la fuente de Neptuno, y no siéndome indiferente averiguar el final de sus aventuras, seguilos con disimulo, y pude escuchar su conversación. Por supuesto, era en español corriente, y por los nombres que mutuamente se dieron, no pude menos de conocer que eran en un todo *originales*. Hablaron largo rato de su aventura, rieron estrepitosamente, y después se lamentaron de que por haber paseado *del lado de allá* habían faltado a la ella con ciertas *chicas* que les habrían estado esperando *del lado acá*.

-Ya ves -decía el uno, durante la fuerza de la tarde-, ya conoces que sería muy *plebeyo* pasear a este lado.

-Es verdad, y aunque acaso nos hubiera traído más cuenta...

-Sí, pero tú debes decirlas que hasta el anoecer no nos esperen.

-Cierto que ya al anoecer es distinto, porque al cabo esta es una intriguilla de *tercer orden*, y como si dijéramos de *entre sol y sombra*.

En esto, una viejecilla con dos muchachas frescas y francas apretaron el paso detrás de ellos, y llegando bonitamente a su lado, les insinuaron con mucha suavidad la punta de un alfiler en cada brazo. -¡Ah! Fulanita, Zutanita, ¡son VV.! -Y desde este punto y hora, una conversación jovial y animada se entabló entre los cinco, mientras subían graciosamente interpolados por la calle de Alcalá. Pasaron (sin entrar) por el elegante café de Solís; dejaron a uno y otro lado los concurridos de la Aduana, los Dos Amigos, La Estrella, Buen Gusto, etc., y dieron fondo en uno de los ángulos del sombrío y emparrado patio del café de Europa, calle del Arenal, donde les dejaremos por ahora para descansar un rato.

(Junio de 1832)

LAS CASAS POR DENTRO

Carta de un curioso provincial al curioso madrileño

«Señor *Curioso*, muy señor mío: desde que hallándome en esa capital empezó V. a publicar sus observaciones sobre las costumbres de Madrid, en el periódico titulado *Cartas españolas*, me incluí en el número de los suscritores a dicho periódico, lisonjeado por la idea de que, aun después de mi salida de ésa, refrescaría en mi servicio aun imaginación (con el auxilio de V.) aquellos cuadros que tantas veces habían herido mis sentidos. Otro servicio aún más importante me ha hecho V., cual es el de haberme relevado de la insoportable precisión de responder a tantas preguntas como al regresar de mis correrías me hacían siempre mi mujer, mis hijos y mis amigos; precisión a la verdad más dura que lo que parece; pues ya sabe usted que el hacer descripciones no es para todos, y más si han de reunir las circunstancias de verdad, chiste e interés. Así es que vi el cielo abierto con la oferta de usted, y desde entonces, cuando alguno me importuna con sus dudas sobre tal o cual objeto de la corte, siempre le remito al momento en que a V. se le ponga en las mientes hablar de él.

»Pero es el caso, señor *Parlante*, que como quiera que es más fácil preguntar qué responder, casi siempre me encuentro atrasado de contestaciones con estas gentes, y Dios sabe lo que V. me hace penar hasta que llega la suya. Pero llega, y entonces es el pavonearme yo, reunir la asamblea, desplegar majestuosamente el papel, correr la vista en silencio por las primeras líneas, sonreírme un tanto, gozándome en la impaciencia de mis oyentes, y empezar en fin mi lectura con todo el énfasis de un poeta novel.

»Mas la exigencia de los demandantes rara vez se da por satisfecha con la ración que V. nos concede; quisieran ellos en pocos momentos ponerse al corriente de lo que sin duda habrá costado a V. muchos años de observación; y si bien esta ansiedad me parece injusta e irreflexiva, no dejo, sin embargo, alguna vez de convenir con ellos en ciertos extremos.

»Por ejemplo, no pudo menos de hacerme fuerza la reflexión de una de mis niñas, que decía días pasados: -¿Por qué ese señor Curioso casi siempre nos habla de los objetos públicos, como calles y paseos, y nada nos ha dicho aún del interior de las casas? Pues qué, ¿nada hay que decir de ellas en Madrid? -Calla, niña (la contesté yo), que *todo se andará si el palo no se rompe*, y trazas lleva el tal señor de no dejarlo tan pronto. -Mas si bien es cierto que la hice callar, no así calló mi imaginativa, que me inclinó a pensar que la chica podría tener razón, y que si en lo sucesivo habíamos de juzgar con acierto de los dramas íntimos que nos presente en sus cuadros familiares, era indispensable ante todas cosas hacernos tomar conocimiento exacto del lugar de la escena.

»Fue tanta la fuerza que me hizo esa consideración, que me determiné a escribirle a V., y para más empeñarlo en mi objeto (y sin que sea visto querer introducirme en su terreno), me ha parecido conveniente hacerle una ligera descripción de la casa en que yo viví en

Madrid por si en ella encuentra alguna o algunas circunstancias que pueden aplicarse cómodamente a las demás.

»Pero antes de dar principio a mi bosquejo, será bien enterar a V. de que mi marcha a Madrid fue convidado por los veraces ofrecimientos de un antiguo amigo, sujeto de consideración en la corte, el cual exigió de mí la circunstancia de haber de habitar en su casa, con el objeto de no apartarnos un punto en mis correrías por el pueblo; la posición social de mi amigo, y sus más que medianas facultades, me convencieron de que sus ofertas no le serían molestas, y acepté el convite.

»Di fondo en una de las cinco grandes calles que desembocan en la famosa Puerta del Sol, y delante de un longísimo caserón. La multitud de sus balcones y ventanas; la elegancia de su pintura, aún reciente, y las demás circunstancias que constituían su adorno exterior, me afirmaron en la idea de que iba a habitar en un palacio y en el seno de las comodidades; pero puse el pie en el portal y desapareció la ilusión, echando de ver, por mi desgracia, que éste era el primer petardo que se me ofrecía en Madrid.

»Por de pronto, el tal portal era medianamente estrecho, oscuro y prolongado, y la mitad de su espacio hallábase acotado por un remendón de zapatos, que a falta de portero, ejercitaba no mal el oficio de despertador; la otra mitad se hallaba interrumpida por el *doble* y repugnante depósito indispensable en los portales de la corte; por manera que para ganar la escalera era forzoso atravesar entre ambos escollos; es verdad que, en logrando pillar ésta, ya podía uno olvidarse de aquéllos, para ocuparse exclusivamente en las revueltas, desniveles y tortuosidades de tan ingeniosa arquitectura; sólo tenía una contra tan prolijo examen, y era que si por casualidad se oían resonar en la parte más alta las rotundas pisadas del aguador asturiano, no había más remedio que volver a bajar, o hacer que él volviese a subir, por la imposibilidad de hallar paso simultáneo. El adorno de tan magnífica escalinata era correspondiente, y consistía en una barandilla de hierro, enemiga natural de todo guante de color; unas ventanas que daban a un patio, cubiertas con vidrios verduscos y ennegrecidos por las moscas (a excepción, empero, de algunos más claros que los de Venecia, por donde se trasmitía, no sólo la luz, sino el aire y el agua), y en lo alto de toda la fábrica, un tragaluz, que propiamente se la tragaba, y aun también a una numerosa cohorte de bichos centípedos que habitaban aquellas regiones.

»Delante de la meseta principal, un vaso de vidrio, enclavado cerca de una ventanilla, prestaba su escasa luz durante las primeras horas de la noche. Por último, en cada descanso había dos o tres o más puertas que indicaban otras tantas habitaciones separadas, y al lado de cada una colgaba un pedazo de cordel, un hilo de alambre o una cadena tosca de hierro para llamar. Exceptúanse, sin embargo, algunas puertas del piso tercero, donde, sin necesidad de llamar, solían abrir al menor ruido de botas.

»Mi amigo, según pude averiguar a duras penas, ocupaba una de las habitaciones principales. No puedo negar a V. que la primera vista de ella me causó mucha extrañeza, no acertando a encontrar la más mínima analogía entre las circunstancias del sujeto y las de la habitación; pero poco a poco me fui convenciendo de que todo consiste en los

nombres de las cosas más que en las cosas mismas, y que tal podría yo tomar por estrecha y mezquina venta, que no fuese sino espléndido y cómodo castillo.

»Después de una antesala, que por lo breve podría pasar por esdrújulo, se entraba en el gran *salón*, que consistía en un *cuadri* no más *longo* que de unos veinte pies por quince de ancho. Compartían la pared de fachada dos balcones, dejando en el medio un espacio suficiente para un espejo, una mesa con un reloj y dos quinqués. La pintura de toda la sala era sencilla, de color caña, interrumpida en las esquinas por fajas de otros colores, un sofá, una docena de sillas, cuatro chucherías en las rinconeras, seis vistas de la *Suiza* en sendos marcos de caoba, una modesta lámpara pendiente del techo, y un velador colocado debajo concluían el adorno del salón principal; el *gabinete* inmediato jugaba por el mismo estilo, si bien ostentaba dos muebles más, a saber, el indispensable brasero y una jaula dorada cerca del balcón. La alcoba principal no tenía más relieve que la cama lisa, llana y limpia de colgaduras y garrambainas. Pasábase después a unos *dormitorios* a guisa de camarotes de fragata, tan espaciosos, que el durmiente podía muy bien formarse una perfecta idea de su última mansión. En seguida me ostentó mi amigo sus *galerías*, que eran dos corredores, cuyas inevitables paredes se iban desgastando en los codos de los transeúntes. Éstas estaban adornadas con colecciones muy entretenidas de mapas de las provincias de Valaquia y Moldavia.

»También tenemos aquí nuestro jardín» -(me dijo, asomándome a un estrecho patio, donde campeaban hasta unos ocho tiestos, y cuya elevada altura, cruzada en todas direcciones de cuerdas llenas de ropas puestas a secar, le daban cierta semejanza al interior de un buque empavesado). Luego me llevó al *comedor*; verdad es que entonces estaba haciendo de *sala de baño*; después me mostró su *estudio*, cuyas vistas agradables sobre un tejadillo le hacían muy a propósito para el caso. -¿Y el *tocador* de tu esposa? le dije yo. -Ya le hemos dejado adelante, en aquella pieza donde tengo mi biblioteca. -¿También ésa? -También ésa. -En efecto; luego pasamos por la biblioteca, y vi sobre una mesa dos legajos de Diarios de Avisos, una Guía de forasteros, un calendario, un tomo cuarto del Quijote, y una novela sentimental, que el maestro de baile había prestado a la señorita. -Por último, vimos la *cocina*, que era ancha como cañón de chimenea y tan clara como las *Soledades* de Góngora; no tengo necesidad de advertir que se hallaba adicionada con el estrecho recinto que más lejos de ella debía colocarse, porque ya se sabe que ésta es circunstancia indispensable en las cocinas de Madrid. Desde allí se pasaba a una *despensa*, lo suficientemente húmeda para prestar cierto saborete a todos los bastimentos en ella apiñados; y, por último, se bajaba a los *sótanos* y *bodegas*, cuya extensión era tal, que había que mirarlos desde la escalera siempre que estaban surtidos de un carro de carbón o de dos arrobas de vino.

»Tal, amigo mio, era la habitación principal de esta casa; juzgue V. ahora de las demás. Pues siendo cual era, tenía dos tiendas, y en ellas vivían un sombrerero y un ebanista; el zapatero del portal dormía en un chiribitil de la escalera; un diestro de esgrima en el entresuelo; un empleado y un comerciante en los principales; un maestro de escuela y un sastre en los segundos; una ama de huéspedes, una modista y una planchadora en los terceros; un músico de regimiento, un grabador, un traductor de comedias y dos viudas ocupaban las buhardillas, y hasta en un desvancillo que caía sobre éstas había encontrado

su asiento un matemático, que llevaba publicadas varias observaciones sobre las principales alturas del globo.

»Por lo que a mí toca, bien pronto empecé a suspirar por las comodidades a que estaba acostumbrado, y así es que a los dos meses abandoné aquella mansión y volví esta provincia; pero júrole a V. que no pude hacerlo sin notable deterioro de mis sentidos; pues gracias a la escasa luz que el patio empavesado nos suministraba, perdí algunos grados de vista; mi olfato llegó casi a neutralizarse con las continuas exhalaciones de los pozos, albañales, comunes y vertederos de la tal casa; por una consecuencia inmediata vino a resentirse el gusto, que siempre tuve delicado; el oído perdió su natural fineza con la bataola del zapatero, del ebanista, del esgrimidor, de los chicos de la escuela y del músico, sólo el tacto llegó a sutilizármese hasta un punto tal, que atajaba en su camino en el punto y hora que quería a las antropófagas chinches que paseaban mi persona en aquellas fermentadas alcobas durante la hora de la siesta.

»He aquí, curiosísimo señor, la pintura fiel de mi habitación en Madrid; ignoro si las demás (hablo tan sólo de las de la clase media) se le parecen, y en este caso no puedo menos de compadecer a ustedes, porque pagan aprecio de oro tantas inconveniencias, mientras aquí disfrutamos habitaciones cómodas y aun regaladas por lo que ahí cuesta una buhardilla. De todos modos, espero que me conteste para desengañarme, y que reconozca desde ahora uno de sus apasionados en *-El Provinciano*».

Y el *Parlante*, poco deseoso de decidir tamaña cuestión, deja por hoy a sus lectores la propiedad de inclinarse al partido que bien quieran, y al *Provinciano* la posesión de ejercitar su despiadada sátira contra las casas de Madrid.

(Julio de 1832)

NOTA. -Desde que se escribió este artículo en 1832 ha cambiado el caserío de la capital, casi en su totalidad, de modo que ya afortunadamente puede decirse que carece de exactitud aquella pintura, que entonces tenía toda la que exige la verdad. -La reconstrucción de Madrid, que empezó tímidamente en 1821, a consecuencia de la creación de la importantísima Sociedad de Seguros Mutuos, y se desarrolló después con la desamortización de millares de fincas de manos muertas, tomó un crecido vuelo en 1845, hasta el punto de renovar por completo calles, barrios, distritos enteros, como los de la plaza de Oriente, el Barquillo, el Congreso, la Puerta del Sol y calles adyacentes, y dirigidas las obras nuevas por inteligentes arquitectos, las realizaron con otro gusto y hasta con magnificencia y esplendor, verificándose una completa revolución en esta parte de nuestras costumbres. -Hoy, siguiendo el progreso de las artes y la aplicación a esta industria de los grandes capitales, no sólo ha desaparecido casi del todo el antiguo caserío, y sustituido por otro más cómodo, elegante y de mejor aspecto, sino que con la duplicación, por lo menos, de la actual población de Madrid, se ha ensanchado su perímetro en más de una mitad, formando los barrios nuevos y hasta magníficos de Recoletos, Salamanca, la Castellana, Chamberí, Pozas, Argüelles, etc., y haciendo caducar con esta transformación mi antiguo «MANUAL DESCRIPTIVO», 1831-1844,

reduciéndole a ser un documento histórico, tan retrospectivo, o poco menos, que mi otro libro «EL ANTIGUO MADRID».

1808 y 1822

«Etas parentum, peior avis, tulit
Nos nequiores, mox daturos
Progeniem vitiosorem».
-HORAT.

El termómetro de Reaumur señalaba puntualmente 30 grados sobre cero, y el reloj del Carmen acababa de dar las cuatro de la tarde. Todo reposaba en torno de mí; dobles persianas y cristalería impedían la entrada en mi mansión al aire abrasador, que destruye las fuerzas, y a la acción aún más terrible del sol canicular; toda la casa presentaba el aspecto de una verdadera noche, y sus habitantes todos yacían entregados a las dulzuras del sueño; ningún ruido de carruaje ni de paseantes interrumpía el silencio de las calles donde, según la expresión de cierto viajero, «sólo se encontraba a tales horas algún francés y algún perro». -Los cafés, las tiendas, los establecimientos de todas clases, cerrados herméticamente; los portales llenos de mozos que dormían; todo, en fin, reposaba procurando recobrar en brazos de Morfeo las fuerzas que el calor había debilitado.

Brava ocasión para que un extranjero nos hiciese una bella disertación pretendiendo demostrarnos los incalculables perjuicios que esta segunda noche nos proporciona. ¡Con qué exactitud matemática nos ajustará la cuenta de las horas de trabajo que roba a nuestras manufacturas, haciendo subir excesivamente el precio de sus productos! Luego se empeñará en probarnos que inutilizamos la mayor parte del día, suspendiendo todos los trabajos para comer precisamente a la hora en que más calor hay y menos apetito; de aquí sacará la consecuencia de que, sin esta costumbre, la siesta no sería necesaria; después pasará a demostrarnos lo perjudicial que es a nuestra salud el sueño después de la comida, por la acumulación del calor a la cabeza en el momento en que más falta hace en el estómago para operar la digestión; en seguida nos amenazará con el entorpecimiento de nuestros sentidos, con las pléoras, accidentes y parálisis; y en fin, nos dirá tanto... tanto... -Nosotros, sin embargo, bien sea porque la acción del clima pueda más que aquellos argumentos, bien porque una invencible costumbre nos arrastre a ello, marcharemos, sin responderle una palabra, *a dormir la siesta*. -¿Cómo resistir a este impulso general, ni qué hacer donde todos duermen?... Dormir como todos.

Mas como quiera que el señor Morfeo es un sujeto a quien no se puede pedir cuentas de sus acciones; que reparte su beleño cuando le place y sobre quien le place, y por lo visto se hallaba a aquella sazón a algunas leguas de mis sentidos, ello es lo cierto que yo velaba como novia en vísperas, hasta que cansado de volver y revolver sobre mi desvencijada persona, y de dar tormento a la acalorada imaginación, resolví, en fin, abandonar el lecho, abrir un balcón y asomarme a él.

Entonces fue cuando hice las reflexioncillas arriba dichas; y estando haciéndolas, sentí en la cabeza un chinarrito bajado de la vecindad... alzo la vista y miro... No sé si acaso se

acordarán ustedes, señores lectores, de un mi vecino D. Plácido, de quien creo haberles hablado ya. -Pues éste, ni más ni menos, era el que en tal guisa y a tales horas interrumpía mi amostozado soliloquio, para contarme un desvelo como el mío y una resolución idéntica. Y como el silencio de la siesta nos convidaba a cruzarnos de razones, subí a su habitación para hacerlo cómodamente; y medio tendidos en dos sofás, entablamos nuestra sabrosa plática.

Por de pronto discurrimos acerca de los sucesos del día; pero como mi vecino es algo viejo, y a los viejos les sucede con la imaginación lo que con la vista, esto es, que ven mejor los objetos distantes que los más cercanos, muy luego encontró medio de enderezar ingeniosamente la conversación hacia aquellos tiempos en que brillaba en Madrid y en que sus buenos modales, su instrucción y sus conveniencias era tenido por *hombre a la moda*.

-«Desengáñese usted -me decía- el trascurso de treinta años y los extraordinarios acontecimientos que en ellos han mediado han sido bastantes para alterar nuestras costumbres, en términos, que a uno que hubiera dejado nuestra capital en 1802 le sería imposible reconocerla en 1832. Es cierto que en la época actual la hallaría más decorada y decente, observaría más actividad en nuestra industria; admiraría los progresos de las artes; vería con placer los muchos establecimientos destinados a difundir los conocimientos útiles; notaría los adelantos que el buen gusto ha introducido en las habitaciones, en los trajes, en los monumentos públicos, y quedaría al pronto seducido con esta erudición *a la violeta*, que hace a la juventud del día lucir y brillar aun delante de la experiencia y de la senectud.

»Todo esto, no hay duda, ocurriría al forastero de treinta años, y por de pronto, confesaría avergonzado los progresos de la actual generación; pero en cambio de aquellas ventajas, ¿no hallaría muy luego la ausencia de otras más sólidas y duraderas? ¿No echaría de ver muy pronto la alteración que ha experimentado nuestro carácter? ¿Adónde encontraría ya aquella ingenua virtud, aquella probidad natural, que era el distintivo de nuestros mayores? ¿Dónde el sólido sabe, que aunque patrimonio de pocos, ofrecía a la posteridad obras clásicas e inmortales? ¿Dónde aquella franqueza sencilla, que daba a los placeres inocentes su verdadero colorido, y al trato general comunicaba la alegría y confianza? ¿Dónde, en fin, aquella cómoda repartición de fortunas, aquel bienestar general, que ahuyentaba las ideas de ambición y permitía a todos ostentar sus respectivas facultades, sin pretensiones ni cálculos? En lugar de esto, ¿qué hallaría? Desdén de las virtudes pacíficas y sólidas; el vicio embellecido con todos los recursos del entendimiento; fortunas desiguales y rápidas, reputaciones usurpadas; confusión grosera de todas las clases; ficción en el trato exterior; cábala e intrigas interesadas en el interior; la amistad hecha una pura palabra; el amor un juego de ellas; la coquetería convertida en gracia; la pedantería en ciencia y el charlatanismo en virtud. -Esto, desengáñese V., esto, y no más, vería el forastero en nuestros magníficos salones, nuestros refinados espectáculos, nuestros elegantes cafés, tiendas y paseos.

-Páreceme, sin embargo (le contesté yo algo mohíno), que la prevención con que V. mira las cosas le hace verlo todo con colores demasiado fuertes, y en cambio podría yo oponerle cuadros en que resultase todo lo contrario de lo que V. afirma.

-No hay regla -me replicó el vecino-, por general que sea, que no tenga sus excepciones; y no podré negar que acaso serán numerosas las de ésta; mas, sin embargo creo poder asegurar que lo general inclina más bien al bosquejo que llevo trazado. Acaso me pretenderá V. negar las ventajosas circunstancias que yo concedo a nuestra sociedad antigua; pero para convencerle de ello con un ejemplo, le presentaré el espectáculo de una casa donde yo concurría diariamente en 1802.

»El amo de ella, hombre como de cuarenta años, franco, amable y lleno de conocimientos, había seguido su carrera de empleado, hasta llegar a un destino que le proporcionaba un buen sueldo y consideración en la corte. Su esposa, digna de él por su amabilidad y juicio, dirigía el gobierno de la casa con aquella inteligencia e interés propias de quien reúne a una buena educación un constante deseo de hacer felices a su esposo y a sus hijos; y los dos que tenían, varón y hembra, eran el objeto continuo de sus cuidados maternales. El muchacho asistía alas escuelas, y fue puesto en un colegio a los diez años; la niña aprendía cerca de su mamá aquellas labores y conocimientos propios de una mujer que algún día ha de dirigir una casa y hacer la dicha o la desdicha de un hombre. ¡Cuántas horas, contemplando la ventura de ambos esposos, hube de convenir en la felicidad conyugal! En ellos no había más que un pensamiento, que era el de amarse y hacerse más placentera la existencia; el sueldo del esposo y el producto de algunas haciendas bastaban de tal modo a sus necesidades, que después de sostener su casa con esplendor, todavía la económica compañera encontraba medio de hacer algunos ahorros en beneficio de sus hijos.

»La sociedad que frecuentaba tal casa era digna de ambos; amigos francos y leales; jóvenes bien educados; mujeres amables y virtuosas; yo solía asistir a su mesa ciertos días al mes; era abundante, pero sin ostentación; franca sin grosería; después solíamos irnos al teatro o a paseo; volvíamos a casa, y a poco rato empezaba la tertulia. Por supuesto, la primera operación era refrescar y tomar chocolate; luego entraba la partida modesta de mediator o de dominó, en tanto que los jóvenes hacían *juegos de prendas* bajo la inspección de las madres. Todo era allí animación, alegría, franqueza; el amor no temía manifestarse; seguros todos de las buenas cualidades mutuas, no dudaban entregarse a sus puras sensaciones, y yo asistí a mas de tres bodas que resultaron durante el tiempo de nuestra tertulia; la amistad no temía comprometerse; las opiniones se debatían riendo; las disputas concluían con un cigarro, y las pérdidas del juego nunca daban lugar a cambiar un doblón. Daban las once, y todos nos retirábamos satisfechos unos de otros, sin sospechar que hubiera en el mundo otra clase de placeres, y deseando que pasasen las horas para volver a reunirnos. Tal, amigo mío, era el espectáculo que presentaba la casa de D. Melchor del Vallecillo, búsqume V. ahora muchas por este estilo.

-¿Cómo dice V. que se llamaba? (repliqué yo precipitado).

-Don Melchor del Vallecillo. Pero ¿qué tiene usted que se ha inmutado? ¿Acaso le ha conocido o...?

-No, señor, no le he conocido, pero ciertamente no podía V. haber escogido otro ejemplo más a propósito para apoyar su idea; y va V. a verlo.

»Yo frecuento en el día una de las casas más elegantes de Madrid. Todas las circunstancias que deberían embellecer la existencia de un hombre se habían reunido en el amo de ella; salud, fortuna regular, un buen empleo, una mujer con quien se casó enamorado, dos hermosos niños, consideración en Madrid, todo se le ofrecía para hacer su dicha; pues este hombre, por seguir el sistema de la moda ha hallado el medio de ser infeliz.

»Llegado a una edad regular, habiéndose casado y obtenido por su buena suerte el mismo destino que ocupó su padre, empezaron a desenvolverse en él la ambición y la vanidad, y le sujetaron a su carro de tal modo, que dejó de gozar en el momento que debía empezar a verificarlo. Por de pronto, no pareciéndole bien el cuarto en que su padre había vivido, se trasladó a una habitación magnífica; y menospreciando los antiguos muebles que formaban el adorno de aquél, alhajó ésta con todo el refinamiento de la moderna elegancia; su esposa, cuyo carácter débil es muy a propósito para seguir las impresiones que la quieran comunicar, se dejó seducir, como es natural, al aspecto del lujo y la magnificencia; y segundó grandemente las ideas de su esposo; ayudole a derramar su dinero, y creciendo en necesidades superfluas, llegó a poner su casa en un tren que compite con las primeras de la corte.

»Con tan bellos elementos, ¿quién resiste a la tentación de tener sociedad? Tuviéronla, en efecto, y desde el principio vieron llenos sus salones de gentes de varias esferas; desocupados, seductores, damas de fortuna, maridos tolerantes, esposas ligeras, jugadores, músicos y danzantes. El marido, que, como todo hombre de gran tono, empezó por hacer un viaje de dos meses a París, volvió a su casa tan lleno de aquellas *maneras*, que quiso iniciar en ellas a su esposa. Ésta no tardó en aprenderlas y exagerarlas, y muy luego fue citada como el modelo de las damas a la moda. Entre tanto, el gasto de la casa se hizo exorbitante, como puede V. creerlo; el sueldo del destino, los productos de las haciendas, y aun sus mismos capitales, todo desapareció como el humo, y nuestro hombre se ha visto precisado a recurrir a la intriga y a la bajeza con objeto de prosperar más en su carrera, y proporcionarse medios de bastar a su disipación. Su casa desde entonces quedó abierta a ciertos personajes, protectores gratuitos, y a ciertas damas de corte, a quienes adula y encomia, no sin notable burla del resto de la tertulia, que conoce sus miras. Uno de aquellos hombres de mundo, y de las peores ideas, le tiene seducido con su protección, y mientras tanto obsequia a su mujer; ella tal vez no le escuchara, pero el mismo marido... ¡qué infamia!... la obliga a contemporizar y no ponerle mala cara. Entre tanto, él se encierra en su sala de juego, aventura allí el resto de su fortuna, se aficiona a ciertos manejos indecentes, y aturdido con sus pérdidas y ganancias, y con el ruido del baile que suena en el salón, no advierte que han dado las dos de la mañana...

»Pues esta casa que le acabo a V. de describir es la de don Melchor del Vallecillo, y este hombre el mismo don Melchor.

-¡Dios mío! -exclamó mi interlocutor-, ¿será posible? El hijo de mi buen amigo, el joven criado en el seno de la virtud, ¿habrá degenerado hasta ese extremo?

-¡Ay D. Plácido! que no es sino demasiado cierto. ¿Lo ve V., lo ve V.? no le aseguraba yo antes que hoy día... -¿Y qué sirvieron los buenos ejemplos, la excelente educación? - ¡Qué han de servir -me contestó don Plácido-, contra la influencia de la moda y treinta años de diferencia!...».

A este punto llegábamos de nuestra plática, cuando los gritos de los ligeros valencianos que pregonaban sus refrescos, y la animación de las calles nos hizo conocer que era pasada la hora de la siesta, y cogiéndonos afectuosamente las manos, nos separamos sin hablar más.

(Agosto de 1832)

LOS AIRES DEL LUGAR

«¡Qué horror! A Madrid me vuelvo;
Que allí hay más comodidades,
Si los vicios no son menos».
-BRETON.

-«No hay remedio, amigo don Tal: V. está malo, y es preciso desterrar ciertos humores que *nosotros* los físicos llamamos *humores acres, proclives, espontáneos y corruptentes*; y para ello nada encuentro tan acertado como el que vaya V. a *tomar aires* fuera de Madrid.

-»Si V. me lo ordena...

-»Sí, amigo, y con toda la autoridad de la ciencia; su imaginación de V., demasiado ocupada de trabajos mentales, necesita distracción y desahogo: al mismo tiempo, le es a V. conveniente el respirar un aire libre y puro, no como este mefítico que nos rodea en la capital; en fin, la vida del campo volverá a V. sus fuerzas y ensanchará su pecho, ofreciéndole placeres sencillos e inocentes que no ha experimentado aún.

-»¿Y hacia dónde parece a V. que dirija el rumbo?

-»A donde V. quiera, con tal que sea un pueblo sano y a bastante distancia de Madrid.

-»No entiendo esa última circunstancia.

-»Pues créame V., y sígala, aunque sea sin entenderla».

Mi doctor (que es algo brusco de modales) tomó a este punto su sombrero, y me dejó, sin más preámbulos, cavilando sobre el nuevo proyecto que me indicaba. Inmediatamente corrí a rodearme de los ciento y tantos cuadernos que van publicados del *Diccionario Geográfico Universal*; ítem, del Atlas que le acompaña, con el objeto de escoger sitio a donde dirigirme en busca de la salud y de los placeres más puros e inocentes. Todo se me volvía tomar y dejar mamotretos, consultar viajes pintorescos, contemplar estampas de paisajes y marinas, recitar églogas pastoriles, y reunir, en fin, un copioso número de materiales para el nuevo género de vida que iba a seguir durante algún tiempo. Pero por más que cavilaba, nada decidía, hasta que resolví salir a la calle y consultarlo con el primero que la suerte me deparase.

La casualidad a veces sabe más que un libro, y ella y mi buena suerte hizo que me dirigiese a casa de *don Melquiades Revesino*, cuya familia es para mí de la mayor franqueza. Por qué tanto la hallé cuidadosamente ocupada en discutir un proyecto semejante al que a mí me desvelaba, quiero decir, en salir *a tomar aires a un lugar*.

Motivaba esta improvisa determinación (a lo que supe después) cierto amorío de la niña de la casa con el joven *don Luisito del Parral*, mozo brillante, no por su elevada cuna, no por la superioridad de sus talentos, no por la abundancia de sus riquezas; no, en fin, por su perfecta persona, sino por un cierto aire de extranjerismo aprendido en un viaje que hizo a Bayona; por un tono decisivo y abierto, natural de la calle de la Montera, y por cierta elegancia en el vestir, debida a la sabia tijera de *Rouget*, mozo, en fin, a la moda, muy versado en la chismografía corriente, y tan poco conocedor de los sucesos pasados como nada cuidadoso de los futuros.

Pues éste tal era el que, inflamando el corazón de *Jacinta* (que tal era el nombre de mi heroína), alteraba la paz de aquella casa y destruía la salud de la niña, cuya palidez y tristeza aumentaban desde el día en que al celoso don Melquiades se le ocurrió privar a aquél de la entrada en su casa. Desde tal momento la niña era el objeto de sus más solícitos cuidados: se la mimaba cuidadosamente, ya ofreciéndola manjares delicados, ya tomándola maestros de canto y de dibujo, ya llevándola del Prado a la Ópera y de ésta al baile; pero nada era suficiente a borrar la impresión que el mancebo había hecho en su alma, y toda la facultad matritense, convocada al efecto, había declarado solemnemente que la chica adolecía de una melancolía que acabaría con ella, si por el pronto no se tomaba la determinación de sacarla de Madrid. Tal era el apuro de esta familia, que no titubeó un momento en llevar a efecto tan sabia determinación; y he aquí que yo llegué cuando estaban discutiendo el punto de dirección.

Nada les podía servir mejor que mi llegada, pues viniendo, como venía, lleno de la misma ideal y cargado además de erudición geográfica, estaba en el caso de contribuir grandemente a fijar la cuestión. Seducido con la idea que me propusieron de acompañarles en la partida, hablé larga y asombrosamente sobre los diferentes países conocidos; cité lugares célebres, atravesé montañas; salté ríos, y dejé a todos pasmados con lo mismo que acababa de leer (costumbre hartamente frecuente en ciertos sabios del día); pero a todo se me contestaba con esta pregunta: «¿Y cuántas leguas está eso de Madrid?». -Y en pasando del espacio que ellos determinaban ya no había forma de reducirles. -Por

fin, después de largos y acalorados debates y comparaciones geográficas, históricas y críticas, determinamos, de común acuerdo, que el viaje sería a... *Carabanchel*, célebre lugar situado donde acaso más de un geógrafo ignora, y en cuyas ventajosas circunstancias convino toda la sociedad.

Una sonrisa de Jacinta fue la señal de la aprobación general, y desde aquel momento ya no se pensó más que en los preparativos del viaje, que se fijó para de allí a ocho días. Don Melquiades salió a contratar el carruaje, la mamá y la niña al almacén de *Carrillo* a comprar trajes y adornos de camino, a consultar de paso con *madama Adela* la forma de los sombreros, y a despedirse de todos sus conocidos; otro se ofreció a sacar el pasaporte, aunque luego nos ocurrió que, hasta pasadas seis leguas de Madrid no teníamos necesidad de él; otro se encargó de preparar una casa, un poeta de surtido que frecuentaba la tertulia corrió a componer una despedida *cantábile*, y yo me volví a empaquetar mis efectos, mi biblioteca de campo, mis mapas, mis anteojos y catalejos, y a comprar un libro en blanco para escribir las observaciones histórico-críticas del viaje.

En tan complicadas operaciones, llenos de las ideas y proyectos más lisonjeros, y saboreando de antemano los placeres que íbamos a disfrutar, pasaron aquellos ocho días, hasta que lució la suspirada aurora, y antes que el sol iluminase el horizonte, ya nos hallábamos reunidos en casa de don Melquiades con todo el tren y aparato de marcha. Los abrazos, las lágrimas, los suspiros, se prolongaron largo rato; los respectivos utensilios, cofres, maletas, sacos de noche, colchones y demás, fueron colocados en el coche, y subiendo en él el papá, la mamá, la niña y yo, con dos criadas, empezamos nuestro camino escoltados de algunos buenos amigos de la casa, a quienes íbamos dejando, ya en la puerta, ya en el puente de Toledo, ya en la antigua ermita de San Dámaso, ya, en fin, a la vista de Carabanchel de Abajo.

Entre tanto, nosotros gozábamos del aspecto de la campiña, marchando entre dos filas de futuros árboles recién plantados y animando a Jacinta (que nunca había pasado del Canal) a regocijarse con la vista de aquellas tierras de pan llevar, o de tal cual colina de arena que interrumpía la uniformidad del paisaje. Por fin, después de varias preguntas de cuántas leguas habíamos andado ya, después de informarnos de los nombres de los lugares cuyos campanarios alcanzábamos a ver a lo lejos, después de disertar largamente sobre las incomodidades de los viajes, llegamos sin ocurrencia notable a Carabanchel, sin necesidad de hacer noche en el camino, gracias a la agilidad de nuestras mulas.

Echamos pie a tierra en una calle de *cuyo nombre no quiero acordarme*, y ocupamos la casa que se nos tenía preparada: componíase de una salita baja con dos rejias a la calle, una alcoba y varias piezas y dormitorios interiores que daban a las eras; y si bien el adorno, compuesto de una mesa de pino, ocho sillas de Vitoria, dos cornucopias y cuatro estampas de la prisión del Maragato, no correspondía en nada al precio que se nos había exigido ni a la elegancia y porte de nuestras damas, al menos le encontramos muy en armonía con los modales y disposición de los amos de la casa; de suerte que no tuvimos que quejarnos en este punto de la menor discordancia.

Por de pronto, nos examinaron bien, rieron de nuestros sombreros y casquetes: franquearon su puerta a una caterva de muchachos en camisa, que nos perseguían con el epíteto de *lechuguinos de Madrid*, y permanecieron sentados, tranquilos espectadores del descargo de nuestros efectos, sin aproximarse a ayudarnos en nada. Pedimos agua para lavarnos, nos trajeron una cofaina sucia y ordinaria, que pusieron sobre una silla, y para hacer que inundaran el agua a cada uno, tuvimos que sostener tantas cuestiones como individuos éramos; pedimos pan, y no lo había hasta de allí a una hora; quisimos vino, y nos lo trajeron bastante malo; por último, tuvimos necesidad de descansar, y los colchones no nos lo permitieron; hubo, pues, que repartir económicamente los que traíamos, y aun así no fue posible dormir, porque una plaga de moscas, moscones y mosquitos formaban a nuestros oídos un alegre terceto, interpolado de sendas embestidas sobre nuestros rostros; esto, unido a la algarabía que traían las gallinas en el corral, y al calor y la luz que entraban por las puertas y ventanas, que no cerraban bien, nos hizo pasar un rato agradable, parecido a los varios que después tuvimos ocasión de disfrutar. Pero ¿para qué me canso en ir siguiendo metódicamente el orden de los acontecimientos? Basta indicar con rapidez el método de vida a que por necesidad tuvimos que acomodarnos, y haciendo la pintura de un día, puede servir de molde para los demás.

Nos levantábamos tarde, porque no nos acostábamos temprano, porque ningún objeto nos excitaba a madrugar, porque el día se nos hacía más largo e insoportable, porque los bichos voladores nos disputaban el sueño durante la noche, por otras mil y una razones que sería prolijo explicar. Durante el fermentado almuerzo, mal condimentado y peor servido, escuchábamos las novedades del pueblo de boca del sobrino del patrón, *Ferminillo*, mozo travieso y decidor, cuyas novedades se reducían a saber tal cual familia que había llegado de Madrid, con todos los ribetes y circunstancias de lo que traían, lo que gastaban, lo que comían, etc.; luego solía amenizar la relación con alguna que otra paliza dada durante la noche, tal o cual multa o encarcelamiento, y acostumbraba concluir con acompañarse a la guitarra unas infames seguidillas de malignos conceptos y alusiones harto claras.

Cansados de *Ferminillo*, nos dirigíamos a alguno de los jardines y huertas particulares, donde (previa una esquila del dueño, un permiso del mayordomo, un empeño del portero o una recomendación del estercolador) podíamos pasearnos en dos fanegas de sembradura debajo de un emparrado, hasta que solía venir el conde o el marqués propietario, y, o le teníamos que abandonar el campo, o que deshacernos a cumplidos y cortesías. Salíamos de allí cuando el dios de los tabardillos ejercía ya su poderosa influencia, y por las amenas calles de aquella brillante población (interrumpidas por algunos grupos de muchachos que reían de buena fe al mirar el sombrero de Jacinta, o al verme a mí llevando su sombrilla) nos dirigíamos a visitar algunas de las familias compatriotas, a las cuales encontrábamos, o bien entregadas a un profundo sueño, o bien ocupadas en echar de comer a las gallinas; ya jugando al asalto, ya leyendo la *Gaceta de Madrid*, y todos, en general, quejándose de que el día en Carabanchel tenía cuarenta y ocho horas. En fin, después de proyectar algún paseo para la tarde, nos retirábamos a nuestra casa a despachar la parca comida, siempre, compuesta de los mismos artículos, de pollo y tortilla, al menos que algún *propio* enviado de Madrid no nos trajese algo nuevo; dormíamos luego cuatro horas de siesta, y salíamos al paseo de las Eras, o bien al otro

Carabanchel, en unión de alguna otra familia, formando luego en cualquiera casa nuestra tertulia de tresillo hasta las once o las doce.

Tal era la vida agreste que llevábamos, y no hay que decir que cada día nos parecía más necia; la salud de Jacinta empeoraba; la mía no ganaba nada, y ni médico ni botica nos inspiraban confianza para consultarlos; el ejercicio que hacíamos en un país árido e ingrato nos cansaba el cuerpo y nos entristecía el alma; todos los objetos que nos rodeaban inspiraban tedio y desazón: la mezquindad de la habitación y los muebles, la grosería de sus dueños, las chanzas pesadas de Ferminillo, la etiqueta de las gentes que llegaban de Madrid, la monotonía de nuestras acciones, el aspecto mísero del lugar, la privación de toda clase de conveniencias, las intrigas y enemistades ridículas que Fermín nos contaba, todo era muy a propósito para acabarnos de fastidiar, y al cabo de quince días (de los cuales, según mi cuenta, pasamos durmiendo los diez y medio) se empezó a tratar de volver a Madrid. Un incidente imprevisto vino a precipitarlo.

Hacía dos o tres noches que yo había visto por las ventanas que daban a las eras pasar un hombre a caballo con aspecto misterioso, y haciendo salir a Fermín, vi que se hablaban y que se despidió de él el caballero; con lo cual y con decirme Fermín que era un conocido de Madrid que estaba en el pueblo, cesaron mis sospechas, a pesar de que otras noches, a la misma hora, solía verle rondar la casa.

Ya nuestra partida estaba señalada para de allí a ocho días, cuando, reuniéndonos una mañana al desayuno, notamos que Jacinta no venía: llamamos a su criada, y no respondió; pasamos a su cuarto, y vimos que habían desaparecido una y otra, ítem más, el Ferminillo, director de toda la intriga, y sobre la mesa encontramos un billete concebido en estos términos:

«Amados papá y mamá: el estado infeliz a que me ha reducido una pasión violenta, y el convencimiento que tengo de mi pronta muerte si me empeño en resistirla, me han obligado a dar un paso atrevido y ajeno a mis ideas; pero creo que el amor que ustedes me tienen les inclinará a perdonármelo. Yo huyo de la casa paterna, pero huyo bajo la protección de las leyes, y huyo con el esposo que mi suerte me ha destinado. Voy con Fermín y Manuela, y quedo depositada en Madrid en casa de D..., su amigo de ustedes, mientras espero allí la aprobación paternal. Perdón, papá y mamá: no me aborrezcan ustedes, y compadézcanme por haberme visto precisada a este extremo. -*Jacinta*».

No hay que decir el pasmo que en ambos consortes se manifestó con esta ocurrencia; sin embargo, en la mamá noté más serenidad, como si hubiese tenido algún antecedente. Yo me encargué de convencer al padre; y llegado que hubimos a Madrid, viéndose invitado por la autoridad a prestar su aprobación y fuertemente instado por todos sus amigos, cedió por fin a nuestras súplicas, y el matrimonio se celebró ayer con alegría y satisfacción, sin más nubes ni contratiempos.

La niña Jacinta parece satisfecha de haber salido *a tomar los aires*, y no dudo que curará de sus males: en cuanto a mí, si no bastasen los que tomé en Carabanchel, continuaré tomándolos en el Retiro, o me alejaré sesenta leguas de Madrid, donde la sencilla

ignorancia de la aldea no se halle mezclada con la malicia del pueblo bajo de la corte, y donde la campiña, más varia, ofrezca mayor novedad y desahogo. -Esto fue sin duda lo que me quiso decir mi médico.

(Agosto de 1832)

EL AMANTE CORTO DE VISTA

«¡Ay cielos! sueño despierto;
Pierdo cuando estoy ganando;
Soy lince y a oscuras ando,
Y, en fin, apunto y no acierto».
-TIRSO DE MOLINA.

«¡Cómo! (exclamará con sorpresa algún crítico al leer el título de este discurso) ¿tampoco los vicios físicos están fuera del alcance de los tiros del *Curioso*? ¿Ignora acaso este buen señor que no le es lícito particularizar circunstancias que quiten a sus cuadros las aplicaciones generales? ¿Y quién le ha dicho tampoco que sea razonable presentar el ridículo de un vicio físico, por lo menos sin que vaya acompañado de otro moral?».

-Paciencia, hermano, y entendámonos, que quizá no es difícil. Venga V. acá; cuando ciertos vicios físicos son tan comunes en un pueblo, que contribuyen a caracterizar su particular fisonomía, ¿será bien que el escritor de costumbres los pase por alto, sin sacar partido de las varias escenas que deben ofrecerle? Si hubiese un pueblo, por ejemplo, compuesto de cojos, ¿no sería curioso saber el orden de la marcha de sus ejércitos, sus juegos, sus bailes, sus ejercicios gimnásticos? Pues ¿por qué no se ha de pintar el amor *corto de vista* donde apenas hay amante que no lo sea?

Por otro lado, ¿quién le ha dicho a V. que esta enfermedad *de moda* no presenta su aspecto moral? ¿Tan difícil sería probar su origen de la depravación de costumbres, de los vicios de la educación, o de los excesos de la juventud? Conque, ya ve V., señor crítico, que este asunto entra naturalmente en la jurisdicción de mi benigna correa; conque ya V. conocerá que no hay inconveniente en hablar de él... ¿No?... pues manos a la obra.

Los ejemplos me salen al paso, y no tengo más que hacer que la elección de uno. Tóquele por hoy la suerte a Mauricio R... y perdone si le hago servir para desarrugar la frente de mis amables lectoras. -¿Y quién es el tal? -El tal, señoras mías, es un joven de veinte y tres años, cuya figura expresiva y aire sentimental descubre a primera vista un corazón tierno y propenso al amor; no es por lo tanto extraño que encontrase gracia cerca de ustedes. Así ha sucedido, pues, y algunas aventurillas en calles y paseos previnieron al joven Mauricio de sus ventajosas circunstancias; mas por desgracia el pobre mancebo tiene un defecto capital, y es... el ser corto de vista; muy corto de vista; lo cual le contraría en todos sus planes.

Alto, señoras, no hay que reírse, que mi héroe no lo toma a risa, ni sabe sacar partido como otros muchos de este mismo defecto, para ser más atrevido y exigente, para ostentar sobre su nariz brillantes gafas de oro, o para sorprender con su *inevitable* lente las miradas furtivas de las damas. Nada menos que eso. Mauricio es sensible, pero muy comedido, y más bien quiere privarse de un placer que causar un disgusto a otra persona. -Bien hubiera deseado ponerse anteojos perpetuos, como hacen otros sin necesidad y sólo por petulancia; ¡pero dicen tan mal unos espejuelos moviéndose al precipitado compás de la *Mazzowrka*! Y Mauricio a los veinte y tres años no podía determinarse a dejar de bailar la *Mazzowrka*. -Buen remedio era por cierto el lente colgante; pero además de la prudencia con que lo usaba, ¿cómo adivinar las escenas que iban a suceder para estar prevenido con él en la mano? -Si la hermosa Filis volvía rápidamente hacia él sus bellos ojos, o dejaba caer su pañuelo para darle ocasión de hablar con ella, ¿quién lo había de prever un minuto antes? Si creyendo sacar a bailar a la más hermosa de la sala se hallaba con que se había ofrecido a una momia de Egipto ¿de qué le servía el lente un minuto después? -Vamos, está visto que el lente no sirve de nada, y Mauricio, que conocía esto, se desesperaba de veras.

El amor, que por largo tiempo se había complacido en punzarle ligeramente, vino por fin a atravesar de parte a parte su corazón, y una noche en el baile de la Marquesa de... Mauricio, que bailaba con la bella Matilde de Lainez no pudo menos de espontanear una declaración en regla. La niña, en quien sin duda los atractivos de Mauricio hicieron su efecto, no se determinó a reprenderle,

«Fauie d'avoir le temps de se metre en courroux».

Y he aquí a mi buen mancebo en el momento más feliz del amor, el de mirarse correspondido por la persona amada.

Ya nuestros amantes habían hablado largamente; tres *rigodones* y un *galop* no habían hecho más que avivar el fuego de su pasión; pero el sarao se terminaba, y el rendido Mauricio renovaba protestas y juramentos; tomaba exactamente la hora y el minuto en que Matilde se asomaría al balcón; la iglesia donde acudía a oír misa, los paseos y tertulias que frecuentaba, las óperas favoritas de la mamá; en una palabra, todos aquellos antecedentes que vosotros, diestros jóvenes, no descuidáis en tales casos. Pero el inexperto Mauricio se olvidaba en tanto de reconocer puntualmente a la mamá y a una hermana mayor de Matilde que estaban en el baile; no hizo alto en el padre de ésta, coronel de caballería; y por último, no se atrevió a prevenir a su amada de la circunstancia fatal de su cortedad de vista. El suceso le dio después a conocer su error.

No bien llegó la hora señalada, corrió al siguiente día a la calle donde vivía su dueño, repasando cuidadosamente las señas de la casa. Matilde le había dicho que era número 12, y que hacía esquina a cierta calle; mas por cuánto la otra esquina, que era número 72, parecióle 12 al desdichado amante, y fue la que escogió como objeto de su bloqueo.

Matilde que le vio venir (ojos femeniles, ¡qué no veis cuando estáis enamorados!) tiró su almohadilla, y saliendo precipitada al balcón, ostentó a su amante todas las gracias de su

hermosura en el traje de casa; pero en vano, porque Mauricio, situado a seis varas, en la otra esquina, fijos los ojos en los balcones de la casa de enfrente, apenas hizo alto en la belleza que se había asomado al otro balcón.

Este desdén inesperado picó sobremanera el amor propio de Matilde; tosió dos veces, sacó su pañuelo blanco; todo era inútil; el amante dolorido la miraba rápidamente, y la volvía la espalda para ocuparse en el otro objeto. Una hora y más duró esta escena, hasta que desesperado el buen muchacho y creyéndose abandonado de su dama, sintió fuertes tentaciones de aprovechar el rato con la otra vecina que tan inmóvil se mostraba. No pudiendo, en fin, resistirlas, y viendo que de lo contrario perdía la tarde del todo, se determinó al cabo (aunque con harto dolor de su corazón) a hacer un paréntesis a su amor, y hablar a la airosa vecina.

Dicho y hecho; atraviesa la calle, marcha determinado bajo el balcón de Matilde; alza la cabeza para hablarla; pero en el mismo momento tírale ella a la cara el pañuelo que tenía en la mano (al que durante su furor había hecho unos cuantos nudos), y sin dirigirle una palabra, éntrase adentro y cierra estrepitosamente el balcón. Mauricio desdobló el pañuelo y reconoció en él bordadas las mismas iniciales que había visto en el que llevaba Matilde la noche del baile... Miró después la casa, y alcanzando a ver *Visita general, número 12*: ¿cómo pintar su desesperación?

Tres días con tres noches paseó en vano la calle; el implacable balcón permanecía cerrado, y toda la vecindad, menos el objeto amado, era fiel testigo de sus suspiros. La tercera noche se daba en el teatro una de las óperas favoritas de la mamá; colocado en su luneta, con el auxilio del *doble* antejo, recorre con avidez el coliseo y nada ve que pudiera lisonjearle; sin embargo, en uno de los palcos por asientos cree ver a la mamá acompañada de la causa de su tormento. Sube, pasea los corredores, se asoma a la puerta del palco; no hay que dudar... son ellas... Mauricio se deshace a señas y visajes, pero nada consigue; por último, se acaba la ópera, espéralas a su descenso, y en la parte más oscura de la escalera acércase a la niña y la dice:

-«Señorita, perdone V. mi equivocación... si sale usted luego al balcón la diré... entre tanto, tome usted el pañuelo.

-Caballero, ¿qué dice usted? -le contestó una voz extraña, a tiempo que un menguado farolillo (de los farolillos que alumbran pálidamente las escaleras de nuestros teatros) vino a revelarles que hablaba a otra persona, si bien muy parecida a su ídolo.

-Señora...

-¡Calle! y el pañuelo es de mi hermanita.

-¿Qué es eso, niña?

-Nada, mamá; este caballero, que me da un pañuelo de Matilde.

-Señora... yo... dispense V... el otro día... la otra noche, quiero decir... en el baile de la marquesa de...

-Es verdad, mamá, el señor bailó con mi hermana, y no es extraño que dejase olvidado el pañuelo.

-Cierto, es verdad, señorita, se quedó olvidado... olvidado...

-A la verdad que es extraño; en fin, caballero, damos a V. las gracias».

Un rayo caído a sus pies no hubiera turbado más al pobre Mauricio, y lo que más le apesadumbraba era que en una punta del pañuelo había atado un billete en que hablaba de su amor, de la equivocación de la casa, de las protestas del baile, en fin, hacía toda la exposición del drama, y él no sabía qué suerte iba a correr el tal papel.

Trémulo e indeciso siguió a lo lejos a las damas, hasta que entraron en su casa y le dejaron en la calle en el más oscuro abandono. En balde aplicaba el oído por ver si escuchaba algún diálogo animado; la voz lejana del sereno, que anunciaba las doce, o la sonora marcha de los sucios carros de la limpieza, era lo único que hería sus oídos, y aun sus narices; hasta que cansado de esperar sin fruto, se retiró a su casa a velar y cavilar sobre sus desgraciados amores.

Entre tanto, ¿qué sucedía en el interior de la otra casa? La mamá, que tomó el pañuelo para reprender a la niña, había descubierto el billete, se había enterado de él, y pasados los primeros momentos de su enojo, había resuelto, por consejo de la hermanita callar y disimular, y escribir una respuesta muy lacónica y terminante al galán con el objeto de que no le quedase gana de volver; hicieronlo así, y el billete quedó escrito, firmado de letra de mujer (que todas se parecen), cerrado con lacre y oblea, y picado por más señas con un alfiler. Hecha esta operación se fueron a dormir, seguras de que a la mañana siguiente pasaría por la calle el desacertado galán. Con efecto, no se hizo de rogar gran cosa; pues no habían dado las ocho cuando ya estaba en el portal de en frente, sin atreverse a mirar. Estando así, oye abrirse el balcón...y... ¡oh felicidad! una mano blanca arroja un papelito; corre el dichoso a recibirle, y encuentra... el balcón se había cerrado ya, y la esperanza de su corazón también.

En vano fuera intentar describir el efecto que hizo en Mauricio aquella serie de desgracias; baste decir que renunció *para siempre* al amor; pero en fin, era mancebo, y al cabo de quince días pensó de distinta manera, y salió al Prado con un amigo suyo. -Era una de aquellas noches apacibles de julio que convidan a gozar del ambiente agradable bajo los frondosos árboles; y sentados ambos camaradas empezaron la consabida conversación de sus amores respectivos. Mauricio, con su franqueza natural, contó a su amigo su última aventura, con todos los lances y peripecias que la formaban, hasta la amarga despedida que sus adversas equivocaciones le habían proporcionado; pero al acabar esta relación sintió un rápido movimiento en las sillas inmediatas, donde, entre otras personas, observó sentados a un militar y a una joven; arrímase un poco más, saca su antejo... (¡Insensato! ¿por qué no lo sacaste desde el principio?) y conoce que la que

tenía sentada junto a él oyendo su conversación era nada menos que la hermosa Matilde. - «¡Ingrata!...». Fue lo único que pudo articular; mientras el papá llamaba a un muchacho para encender el cigarro. -«Yo no he escrito ese billete». (Esta respuesta obtuvo al cabo de un cuarto de hora.) -«¿Pues quién?...».-«No sé... llévelo V.; a las doce estaré al balcón».

La esperanza volvió a derramar su bálsamo consolador en el corazón del pobre Mauricio, y lleno de ideas lisonjeras aguardó la hora señalada; corre precipitadamente bajo el balcón; con efecto, está allí; ya mira brillar sus hermosos ojos, ya advierte su blanca mano; ya... Mas ¡oh, y qué bien dice Shakespeare, que *cuando los males vienen no vienen esparcidos como espías, sino reunidos en escuadrones!* Aquella noche se le había antojado al papá tomar el fresco después de cenar, y era él el que estaba repantigado en la barandilla, no sin grave agitación de Matilde, que le rogaba se fuese a acostar para evitar el relente.

-«Bien mío -dijo Mauricio con voz almibarada-, ¿es usted?

-Chica, Matilde (la dice el padre por lo bajo), ¿es contigo esto?

-Papá, conmigo no señor; yo no sé...

-No, pues estas cosas, tuyas son o de tu hermana.

-Para que vea V. (continúa el galán amartelado) si tuve motivo de enfadarme, ahí va el billete...

-A ver, a ver, muchacha, aparta, aparta, y trae una luz, que voy a leerle...».

Dicho y hecho; éntrase a la sala mirando a su hija con ojos amenazadores; abre el billete y lee... «*Caballero; si la noche del baile de la Marquesa pude con mi indiscreción hacer concebir a V. esperanzas locas...*

-¡Cielos!; pero ¡qué veo!... ésta es la letra de mi mujer...

-¡Ay, papá mío!

-¡Infame! A los cuarenta años te andas haciendo concebir esperanzas locas...

-Pero, papá...

-Déjame que la despierte, y que alborote la casa».

Con efecto, así lo hizo, y en más de una hora las voces, los gemidos, los llantos, dieron que hacer a toda la vecindad, con no poco susto del *galán fantasma*, que desde la calle llegó medio a entender el inaudito *quid pro quo*.

Su generosidad y su pundonor no le permitieron sufrir por más tiempo el que todos padeciesen por su causa, y fuertemente determinado llama a la puerta: asómase el padre al balcón: -«Caballero, tenga usted a bien escuchar una palabra satisfactoria de mi conducta». -El padre coge dos pistolas y baja precipitado, abre la puerta: -«Escoja V.», le dice. -«Serénese V., contesta el joven; yo soy un caballero; mi nombre es N., y mi casa

bien conocida; una combinación desgraciada me ha hecho turbar la tranquilidad de su familia de V., y no debo consentirlo sin explicársela».

Aquí hizo una puntual y verdadera relación de todos los hechos, la que apoyaron sucesivamente mamá y las niñas, con lo cual calmó la agitación del celoso coronel.

Al siguiente día la Marquesa presentó a Mauricio en casa de Matilde, y el padre, informado de sus circunstancias, no se opuso a ello.

Desde aquí siguió más tranquila la historia de estos amores; y los que desean apurar las cosas hasta el fin, pueden descansar sabiendo que se casaron Mauricio y su amada; a pesar de que ésta, mirada de cerca, a buena luz, y con anteojos, le pareció a aquél no tan bella, por los hoyos de las viruelas y algún otro defectillo; sin embargo, sus cualidades morales eran muy apreciables, y Mauricio prescindió de las físicas, no teniendo que hacer para olvidar éstas sino una sencilla operación, que era... quitarse los anteojos.

(Setiembre de 1832)

LAS TIENDAS

«¿Quién nos dirá (dejadas sus cautelas
Mayores) lo que cuestan sus encajes,
Sus cadenetas, randas y arandelas?
¿Quién las ciegas mudanzas de los trajes?».
—B. DE ARGENSOLA.

Eran las once en punto de la mañana, y yo no debía hallarme hasta las doce en cierta parte del mundo adonde la obligación me llamaba. Quiero decir, que tenía sesenta minutos delante de mí para disponer de ellos a mi sabor. Encontrábame a la sazón en medio de la Puerta del Sol, mansión natural de todo desocupado aquella hora lo estaba a más no poder. Lánguido e indiferente, dejábame llevar en simétrica alternativa, ya a una esquina ya a otra; y mientras nada hacía, recreábame en mirar los estimulantes anuncios literarios que decoran aquellos eruditos postes admirando su profusión y la variedad de nombres clásicos que denuncian a la Posteridad. En estas y otras cavilaciones me asaltó de improviso la idea de que si «para dormir no es menester luz», para pensar tampoco se necesita estar en pie; y esto diciendo, por lo más ancho la famosa calle Mayor, huyendo de los encontrados pasos de diligencias, coches, ciegos, aguadores, borricos e importunos; y dejando a un lado las gradas de San Felipe, tan animadas en tiempo de Quevedo, tan solitarias hoy, di fondo en uno de los elegantes almacenes de géneros que se encuentran sobre la izquierda.

Era cabalmente en un momento en que los cuatro jóvenes que regentaban el mostrador se encontraban sin pedidos, quiero decir, que no había más gente en la tienda que ellos y yo, que entraba.

-Felices días, señores. -Adiós, Sr. D. Tal (*le nom ne fait pas à l'affaire*). -¿Cómo así tan desocupados? ¿Habrá acaso entrado la economía de Dupin o de Bergery en el sistema de las madrileñas? ¿Qué es esto? vuelvo a decir; ¿qué soliloquio es éste? ¿Ha invadido el cólera morbo nuestra capital, o ha dejado de venir el *Journal des Modes*? Porque sólo causas tan graves pudieran hacer a esas varas castellanas estar paradas a tales horas. -Es la verdad, me contestó el más almibarado; pero no hay que extrañarlo, pues en el *Diario* de hoy se hacen tales anuncios, que habrán llamado la concurrencia hacia el Sur, hasta que, desengañada por la milésima vez, ven a antes de una hora, como de costumbre.

Y no había acabado de decir esto, cuando vimos entrar por la puerta a una dama muy elegante, seguida de su lacayo, y saludando con aire marcial a los jóvenes, que la contestaron con el nombre de Marquesa, se sentó en un confidente, compúsose la mantilla, mirándose al espejo que tenía enfrente, quitó sus guantes, abrió su bolsita, y entre mil dijes y chucherías sacó, algo arrugado, el núm. 89 del *Petit Courier*. Entonces abrió un lenticito de oro, miró por encima de él, leyó un rato, después ojeó otro poco, luego recapacitó, miró el figurín, volvió a leer, y pidió *gros-grains*.

-«No tenemos», le contestó el más próximo mancebos. -«¿Cómo que no?» interrumpió vivamente otro que desde el Principio no había quitado ojo del figurín». «¿No te acuerdas de aquella tela...». (Aquí bajó tanto la voz, que no le pude oír.) -«¡Ah! sí, es verdad», le contestó el primero. -«Ve por ella».

En efecto, entró en la trastienda, y del rincón de un armario que yo solo divisaba desde mi asiento, sacó la pieza (que tuvo buen cuidado de sacudir de un polvo inveterado de tres años), y la puso satisfactoriamente sobre el mostrador; la risita de los demás mancebos me dio a sospechar que si no era la prevenida en el núm. 89 de este año, podía muy bien ser del de 1826. Pero la dama, seducida con la semejanza del color, y sin duda por no tener a mano una definición académica de lo que quiere decir *gros-grains*, no dudó un instante en que fuese lo mismo que buscaba. Pidió un cierto número de varas; preguntó el precio; los mancebos hicieron entre sí una pequeña consulta para responder; nada regateó; abrió su bolsita, y sacó... una tarjeta muy elegante, con yo no sé cuántas armaduras y jeroglíficos, que indicaba su título y señas de la habitación, diciendo al mancebo principal que podría enviar por el importe, el lunes; verdad es que no designó cuál. No pude menos de sonreírme de esta salida; y no bien se hubo marchado, y mientras lo sentaban en el libro a continuación de otras cinco o seis partidas pendientes, di un poco de broma a los mancebos sobre el estreno que habían tenido; pero habiéndome explicado todo el negocio de la tela, me convencieron de que no era tan fuerte el engaño como yo creí.

Aún reíamos de ello, cuando una mamá y dos niñas, éstas en un interesante *negligé* y aquella en una espantosa *toilette*, entraron en la tienda y empezaron tal demanda de *rasos*, *gros de Nápoles*, *poplines*, *organdís*, *crespones*, *barég*, *moirés*, *paliacats*, *cotepalis* y demás, que los cuatro mancebos eran pocos para tomar y dejar escaleras, subir y bajar piezas, desdoblar paquetes, abrir cajas y enseriar muestras. -Ellas entre sí armaron una algarabía singular; cuál se inclinaba a una tela, cuál a otra; ésta se ponía un pañuelo al espejo y nos parecía muy bien; luego se le ponía la mamá y nos parecía muy mal;

después disertaban sobre las cualidades; si aquél era más fino que éste, si éste más elegante que esotro,

«Si el tafetán de Florencia

»Abulta más que el de España».

Preguntaban de dónde eran aquellas telas, se les respondía que de *Lion*, y estaba yo viendo una punta no bien cortada que decía *Barcelona*; por fin, apartaron no sé cuántas cosas y empezaron a pedir precios. Allí fue el hacer admiraciones, el entablar comparaciones con otras tiendas, el despreciar los géneros, y en fin, hacer las indiferentes; después hablaron aparte, y de repente tomaron un aire de broma, diciendo a los mancebos «que eran unos picarillos, que no hacían gracia a las parroquianas», con que los pobres iban ablandando un tanto cuanto; pero una severa mirada del más mal encarado les impuso en su deber y respondieron unánimes: -«no podemos»; -con lo cual se marcharon las damas, y ellos se quedaron ocupados en volver a doblar las piezas.

No tardó en presentarse otra señora, que, a juzgar por su aire, sus modales y vestido, calificué desde luego de una gran persona; entró con mucha solemnidad, y al ver la premura con que los mancebos corrieron a servirla, despejando el mostrador, no pudo menos de picarme la curiosidad de saber quién era; dirigime para el caso a uno de ellos, y no sin admiración supe que era la esposa de un empleado muy subalterno a quien creció de todo punto mi asombro cuando, habiendo escogido un velo de blonda, abrió su bolsillo y tiró sobre la mesa seis onzas (que eran, al poco más o menos, el sueldo de dos meses de su esposo), hecho lo cual cargó de otras varias telas, que pagó tan generosamente, y marchó dejándome en el mayor éxtasis; por fortuna, una dama que había presenciado todo el paso me sacó de él diciéndome:

-«Cómo luce la Fulana las onzas que ganó antes de anoche en casa de... Valiérala más pagar al casero».

Ya a la sazón ocupaba un ángulo del mostrador cierta graciosa y esbelta modista, que había venido a buscar un pedazo de percal *como la muestra*, y el mancebillo listo la hacía rabiarse enseñándola piezas enteramente opuestas, y amenizando este juego escénico con tal cual chanzoneta medianamente disparada, si bien mejor recibida; por último, concluyó darla lo que pedía; ítem galantería de no quererla cobrar el importe.

No bien se había acabado esta escena, empezó otra en la cual tuve el honor de figurar, y fue la que produjo la entrada de cierta señora de conocida mía, la cual me tomó por asesor del mío su gusto; yo, deseoso de darla la mejor idea del mío, nunca me inclinaba a lo peor; por otro lado, era preciso mirar por los intereses del amo de la tienda; así que, en fuerza de mis observaciones, le hice reunir una partidita más que mediana. Llegó el caso de echar la cuenta, y por cuanto no hizo el diablo que faltase dinero para unos pañuelos y no sé qué otras frioleras, con lo cual la dama apareció ruborizada. ¡Qué había yo de hacer! no era para rechazada; volvíme a ella y la dije: -«Paquita, no pase V. cuidado por ello; que está en tierra de amigos, y hallándome yo aquí...-¡Oh! no; ¡cómo tengo yo de permitir!... -Es que yo tengo en esta casa ciertas cuentas pendientes, y cabalmente hace

falta para arreglarlas un pequeño pico como ése». En vano me replicó dulcemente; yo insistí con más dulzura; y dulcificando más y más nuestros tiros, quedé por fin vencedor, y la hermosa Dulcinea llevó los pañuelos. Verdad es que prometió pagármelos a domicilio.

La tienda entre tanto se iba llenando de gente, y eran tan rápidos los movimientos, que no podía enterarme de ninguno: sólo llamó mi atención una pareja joven, tan exigua y acaramelada, que no pude dudar que se hallaban todavía en su *luna de miel*. Con efecto era así, y un conocedor no podía menos de adivinarlo al ver las excesivas blondas, follajes y perendengues de la dama, los cuidados y complacencia del galán. Por de pronto, hizo sentar a la esposa con cierta solicitud que me dio a conocer sus esperanzas paternas; empezaron a pedir, y todo era poco para aquella exigencia del alfeñique femenino, y nada demasiado para el provisto bolsillo del marido. Parecíame ya ver hechos los trajes de aquellas brillantes telas, agotada la imaginación de las modistas en crear con ellas forma humana donde no la hay, y casi me daban tentaciones de repetir al marido un gracioso dicho de Tirso:

«Dad al diablo la mujer
Que gasta galas sin suma,
Porque ave de mucha pluma
Tiene poco que comer».

Pero luego conocí que unos cuantos meses de matrimonio se lo dirían mejor que yo. En fin, fastidiado y enojoso, despedime de los muchachos y salí de aquel recinto.

Pero como todavía no eran más que los once y media, me dirigí por el pronto a una de las tiendas conocidas de la calle de la Montera, y me senté delante del pequeño mostrador, coronado de relojes, lamparillas, templos góticos, escaparates y quinqués; pero no era yo solo el concurrente, pues ya otros tres elegantes *abonados* ocupaban los demás asientos.

Queriendo emplear en algo el tiempo y pedí bastones para escoger uno; al momento todos empezaron a aconsejarme el que debía tomar, alabarme su belleza y asegurarme que era igual al que llevaba el Duque de... y en fin, a hacer los demás oficios propios del mercader; yo, que di poca importancia a sus expresiones, tomé el me pareció, y aún estaba contemplándole, cuando llegó otro camarada que le cogió en sus manos, empezó a blandirle y a probar su elasticidad con tal brío, que a los cincuenta minutos tuve el consuelo de verle dividido en dos. Luego otro de ellos fue a dar una vuelta rápida y rompió el fanal de un reloj; verdad es que quiso pagarlo, pero el dueño no lo permitió; después se levantaron todos y se pusieron a la puerta, y en entrando alguna señora, entraban detrás, y haciendo los mismos elogios de todo lo que ponía en precio; con esto y con algunas palabras más o menos ligeras, noté que las ahuyentaban, en términos que el dueño de la tienda iba poniendo un gesto bastante expresivo.

En esto acertó a parar un coche delante de la tienda, todos ellos se colocaron como en el juego de las cuatro esquinas; bajó una mamá y una hija muy bien parecida, entraron en la tienda, y puso aquélla en ajuste un reloj. Al momento uno de ellos hizo tocar la música, y

mientras la madre con una sonrisa placentera llevaba el compas con la cabeza, pie y abanico, la niña, en el extremo contrario, hablaba disimuladamente con uno de ellos, en términos que me hizo sospechar que aquel encuentro no era casual, antes bien, tenía todo el carácter de una verdadera conspiración. La mamá volvió rápidamente a buscar a la niña; pero ya ésta había visto su movimiento en un espejo que delante tenía, y con la mayor sinceridad se puso a preguntar si estaba vivo el pajarito que cantaba sobre una torrecilla del monasterio de Santa Amalverga... ¡Oh, inocencia digna de la Edad Media!... La mamá tuvo trabajo en disuadirla que era fingido, y el galán entre tanto probaba unos anteojos con disimulo, no sin grave susto del amo de la casa, que ya preveía su próxima disolución.

Yo reía de veras de toda esta escena, y por tener un pretexto para dilatar mi permanencia, compré una lamparilla que servía de pedestal a Napoleón meditando los planes de la batalla de Marengo, y un juego de bolos representando todos los varones célebres de Plutarco, y me dispuse a observar el desenlace; mas ¡oh fatalidad! estando en esto dieron las doce, y tuve que echar a correr, sin ver el final de aquel suceso, preguntándome impaciente qué es lo que yo había hecho en una hora, y no pudiendo menos de convenir con Moreto:

«Que de aquí para allí
Y de allí para aquí,
De allá para acá
Y de acá para allá...
El tiempo se va».
(Setiembre de 1832)

EL BARBERO DE MADRID

«Pronto afar tuso
La notte e il giorno,
Sempre d'intorno
In giro stá».
—ARIA DE FÍGARO.

¿Sabe usted, señor público, que es un compromiso demasiado fuerte el que yo me he echado encima de comunicarle *semanalmente* un cuadro de costumbres? ¿Sabe usted que no todos los días están mis humores en perfecto equilibrio, y que no hay sino obligarme a una cosa para luego mirarla con tibieza y hastío? -A la verdad que nada hay que acorte el ingenio y mengüe el discurso como la obligación de tenerles a tal o tal hora determinada. Y no digo por el mío, pues éste claro está que de suyo es apocado y exiguo, sino véolo en otros mayores y de marca imperial; de lo cual infiero y saco la consecuencia de que el genio es naturalmente indómito y repugna y rechaza los lazos que le sujetan.

Pero al fin y postre, y viniendo a mi asunto (puesto que maldita la gana tenga de ello), preciso será sentarme a escribir algo, si es que mañana le he de responder con papel en mano al cajista de la imprenta. Paciencia, hermano; sentémonos, preparemos la pluma, dispongamos papel, y... Pero entiendo que antes de empezar a escribir, bueno será pensar sobre qué... Así lo recomienda el célebre satírico francés:

«*Avant donc que d'écrire, apprenez à penser*».

Mas no hay por qué detenerse en ello; sino imitar a tantos escritores del día que escriben primero y piensan después. Verdad es que también *piensan* los jumentos.

Repasemos mis memorias a ver cuál puede hoy servir de materia al entendimiento... Esta... la otra... nada, la voluntad dice que nones; pues señores, medrados quedamos.

(Aquí el *Curioso* da una fuerte palmada sobre el bufete, tira violentamente la pluma, y permanece un rato con la mano en la frente haciendo *como el que piensa*. La mampara del estudio se abre en este momento, y el barbero se anuncia sacando al autor de su éxtasis). -Hola, maestro ¿es usted? me alegro, con eso hablará usted por mí.

Mi barbero es un mozo de veinte y dos, alegre como Fígaro, aunque con diversas inclinaciones; verdad es que aquél le retrató Beaumarchais, y a éste le pinto yo; ¡no es nada la diferencia! Pero en fin, como todo en este mundo se hace viejo, el barbero de Sevilla también; además de que ya lo han ofrecido, cantado y rezado y aun en danza, y nos lo sabemos de coro. -Vaya otro barbero no tan sabio, no tan ingenioso, pero más del día; no vestido de calzón y chupetín, sino de casaquilla y corbata; no danzarín, sino *parlante* como yo; no... pero, en fin, maestro, cuéntenos V. su historia, porque yo ni de hablar tengo hoy gana.

-Yo, señor, soy natural de Parla, y me llamo Pedro Correa; mi padre era sacristán del pueblo, y mi madre sacristana; yo entré de monaguillo así que supe decir *amén*; de manera que con el señor cura, mis padres y yo componíamos todo el cabildo. En mi casa se tenía por cosa cierta que yo había de llegar a ser fraile francisco, porque así lo había soñado mi madre, y ya me hacían ir con el hábito y me enseñaban a rezar en latín; pero por más que discurrían no podían sujetar mis travesuras. Ni en las vinajeras había vino seguro, ni las cabezas de los muchachos tampoco donde yo estaba; y cuando se me antojaba alborotar el lugar me colgaba de las cuerdas de la campana, y con pies y manos las hacía moverse, ni más ni menos que si fuesen atacadas de perlesía. En suma; tanto me querían sujetar y tanto me recomendaban la santidad de la carrera a que me destinaban, que una mañana sin decir esta boca es mía, cogí el camino por lo más ancho, y no paré hasta la carrera de San Francisco de esta heroica villa, en casa de un primo mío; y habiéndome dicho el nombre de la calle, di por realizado el ensueño de mi madre, y a mí por desquitado de mi estrella.

Mi primo era cursante de cirugía y llevaba dos años de asistencia al Colegio de San Carlos, con lo cual siempre nos andaba hablando de vísceras y tegumentos; y era tan afecto a la anatomía, que se empeñó en diseccionar a su mujer. Así, que yo, luego que perdí el

miedo a las terribles expresiones de *fisiología, higiene, terapéutica, sifilítico, obstetricia*, y otras así, de que abundaban aquellos librotos que él traía entre manos, no hallé mejor salida para mi ingenio que seguir aquella misma profesión; y por el pronto aprendí a afeitar, haciendo la experiencia en un pobre de la esquina a quien siempre andaba conquistando para que se dejase afeitar *de limosna*.

Luego que ya me encontré suficientemente instruido en el manejo del arma, y matriculado además en el colegio, dejé a mi primo y me puse en otra barbería, donde había una muchacha con quien disertar sobre mis lecciones de Anatomía; pero el diablo (que no duerme) hubo de mezclarse en el negocio, y nos condujo a practicar no sé qué experiencias, con lo cual hicimos un embrollo que todos mis libros no supieron desatar en algunos meses. En fin, salí como pude, y de la casa también, marchando a seguir en otra mis estudios, aunque por entonces me limité a la parte teórica, dejando la práctica para mejor ocasión. Al cabo de algunos años y de otros sucesos menores, me hallé con que sabía tanto como mi maestro, y que sólo me faltaba un pedazo de papel para poder abrir tienda; pero es el caso que este pedazo de papel cuesta un examen y muy buenos maravedís, y si bien por lo primero no paso cuidado, lo segundo me aflige en extremo, por la sencilla razón de que no los tengo.

Desde entonces sigo buscando la buena ventura, ayudado de mis navajas y de tal y cual enfermo *vergonzante* que suele caerme; y si no mirase al día de mañana, créame V. que la vida que llevo no es para desear mudarla.

Porque yo me levanto al romper el alba, y después de afilar los instrumentos, barrer la tienda y afeitar a algún otro aguador o panadero, salgo alegrando todo el barrio, y por costumbre inveterada corro al colegio a asistir en clase de oyente, o a ver mis antiguos camaradas. Súbome muy temprano, y al pasar por las plazas nunca falta alguna aventurilla galante que seguir, algún cesto que quitar de las manos de tal linda compradora, algunos cuartos que ofrecer a tal otra, o alguna tienda de vinos que visitar. Empieza después la operación de la rasura, y en las dos horas siguientes corro todos los extremos de Madrid, convirtiendo rostros de respetables en inocentes y de buen comer; entre tanto en casa de una Marquesa me sale al paso el señorito, que está haciendo su aprendizaje en el vicio, y me encarga traerle ungüentos y brebajes; en otra casa, el señor don Cenón, que ha sido atacado del reuma, me obliga a ponerle dos docenas de sanguijuelas; en otra don Crispulo, el elegante, quiere que le corte los callos; y en la de más allá una niña me explica los síntomas de una enfermedad parecida a la que yo no pude curar en la que estudiaba conmigo.

Por todas partes ya se deja conocer que llueven sobre mí las propinas y los obsequios; pero de ninguno me resulta mayor complacencia como de los que recibo en cierta casa, prodigados por cierta fregona con quien el sol no pudiera competir. Porque ella me entretiene con su sabrosa plática entre tanto que el amo se viste y reza sus devociones; ella me auxilia vertiendo en la bacía, al tiempo que el agua, ya el robusto chorizo, ya la extendida magra, ya la succulenta costilla con una destreza admirable; y ella, en fin, entretiene mis envejecidas esperanzas, haciéndome entrever seis grandes medallas que tiene guardadas para mi examen, con la condición *sine qua non* de casarnos el mismo día.

Concluidas, por fin, mis operaciones matutinas, vuelvo a la tienda tan contento de mí, que no me trocaría por el mismo maestro; y con esto, y con asistir a alguna operación quirúrgica, rasurar tal o cual escotero, o rasguear mi vihuela, se me pasa insensiblemente el día. Llega la noche, y como caiga algún enfermo que cuidar, o que velar algún muerto, salgo con mi guitarra bajo el brazo, y entre caldo y caldo, o entre responso y gemido, hago mis escapatorias a colgarme de la ventana de mi Dulcinea, a quien despierto con los tiernos acentos de mi voz.

He aquí mi vida tal como pasa, y si V. conoce otra mejor, para mí santiguada, que yo no.

-

Aquí calló Pedro Correa; y yo, que me sentí aliviado, me disponía a proseguir pensando en mi artículo, pero nada bueno me salía, por lo cual tuve que dejarlo hasta la noche; vino ésta y acordándome de la narración de mi barbero, asaltome la idea de que diciendo lo que él habló, tenía coordinado mi discurso, supuesto que es de costumbres, si no de las más limpias.

Hícelo, en efecto así, y me fui a acostar muy satisfecho; mas no bien cerrado los ojos cuando un ruido extraño me despertó. Pareciome oír puntear una guitarra, y así era la verdad, que la punteaban del lado la calle, mas diciendo como don Diego en el «Sí de las Niñas»: «*¡Pobre gente! ¿quién sabe la importancia que darán ellos a la tal música?*», volvíme del otro lado con intención de dormir; pero en esto algunos pasos cercanos, y el rechinar de una imprudente puerta, me hizo conocer que el enemigo se hallaba cerca, con lo cual, y la ventana abierta, oí distintamente una voz que cantaba esta seguidilla:

«Aunque los males curo,
De las heridas,
Amor no me permite
Curar las mías.
»Que sus saetas
Tienen más poderío
Que mis recetas».

No me pareció del todo mal el concepto barberil, y por ver si continuaba, o yo me había equivocado, dejele echar el preludio de la segunda copla, mientras el cual la hermosa Maritornes se acercaba a la ventana a pocos pasos de donde yo me había colocado. La guitarra concluyó el preludio, y la voz volvió a cantar:

«Abandona ya el lecho,
Querida Antonia,
Para oír los suspiros
De quien te adora.
»Depón el miedo,
Que todo el mundo duerme
Menos tu Pedro».

-Y yo tampoco duermo, *señor rapista*, porque las voces de usted no me lo permiten (dije con voz gutural asomándome a la ventana). ¿Parécele a V. que aquí somos de piedra como el guardacantón de la esquina? ¿o qué horas son estas para venir a alborotar el barrio? Por mi fe, señor Monaguillo Parlanchín, que así vuelva usted a tomar mi barba como ahora llueven lechugas, y que la Maritornes que está a mi espalda no le tornará a colar más chorizos en la bacía. -

Y diciendo esto cerré estrepitosamente la ventana, y me fui a acostar. Pero a la mañana siguiente se me presentó el compungido galán; luego la trasnochada dama, y jugándola ambos de personajes de comedia, se pusieron a mis pies pidiéndome licencia por matrimoniar. ¡Qué había yo de hacer! Soy tierno, y el paso era no sé si diga *clásico* u *romántico*: alcelos con gravedad, y después de un corto y mal dirigido sermón, les dispensé mi venia; ítem más, me ofrecí al padrinazgo y aun a completar lo que faltaba para los gastos del título. De tal modo les pagué el haberme proporcionado materia para este artículo.

(Setiembre de 1832)

LAS FERIAS

«Ferias me pide por Mayo,
Y para pedir las Menga,
Cada día es San Miguel
Y todo el año son ferias».
-ESQUILACHE.

«Este mundo es una gran feria, en que todos traficamos, aunque con materias diferentes y de un valor convencional. Hay quien da su mesa a cambio de cortesías; quien paga su amor a precio de cuatro suspiros; dos *ergos* y unos buenos pulmones suelen comprar un grado de doctor; la importunidad adquiere empleos; la desdicha suele a veces comprar el talento, o cambiarse éste por desdicha; el vestido vale generalmente tanto como la educación, y la figura corre en ocasiones a más subido precio que las cualidades del alma. Cada cual, en fin, valiéndose de las circunstancias de que puede disponer, pretende adquirir con ellas las que le faltan; pero sin necesidad de tanto trabajo hay una materia positiva con la cual puede obtenerse todo, y esta materia es *el dinero*; con ella se logran las comodidades, los placeres, el amor... el inestimable amor... la sabiduría, los honores, y hasta la hermosura física.

-Alto ahí, señor Provinciano, que ya estoy cansado de tanta filosofía, y aun no sé si diga de tanta sutileza. ¡Hombre de Barrabás! ¿adónde va V. a parar con ese discursote, que no parece sino arrancado de algún manuscrito árabe del Escorial? Ya sabemos lo que sucede en el mundo en los tiempos ordinarios; pero aquí sólo hablamos de lo que pasa en tiempo *de feria*; ¿qué tiene que ver lo uno para lo otro?

-Quiere decir, me replicó el Provinciano, que si una circunstancia cualquiera pone en más rápida acción todos los ejes de la gran máquina social, esta época será sin duda un panorama que nos presentará a un solo golpe de vista los esfuerzos de los hombres para engañarnos unos a otros.

-Vaya, déjese V. de ejes y panoramas, y supuesto que ha llegado a Madrid en la temporada de feria, sepa, ante todas cosas, que la de esta villa, que empieza el día de San Mateo, 21 de setiembre, fue concedida por privilegio del rey D. Juan el II en 8 de abril de 1447, y que esta feria, que llega hasta el día de San Miguel, y otra que empezaba en el mismo y duraba quince días, se han reunido en una que concluye en 4 de octubre; y he aquí sin duda la razón de que aun hoy se diga en Madrid *las ferias* en plural, como que realmente eran dos.

-Mil gracias, señor Madrileño, por el trozo de erudición histórica; aunque si va a decir verdad, no le encuentro más oportuno que mi exordio filosófico.

-Tiene V. razón, señor Provinciano; pero por algo habíamos de empezar a hablar».

Aquí llamamos los dos, y proseguimos largo rato nuestro camino, hasta que, pasando por la calle de Atocha.

-Venga V. acá -dije al Provinciano-, que me parece que en este puesto hemos de hallar algo bueno; y en efecto era así, porque una multitud de muebles y vestidos del mejor gusto dejaban ver, aunque en modesta prendería, su reciente fecha. Preguntamos los precios de varios, y como a todo nos contestase la mujer que los vendía: -«Esto se da en tanto, y ha costado cuanto hace seis meses», -entramos en curiosidad de saber qué desgracia repentina había obligado a su dueño a desprenderse de ellos; a lo cual nos satisfizo la prendera diciéndonos que pertenecían a una cantatriz italiana que había concluido su contrata; estando en esto vimos llegar a una joven, acompañada de un caballero, que los puso todos en precio; y al ver su resolución, sus modales, y más que todo, la condescendencia del caballero, no pudimos menos de conocer que aquélla empezaba entonces su *contrata*, aunque de distinto género.

Más allá, en otro gran depósito, observamos una colección de catres de todos los gustos, desde Felipe II acá, los cuales recordé haber visto ya cuando iba a la escuela, sin que en las distintas *exposiciones* que desde entonces han mediado hayan mejorado de suerte. Mas por cuanto y no en aquel momento mi Provinciano hubo de prendarse de uno, y determinó llevarlo a su pueblo para regalárselo a cierta sobrina casadera; y he aquí que este olvidado mueble, mudo testigo de la fidelidad conyugal de seis generaciones, lo será aún de la sétima.

En un portal inmediato campeaban multitud de vestidos, de los que en otros tiempos figuraron en los bailes serios, y ahora lucen en los de máscara; ¡cielos, qué profanación! en el bolsillo de una casaca muy bordada de sedas encontré un sobre antiguo que decía: «Al Excelentísimo señor Marqués de la Ensenada, Ministro de S. M. Fernando VI...» ¡y yo la compré para llevarla a los bailes de Carnaval!...

Pero nada nos entretenía tanto como el mirar algunos puestos tan desmantelados, que parecían la verdadera efigie del retablo de Maese Pedro después de la descomunal batalla sostenida por el héroe manchego; v. gr.: uno que dejamos a la derecha en la calle de la Magdalena, consistía, ni más ni menos, en los siguientes efectos: media tinaja, un espejo sin azogue, dos puertas rotas, una escopeta cubierta de orín, seis alcarrazas sin suelo, y sobre una mesa de dos pies y medio arrimada a la pared, hasta unos seis o siete clavos romanos sin cabeza, dos cabezas sin clavo, una campanilla sin badajo, y una rodela vieja; y aun nos estábamos riendo de contemplar todo aquel aparato, cuando llegó a colmar nuestro asombro un hombre que, después de haberlo considerado todo detenidamente, lo puso en ajuste, y lo compró por tres pesetas.

No pude contenerme, y sin más preámbulos me determiné a preguntarle para qué podría servirle todo aquello, a lo que el pobre con la mejor voluntad me contestó: -«Señor, soy maestro de obras, y hace diez años que formé el proyecto de hacer una casa en mi barrio del Ave María; desde entonces voy aprovechando para ello todo, cuanto ladrillo y cascote puedo de las obras que manejo, y ya tengo suficientes materiales para empezar, Dios mediante, el verano que viene. Así que vi este puesto, consideré que la media tinaja podía servirme para el fogón; el espejo, para la claraboya de la escalera; las puertas rotas, para ventanas; la escopeta, para el cañón de la chimenea; las alcarrazas, para bajadas de agua; los clavos, para los adornos, menos uno que servirá de badajo a la campanilla; y la rodela agujereada, para tronera de la cueva. Conque ya VV. ven que todo puede servir en este mundo». -

Pasmados nos dejó el buen maestro, y hablando de ello largo rato, hasta que vino a distraernos un gran puesto cubierto de cuadros que llamaba la atención de los inteligentes. Allí era el verlos considerar las pinturas largo rato y a todas luces, arquear las cejas, adivinar el autor (después de haber leído la firma que estaba al pie), hablar de *frescura* y de *matices*, de *claro-oscuro* y *encarnaciones*, con toda la demás retahíla de voces científicas. El hombre que los vendía no estaba tan al corriente como ellos; así que para él era el mejor el que tenía mejor marco, con lo cual mis aficionados le fueron llevando los buenos por poco dinero, y dejándole una colección de brillantes mamarrachos.

Parado estaba yo delante de un retrato, muy parecido de cierta señora bien conocida por su belleza, y no pude menos de escandalizarme de que, viviendo todavía, y aun durante su buena época, se la hiciesen ya los honores de la feria. El mismo asombro causaba en todos los que la veían, hasta que habiéndolo verificado un joven que acertó a pasar, manifestó con tales veras su descontento, que no pudimos menos de sospechar que fuese uno de sus adoradores; y tomando un aire de reto, preguntó quién vendía aquel cuadro; contestósele que el pintor, como propiedad suya, por no habérsele pagado después de mandárselo hacer; a lo cual mi galán, algo abochornado, lo rescató sin reparar en el precio, y sólo exclamó:

«¡Oh dulces prendas por mí mal halladas!»,

con lo demás que se sigue, mientras nosotros quedamos riendo del epigrama del pintor.

Mas en ninguna parte bullía tanta multitud ni se reproducían más escenas que alrededor de los puestos de libros, y no hay necesidad de decir que el Provinciano y yo, como aficionados, tardamos poco en engolfarnos en ellos. Y mientras cogíamos éste, abríamos aquí, hojeábamos el otro o tirábamos el de más allá, no podían menos de distraer nuestra atención algunos de los episodios que pasaban a nuestro lado; por ejemplo: llegó un pedantón de éstos que hablan poco y gesticulan mucho; de éstos que todo lo desprecian y que nada hacen; de éstos, en fin, que se suponen superiores al mundo entero, porque el mundo entero no se ha querido tomar el trabajo de desmentirles; caló sus anteojos, apartó a todo el mundo, pidió un libro en griego y otro en alemán; pero mientras lo contemplábamos con gran respeto, no pudimos menos de observar que estaba muy entretenido en mirar las láminas, sin hacer la menor señal de entender el texto. Otros estaban con la nariz en el suelo rebuscando en el montón de Artes de Cocina, Formularios, Gulas atrasadas, Bertoldos, Soledades y Secretos raros, que se daban a cuatro reales chico con grande; y todos alargaban la mano a un tomo del Diccionario de M... porque tenía un forro muy bonito, y luego, en leyendo la portada soltábanle, ni más ni menos que si se hubieran quemado los dedos. ¡Oh, y cuántas producciones clásicas de nuestros días, cuyos recientes anuncios ablandan aún las esquinas de la capital, yacían en aquel osario, heridas de prematura y no sospechosa muerte! Allí las novísimas Historias y Compendios abreviados; allí los Retratos y Discursos; allí las sensibles parejas Fulano y Zutana; los Amantes desgraciados y los dichosos; los Castillos góticos; los Espectros y Fantasmas en galería; las Artes para todo, que de nada sirven; los Tratados breves; las Memorias y Folletos; las Enciclopedias que pueden ir en carta; las traducciones, las imitaciones, las refundiciones, las visiones y las aberraciones ¿Quién al mirar tal destrozo no había de temblar por sí? Yo al menos hice mis *Mementos*, y por si también me alcanzaba el castigo, exclamé con fervor: «*Domine, peccavi; miserere mei!*».

Apartámonos de aquel sitio y llegamos a la plazuela de la Cebada, teatro un tiempo de las ferias de Madrid, y hoy destinado a más terribles escenas. Intentando atravesarla, fuimos detenidos por una multitud de curiosos apiñados en rededor de una máquina óptica, dirigida por un ciego con un tamborcillo, que enseñaba por dos cuartos *tutti li mondi*. Y al pasar por su lado, hirieron mis oídos estas voces, interrumpidas por el tamborcillo: -«*Tan, tan...* Ahora van VV. a ver la gran calle de Alcalá en tiempo de ferias».

Pareme un poco, y consultando con el amigo, convinimos en que si habíamos de atravesar todo Madrid para verla, era más cómodo mirarla pintada, por dos cuartos; pagámoslos, aplicamos la vista al cristalejo, y el ciego empezó a decir:

«Aquí verán VV. qué grande y qué hermosa es esta calle de Alcalá, y la multitud de puestos y almacenes ambulantes que la adornan: *tan tan...*

Van VV. a ver la famosa feria de Madrid... Avellanas y nueces, dominguillos y cortejos: *tan tan...*

Miren VV. cuántos muebles, chicos y grandes, malos y buenos, nuevos y viejos; pues todos sirven, aunque no sea más que de estorbo: *tan tan...*

¡Cuántos muñecos parados y cuántos que andan, y qué tiernos y qué delicados!... *tan tan...*

¡Cuántas muchachas, figuritas de barro, y cuántas de carne y hueso! ¡Ay! ¡y qué pintaditas y qué compuestitas!... *tan tan...*

¡Cuántos platos y pucheros y qué poco que comer; cuántos servicios y qué pocos méritos; cuántos libros y qué pocos que lean! *tan tan...*

Miren VV. qué apretones, y qué confusiones, y qué resbalones, y qué te... entones... *tan tan...*

Observen VV. ahí a la derecha, conforme vamos, qué pareja tan acaramelada, seguida por un criado; pues ese que va detrás no es el criado, que es el marido... *tan tan...*

Vean VV. qué elegante va esa niña, y cuántas blondas y cuánto raso; pues su trabajo le ha costado el ganarlo, que a su padre no... *tan tan...*

¡Atención! miren VV. esos lechuguinos que siguen esas niñas; ¡ay, que se paran delante de las mesas a ver los muñecos, y ellos también se paran en frente! -¿Qué queréis, hijas mías? -¡Ay, mamá, férienos V. un muñequito!... *tan tan...*

A esotro lado vean VV. un militar buen mozo, que se estira los bigotes; y cómo lo gustan los de ese pimpollo que va delante, y la llega al oído y la dice: -«Mi alma, ¿quiere V. que la ferie?», y ella dice: -«¿Y por qué no?». Y la compra avellanas, y azofaifas, y acerolas, y nueces, y... ¡ay, pobrecito, mira no te ferie ella a ti!... *tan tan...*

Vean VV. esotro elegante que hace parar un coche y les alargaba a los niños que van dentro tantos juguetes... pues no es por ellos, que es por la mamá, que no hay como adorar al santo por la peana... *tan tan...*

Vamos, señores, que se va haciendo tarde; ¿he dicho algo? pues a mí queda lo mejor; pero otro día será; esto se acabó, y la feria también; hagan VV. cuenta que llegamos al día de San Francisco... *tan tan...»*.

Y tapó el cristalejo, y nos dejó a buenas noches.

(Octubre de 1832)

GRANDEZA Y MISERIA

«No son todas las leyes generales,
Que muchas excepciones hay en ellas
Ni las cosas del mundo son iguales».

Hallándome en Zaragoza durante mi primera juventud, contraí amistad íntima con el hijo del Marqués de..., joven amable, franco y bullicioso, como yo lo era también entonces, y como me pesa no serlo ahora; nuestras relaciones no eran de esas superficiales que las circunstancias o la casualidad suelen combinar; antes bien tenían el carácter de una verdadera amistad; así que, viviendo juntos, y no separándonos ni en aquellos ratos que dedicábamos al estudio (que eran los menos), ni en los que dábamos a la distracción y los placeres (que eran los más), llegamos a ser citados en la ciudad como modelo de amistosa fidelidad.

Ricardo (que así se llamaba el hijo del Marqués) unía a una bella figura la elegancia en el vestir, la destreza en la esgrima y en la danza, y la bizarría para dominar un alazán, con lo cual era tenido por el primer caballero de la ciudad; pero al mismo tiempo (preciso es confesarlo) los estudios de Ricardo se habían limitado a esto solo, y los maestros de filosofía, de ciencias y de idiomas no tenían los motivos de alabanza que los de equitación y de baile. En vano procuraba yo hacerle sentir lo equivocado de su conducta; la obligación en que su elevada cuna le ponía de adquirir una instrucción poco común; hablábale de la necesidad de corresponder a su noble apellido; los graves cargos y responsabilidades que algún día pesarían tal vez sobre sus hombros, y le ponía delante la consideración de que tanto mayor es el yerro cuanto mayor es el que yerra. Todo esto lo escuchaba con la bondad natural de su carácter; pero la adulación llegaba muy pronto a destruir mi obra, y no faltaban labios fementidos que le hacían creer que el estudio no era ocupación digna de un caballero, y si sólo de aquellos que lo necesitan para elevarse; que supuesto que él era ya marqués y poderoso, de nada más necesitaba; que se dejase de cálculos y de vigiliias, y sólo se ejercitase en aquellos juegos propios del valor de la destreza, que tan bien sientan en las personas bien nacidas; con lo cual y la aprobación de unos ojos negros, seducían al pobre Marqués en términos, que hube de dejar a que el tiempo obrase lo que yo no podía.

Desde entonces su casa fue la mansión de la disipación y de los placeres; los festines, las músicas, las partidas de caza se reproducían sin cesar; las damas más bellas de Zaragoza se disputaban los favores del señorito; los jóvenes imitaban sus modales y vestido; las modas de París y de Londres, los coches de Bruselas, los caballos normandos, todo le era presentado por diestros corredores, que hallaban el secreto de cuadruplicar su valor; y sin haber salido de Zaragoza, afectaba ya los usos de un *fashionable* de Londres, y hablaba mal de nuestras cosas, con lo cual, y fiándose de mercaderes extranjeros, muy pronto se vio asaltado de acreedores y chalanés.

La suerte me separó por entonces de mi amigo, y durante mi larga ausencia recibí algunas cartas suyas en que manifestaba sus ahogos y compromisos, que llegaron al extremo; pero la muerte de su padre vino a poner término a ellos, y el nuevo Marqués, al noticiármela, al mismo tiempo que su casamiento con una señora de su misma clase, me manifestaba que había variado de vida, arreglado sus negocios y establecido un plan conveniente para lo sucesivo. Poco después me escribió su marcha a la corte, adonde le llamaban sus deseos hacía muchos años, y desde entonces nada volví a saber de él hasta que habiendo yo venido a Madrid, le visité como un amigo antiguo; pero ya no

encontré aquel Ricardo compañero de mis primeros años, sino al Marqués de..., uno de los hombres más visibles de la corte, y cuyo tren y magnificencia oía ponderar por todas partes. Recibiome con atención, pero sin cordialidad; me enseñó con una distracción afectada su palacio, sus elegantes adornos, su jardín, sus caballos y carrozas, y aun me presentó a la Marquesa como un amigo *de su niñez*; pero en todos sus modales noté una reserva, una pretensión que me obligó a mantenerme a cierta distancia, sin que ni él ni yo pareciéramos acordarnos de nuestra antigua familiaridad.

Sentilo ciertamente, aunque no tanto como si le hubiera necesitado; pero me propuse no volver a visitarle, y en este estado se corrieron algunos años, hasta que días pasados, atravesando la calle de Alcalá, me oí llamar desde un coche y conocí al Marqués, mi antiguo camarada; no dejó de sorprenderme esta demostración, pero aún más me sorprendieron sus instancias para que al siguiente día le acompañase a almorzar, por tener, según dijo que consultar conmigo cosas y del mayor interés; y sin dejarme acción para producir mis excusas, me hizo darle palabra terminante.

Llegado el momento, me encaminé a la casa del Marqués, preparando de antemano mi amor propio contra todo evento. Entré en el portalón, y a fuer del precepto de «*Nadie pase sin hablar al portero*», escrito en enormes caracteres sobre la pequeña casilla de éste, me dirigí a él para darle mi nombre; pero fue en vano, porque el buen inválido prosiguió en su ocupación, que era enseñar el ejercicio a un perro de aguas; bien es la verdad que con la mano me enseñó gravemente la escalera. Pero el diablo y mi poca memoria hizo que entrase por la primera puerta que encontré, donde vi tres hombres alrededor de una mesa, que jugaban a los naipes, y sin alzar los ojos a mí ni informarse a quién buscaba, tiraron de una cuerda desde su asiento y abrieron una mampara que daba entrada a un salón cubierto de dobles filas de bufetes, todos ocupados por varios caballeros.

Disputaban a la sazón fuertemente sobre si eran ocho o nueve mil duros, si se contaban desde tal o tal mes, y otras condiciones, con lo cual no dudé que se trataba de algún arrendamiento de las posesiones del Marqués; pero el nombre de una artista italiana que pronunciaron me hizo caer en la cuenta de que su conversación era cosa de interés público. No la interrumpieron por mi llegada, antes bien me hicieron participe de ella, hasta que habiéndose enterado de mi deseo de ver a S. E., y de la equivocación que me había hecho entrar en las oficinas, uno de ellos tuvo la bondad de acompañarme para ir a buscar otra escalera, lo cual hicimos atravesando unas. cuantas salas, todas igualmente ocupadas que la anterior, y sobre cuyas puertas había varios rótulos, como *Secretaría, Contaduría, Archivo, Tesorería, etc.*, etc.

Las ocupaciones de aquellos señores eran varias; cuál se adiestraba en hacer rúbricas y letras góticas; cuál leía la *Gaceta* con los codos sobre el bufete y meneando los labios; quién tomaba el sol cerca de la ventana; quién dormía en un sillón con las manos metidas en los bolsillos del pantalón; y luego entraron los porteros y traían sendas botellas y vasos acompañados de panecillos, con lo cual todos se apresuraron a tornar las once para cobrar nuevas fuerzas con que servir a S. E.

Compadecime del Marqués, a quien una antigua preocupación obligaba a mantener aquella cohorte, y subí a la habitación principal. No había nadie en ella; atravesé la segunda sala en la misma soledad; pero a la tercera me encontré con un grupo de lacayos que hicieronme aguardar hasta que llegase el portero de estrados; pareció éste al cabo de un buen rato, con toda la autoridad de un conserje, y dudando de pasar a tal hora recado a S. E., díjele que era llamado; y entonces, sin dejar de mirarme de arriba abajo con una curiosidad desconfiada, envió a llamar a un ayuda de cámara, el cual me dirigió a otro, y éste a otro, que me hizo dar con el secretario particular, quien ya tenía antecedentes de mi visita.

Abriose, por fin, la mampara que ocultaba a S. E., y entrando en el gabinete, me encontré al Marqués, que acababa de dejar el lecho y se había recostado en el sofá por precaución para no fatigarse, mientras se entretenía en formar varias figuras con pedacitos de marfil pintados.

No bien me vio, tiró todas las fichas y corrió a abrazarme, en lo cual y en su expresión amable y sincera volví a reconocer a mi amigo Ricardo; los criados dispusieron el almuerzo, y al concluir de él, cogíome el Marqués del brazo y descendimos al jardín, donde empezó la conversación de esta manera:

-«Sin duda, amigo mío, que mi proceder te habrá parecido extraño, ya por la pasada indiferencia, ya por la cordialidad presente, y no dejo de confesar que en efecto lo es.

-Ni yo debo ocultarte que me ha sorprendido tu llamada más que tu indiferencia, pues conozco muy bien que el ambiente de la grandeza no sienta bien con la franqueza de la amistad.

-Sin embargo, yo no debí olvidar la nuestra; mas por desgracia no es el remordimiento que debía inspirarme mi proceder contigo lo que me hace recurrir a tu amistad; es más bien un sentimiento de egoísmo.

-¿Cómo?

-Sí, amigo mío, necesito de ti.

-¿De mí? ¿y en qué puedo yo servir al poderoso Marqués de...

-¡Poderoso!... ¡ay!... no lo soy; pero aunque lo fuera, siempre me serían oportunos los consejos de un amigo verdadero: juzga tú cuánto más necesarios me serán en la desgracia.

-Habla, mi querido Marqués; si mi amistad puede aliviarte en algo, desahógate con tu mejor amigo.

Un momento de silencio y un estrecho abrazo del Marqués interrumpieron por algunos instantes nuestro diálogo.

-Ya te acordarás (continuó) de que a poco tiempo de tu salida de Zaragoza heredé por muerte de mi padre los títulos y rentas de mi casa, con lo cual y mi casamiento traté de mudar enteramente la conducta que hasta allí había seguido. Empecé, pues, por arreglar

mis negocios, y yo mismo me asombré de los inmensos sacrificios que mi pasada disipación me ocasionaba; pero dueño de una fortuna cuya renta anual se eleva a dos millones de reales, me costó poco trabajo el cubrir aquéllos, y aún me lisonjeé de comprar con ellos mi escarmiento. Mas mi venida a Madrid, con objeto de entrar en Palacio, llegó a reproducir mis ideas favoritas de ostentación y a lanzarme de nuevo en el gran mundo: mis rentas al principio bastaban a todo, y aún me parecía imposible que el capricho me hiciera inventar medios bastantes a consumirlas; pero ¡ay de mí! ¡cómo me engañé!... ¿Querrás creerlo, mi buen amigo? Tú ves mi casa, mi tren y mis criados; oyes, sin duda, hablar de mis funciones y mis festines; considérasme el mortal más feliz de la tierra; crees que la abundancia reina en torno de mí: sí, amigo mío, reina, pero es para los que me rodean; el más miserable de mis colonos es más feliz y más poderoso que yo.

-Creo haberlo adivinado.

-¿Ves esa legión de criados que pueblan mi casa y mis dependencias? pues de nada me sirven, mientras que mis rentas les sirven a ellos para gozar una vida regalada. ¿Miras ese secretario que me manifiesta tanto interés y afección? Pues ese publica mis debilidades, desacredita mi conducta, y me impide con sus consejos caminar al arreglo de mi casa. ¿Ese mayordomo tan fiel, tan desinteresado, que a una ligera insinuación mía corro a buscarme fondos con que satisfacer mis invencibles caprichos? Pues ése me presta a un interés enorme los productos de mis posesiones. ¿Esos administradores avaros, que hacen que los tristes colonos maldigan mi nombre, bajo el cual se ven acosados sin piedad? Pues éstos son otros tantos señores, con quienes yo mismo tengo que transigir para cobrar lo que quieren pagarme. ¿Esos ayudas de cámara que se inclinan a mi paso con el más profundo respeto? Pues míralos un momento después, veraslos vestidos con mis ropas, parodiando mis acciones, exagerando mis vicios y haciéndome el juguete de sus malas lenguas: por último, mis haciendas, mis rentas, mis casas, mis salones, mis graneros, mi cocina, mis cuerdas, todo es presa de esas plantas parásitas, que se alimentan de lo que es mío, sin que pueda yo evitarlo, por no chocar con la costumbre y aun con las ideas que recibí en la educación.

-Pero al menos (le repliqué yo) tienes el consuelo de que tu casa sea citada como el modelo de la buena sociedad, y que todo el mundo te envidie y ensalce tu ostentación.

-¿Y qué me sirve este concepto equivocado? Esa turba de aduladores y de egoístas que me aplauden, ¿me ofrece acaso un amigo sincero y desinteresado con quien desahogar mi corazón? Mi esposa misma y mis hijos, alejados de mí por la etiqueta y el buen tono, ¿me brindan, por ventura, las caricias y la afección que encuentra en los suyos hasta el más infeliz artesano? Mis enormes rentas ¿me permiten disponer a cualquier hora de una cantidad, por mínima que sea? ¿No he vendido ya mis fincas libres, gravando enormemente las vinculadas, acudido a los usureros, que primero me prestaban sobre mi palabra, luego sobre mi firma, después sobre alhajas y posesiones, y a falta de éstas han llegado a no prestarme por nada? Los criados me piden sus sueldos; mi mujer, su dote; mis hijos, su fortuna, y la memoria de mis abuelos, el lustre de su nombre. ¡Qué hacer, mi querido amigo, en tal ahogo, ni cómo remediar tamaños males!

-Con la filosofía y la virtud, mi querido Marqués. Tú hubieras evitado tal abismo si, siguiendo mis consejos, hubieras cultivado tu buen carácter en la educación, y dado a tus inclinaciones el giro conveniente: el ocio, causa de todos tus desastres, te hubiera parecido insoportable, y para evitarle hubieras buscado mil recursos, que tu fortuna te permitía: los viajes útiles, las empresas nobles, el deseo de verdadera gloria, que en otros países, y en nuestra misma España, ostentan varios de tu ilustre clase, no desdeñándose de proteger la industria, cultivar las artes y las letras, o brillar en el campo del honor. Pero quisiste más bien formarte para la holganza, y te rodeaste de holgazanes; quisiste servirte de ellos, y ellos se han servido de ti; pensaste no necesitar de nadie y no reflexionabas que un hombre inútil necesita de todo el mundo.

Pero, en fin, mi querido Ricardo, todavía estás a tiempo; por fortuna tu corazón ha sufrido sin dañarse tamaño combate; pero tu debilidad no te permite permanecer en el puesto para sufrir nuevas asechanzas. Huye, pues, de este centro de corrupción y de placeres; huye, y en tu apacible quinta de las orillas del Ebro, lejos de la disipación y del bullicio, encontrarás la paz del alma, que sólo puede proporcionar una conciencia tranquila. Tus rentas, bien administradas, sirvan, después de satisfacer tus empeños, a proteger al genio y al trabajo; tu casa, purgada de bajos aduladores, sea el asilo de la franqueza y de la honradez; tus hijos, educados bajo otros principios que tú, aprendan de tu boca las desgracias que el ocio proporciona; tu esposa, compañera de tu prosperidad, ayúdete a remediar tu desgracia, y tus súbditos, mirándote de cerca, lleguen a reconocerte y amarte... Huye, mi querido Ricardo; muéstrate hombre una vez».

Un nuevo abrazo, interrumpido por los sollozos del Marqués, puso fin a esta vehemente conversación...

Quince días después he recibido una carta de mi amigo, fecha en su quinta cerca de Zaragoza, y su contenido me proporciona el placer de pensar que no han sido inútiles mis consejos.

(Octubre de 1832)

EL CAMPO SANTO

«No se engañe nadie, no,
Pensando que ha de durar
Lo que espera,
Más que duró lo que vio,
Porque todo ha de pasar
Por tal manera».
-JORGE MANRIQUE.

Muy pocos serán (hablo sólo de aquellos seres dotados de sensibilidad y reflexión) los que no hayan experimentado la verdad del dicho de que *la tristeza tiene su voluptuosidad*. Con efecto ¿quién no conoce aquella dulce melancolía, aquella

abnegación de uno mismo que nos inclina en ocasiones a hacernos saborear nuestras mismas penas, midiendo grado por grado toda su extensión, y como deteniéndonos en cada uno para mejor contemplar su inmensidad? ¡Cuán extraño es en aquel momento el hombre a todo lo que le rodea! ¡cuál busca en su imaginación la sola compañía que necesita! ¡y cuál, en fin, elevando al cielo su alma, encuentra en él el único consuelo a sus desventuras! Huyendo entonces el bullicio del mundo, quiere los campos, y su triste soledad le halaga más que la agitación y la alegría.

Tal era el estado de mi espíritu una mañana en que tristes pensamientos me habían obligado a dejar el lecho. Acompañado de mi sola imaginación, me dirigí fuera de la villa, adonde más libremente pudiese entregar al viento mis suspiros; una doble fila de árboles que seguí corto rato desde la puerta de los Pozos me condujo al sitio en que se divide el camino en varias direcciones, y habiendo herido mi vista la modesta cúpula de la capilla que preside al recinto de la muerte, torcí maquinalmente el paso por la vereda que conduce a aquél.

A medida que me alejaba del camino real iba dejando de oír el confuso ruido de los carros y caminantes que hasta allí habían interrumpido mis reflexiones, y un profundo silencio sucedía a aquella animación. Sin embargo, un impulso irresistible me hacía continuar el camino, deteniéndome sólo un instante para saludar a la cruz que vi delante de la puerta; pero ésta se hallaba cerrada, y nadie parecía alrededor; fuertes eran mis deseos de llamar; mas ¿cómo osar llamar en la morada de los muertos?...

Desistía ya de mi proyecto, apoyado sobre la puerta, cuando una pequeña inclinación de ésta me dio a conocer que no estaba cerrada; continué entonces el impulso, y girando sobre sus goznes me dejó ver el *Campo Santo*.

Entré, no sin pavor, en aquella terrible morada: atravesé el primer patio, y me dirigí a la iglesia que veía en frente, mirando a todas partes por si descubría alguno de los encargados del cementerio; pero a nadie vi, y mientras hice mi breve oración tuve lugar para cerciorarme de que nadie sino yo respiraba en aquel sitio. Volví a salir de la iglesia a uno de los seis grandes patios de que consta el cementerio, y siguiendo a lo largo de sus paredes, iba leyendo las lápidas e inscripciones colocadas sobre los nichos, al mismo tiempo que mis pies pisaban la arena que cubre las sepulturas de la multitud.

Esta consideración, la soledad absoluta del lugar, y el ruido de mis suspiros, que repetía el eco en los otros patios, me llenaban de pavor, que subía de todo punto cuando leía entre los epitafios el nombre de alguno de mis amigos, o de aquellas personas a quienes vi brillar en el mundo.

-¡Y qué! -decía yo-; ¿será posible que aquí, donde al parecer estoy solo, me encuentre rodeado de un pueblo numeroso, de magnates distinguidos, de hombres virtuosos, de criminales y desgraciados, de las gracias de la juventud, de los encantos de la belleza y la gloria de saber?

-«Aquí yace el excelentísimo señor Duque de...». ¿Será verdad?

«Al que de un pueblo ante sus pies rendido
Vi aclamado, en la casa de la muerte
Le hallo ya entre sus siervos confundido».

¿Pero qué miro? ¿Tú también, bella Matilde, robada a la sociedad a los quince años, cuando formabas sus mayores esperanzas? ¿Y tú, desgraciado Anselmo, a quien el mundo pagó tan mal tus nobles trabajos y fatigas por su bienestar?... ¿Mas de qué sirven todos esos títulos y honores que ostenta esa lápida, para quien ya es un montón de tierra?... ¡Adulación, adulación por todas partes!... «Aquí yace don... arrebatado por una enfermedad a los 87 años...». ¡Lisonjeros! escuchad a Montaigne, y él os dirá que *a cierta edad no se muere más que de la muerte*... Pero allí, sobre una lápida, un genio apagando una antorcha; sin duda uno de nuestros hombres grandes... ¡Insensato! un hombre oscuro; ¿ni cómo podía ser otra cosa? El cementerio es moderno, y en el día escasean mucho los hombres verdaderamente ilustres, o no se entierran en su patria... Y si no ¿dónde se hallan Isla, Cienfuegos, Meléndez, Moratín?... Si acaso nos queda alguno, busquémosle en el suelo, en las sepulturas de la multitud.

Pero entremos a otro patio, por ver si se encuentra alguien... Nadie... La misma soledad, la misma monotonía; ni un solo árbol que sombree los sepulcros, ni un solo epitafio que exprese un concepto profundo; el nombre, la patria, la edad y el día de la muerte, y nada más... y de este otro lado aún no está lleno... Multitud de nichos abiertos que parecen amenazar a la generosidad actual... ¡Cielos! acaso yo... en este... pero ¿qué miro? ¿aquel bulto que diviso en el ángulo del patio no es un hombre que iguala la tierra con su azada?... Sí, corro a hablarle.

-Buenos días, amigo.

-«Buenos días» -me contestó el mozo como sorprendido de ver allí a un viviente-. «¿Qué quería usted?» -añadió con el aire de un hombre acostumbrado a no hacer tal pregunta.

-Nada, buen amigo; quería visitar el cementerio.

-Si no es más que eso, véalo V.; pero algo más será.

-No, nada más: ¿acaso tiene algo de particular esta visita?

-Y tanto como tiene. ¡Ay señor! nuestros difuntos no pueden quejarse de que el llanto de sus parientes venga a turbar su reposo.

Esta expresión natural, salida de la boca de un sepulturero, me hizo reflexionar seriamente sobre esta indiferencia que tanto choca en nuestras costumbres.

-¡Qué quiere V.! -contesté al sepulturero-, todavía no se ha desterrado la preocupación general contra los cementerios.

-A la verdad que es sin razón, pues ya conoce usted, caballero, cuánto mejor están aquí los cuerpos que en las iglesias; esta ventilación, esta limpieza, este orden... Recorra V. todos los patrios, no encontrará ni una mala yerba, pues Francisco y yo tenemos cuidado de arrancarlas, no verá una lápida ni letrero que no esté muy cuidado; ni en fin, nada que pueda repugnar a la vista; mas por lo que hace a las gentes, esto no lo ven sino una vez al año, y es en el primer día de noviembre; pero entonces, como dice el señor cura, valía

más que no lo vieran, pues la mayor parte vienen más por paseo que por devoción, y más preparados a los banquetes y algazara de aquel día, que a implorar al cielo por el alma de los suyos.

Admirado estaba yo del lenguaje del buen José, que así se llamaba el sepulturero; y así fue que le rogué me enseñase lo que hubiese de curioso en el cementerio; seguimos, pues, por todos los patios, haciendo alto de tiempo en tiempo para contemplar tal o cual nicho más notable; después llegamos a un sitio donde había varias zanjas abiertas, y en una de ellas...

-«¡Qué lástima! -me dijo José-: yo nunca reparo en los que vienen; hoy he sepultado seis, y apenas podré decir si eran mujeres u hombres; pero esta pobrecita..., ¡qué buena moza!...»; y hurgando con su azada me dejó ver una mujer como de veinte años, joven, hermosa, y atravesado el pecho con un puñal por su bárbaro amante... Volví horrorizado la vista, y mientras tanto José repetía:

-«¡Ay Dios mío! ¡líbreme Dios de un mal pensamiento!».

Esta exclamación enérgica me hizo reparar en mis cadenas y reloj, y por primera vez temblé por mí al encontrarme en aquel sitio y soledad, al borde de una zanja y un sepulturero al lado con el azadón sobre el hombro.

Sin embargo, la probidad de José estaba a prueba de tentaciones, y asegurado por ella, me atreví a declararle un deseo que me instaba fuertemente desde que entré en el cementerio: este deseo era el encontrar la sepultura de mi padre...

-¿Cómo se llamaba?

-Don...

-¿En qué año murió?

-En 1820.

-¿Ha pagado V. renuevo?

-No; ni nadie me lo ha pedido.

-Pues entonces es de temer que haya sido sacado del nicho para pasar al depósito general.

-¿Cómo?

-Sí señor, porque no pagando el renuevo del nicho cada cuatro años, se saca el cuerpo.

-¿Y por qué no se me ha informado de ello?

-Sin embargo, no se lleva con gran rigor, y acaso puede que..., pero entremos en la capilla y veremos los registros.

En efecto, así lo hicimos, pasamos a la pieza de sacristía, sacó el libro de entradas del cementerio, abrió al año de 20 y leyó: «Día 5 de enero; don... número 261».

Un temblor involuntario me sobrecogió en este momento; salimos precipitados con el libro en la mano, buscamos el número del nicho... ¡Oh Dios! ¡oh padre mío! Ya no estabas allí... otro cuerpo había sustituido el tuyo; ¡y tu hijo, a quien tú legaste tus bienes

y tu buen nombre, se veía privado, por una ignorancia reprensible, del consuelo de derramar sus lágrimas sobre tu tumba!...

Entonces José, llevándome a otro patio bajo de cuyo suelo está el *osario* o depósito general, puso el pie sobre la piedra que le cubre diciendo: «*aquí está*»; a cuya voz caí sobre mis rodillas como herido de un rayo.

Largo tiempo permanecí en este estado de abatimiento y de estupor, hasta que levantándome José y marchando delante de mí, seguile con paso trémulo y entramos por una puertecilla a la escalera que conduce sobre el cubierto de la capilla; luego que hubimos llegado arriba hizo alto, y tendiendo su azada con aire satisfecho: -Vea usted desde aquí -me dijo-, todo el cementerio... ¡qué hermoso, qué aseado, y bien dispuesto!... -y parecía complacerse en mirarle...- Yo tendí la vista por los seis uniformes patios, y después sobre otro recinto adjunto, en medio del cual vi un elegante mausoleo que la piedad filial ha elevado al defensor de Madrid no lejos del sitio en que inmortalizó su valor. Después, salvando las murallas, fijé los ojos en la populosa corte, cuyo lejano rumor y agitación llegaba hasta mí... -¡Qué de pasiones encontradas, qué de intrigas, qué movimiento! y todo ¿para qué?... para venir a hundirse en este sitio...

Bajamos silenciosamente la escalera; atravesamos los patios; yo me despedí de José, agradeciéndole y pagándole su bondad, y al estrechar en mi mano aquella que tal vez ha de cubrirme con la tierra,

*«Mihi frigidus horror
Membra quatit gelidusque coit formidine sanguis».*

Abrimos la puerta a tiempo que el compañero Francisco, guiando a cuatro mozos que traían un ataúd, nos saludó con extrañeza, como admirado de que un mortal se atreviese a salir de allí. Preguntele de quién era el cadáver que conducía, y me dijo que de un poderoso a quien yo conocí servido y obsequiado de toda la corte... ¡Infeliz! ¡y no había un amigo que le acompañase a su última morada!...

Seguí lentamente la vereda que me conducía a las puertas de la villa, y al atravesar sus calles, al mirar la animación del pueblo parecíame ver una tropa que había hecho allí un ligero alto para ir a pasar la noche a la posada que yo por una combinación extraña acababa de dejar.

(Noviembre de 1832)

PRETENDER POR ALTO

«Il n'est guère moins necesaire
De voir ce qu'il faut éviter
Que de savoir ce qu'il faut faire».

«Tan útil es saber lo que debemos evitar como lo que debemos hacer».

En un pueblo como Madrid, donde las propiedades adquieren un valor enorme, reduciendo a un corto número la clase de propietarios; donde la consideración de esta clase desaparece casi del todo ante el brillo seductor de los honores y del poder; pueblo que por su posición no ofrece al comerciante empresas grandes; cuya industria tiene que ser limitada a cubrir las necesidades del mismo, por la escasez de primeras materias y el subido precio de los jornales; pueblo, en fin, donde el orgullo cortesano hace necesario el lujo, al paso que limita los medios de producción; ¿cómo extrañar que una gran parte de sus habitantes se vea acometida de aquella enfermedad endémica conocida con el nombre de *empleomanía*?

Sobre tales consideraciones giraba mi imaginación una mañana que me hallaba sentado entre la inmensa multitud de postulantes en un rincón de cierta antesala, adonde me había conducido, no la ambición propia, sino la exigencia ajena; esto es, aquella obligación tácita que, a juicio de los amigos de provincia, contraemos los habitantes de Madrid de tener siempre nuestro tiempo y nuestras relaciones a disposición suya; y era por entonces el que me lanzaba en el campo de los solicitantes cierto pariente de un pariente mío, que espontáneamente me había encargado de una pretensión suya fulminada desde las orillas del Segura.

No es por ahora mi ánimo el bosquejar un cuadro crítico-filosófico de aquella antesala, ni menos hacer reír a mis lectores a costa de las distintas caricaturas que conmigo la poblaban. No hablaré de la pretensión y el entonamiento de los unos, del rendimiento y humildad de los otros; huiré de presentar grupos de entrantes y salientes, porteros y lacayos, damas y caballeros, como igualmente de explayar las reflexiones, si bien graves, si bien burlescas, que retozaban en mi cabeza; todo ello podrá tener lugar en otro discurso, si algún día me vinieren deseos de hacerle; mas lo que es por hoy bastará, para inteligencia de mi narración, el manifestar que al cabo de catorce semanas de periódica asistencia a la susodicha antesala, después de ponerme al corriente de las innumerables fisonomías demandantes de la capital, y después, en fin, de hallarme medianamente versado en el lenguaje de oficio, pude conseguir en obsequio de mi protegido un decreto de N., esto es, «*Negado*»; con lo cual conocí que no era la voluntad de Dios el que yo le sirviera, y escribí al amigo que buscara otro conducto para sus pretensiones.

El transcurso de dos meses me había ya hecho olvidar de ellas, persuadiéndome de que al interesado le hubiese sucedido lo mismo, y que un primer revés le habría curado de su enfermedad; pero hube de desengañarme del todo cuando una mañana me le encontré en mi habitación, y me explicó su designio de continuar *personalmente* sus pretensiones en la corte.

Este *personalmente*, repetido con cierto énfasis y mirándose a un espejo, me dio a conocer a primera vista la sobrada confianza que le merecía su persona, así como también la explicación de su plan me hubo de convencer de que desaprobaba el mío; en vano le di

a entender que yo no conocía otros caminos que los marcados por las leyes, pues los otros más bien los creía derrumbaderos; él se rió de mi pobreza de espíritu, y me declaró solemnemente que su intención era *pretender por alto*: tal fue su expresión.

Confieso, a la verdad, que se me pasaron ganas de entrar en contestaciones con él sobre el sentido de esta frase; pero no me dejó lugar, pues todo se le fue en hablarme de sus méritos encarecer sus conocimientos y ponderar sus modales, en términos que quedé firmemente persuadido de que tenía que adquirir en Madrid méritos, conocimientos y modales. Por último, para prueba de su buena estrella de aquel *no sé qué*, que, según él, le acompañaban, me contó la notable adquisición que había hecho la tarde anterior, a saber, la amistad íntima contraída con un *D. Solícito Ganzúa*, que *por casualidad* se había hallado presente en la posada a la hora en que él llegó.

Este personaje, hasta ahora incógnito, prendado sin duda del buen talle de mi pretendiente, y acaso también de su equipaje nada modesto, entró en conversación con él; le habló largamente de sus relaciones en la corte; escuchó con atención la benévola confesión del recién venido, y aconsejándole con el mayor desinterés la más completa desconfianza de todo el que intentase seducirle, se dignó tomar los negocios del provinciano bajo su poderosa protección, sin mediar (por ahora) otro interés que el de la simpatía con que habían simpatizado. -Esto, unido a una prolija explicación de los ardides de que podría ser víctima en la corte (excepto el de los protectores aparecidos), dejó a mi buen hombre tan encaprichado en la idea de que algún espíritu benévolo se encargaba de su prosperidad, que no me pareció oportuno pensar en desengañarle por entonces. Aconsejele, si, que midiese los pasos, que desconfiase de todos, empezando por su misma persona, y que tuviese presente que la ciencia de la corte no se aprende sino en la corte misma, con lo cual no pondría reparo en matricularse como estudiante en ella. Todo lo escuchó con atención, y aun prometió observarlo; pero lo hizo de una manera que consideré que sólo el escarmiento podía curarle; así que me limité a vigilar sus pasos (lo que pude hacer con más comodidad por haberse venido a vivir conmigo), y afecté una completa indiferencia, dejándole tanta cuerda cuanta consideré que necesitaba para acercarse al precipicio sin perecer en él.

Don Solícito desde entonces se hizo gran amigo de la casa; entraba y salía en ella, cuándo con una lista de vacantes, cuándo con otra de mudanzas en pronóstico; ya con borradores, de memoriales, ya con esquelas recomendatorias; y luego, para diferenciar, le proporcionaba a mi pariente permisos para ver palacios y museos, y billetes de bailes y festines; cuyos obsequios y actividad le hacía a él hallarse más complacido y a mí más celoso.

Yo guardaba el dinero de mi amigo, y esto me tenía seguro de que sin mi noticia pudiesen engañarle; y aunque observé que sus gastos iban en aumento más que regular, nada le dije, considerando que acaso su buen porte podría contribuir al logro de sus pretensiones, pues bien se me alcanzaba que en la corte el que pretende en coche tiene ya medio lograda su solicitud; y Confirmábame en ello cuando le veía acompañado de personas de gran tono, o ya sentado en un palco entre seda y plumas, o tuteándose con un duque en

una partida de *écarté*. En fin, su seguridad y satisfacción eran tales, que me hacían dudar a mí mismo.

Una mañana en que mi huésped no estaba en casa vino Ganzúa, y en su semblante y preguntas creí notar cierta agitación, no disimulando lo que le contrariaba el no encontrar en casa al otro, y si a mí; preguntome si sabía por casualidad si mi amigo había ido a casa de *doña Melchora Tragacanto*; díjele que no lo sabía, tanto más, cuanto que era la primera vez que dicho nombre llegaba a mis oídos; alta con lo cual y una escrutadora mirada que le dirigí, no pudo disimular su turbación ni reparar que había cometido.

Aumentáronse mis sospechas con la llegada de un agente de cambios, que venía a entregar el producto de una letra de dos mil pesos que mi pariente, sin noticia mía, había girado contra su casa y aquél había negociado. Recogí el dinero, y sólo pensé ya en buscar el hilo de aquel nudo en que se intentaba al parecer envolver a mi amigo; pero no lo hubiera conseguido fácilmente, si la suerte no me hubiera ayudado, y he aquí el cómo.

Un coche que paró a la puerta a corto rato me hizo sospechar si acaso la dama vendría en persona a visitarnos; pero sólo se presentó un caballero bien portado, a quien por la ventana de la escalera vi ponerse en el ojal de la casaca una cinta de honor; esta evolución no me gustó gran cosa; pero ¡cuál fue mi sorpresa cuando saliendo a su encuentro, reconocí en él a *Perico*, mi antiguo amanuense, cuyas repetidas travesuras me habían causado en otro tiempo bastantes disgustos!

No pude contenerme; hablele con la mayor extrañez pidiéndole explicaciones de aquella farsa, y aprovechando el desconcierto en que le había constituido mi inesperada aparición, le pregunté con resolución quiénes eran *doña Melchora Tragacanto* y *D. Solícito Ganzúa*, amenazándole con mis procedimientos si no me decía la verdad, y ofreciéndole una buena recompensa en caso contrario.

Entonces, sin poderse contener, y mientras me pedía perdón de sus enredos, me entregó una carta abierta, dirigida a mi amigo y concebida en estos términos:

«Amiguito mío: Según lo que acordamos anoche, y a fin de cumplir con quien conviene, le envió a nuestro *D. Judas*, con el pagaré que *V.* me dejó, para que se sirva entregarle la suma consabida, de que le dará recibo, y antes de la noche tendrá *V.* en su poder el resultado; rompan *VV.* esta carta, y hasta la noche, que venga por acá a que le demos una enhorabuena. Su fiel amiga y desinteresada servidora, *-Melchora Tragacanto*».

Acabada que fue la lectura de la carta, *Perico* me refirió por menor las circunstancias de la tal señora, que eran singulares. Porque ella vivía con lujo, sosteniendo sus grandes necesidades, sin más que aparentar una protección de que absolutamente carecía, para lo cual había tomado muy bien sus medidas con los pobres pretendientes que llegaban a la corte. Entre otras, tenía varios comensales distribuidos en las puertas, posadas y casas de huéspedes, los cuales, introduciéndose con los recién venidos, les brindaban su protección, adquiriéndose su confianza; luego les presentaban en la casa, y allí se ostentaba rodeada de una comparsa, a la cual repartía los papeles que la convenían, para

que el pobre forastero, seducido, cayese en el lazo y soltase prenda. -«Podría contarle a V. (continuó Perico) varios lances sucedidos en mi tiempo; pero sólo me limitaré a decirle que su pariente es el objeto del día, y que yo era el encargado de engañarle y de terminar esta farsa, cogiéndole una cantidad que él debía negociar hoy. Pero, ya que la suerte lo dispone de otro modo, ordene V. lo que yo debo hacer para complacerle y enmendar mi delito».

Grande fue mi indignación durante el discurso de Perico; pero, después de reflexionar bien, parecióme que no era tiempo de desahogarla, antes sí de sacar partido de la feliz combinación que me hacía dueño del secreto de aquellos malvados; y así, dejando de tomarlo por el lado serio, combiné con el astuto Pedro una salida que pudiera castigar a la protectora y al protegido, y divertirnos al mismo tiempo.

No tardó en llegar mi huésped, al cual le dije que habiéndome entregado el agente los dos mil pesos de la letra que había hecho negociar, y presentándoseme luego, un caballero con aquella firma suya, se los había entregado; al mismo tiempo puse en sus manos un pliego que supuse que el mismo sujeto me había dejado. Abrióle con precipitación, y sus ojos brillaban de alegría, entonándose y mirándome con aire satisfecho; yo afectaba la mayor indiferencia, y luego que le vi cambiar de color y conmovirse al leer el pliego, me escurrí bonitamente al gabinete inmediato; pero, no bien lo había hecho, cuando entró por la sala doña Melchora Tragacanto con el rostro encendido y vertiendo contra mi amigo las más horribles imprecaciones. Seguíanla D. Solícito y Perico, el cual se vino a reunir conmigo al gabinete. El pintar los mutuos reproches, las invectivas que se dijeron, y la bulla que armaron sin llegar a entenderse, fuera negocio largo de referir; y ¿por qué todo ello? (travesuras que me sugirió Perico). Que mi huésped había encontrado en el pliego que yo le entregué, escrito en letras enormes, el siguiente motete:

De un pretendiente novicio
Castigando la ambición,
Le hago un notorio servicio,
Pues por corto sacrificio
Recibe buena lección.

Y doña Melchora, en el talego que yo la había remitido, se encontró hasta unos cincuenta reales en monedas de a dos cuartos, nuevas y relucientes, como recién fabricadas que eran con el cuño de Segovia, atravesada entro ellas la coplilla que aquí campa:

De una astuta cortesana
Pago la falaz intriga
Dándola una lección sana:
Desnude a otra oveja, amiga,
Que yo vuelvo con mi lana.

Después que Perico y yo nos cansamos de reír y ellos de gritar, salí de mi escondite, y dirigiéndome a ellos: Señores míos -les dije-, ustedes habrán de disimularme la burleta que me he permitido hacerles, conociendo y apreciando, como no podrán menos, los

motivos que a ello me han movido. Usted, mi señora doña Melchora, a quien hasta ahora no tuve la dicha de conocer, conserve la memoria de este suceso, tratando de buscar otros medios con que acudir a sus necesidades, sin abusar del infeliz forastero que viene a la corte, el cual, si en ella encontrara muchas como V., creería haber entrado en una cueva de vicios y de errores; mas por fortuna no es así, pues la vigilancia del Gobierno sabe descubrir las estafas y castigarlas menos festivamente que yo lo hago; y a usted, señor pretendiente *por alto*, o más bien por bajo medio, sírvale de escarmiento lo pasado, y si sus merecimientos y servicios son algunos, hágalos conocer por los medios que la razón y el honor aprueban, teniendo entendido que el verdadero mérito se coloca él mismo a la altura de los honores, sin elevarse a impulso de una bajeza. En cuanto a ustedes, señores subalternos de tan pérfida intriga...

Iba a continuar, pero al volver mi cabeza a uno y otro lado, eché de ver que me había quedado sin oyentes, pues todos habían desaparecido confusos y avergonzados.

(Noviembre de 1832)

NOTA.- Varios de los artículos que forman la presente obrita, aunque desnudos de interés y pobres en argumento, han dado pie a tal cual autor vergonzante de comedias para enjaretar algunas, tales como *El Amante corto de vista*, *Los Paletos en Madrid*, *Los Románticos*, etc.; pero en el presente artículo sucede todo lo contrario; a saber, que él es el hijo legítimo de una pieza teatral que el *Curioso Parlante* escribió en los primeros años de su juventud (1827), y que, gracias a la meticulosa censura de aquellos tiempos, no logró ver representada. -Titulábase, pues, dicha pieza teatral *La Señora de Protección y Escuela de Pretendientes*, y fue la primera y única tentativa dramática del autor de las *Escenas*. -Como obra de un joven inexperto y de una imaginación limitada y prosaica, adolece aquella composición de una palidez extremada, de una escasez de intriga que contrasta con lo pretencioso del argumento; a pesar de eso, el censor dramático de aquella época, don José Caballer Muñoz, en medio de su tolerancia, benignidad e ilustración, creyó descubrir en ella algunas alusiones o retratos que no convenía presentar en la escena, y llamando al autor, con una deferencia y amabilidad muy propias de su carácter procuró convencerle de la necesidad de ciertas modificaciones; pero éste tuvo el buen sentido de no convenir en ellas por el temor de dejar aún más descolorido un cuadro que ya reconocía por tal, y aun el de retirar y condenar definitivamente una obrilla que le parecía a él mismo insignificante. -Después, llegado a la edad madura y con algún mayor estudio literario, al leer aquella débil producción, no pudo menos de reconocer y agradecer el servicio que le prestó aquel ilustrado censor, no dejando correr un trabajo pueril y que hubiera en adelante avergonzado a su autor; y éste, renunciando en consecuencia al teatro, dio una prueba de prudencia y convicción de la escasez de sus medios literarios.

LA POLÍTICO-MANÍA

«Traten otros del gobierno

Del mundo y sus monarquías,
Mientras gobiernan mis días
Mantequillas y pan tierno,
Y las mañanas de invierno
Naranjada y aguardiente;
Y ríase la gente». —GÓNGORA.

Pero, señor, ¿todo ha de ser gravedad? ¿todo ha de ser proclamas y discursos, y notas y discusiones, y cálculos y proyectos? ¿Y no habrá de sufrirse que yo, menguado de mí, que no conozco al filósofo Ginebrino más que de oídas en un sermón, ni al presidente de Burdeos más que de vista en la comedia de *La Llave falsa*, intente colocar mis pobres razonamientos aunque sea al abrigo del cañón de la ciudadela de Amberes? ¿O habré de estar siempre sujeto a que mis discursos salten a cada paso de la prensa, para ceder su lugar a cualquiera disertación política que impolíticamente venga a tomarme la delantera?

-Sí, señor; preciso será que V. lo sufra; no faltaba más sino que ahora, que el aspecto guerrero de la Europa ofrece al discurso tantas combinaciones; ahora, que los periódicos (crónicas más o menos parciales del tiempo presente) deben esforzarse para tenernos al tanto de lo que ocurre desde Cádiz al Japón, nos viniese V. con tres o cuatro columnas de observaciones crítico-filosóficas sobre nuestros usos y costumbres. Eso, amigo, desengáñese usted, era muy bueno allá en los tiempos de antaño, cuando los epigramas de la Crónica o los versos de Rabadán formaban acontecimientos importantes; pero ahora es otra cosa, y no hay ya lector, por festivo que sea, que quede satisfecho si no se desayuna cada mañana con media docena de protocolos de la conferencia de Londres.

Sin embargo, señor don Zoilo, parecíame a mí que esto de la política no es, o a lo menos no debía ser, para todas las cabezas, así como ciertos alimentos no son digeribles por todos los estómagos; y por otro lado, estaba persuadido de que el *utile dulci* del poeta latino y el *per troppo variare* del toscano, emblemas ambos tan manoseados de los autores, se dirían con algún motivo. Creía yo ¡qué no cree la ignorancia! que las altas cuestiones de la política eran tan difíciles de comprender como de tratar, y que sólo una disposición natural y un estudio profundo podrían conducir tal vez al descubrimiento de sus arcanos.

-Pues, señor mío, debe V. convencerse de lo contrario, y si no, escuche V. las conversaciones de hombres y mujeres, de viejos y niños, de grandes y pequeños; escuche V. sus reflexiones, sus discusiones y sus conclusiones, y por resultado de ellas adquirirá el convencimiento de que la política es una ciencia que se da espontáneamente en nuestras cabezas, sin más preparativos ni sementeras, y que el gusto dominante del siglo, desarrollando en nosotros aquella natural facultad, hace de cada uno un improvisador de leyes capaz de disputar con el mismo Solón Ateniese.

Así será bien que lo crea, pues que el inapelable dictamen de V. me lo afirma; sin embargo (y sin que sea visto contradecir en un punto su opinión) ¿me permitirá usted que le entretenga con un v. gr., que, o yo soy un bolo, o viene aquí de molde? -¿Sí? -Pues óigale usted.

Yo tenía un tío llamado D. Gaspar, el cual tío era natural de Navarra, y siéndolo, podrá V. venir en conocimiento de que era navarro; quiero decir, un navarro verdadero; honrado y testarudo, generoso y determinado. Los estudios de este buen señor se habían limitado a las primeras letras y algo de contar; con lo cual y su buena suerte, tuvo la fortuna de hacer prosperar su comercio, primeramente en su provincia, y después en la corte, donde fijó al fin su residencia. Casado en ella y con una posteridad correspondiente, había llegado en paz a la cuarta decena de su vida, pronosticando seguir el resto del mismo modo; pero la revolución de 1808 vino a alterar su tranquilidad, mudando completamente su carácter.

Enemigo irreconciliable del invasor de España, y declarado desde luego acérrimo partidario de aquél no importa, que por tantas veces ha hecho triunfar a nuestra patria de sus enemigos, no hubo en él un instante de incertidumbre, tanto sobre la verdad de su opinión como sobre el indispensable triunfo de ella. Guiado por sus propias ideas, convirtió su casa en un receptáculo general de todos los noticieros de Madrid, los cuales, reunidos día y noche, se complacían en tejer fábulas análogas a sus esperanzas, que a pocos instantes de concebidas pasaban por axiomas a los ojos de los mismos que las habían formado.

Y era lo más gracioso de esta escena el oírlos glosar los papeles y baletines franceses, siempre por el lado favorable: V. gr., decían aquéllos: -«En *la batalla de tal* perecieron quinientos franceses»; -al instante no faltaba uno que replicaba: «*Algunos más serán*»; -Continuaba el Boletín diciendo: -«y diez mil de los españoles»; -y todos prorrumpan exclamando: -*¡Ya se ve, ellos qué han de decir!*». -Asegurábase que, tal plaza había sido ocupada por los enemigos. -«Imposible». -Hombre, que lo dicen las cartas. -«Se equivocan las cartas». -Que lo dan de oficio los periódicos. -«Mienten los periódicos». -Pero al fin las semanas y los meses pasaban; la noticia se confirmaba, y entonces mi tío solía decir con aire misterioso y satisfecho: -No tengan ustedes cuidado, eso es un ardid del Lord; tanto mejor, dejarlos que se internen».

Pero, en fin, aquella época pasó, y mi tío vio realizadas sus esperanzas, si no por un efecto de sus planes y combinaciones, por resultado del heroísmo de la nación entera. Parecía, pues, natural que, restituida la calma, y restablecida en Europa la paz general, tornaría mi don Gaspar a su tranquilidad primitiva y haría prosperar su comercio con el mismo interés que en otros tiempos. Pues nada menos que eso; el demonio de la política (que debe ser un personaje principal entre los demás espíritus infernales) se había agarrado tan bien de él, que ni aun la voluntad le dejó de escaparse de sus uñas; antes bien, atormentándole con sus continuas inspiraciones, le hacía correr aquí y allí buscando alimento con que satisfacerlas. Desde aquel punto y hora no hubo lugar público ni secreto de la capital que no fuese testigo de sus eternas disputas, ni bóveda que no resonase con su agudo chillido provincial.

Levantábase al amanecer, y su primera operación era rodearse de todos los periódicos nacionales y extranjeros que podía procurarse; los primeros los leía sin entenderlos, y los segundos los entendía sin saberlos leer; quiero decir, que, como ignoraba otras lenguas que la suya, sólo podía adivinar aquellas palabras que presentaban alguna analogía, con

lo cual, y con los nombres propios de los generales y de las plazas, hacía él su composición de lugar para formar luego su opinión; y salíale acontecer a veces tomar el nombre del comandante de un sitio por el de la ciudadela, o hacer maniobrar a un río, creyéndole general de división.

Pero luego que bien penetrado de estos antecedentes se creía en estado de poder fijar todas las cuestiones, salía a la calle, y sin más rodeos se dirigía a la Puerta del Sol, donde siempre tenía dos o tres tiendas en que ya se le esperaba con gran ansiedad, para oír de su boca los proyectos ulteriores del ruso o los secretos recónditos del inglés. Allí era el oírle disertar y argüir con sus contrincantes, haciendo trizas el mapa con más garbo que un sastre opera en una pieza de tela; allí el verle saltar montañas, adjudicar ríos, firmar tratados, pasar notas, expedir correos, reunir congresos, publicar manifiestos, y manejar, en fin, la política universal desde una tienda de sombrerero, teniendo por oyentes a un prestamista sobre alhajas, a un corista de la ópera, dos mozos de cuerda y tres aprendices del almacén.

Luego pasaba a los cafés, y allí, rodeado de oficiales a medio sueldo y de paisanos sin sueldo ninguno, ocupaba su conocido lugar, y su primera operación era pedir la *Gaceta* para volverla a repasar; después, tomando por base cualquiera de sus párrafos, empezaba la discusión, unos en pro y otros en contra, asegurando todos que los motivos en que fundaban su opinión los sabían *de muy buena tinta*, citando autoridades tales, que cualquiera hubiera creído que habían cenado la noche anterior con el Rey de Francia o con el Emperador de Rusia; hasta que, cansados de estragos y mortandades, se separaban en distintas direcciones, encaminándose unos al patio del Correo a ver si era cierta la salida del extraordinario; otros, al gabinete de lectura a cielo raso de la calle de la Paz, cuál a las tiendas de la calle de la Montera; cuál, en fin (y éste era mi tío), a la escalera de Palacio, a ver subir y bajar los magnates, y augurar, por las arrugas perpendiculares o transversales de sus semblantes, lo que pasaba en lo interior del gabinete.

Verificadas todas aquellas correrías, se retiraba a comer a su casa; y ni la tierna solicitud de su esposa, ni las gracias amables de sus hijos, le conseguían sacar de aquella enajenación, de aquella cavilosidad, que constituían ya su estado favorito. Tal vez, sin embargo, entraba en su casa abatido y lánguido; su familia, sobresaltada, le preguntaba la causa de su tristeza, y no le dejaba hasta que había declarado que la motivaba el rompimiento de la guerra entre la Rusia y la Persia. Otras veces volvía lleno de alegría, y averiguada la causa, sabíamos que era nada menos que la mudanza del Ministerio dinamarqués.

Por la tarde salía rodeado de dos o tres amigos de su mismo carácter, y paseaban por sitios extraviados y solitarios, parándose a cada momento y disputando a voces sobre la navegación del Escalda o sobre las fronteras de Hungría. De allí venían a nuestro país, y hacían caer a su antojo todos los magnates, sustituyéndolos inmediatamente por otros; luego decían en confianza los proyectos de decretos de todo el año corriente, y toda esta máquina continuaba después en el café, sazónada con un bol de ponche, o en la tertulia entre jugada y jugada del ajedrez.

No hay que decir que los negocios particulares de mi tío decayeron a medida que se había ido ocupando de los negocios públicos; siendo tanto más chocante, cuanto que, a pesar de que su mujer, en vista de su debilidad, quiso sacar partido de ella excitándole a pretender algún empico, él nunca vino en ello, porque decía que no quería sujetar su opinión ni depender de ninguna influencia. Mas por de pronto, aquello que él llamaba independencia y franqueza le valió tres o cuatro delaciones, en virtud de en las cuales tuvo que saltar de un punto a otro, sin que en ninguna parte dejase de perseguirle su inconcebible manía. Por último, agotadas sus fuerzas morales y físicas con tanto discurrir y tanto sufrimiento, adquirió una enfermedad cerebral, que dio con él en el Nuncio de Toledo, adonde se entretuvo hasta su muerte en componer un periódico para uso de los demás locos, que, si he de decir verdad, podía pasar por cuerdo al lado de algunos que alcanzamos a ver hoy.

Quedé, pues, por tutor de sus hijos menores, y haciendo el inventario de los bienes, encontré una larga relación de acreedores, y un sistema completo de amortización de la Deuda pública; dos o tres papeles sobre la paz interior, y un pleito de divorcio con su mujer; tres o cuatro libros de Filosofía, y una pistola, que, según él repetía, era para cuando se hubiese cansado de vivir; un tratado general de educación pública, y cuatro muchachos que no sabían leer; un...

-Basta, basta -interrumpió vivamente D. Zoilo con el rostro encendido y la voz trémula-; basta que V. me haya bosquejado las principales escenas de mi vida; no se complazca V. en presentarme las que sucederán después de mi muerte.

-Yo, amigo, no intenté...

-Conozco la sana intención de V.; estoy convencido de que de ninguna manera fue la de retratarme; pero ¡ay, amigo mío! me ha presentado V. un espejo y me he mirado en él: ¿quiere V. más?

-Pues si ello es así, debo felicitarle por la conmoción que V. manifiesta, y que no dejará de producir su resultado.

-Sí, amigo; desde éste momento veo que mis ideas toman otro giro, y si bien no renuncio al interés que todo ser bien organizado debe sentir por la felicidad de su país y del mundo entero, trataré de apartarme de cuestiones ajenas a mi obligación y a mi capacidad, procurando aplicar los buenos principios al gobierno de mi familia, y contribuyendo de este modo al orden y la felicidad pública.

Entonces no pude contenerme, y abrazándole arrebatado, exclamé: -¡Ay, amigo mío, si todos me entendieran como V.!

(Diciembre de 1832)

NOTA. -Pálido es sin duda el artículo que antecede, como pálido y vergonzante era por aquellas calendas el vicio que pretende castigar; pero a vueltas de su palidez se descubre ya el giro que tomaban las costumbres al terminar el año de 1832, a par que la

meticularidad del autor, y su disgusto por hallarse en las columnas de un periódico político (*La Revista Española*). Por lo demás, ¡qué diverso aspecto ofrecía una sociedad en la que este vicio naciente podía combatirse con la templanza del *Curioso Parlante*, y quién había de decir a éste que en el trascurso de muy pocos años había de cambiar la opinión hasta el punto de necesitar la incisiva sátira de *Fígaro* y la penca de *Fray Gerundio*, y hacerla soportables los dardos del *Jorobado*, del *Mundo* y de *La Postdata*, y los rayos y centellas de *El Huracán* y de *El Guirigay*!

EL AGUINALDO

«Omnia tempus habent,
et habet sua tempora tempus».
(Traducción suelta.)
«Cada cosa en su tiempo,
y los nabos en Adviento».

El erudito Mr. de Jouy consagró un capítulo de su preciosa obra de *El Ermitaño de la calle de Antín* a describir la costumbre de los estrenos (*étrennes*) o regalos de Año Nuevo que tan en boga está en Francia y en otros países, y razonando sobre ello con su profunda erudición, pretende probar que aquel uso viene de Tacio, rey de los sabinos, a quien en un día de Año Nuevo se había hecho el presente de algunos ramos consagrados a Strinuo, diosa de la fuerza, lo que parece que aquel señor hubo de tomar a buen agüero. Por qué tanto aquel año fue para él muy dichoso, y en justo agradecimiento autorizó la usanza de los dichos regalos en lo sucesivo llamándoles *strenae*, de lo cual positivamente viene la voz francesa *étrennes*, y la castellana *estrenos*, que han usado en igual sentido nuestros autores.

Pero esta voz ha perdido entre nosotros su uso casi del todo, sin duda porque la costumbre a que se refería ha caducado también; pues si bien es cierto que aún se conservan algunos regalos de principio de año, a consecuencia de la burlescas ceremonia, aún bastante generalizada en las tertulias, de sacar a la suerte en la víspera de Año Nuevo parejas de hombre y mujer, sin embargo, puede considerarse como desacreditada semejante costumbre (especialmente en Madrid, donde hablamos), si bien en su lugar tenemos otra ocasión de lucir nuestra generosidad pocos días antes, en las dádivas llamadas de *aguinaldo*, con que solemos endulzar la memoria del nacimiento de nuestro Redentor.

Que sea uno mismo nuestro *aguinaldo* que *les étrennes* franceses, lo asegura por mí un autor acreditado cuando dice: -«*Y por ser a cuatro días de mi llegada día de Año Nuevo, cobré mi aguinaldo de los señores de aquella corte*». -Mas si la costumbre es la misma, la palabra tiene distinto origen. Tal lo siente el famoso Covarrubias cuando la hace venir de la voz arábica *guineldun*, que significa regalar, o de la palabra griega *gininaldo*, que vale tanto como regalar en el día de natalicio. Mas sea de ello lo que quiera, es lo cierto

que con la voz *aguinaldo* (o *aguilando*, como dicen en algunas provincias) designamos generalmente todos los presentes que se hacen desde la víspera de Navidad hasta la Epifanía, y que esta es costumbre bastante general para haberla de pasar por alto.

Ahora bien; ¿cómo se verifica esta costumbre? ¿Consiste acaso, como en Francia (según nos la describe el ya dicho Ermitaño), en un cambio mutuo de todo lo que la perfección de las fábricas, el genio de los artistas o el buen gusto de los literatos ostentan a porfía en ocasión semejante? ¿Invéntanse para ello nuevas telas, alhajas y muebles primorosos, libros llenos de ingenio y agudeza? ¿Pónense en movimiento grandes capitales, destinados a vivificar las artes y el comercio, o a hacer florecer la literatura y las ciencias? ¿Amenízase el todo con sales epigramáticas, composiciones sublimes o cartas llenas de ternura y sensibilidad? Vamos a verlo.

En el año 1824 tenía yo en mi casa un alojado francés, oficial de la Guardia Real, el cual, por razón de cierta herencia habida de una tía suya casada en Alicante, permaneció en España más tiempo que el ejército, lo bastante para poner en claro la testamentaría (cosa que no es tan fácil como parece), y con este motivo, y siendo además de un natural amable y amigo de la sociedad, hizo relación con muchas personas de todas clases, que le recibían en su casa con la mayor complacencia. Las aventuras particulares de este francés son cosa de que más de una vez he querido hacer partícipes a mis lectores, y que servirían ahora de clave para entender mejor este discurso; pero como de esas cosas me faltan que decir y hallarán su colocación cuando menos se piense. Mas contrayéndome por ahora al objeto del día, sólo diré que acercándose el fin de aquel año, y deseando mi parisién corresponder con aquellas personas a quien debía obligaciones o amistad, de un modo relativo a su clase y circunstancias, consultó conmigo sobre *les étrennes* que debería regalar; y como él desconfiaba de saber hacer por sí las compras, vino a proponerme sus intenciones, a saber:

En primer lugar, a cierto personaje a quien él debía singular protección y benevolencia, le destinaba una primorosa colección de clásicos de la literatura francesa; -a una señora, cuya influencia le había servido de notable recomendación, le ofrecía un precioso artificio de pájaros disecados sobre flores y frutas trabajadas en cera; -a su abogado defensor, dedicábale una caja de ébano que contenía los códigos franceses e ingleses; -al agente de sus negocios, le brindaba un semanario con registro de *agenda* para todos los días del año; -a la esposa del escribano, media docena de cuadros copias de Vernet, con sendos marcos de relumbrón; -y por último, a la causa de su tormento, un primoroso libro encuadernado en mosaico, que contenía las poesías más sentimentales de Lamartine.

No pude dejar de sonreírme al escuchar tales propuestas; mas sin replicar una palabra, parecí conformarme con su idea y me encargué de la compra.

Por supuesto, pueden venir en conocimiento mis lectores de que en vez de dirigirme a fábricas y librerías, hice rumbo hacia los portales de la plaza y calle Mayor, tocando empero al paso en ciertas tiendas de ultramarinos adonde sabía poder encontrar lo necesario para mi objeto. Y verificados que fueron mis ajustes, torné a mi casa, donde ya me esperaba el oficial con seis o siete cartas redactadas en el ínterin, cuáles en prosa a la

Chateaubriand, cuáles en verso a la Víctor Hugo, y todas alusivas a los diferentes objetos que remitía. V. gr., empezaba la del personaje: -«La voz de la sabiduría busca los oídos del sabio; permitid, señor, a los autores clásicos de nuestra literatura que vayan a acogerse bajo la superior inteligencia de V.» -Y en esto entraban ya por la sala tres mozos cargados con seis barriles de *Peralta*, *Pedro Jiménez*, *Manzanilla* y otros diferentes autores.

Seguía la de la dama diciendo:

Símbolo de ternura y de amistad
Ellos, señora, al dirigirse a ti,
De un corazón sensible a tu bondad
La gratitud expresarán por mí.

Y a este tiempo ocuparon la sala media docena de pavos y otra media de capones cantando un *tutti* parecido al final de un primer acto.

Empezaba la del abogado diciendo: «La ley de todas las naciones...», y sin dejarla proseguir le presentó un precioso bolsillo que contenía una cincuentena de escudos. - Proseguía la del agente: «Trescientos sesenta y cinco días bien empleados», y a este tiempo hice sacar de las alforjas del conductor treinta docenas de chorizos; pero éste me hizo ver que me había equivocado en la cuenta, pues faltaban cinco piezas para todo el año. Venía después la carta de la mujer del escribano, y lo mismo fue ver que se hablaba en ellas de cuadros, que al instante hice salir una colección de ellos capaz de guarnecer la más amplia despensa. -Por último, al prorrumpir con la carta de la querida en la mano: - «¿Qué podré yo dedicar a la virgen de mis primeros amores, que reúna en más alto punto la sensibilidad y el gusto más delicado?». -«Una caja de mazapán de Toledo», exclamé yo con entusiasmo, poniéndola sobre la mesa.

Hasta aquí pudo llegar el sufrimiento de mi buen francés, el cual, saltando en medio de la sala, y con voz estentórea, apoyada por el bajo continuo de las pavos, exclamó. -¿Cómo? ¿qué es esto? ¿Usted pretende ponerme en ridículo? -Nada menos que eso, amigo mío, le contesté yo con gran calma; antes bien trato de evitárselo a usted; además, que yo creo haber cumplido con sus instrucciones. Usted me encargó una colección de autores clásicos, ¿y no lo son *Pedro Jiménez* y consortes? -Unas aves disecadas; ¿pues qué les falta a esas para serlo? -Un código de leyes; yo le ofrezco un bolsillo lleno. -Un semanero, ¿y cuál más a propósito que una cuelga de chorizos? -Una colección de cuadros; ¿y no lo son también los del tocino? -Una obra de ingenio; pues bien, según mi dictamen, pienso que lo es una caja de mazapán.

Pero, dejando a un lado las chanzas, amigo mío, ¿párcele a V. que estamos aquí en París? ¿o piensa que en circunstancias semejantes nos pagamos por acá de libros y de monadas? No; si no, eche V. un pedazo en el puchero, y verá qué caldo sale. Nada de eso, no, señor; todas esas son ideas románticas que aquí no pegan, porque nosotros (a Dios gracias) estamos por el género clásico. Esas obras y artefactos son muy santos y muy buenos, sí, señor; pero no podrían sacar a un hombre del apuro del día, y así serían

agradecidos los regalados como por los cerros de Úbeda. Y si no, véngase un par de horas por esas calles de Dios, y verá cómo todos piensan de ese modo; recorra V. esas confiterías, y observarálas preñadas de obeliscos y templetos (pruebas felices de nuestra arquitectura); verá en las diversas piezas de dulces y mazapanes la imitación de la naturaleza tan recomendada por los artistas; desengañese V.; éstos y no otros cuadros, son los que necesitamos en nuestras galerías. ¡Estatuas!, ¡pinturas!, ¡producciones raras de los tres reinos!... ¡bravo! Asómese V. a ese balcón y veralas cruzar en todos sentidos, pero sólo del reino animal y algunas pocas del vegetal, para la colación de Noche-buena: en cuanto a piedras ¡fuego! cómaselas quien las quiera... Mire V., mire, V. todos esos mozos qué cargados van; pues todo lo que llevan es producto de nuestras fábricas; vea V.; chocolate... longanizas... confitura... turrón... ¡y luego dirán que no hay industria! Pero acabemos de una vez; venga V. conmigo, y observe lo que sea digno de observar. - Y no hubo más, sino que, agarrándole del brazo, di con él en medio de la Plaza Mayor.

Pasmado se hallaba el bravo oficial al considerar toda aquella provisión de víveres capaz de asegurar a la población de Pekín, y bien que acostumbrado al redoble del parche o al estampido del cañón, todavía se le hacía insoportable el espantoso clamoreo de los vendedores y vendedoras de dulces y frutas; el pestífero olor de los besugos *vivitos de hoy*; el zumbido de los instrumentos rústicos, zambombas y panderos, chicharras y tambores, rabeles y castañuelas; el monosílabo canto de los pavos y las escalas de las gallinas, que atados y confundidos en manojos, cabeza abajo, pendían de los fuertes hombros de gallegos y asturianos; el rechinar de las carretas que entraban por el arco de Toledo henchidas de cajones, que en enormes rótulos denunciaban a la opinión pública los dichosos a quienes iban dirigidos; la no interrumpida cadena de aldeanos y aldeanas, montados en sus pollinos, que se encaminaba a las casas de sus conocidos de la corte, a pasar las pascuas a mesa y mantel, en justa retribución de una alcantarilla de arropo o una cestita de bollos que traían de su lugar; el eterno gruñir de los muchachos, cuál porque un mal intencionado le había picado el rabel, cuál porque un asesino le había llevado de un embrión entrambas piernas del pastor del arcabuz o de la charrita de Belén; y, en fin, el animado canto de los ciegos, que entonaban sus villancicos delante de las tiendas de beber.

-¿Cómo (exclamaba el extranjero), y es ésta la nación sobria y taciturna? -Eslo sin duda, pero *dulce est dissipere in loco*, y algún día en el año habíamos de hacer traición a nuestro *inevitable* puchero y nuestra eterna prosopopeya. -¿Mas cómo puede llegar a consumirse toda esta provisión, que parece destinada a sostener un sitio de cuatro meses? -Yo le diré a V.: dedicándose todos a la gastronomía durante las vacaciones; reproduciéndose casi todos los días los convites de familia; poniéndose unos a otros en contribución de aguinaldo para sostenerlos; aumentándose notablemente la población de Madrid con el refuerzo de los lugares circunvecinos, y dando rienda suelta para comer y cenar a soldados y muchachos.

¿Y en tales momentos pretende V. que se aprecien los obsequios que V. preparaba? No, amigo mío, sea usted romano en Roma; expida desde este central depósito aves y turrónes; omita el acompañarlos con elegantes misivas; que si ellos fueren de ley, ellos hablarán por usted, y si son malos, todas las epístolas de Cicerón no bastarían a hacerlos

buenos. Recorra después las casas de los obsequiados, y verá que toda la alegría del licor malagueño se ha trasladado a los semblantes, y toda la dulzura del mazapán se ha comunicado a los labios.

(Diciembre de 1832)

LA COMPRA DE LA CASA

«No todo lo que es brillante
Riqueza al avaro ofrece;
Oro la alquimia parece;
Vidrio hay que imita al diamante».
--TIRSO DE MOLINA.

Nada hay tan lisonjero para un honrado tendero de esta villa como la idea de invertir en una casita propia el resultado de sus cálculos y combinaciones sobre el queso de Rochefort y los barriles de Málaga. Mientras éstos sólo le produjeron el ahorro de un millar de pesos, limitó sus proyectos a enriquecer su almacén y dar mayor ensanche a sus negociaciones; lisonjeado por el éxito de éstas, alquiló una espaciosa tienda y la embelleció con cristales y columnas, al paso que abandonó la antigua manía de tener siempre el mejor género; los hombres son niños grandes y pagan más caro lo brillante que lo bueno.

Este cálculo se hizo nuestro almacenista, y una continua lluvia de plata y cobre, cayendo armoniosamente en el cajón del mostrador, fue trasformada por él, con el mayor sigilo, en sendas onzas de Carlos III, escudos y doblones de nuestro monarca actual.

¡Qué plenitud de contento equivale al de aquél cuando, cerrada la tienda y despachada la familia a una merienda en el Canal, se entregaba los domingos a sus anchuras al arqueo de su caja! ¡Qué invenciones tan peregrinas para ponerla a cubierto, no tan sólo de la vista de los extraños, sino de las sospechas de los propios! Porque a nuestro hombre no se le ocultaba que los enemigos domésticos son los más temibles para el caudal, y que las necesidades o exigencias de su esposa y de sus hijos podrían crecer al compás de sus talegos. Así que él mismo se los cosía y recortaba, colocándolos luego en los sitios más excusados; y hubiera deseado que existiese moneda equivalente al valor de todos ellos, para llevarla siempre consigo con el mayor disimulo; pero ya que esto no podía ser, las había reducido al menor número posible de fracciones, todas de ley y peso conveniente, y de sonido más grato a sus oídos que romance de Bellini cantado por la *Meric Lalande*.

Satisfecho, pues, con su incógnito monetario, aparentaba con todos la mayor escasez, negando siempre tener el menor fondo de reserva, si bien por otro lado no dejaba de calcular que su dinero, así arrinconado, nada le producía, y se hallaba además expuesto a un caso fortuito de incendio, robo o cosa tal. Así que, después de muchas noches de

desvelo, vino a resolver que sería lo más conveniente emplear su capital en una casita *asegurada de incendios*, en el casco de esta villa, con lo cual se proporcionaría multitud de goces y privilegios, amén de un cinco o seis por ciento, rédito de su capital.

Vivamente afectado con tan feliz idea, se levantó una mañana, y su primera diligencia fue correr a suscribirse al *Diario de Avisos*, con el objeto de ponerse al corriente de todas las ventas a pública subasta, ya *en virtud de providencia*, ya *a voluntad de sus dueños*. Embebido desde entonces en esta grata lectura, solía pasar los dos tercios de la mañana; luego se ponía su sombrero, y envuelto en su astrosa capa, dirigíase a la casa en venta, y la miraba con disimulo desde el portal de enfrente; después subía la escalera y llamaba en todos los cuartos con cualquier pretexto para reconocer lo que podía del interior; en seguida iba a la escribanía por donde se verificaba la subasta a ver el expediente, y desde allí pasaba a la contaduría de aposento a reconocer los planos de Madrid; con cuyas noticias, malas o buenas, no dejaba de consultar a un aprendiz de arquitecto, corredor de ventas, el cual siempre le daba las mejores ideas de la casa, aunque no fuese más que por cobrar su tanto por ciento de comisión; pero al tratarse de tocar a sus monedas, faltábale a nuestro hombre la resolución y dilataba el plazo para ocasión más oportuna.

Por último, llegó un día en que el anuncio de una venta en la calle de la Palma Alta vino a despertar sus ideas adquisidoras; la sola consideración de poseer una casa en la calle en que había nacido bastaría a decidirle, si las seguridades de su arquitecto, las invitaciones del escribano y los respetuosos homenajes de los inquilinos, que desde el primer día le saludaron como a su futuro casero, no hubieran añadido a sus deseos una fuerza irresistible.

La casa se vendía en virtud de mandamiento judicial y para pago de acreedores, los cuales en vano habían esperado postores que hiciesen subir su valor; si hubiera estado situada en la calle de Carretas, de Alcalá, o cosa tal, millares de comerciantes ricos, americanos emigrados, o compañías revendedoras se hubieran apresurado a doblar su tasación; pero como era en la calle de la Palma Alta, todos la desdeñaban, y solamente nuestro tendero tenía empeño en poseerla.

No dejó de conocerlo el escribano, el cual lo trasmitió a los acreedores, manifestándoles el único medio de sacar partido del entusiasmo de nuestro comprador; y con efecto, llegado el día de la subasta, verificada en el piso bajo de las Casas Consistoriales ante la presencia judicial, el honrado tendero, que creía hallarse solo, vio con sorpresa un banco entero de oposición, cuyos individuos se empeñaban en pujarle siempre *mil reales más*; y en los intermedios de los pregones, hablaban entre sí, ponderando las cualidades de la tal casa, y manifestando su empeño en llevarla; pero mi tendero, rascándose la frente y tentándose el garguero, pujaba más, y ya la mayor parte de aquéllos se iba retirando, fingiendo sentimiento por la derrota; sólo quedaba uno, más obstinado que los demás, el cual, fijo en sus mil reales más, hizo desconfiar al pujante tendero de vencerle, y por fin, con harto sentimiento se determinó a cederla; pero no bien habían salido de la subasta, cuando llamándolo el nuevo dueño de la finca, le hizo presente que él había hecho la puja por encargo; pero que si tenía fuertes deseos de la casa, estaba resuelto a cedérsela, aunque hubiera que dar algunos *guantes* a su principal, pues no podía ver padecer al

prójimo. El buen hombre, que oyó que por un par de guantes tendría la casa, al momento iba a darle los suyos (que eran por cierto de punto de estambre azul con ribetes blancos); pero el otro le hizo ver lo que él llamaba guantes, y no hubo más remedio que transigir con él en media docena de medallas de pelucón.

Después de éste vinieron los gastos de escritura, alcabala, hipotecas, arquitecto consultor, reconocimiento de títulos, etc., etc., lo cual iba haciéndose sentir terriblemente en el archivo numismático del tendero. Pero todo lo dio por bien empleado cuando con toda la solemnidad legal se vio investido con la autoridad de propietario, dándosele a reconocer a los inquilinos como *único dueño de la finca, a quien debían acudir con el pago de sus alquileres*, en seguida *abrió y cerró puertas, y paseó las habitaciones, echando fuera las gentes que dentro estaban haciendo otros actos de dominio no turbado ni contradicho*, con lo cual se le dio la posesión *en forma*.

Al siguiente día abrió su tribunal en la trastienda de su almacén, para oír y juzgar las reclamaciones de los inquilinos; las cuales estaban reducidas a pedir rebajas en los precios y varias obras de comodidad; sin embargo, el tendero, por un sistema de compensación, tuvo por más prudente desestimar las obras y sólo proveer a la subida de precios con arreglo al presupuesto de productos que él se había formado al comprar la casa. -En vano los inquilinos intentaron reclamar aquella violación de su derecho; la autoridad de un dueño nuevo es terrible, y nada pudieron lograr; pero deseosos de vengarse del todo, fueron tomando la determinación de dejar la casa quedando a deber dos, tres o más meses de alquiler; con lo cual tuvo el propietario que entablar tantas demandas como inquilinos eran, y luego otras tantas como plazos les señalaron para pagar, con cuyos gastos vino a duplicar el importe de las deudas. -Por otro lado, los vecinos, esparcidos por aquellos barrios de Monserrat y del Hospicio, desacreditaron la casa *vieja* y el casero *nuevo* en términos, que en vano éste había gastado ya cinco cuadernillos de papel para poner en los balcones la seña del alquiler, y diez pesetas en anuncios del *Diario*, porque nadie parecía a pretenderla, con lo cual su autoridad dominal venía a quedar puramente nominal.

Nada de esto sabía bien al nuevo propietario, tanto más, cuanto que el pago de la contribución de frutos civiles, regalía de aposento, farol y sereno, censos y demás cargas eran invariables, ya estuviese alquilada, ya no; y por otro lado, los actuales inquilinos (que eran los ratones), además de habitarla gratis, minaban los cimientos y destruían el edificio; así que, convencido por estas circunstancias, por el ejemplo general de refundición, por las invitaciones de su esposa, y más que todo, por los cálculos moderadísimos de su arquitecto, determinó reformar su casa, dándole el aspecto de la novedad y de la frescura.

Dicho y hecho; plan de tintas de colores, licencia, cálculo de ganancias, presupuesto de gastos; todo se formó en un instante, y la obra empezó bajo la dirección del consabido. Abajo el tejado; piso tercero, cuarto, buhardillas... Pero ¡qué desdicha! a los primeros golpes húndese una viga y el pavimento del segundo se desploma detrás; el principal, como si hubiese aguardado esta señal, verifica la misma operación. -Pues, señor, ya nos encontramos en la tienda sin necesidad de bajar escaleras. -¿Qué se hará? ¿Qué no se

hará? -Y estando en esto, los cimientos flaquean, la fachada se inclina, y por mucha prisa que los obreros se daban para aligerar, una nube de polvo, deshaciéndose en las nubes, dejó ver al segundo día el ancho boquerón en que fue la casa, cubierto de vigas y de cascotes.

Ya tenemos a mi *señor de obra* en el caso de edificar una casa de nueva planta, cuando sólo pensaba reformar la antigua, para lo cual contaba con los fondos suficientes. Estos quedaron consumidos en sacar los nuevos cimientos; en vano acudió a la enajenación de efectos y alhajas; todo ello bastó para elevar el primer piso; empeñado en su empresa, recurre a los prestamistas, los cuales le adelantan lo suficiente para elevar el segundo, bajo la garantía e hipoteca del principal; por último, una comunidad de monjas se le opone a la elevación del tercero, por sobreponerse a las paredes de su huerta. No le queda más arbitrio al nuevo propietario que subdividir en muchas habitaciones los dos mil pies de terreno que posee, y siguiendo la regla de las monteras, asigna a cada una lo estrictamente necesario para poder vivir inquilinos *liliputienses*, si bien gastando en puertas y ventanas más de un año del alquiler.

Pero concluida que fue la casa, y colocada en el caballete del tejado la cruz de siete brazos y siete banderas, empezó a disfrutar los placeres consiguientes a la calidad de dueño que tanto había deseado.

Entonces observó la puntualidad y buenos mudos de los vecinos para pagarle su alquiler; la tolerancia de las contribuciones; las multas improvisadas; la sencillez y la moderación de las cuentas de los albañiles y vidrieros, carpinteros y soladores; la entretenida historia de las demandas de despojo, las divertidas comparecencias judiciales; los términos por *equidad*; los mandamientos de amparo; y tantos otros incidentes como dan grata ocupación a los caseros y campo al ingenio de los inquilinos de Madrid.

Mas lo peor del caso fue, que la señora tendera y las niñas, luego que se vieron con casa propia, dijeron con resolución: «*No más mostrador*»; y fue tal su energía, que consiguieron determinar al amo de casa a trasladarse a vivir al cuarto principal de la propia. Con todas estas bajas, los empeños contraídos, lejos de disminuirse, fueron en aumento con los intereses anuales, en términos que, a vuelta de algunos años, el hipotecario, observando que su crédito ascendía ya al valor de toda la finca, la reclamó judicialmente y le fue adjudicada.

De esta manera desapareció el tesoro del almacenista, cual precioso monumento extraído sin precaución de las ruinas de Herculano, que se deshace y evapora a la sola impresión del aire.

(Marzo de 1831)

«Si por la laguna Estigia
Juró el Tonante hasta aquí,
Hoy jura por la marea
De las calles de Madrid».
--D. JUAN DE IRIARTE.

Uno de aquellos días felices en que el perfecto equilibrio de nuestros humores, ocasionado quizás por una buena digestión, suele inclinarnos a la satisfacción y al contento, haciéndonos mirar todos los objetos por el lado favorable, salí de mi casa sin destino fijo, y con la sola intención de ponerme en movimiento, dando al mismo tiempo ocupación a mi tranquila mente con la variedad de cuadros animados que ofrecen las calles de Madrid. Y como aquel día por fortuna todo me parecía bien, no es fácil formarse una idea de las sensaciones agradables que a cada paso experimentaba.

El cielo sereno y despejado el sol brillante, el ambiente apacible, me trasladaban en imaginación al clima delicioso de las orillas del Betis; el bullicio y animación de las calles divertía mi fantasía; todos los hombres me parecían contentos y corteses; todas las mujeres bellas, amables y satisfechas; sobre todo llamaban mi atención por su picante fisonomía los jóvenes de veinte a veinticinco, y ajustando las fechas, hube, de observar que todos ellos debían haber nacido desde 1808 al 14, lo cual me condujo a sacar la consecuencia de que la guerra de invasión en nada perjudicó a las fisonomías.

Llamó luego mi atención la multitud y belleza de las casas nuevas o reformadas, si no con la mejor voluntad de los caseros, por lo menos con notable complacencia de los inquilinos; consideraba después la garantía que a estas mismas casas presta la filantrópica Sociedad de Seguros, causa principal del embellecimiento de la población; miré con complacencia los edificios públicos destinados a establecimientos útiles y de nueva creación; recorrí los paseos que por todos lados adornan diariamente nuestra capital; vi sus plazas públicas despejadas de la insalubre suciedad que ocasionaba la venta de comestibles; observé mejoras en la limpieza; buena arquitectura en las fuentes y puertas modernas; gusto y elegancia en la innumerable multitud de tiendas y cafés; admirable provisión de comestibles en los varios mercados; comodidad incalculable, proporcionada por la multitud de mercaderes ambulantes que bajo distinto diapasón entonan sus géneros por las calles; belleza y baratura en los objetos artísticos expuestos en los almacenes; prueba incontestable de que hay literatura, en la multitud de carteles con letras de a medio pie que adornan las esquinas; decencia y lujo en los vestidos, carruajes y habitaciones, y mil proyectos útiles, en fin, para lo sucesivo, tales como el del alumbrado, conducción de aguas, magnífico teatro, y otros semejantes, de los cuales espera esta capital su futuro engrandecimiento. -Y animado por la contemplación de tantas bellezas, no pude menos de rendir en el interior de mi pecho el más sincero tributo de admiración y gratitud a las autoridades matritenses, que tanto se desvelan por la prosperidad de este pueblo.

El entusiasmo que aquel paseo había infundido en mí fue suficiente a hacerme tomar la pluma, y llamando en mi auxilio la musa de Chateaubriand, tracé las siguientes líneas:
«¡Levanta la cabeza, corte de los dos mundos; levanta la cabeza y sal del abatimiento a

que una mano extraña te redujo; desecha los tristes lutos, hijos de una guerra desastrosa, para vestirte de nuevas galas y primores. Tú eres la joya de la España; tú eres la palma del desierto, la fuente del arenal y la estrella, de la noche; como el fénix renace de sus cenizas, así tú más hermosa y brillante te presentas después de tus escenas lastimosas; viuda desconsolada, que se adorna con preciosas galas para obsequiar al nuevo esposo; tu conquistada belleza y los nuevos encantos que ostentas forman la dicha de la enamorado ausente, que vuelve a sus lares y se admira de encontrarte más joven y más bella que a su partida... Permite, ¡oh Mantua! permite que mi débil voz entone tus loores; permite que, enajenado con el suave ambiente de tu eterna primavera...».

Pero al llegar aquí, el espantoso ruido de un aguacero y granizo improvisados súbitamente, no sin grave riesgo de mis cristales, vino a distraer mi atención, y aun a arrancarme de mi amable éxtasis. Viendo, pues, que por entonces no me era tan fácil volver a él, y conociendo, por otro lado, que mi estómago pedía a toda prisa el calor que había subido al cerebro, me puse a cenar al ruido del chaparrón; que no hay cosa como cenar tranquilamente mientras silba por fuera la furia del Aquilón y el bramido del Noto.

Consecuencia inmediata de la cena fue quedar rendido al sueño, del que no volví hasta bien entrada la mañana siguiente; el frío intenso que sentía me hizo mirar el termómetro y vi que, por una de aquellas bruscas transiciones tan frecuentes en nuestra atmósfera, habíamos pasado en pocas horas desde doce grados sobre cero a tres por bajo, con lo cual no extrañé la fuerte tos que me molestaba, y que sin duda fue presagio de las malas aventuras que me esperaban todo el día. Mas, halagado con el recuerdo del anterior, y a pesar del aguacero, que había durado toda la noche y amenazaba volver a empezar, púseme en la calle con la idea de continuar mi paseo, a fin de concluir mi empezada jaculatoria.

Lo primero que desconcertó mi intención fue el inmundado lodazal de las calles, que no sabía cómo evitar, pues si buscaba las estrechas y remendadas losas, iba haciendo pasos vascos, impelido por la suavidad del lodo reposado sobre ellas; y si me salía al empedrado, siempre encontraba el medio de poner el pie en las frecuentes hondonadas y charcos. Leía los bandos fijos en las esquinas, y alababa las disposiciones que previenen a los vecinos barrer los frentes de sus casas; pero al mismo tiempo observaba la indolencia general en este punto, y no podía menos de irritarme al considerar este descuido en cosa de interés común, cuya ejecución debía ser voluntaria; y estando en estas consideraciones, vi desfilar delante de mí una multitud de mendigos, los cuales venían de recoger el segundo desayuno de un convento o de una fonda, sin que a ninguno le ocurriese ofrecer su servicio a los vecinos para dar cumplimiento al barrido de las calles.

El cielo en tanto se iba cubriendo de nuevo, y no tardó en romper en otro turbión, que a todos nos hizo aligerar el paso, pero en vano; a la lluvia por igual y goteada sucedieron muy pronto los asombrosos surtidores de los canalones de los tejados, los cuales, describiendo una curva perfecta, cruzaban sus aguas en las calles estrechas, y en vano el mísero transeúnte intentaba evitar su golpe, pues al menor descuido veíase aplanado y oía resonar sobre su sombrero la cascada de Aranjuez. -Muy luego, arroyos, más ríos que el Manzanares, se formaban en las calles, y si bien algunos puentes improvisados ofrecían

su socorro mediante una corta y aun voluntaria retribución, eran de suyo tan débiles y vacilantes, que había más probabilidad que mediana de caer en el arroyo, lo cual no dejaba de divertir sobremedida a los grupos de mozos de cordel repartidos por las esquinas, que cargarían con media casa si alguno se lo mandase, y formaban escrúpulo en alargar su mano ni ofrecer el menor auxilio a los pasajeros.

Yo buscaba el número 4 de la calle de para tomar puerto en casa de un amigo, y no bien le hube hallado cuando, sin reparar apenas en lo inmundo del portal, infestado por los vapores que exhalaban los dos depósitos que hasta la presente parecen indispensables en la mayor parte de los portales de esta corte, y sin mirar tampoco lo empinado, estrecho y oscuro de la escalera, subí a tientas, y llamé en el cuarto que me figuré ser el del amigo; pero se me dijo que no era allí, y que tal vez sería otro número 4 que había enfrente. Atravesé corriendo la calle, subí a la otra casa (cuyo número por cierto estaba cubierto con una enorme muestra que decía: *Halmacén de acey-te-vinagre, velas de sevoy demás comestibles*), pero tampoco era allí, y sólo pude sacar en limpio que aun había otros dos números 4 en la tal calle.

Mohíno y enojado contra la numeración de las casas por manzanas, que tanta molestia me ocasionaba, continué la calle abajo, y me entré por el primer portal que encontré con aquel número; seguí largo rato su estrecha lobreguez, y ni él se acababa ni yo encontraba la escalera; en esto siento pasos precipitados detrás de mí; redoblo yo los míos, acábase el callejón, y me encuentro en otra calle distinta; con lo que vine en conocimiento de que aquello era un pasadizo formado, como la mayor parte de los de Madrid, por la unión de dos portales accesorios, aunque sin adornos de cristales y primorosas tiendas como los *pasajes* de París.

Desesperado con mis azares, y con la lluvia que aún proseguía, no sé qué hubiera dado por hallar un coche que me volviese a mi casa; mas para encontrarle hubiera necesitado ir a casa de los alquiladores, y alquilarlo lo menos por medio día, mediante la cómoda retribución de cuarenta reales, lo cual era peor que aguardar a que pasase la lluvia. Tuve, en fin, que tomar esta última determinación; mas por fortuna no tardó en despejarse el día, y por una extravagancia del temporal, muy conforme con las anteriores, ostentar el sol su brillo natural.

Volvió la animación de las calles, pero no volvió mi alegría, pues mis desdichas no desaparecieron con las nubes; distraído con las cavilaciones a que ellas me conducían, iba a torcer una esquina, cuando me miré rodeado de una docena de ligeros jumentillos que, recién aliviados de la carga de los costales de yeso, y animados por la flexible vara del mancebo que los presidía montado en el último término del más proyecto, no me dio lugar a defenderme en regla, sino grotescamente con manos y pie; recordando de paso al mozo con palabras harto duras la benéfica orden que les previene conducir su ganado sujeto a fila; pero aún estaba yo dirigiendo mi filípica, cuando, blandiendo la vara sobre los lomos de los pollinos, formó una densísima nube de yeso y desapareció con ellos, dejándome entregado al coraje y a una violenta tos, que muy pronto conjuró contra mí a todos los perros que han sobrevivido a la persecución judicial del verano pasado.

Salveme lo mejor que pude de aquellos peligros, pero fue para tropezar en otro, enredándome en una cuerda atada a un palo que había delante de una obra, y por pronto que quise salir, sufrí gran parte de la lluvia de cascote arrojado desde el tejado; apartéme de allí, y fui a dar cerca de una docena de picapedreros que estaban labrando las piedras para una obra, los cuales acertaron a asestarme un guijarro a un ojo, en términos que hube de permanecer tuerto por todo el día.

Tantos y tan graves contratiempos irritaron mi bilis en términos que todo me incomodaba; los gritos de los vendedores, agudos y disonantes; el descoco de las naranjeras; las ropas nada limpias puestas a secar en balcones y ventanas; los tocadores al sol en calles no muy retiradas; el humo de las hachas que acompañaron al Santísimo Viático, impreso a propósito en el quicio del portal; las rejas salientes que amenazan los hombros de los adultos y las cabezas de los chiquillos; las riñas de los aguadores en las fuentes para tomar vez para llenar; las carretadas de bueyes cargadas de carbón; las interminables filas de mulas conductoras de paja; los inevitables serones de los panaderos ecuestres; los muchachos que venden candela y suelen arrimarla al que no la solicita; los que salen en tropel de las aulas, o convierten la calle en público anfiteatro imitando la corrida de toros; los fogosos caballos de la brillante carretela que se dirige al Prado; la eterna pesadez de los simones, la silenciosa embestida de los bombés *facultativos*, y la vacilante dirección de los calesines. Todas estas y otras cosas que se me fueron ofreciendo a la vista en calles y paseos durante todo el día, acabaron de completar mi disgusto.

Llegada la noche, tomé puerto en el teatro, en el cual no tuve otro contratiempo sino unas cuantas gotas de aceite que perpendicularmente me cayeron de la araña; y al volver a mi casa a la luz de los faroles (que sólo sirven para hacer visibles las tinieblas), iba buscando las calles más acompañadas, por hallarse ya cerradas todas las tiendas.

Mi desgracia iba como siempre delante de mí; cuándo me hacía tropezar con una muralla provisional de cascotes apilados, procedentes de una obra, y colocados a tres cuartas de la pared, entre la cual dejaban un estrecho callejón apenas suficiente para el paso de una persona; cuándo me lanzaba de pie en un montón de cal recién apagada; ora me enredaba en una fila de basuras colocadas en medio del arroyo con ocho horas de anticipación al acto de recogerlas; ora me ponía delante ciertos avechuchos nocturnos, cuyo mal aspecto y repugnante desvergüenza ofenden al pudor y la moral pública; por aquí me salía al paso una vacilante tertulia arrojada de una taberna; por allá oía aproximarse el ruidoso tren encargado de aquélla, parte más sucia de la limpieza; huyendo de su olorífica influencia en el acto solemne de sonar las once, me acogía a la otra acera, a tiempo cabalmente de recibir el rocío con que una amable deidad alimentaba los tiestos de su balcón; por último, un sereno que venía detrás entonó a este tiempo su agudísima y prolongada canción, en términos que, por miedo de que volviese a repetirla, le invité a acompañarme a mi casa, y fue lo único que hice bien en todo el día, pues al aparecer su farolillo a la entrada de cierta callejuela que teníamos que atravesar, vimos echar a correr dos hombres, que sin duda no eran muy amigos de las luces.

Libre ya, en fin, de los pasados sustos, y procurando hacerme superior a las encontradas impresiones, reflexioné las inmensas mejoras que el aspecto de nuestra capital ha tenido en pocos años; reconocí que ellas son causa de la exigencia actual sobre los inconvenientes que aún observamos, y cuyo remedio en un pueblo grande no es obra de un instante, y me dormí contento con la lisonjera perspectiva que el celo de las autoridades nos presenta trabajando en hacerlos desaparecer de día en día.

(Marzo de 1333)

NOTA. -Esta sátira del abandono y desaseo en que, por un inconcebible aunque arraigado descuido, yacía la capital del reino en la época a que se refiere, parece ahora demasiado blanda después de comparar aquel estado con el que ofrece actualmente, y que responde a la cultura de la población y al celo y diligencia de la autoridad municipal. Seguramente que el más apasionado del antiguo régimen y de los Ayuntamientos perpetuos, de los Corregidores *golillas*, de los *protectores*, de las *tasas*, *abastos*, *gremios*, *ordenanzas* y *cédulas* del Consejo no podrá negar que con todo este aparato y balumba de leyes y autoridades la municipalidad perpetua, sea por las causas que fuesen, hizo poco, muy poco de lo que reclamaban las necesidades de la población; y que sus calles y caserío, su pavimento, su alumbrado, sus paseos, sus mercados, cárceles, hospicios, teatros y cementerios ofrecían el aspecto más repugnante; aspecto que no recuerdan hoy y que no concebirían ya posible los mismos que entonces lo toleraban y defendían. -Algo, sin embargo, empezó a mejorar en los años últimos del reinado anterior, merced a las mayores exigencias de la época, a los esfuerzos de los particulares y al impulso que no podían menos de seguir el mismo Gobierno y autoridad. Don Domingo María de Barrafón, corregidor en aquella época, abrió y plantó nuevos paseos exteriores; atendió con celo a la mejora del arbolado, disponiendo la formación de un hermoso vivero, orillas del Manzanares; hizo construir algunas fuentes, y protegió el ensayo de alumbrado por el *gas*, que por entonces no pasó de ensayo. -Pero la verdadera época de reforma en todos los ramos de la administración municipal de esta villa data indudablemente de 1834 y 35, en tiempo de los nuevos Ayuntamientos, y sobre todo, del celoso corregidor don Joaquín Vizcaíno, *marqués viudo de Ponteijos*.

Este distinguido funcionario (cuyo nombre no olvidará jamás la población de Madrid) fue el que inició el movimiento de progreso verdadero, de civilización y de comodidad; y sin ser hombre de grandes estudios ni superiores conocimientos, bastole la energía de su carácter, la penetración de su buen instinto, y la influencia y atracción que ejercían sus modales simpáticos y caballerescos, para emprender y plantear con buen éxito mejoras radicales, no solamente en lo material de la villa, sino en sus establecimientos más útiles y morales; mejoras que hubiera desenvuelto seguramente a no haber sido tan corto el período de su administración (dos años escasos), pero que han servido, a no dudar, de base para todas las infinitas realizadas después.

EL DÍA DE FIESTA

«Sin que pase la tarde
Decir no puedes:
¡Qué día tan hermoso!
Muchos como éste».

-¿Muchacho?

-Señor.

-¿Son campanas?

-Sí, señor.

-Temprano la han tomado; ¡si apenas es de día!

-Es verdad; pero como hoy es una fiesta solemne, ya usted ve...

-Y qué, ¿es a fiesta ese tañido?

-Mire V., de todo hay; ésas que se sienten a lo lejos son las de San Ginés, donde se celebra el santo del día, y por eso tocan a vuelo, y las de más cerca son las de Santa Cruz, y tocan a muerto, sin duda por aquel droguero gordo de la calle de Postas, cuyo entierro se verifica hoy.

-Cierra, cierra bien los balcones; que voy a escribir.

-¿A escribir, señor? No verá V.

-Tanto mejor; con eso no sabré lo que me escribo y entraré en la moda del día. Ahora, pues, leamos despacio mis notas y escojamos materia conveniente... pero han llamado.

-Muchacho.

-Señor.

-Mira quién llama. V.

-Es el vecino de arriba, que va a caza y viene por V.

-¿A cazarme a mí?

-Quiero decir, a que V. le acompañe.

-Buenos días, Sr. *Postas*.

-Buenos días, vecino. ¿Qué tal? ¿He cumplido la palabra?

-Sí; pero, hombre, salir así, tan de mañana...

-Pues mire V., por mucha prisa que nos demos, ya llevaremos por delante cien escopetas, que habrán estado esperando a que abrieran las puertas.

-¿Conque, es decir, que habré de vestirme?

-De cualquier modo; míreme V. a mí, ¡qué sencillo! zapato blanco, botines de estezado, pantalón gris, chaqueta corta, sombrero de calaña, mi morral, mi frasco y... y nada más; lo que importa es ir ligero para poder andar mucho.

-¡Ah! ¿Con qué, en eso consiste la diversión? Pero... ¡Calle! ¿Otro convidado más?

-No, señor; es el vecino de la tienda, el Sr. *Liga*, que viene armado con su caña y demás arreos de pesca, para ver si me corría la delantera en llevarse a V.; pero, amigo, por esta vez chasco se lleva.

-Ya escucha V., Sr. *Liga*, mi compromiso; el señor *Postas* es más madrugador que V.

-No consiste en eso, señor vecino, sino en mi maldita caña, que he tenido que prepararla con todo cuidado por si acaso pica alguna pieza grande.

-Una ballena tal vez; ¿no es verdad, Sr. *Liga*?

-Vaya, señor vecino hay que venirse con pullas; que a las veces donde menos se piensa salta la liebre.

-Eso de liebre (replicó vivamente el Sr. *Postas*) me toca a mí, y salte ella una vez, que así se me escape a mí como por los cerros de *Úbeda*.

-Pues, señores, ya estoy vestido y a la orden de ustedes.

-Ahora falta que escoja entre los dos elementos.

-El caso es que yo creo que ambos son a cual mejor, y si pudieran reunirse, no encuentro motivo para separarlos.

-Dice muy bien el vecino; ¿hay más que marchar juntos, y allí donde atravesare el aire algún bulto, lucir usted su habilidad, Sr. *Postas*, y donde toparemos agua, sacar yo partido de la mía?

-Vamos, señores, vamos, pues, a nuestra anfibia expedición.

Esto diciendo, nos dimos a luz por las pacíficas calles, donde sólo encontrábamos a tales horas cual o cual lechero o buñolera, que preparaban con sus expeditos manjares el camino de la tienda de la esquina, que acababa de abrirse, y cuyo amo enjuagaba ya las copas del aguardiente.

La campana de una iglesia inmediata nos recordó que la primera obligación era la de oír misa; entramos en el templo; su inmensidad y silencio inspiraban recogimiento y devoción; el sonido de la campanilla; los trémulos pasos de algún anciano; la tos de algún otro escondido en las capillas; los fuertes golpes de pecho de un mozo, o el silbado rezo de una anciana sentada en el suelo, eran los únicos objetos que alteraban tal vez aquella sublime tranquilidad; y penetrado por ella, no pude menos de comparar tal espectáculo con el que algunas horas después ofrecería el mismo templo, henchido de gentes de todos sexos y condiciones, mezclados sin distinción, y más ocupados en ostentar sus gracias y sus adornos que en la contemplación del acto religioso.

Cuando salimos de la iglesia, ya las plazuelas iban llenándose de géneros y de compradores, siendo los encargados de las fondas los primeros que acudieron a hacer enormes provisiones, prueba no pequeña de la solemnidad del día; y en tanto que mis acompañantes empleaban algunos maravedises en pan y en frutas, compré yo disimuladamente unas perdices y unos peces dando encargo a un mozo que nos siguiera con ellos a lo lejos.

Saliendo después por la puerta de Toledo, nos dirigimos al Canal, con el objeto de realizar nuestra alternativa diversión; el Sr. Liga, en cuanto vio el agua, tomó su posición académica, enarbolando su caña, y el Sr. Postas echó a correr por los vericuetos con la escopeta al hombro; yo tomé asiento al lado del primero, con el objeto de ser testigo de sus triunfos; pero en los tres cuartos de hora que permanecí con él, sólo obtuvo por resultado una rana, un zapato y un pez, que me produjeron tres movimientos convulsivos de risa. Queriendo disimularla en lo posible, me alejé del vecino, fui a encontrar al lejano mozo, y le envié cerca del pescador con encargo de pregonar sus peces, entre tanto que me dirigía a buscar a Postas, cuyos repetidos tiros me daban la esperanza de una abundante caza.

La victoria, sin embargo, no correspondía a aquella salva, pues todo se redujo a un gorrión, que tasado por peritos, podría valer hasta ocho maravedises, a trueque de cinco reales muy cumplidos de municiones que iban ya consumidos. El héroe, sin embargo, no se desanimó, y viéndome venir redobló sus esfuerzos, sosteniendo con guardas y pastores tantas disputas como descargas hacía; pero observando yo lo inútil de su eficacia, resolví acudir al consabido expediente de llamar al de las perdices para que diese una vuelta alrededor del cazador.

Situeme después en un puesto distante, y según la señal convenida, llamé con la bocina a mis dos corsarios; no tardaron en llegar cantando victoria, ostentando con su aire triunfal sus presas, y contándome el pormenor de su captura; yo les felicité como debía; pero al preparar el almuerzo con ellas, no pude resistir a la tentación cruel de hacer presente al Sr. Postas que aquellas perdices habían sido cogidas con lazo, y aquellos peces eran de

otra clase que los que se dan en el Canal: replicáronme fuertemente; aparenté convencerme; mas volviendo a sonar el cuerno, se presentó mi montero mayor con el resto de las provisiones. Dejo pensar el efecto grotesco que produciría su vista en ambos adalides, y sólo diré que, deseosos de recobrar su honor en el segundo ojeo, corrieron de nuevo a las armas, y me dejaron en disposición de volverme pacíficamente a Madrid.

Las nueve poco más serían cuando le atravesé de uno a otro extremo, y mientras lo hacía con todo despacio saboreando las diversas escenas que se presentaban a mi vista, sentime llamar por un amigo, que me seguía de cerca, el cual tomando la palabra, -¿Qué es eso, señor Curioso (me dijo), va V. recogiendo materiales para sus Escenas Matritenses? Pues algunos podría yo darle a usted; que también yo hago mis observaciones, y aun me precio de inteligente en el arte de Lavater. Y si no, ¿quiere V. que le diga el estado y las circunstancias de todos los que van pasando a nuestra vista? Pues óigalo V.

¿Ve V. aquel caballero tan bien portado, que corre diligente con un lío debajo del brazo, cubierto con su pañuelo? Pues ese caballero es un sastre que va a llevar la ropa a los parroquianos; diez y seis de ellos están esperándole sin salir de sus casas, y él no lleva recado más que para cuatro, con que los otros doce irán a reconvenirle al taller; pero él ha previsto ya este inconveniente cerrándole y marchándose a pasar el día al soto de Migas Calientes.

Ahora repare V. a esotro lado, y observe esa pareja que cruza delante de nosotros; media hora hace que salió la joven (que en su guardapiés de primavera, delantal negro, pañuelo amarillo y mantilla de sarga, muestra ser diosa de cocina) de una casa en la calle de la Magdalena, y al despedirse del ama, que la encargó que volviera pronto, respondió muy satisfecha: -«Descuide V., señora, en cuanto oiga misa». Pero al volver la esquina de la calle tropezó con aquel mancebo, que la esperaba, y aunque en todo este tiempo que van juntos han pasado por diferentes iglesias, en ninguna han dado muestra de entrar; y no es lo peor eso, sino que por el rato que va trascurrido, tendrá ya la muchacha que volver a su casa.

-¿Y a V. qué le importa -le repliqué yo a este punto-esa intriguilla escuderil? Eleve V. un poco su pensamiento, y repare, si es que ya no lo hizo, en esta mamá noble, que acaba de salir de su casa llevando delantero un pimpollo de muchacha; observe aquel cuidadoso descuido de su traje matutino, y cómo no ha temido su belleza a la peligrosa experiencia de la papalina rizada y pegadita a la cara; vea V. cómo ese pañuelito corto y recogido al cuello nos deja contemplar su talle delicado, y la botita de color su pie de cinco puntos; mire V. con qué gracia nos hace conocer que ya a misa, ostentando en las manos su devocionario, lindamente encuadernado a la *Gaufré* por Alegría o por Ginesta; pero, sobre todo, ¿a qué no adivina V. por qué vuelve la cabeza tan repetidas veces hacia nosotros? Pues no se esponje y envanezca, que no repican por él, y si no, torne V. su vista hacia ese joven militar con capote de harragán azul forrado de encarnado, que viene detrás de nosotros acortando sus pasos y como midiéndolos a un compás conocido, rizándose los bigotes y oblicuando sus miradas a la acera izquierda, por donde va la niña.

-¿Y cómo ha sorprendido V. su pensamiento?

-Muy fácilmente: observando que él salió de un portal de enfrente al mismo tiempo que ella de su casa, espiando después sus miradas de inteligencia, y... pero ¿a qué cansar? Sígales V., si quiere, y por mí la cuenta si no les viere oír una misma misa. Mas no; déjeles V., y repare en ese joven que se adelanta hacia nosotros con su traje deslumbrante, como que conserva aún todo el brillo de la fábrica; contemple V. su atusado sombrero, todavía caliente de la plancha; su elevado corbatín; su lazo tan enigmático; sus botones de piedras de color; los sellos de similor purísimo; pues es un honrado ropero de la calle de Toledo, que va derechamente a hacer su visita matutina y *en gran tren* a su futura, la hija de madama *Bobiné*, modista de Orleans; pero antes reflexiona que será bien comprar unos guantes amarillos para mayor autorización de su blanca mano, y con efecto, entra en aquella mal cerrada guantería; mas ¡ay! que ése que ha entrado detrás de él es un alguacil; mucho me temo que al guantero le ha de costar diez ducados de multa el vender guantes el día de fiesta; verdad es que el día de trabajo nadie se los compra.

-No pierda V., por Dios (me dijo a este tiempo mi amigo), el espectáculo de ese coche simón, nuevo caballo troyano, en cuyo seno han encontrado cabida hasta once cabezas entre chicas y grandes, formando un grupo piramidal en forma de caricatura, a cuyo pie podría escribirse: *Una Boda del Barquillo*. La novia es una tabernera de la calle de San Antón, y el novio un alojero de la de San Marcos; el padrino, que es un tocinerico rico de la Costanilla, ha tomado el coche para todo el día, con el objeto de pasear la boda por las calles y saludar a todo el mundo; pero como las mulas son algo flacas y la carga demasiado gruesa, y como por otro lado han tomado la precaución de emborrachar al cochero de aquí viene esa marcha oblicua y desigual que V. observa, y que concluirá por dar con la boda en el suelo, no sin grave contento de curiosos y muchachos que acompañen con sus silbidos los lamentos de los contusos.

Con estos y otros espectáculos, eran las once cuando llegué, a mi casa, y al pasar por delante de la tienda del señor Liga observé a un mancebo muy agraciado que estaba a la puerta haciendo sonreír a la esposa de aquél, con lo cual no pude menos de exclamar: ¡Cosas del mundo! ¡Su marido acaso no habrá sacado aún un pez, y a ella, sin buscarlos, se le vienen a la mano!

Subí, diciendo esto, a mi cuarto, cuando sentí abrir la puerta de mi vecino el Sr. *Magnífico Pabón*, cuyo criado, cuadrándose en la escalera, preguntó: -«¿Es el peluquero de su señoría?». -No, amigo, le contesté; pero, según el tufo de esencias que me ha dado al pasar, juraré que le dejó a la puerta de la tienda, componiendo una receta de mil flores; y así era verdad, pues a este tiempo subía ya el mancebo, preparando los peines al son del romance francés de *Le Trouvadour*.

Encerrado, por fin, en mi cuarto, me proponía aprovechar el resto de la mañana en disponer mi artículo; mas no bien lo empezaba a hacer, cuando entró por la puerta el Sr. D. Magnífico en persona, radiante como un reverbero, que iba a la corte con su uniforme nuevo; propúsome acompañarle para hacer después juntos varias visitas; acepté el ofrecimiento, y henos aquí caminando a Palacio por entre una multitud de carruajes de todas edades y condiciones, y de otra aun más numerosa de pedestres en canillas, cuya

vista fija en los pies se hallaba ocupada en defender las nacaradas medias de la inmunda profanación del lodo.

Llegados a Palacio, subió mi compañero, y yo marché a esperarle en casa de un amigo, donde no tardó en llegar, con lo cual empezamos nuestras visitas de buen tono; pero tuvimos la suerte de despacharlas pronto, porque las señoras habían salido, cuál a la misa de la tropa, cuál a la *de las dos* en el Buen Suceso, cuál a la revista en el Prado, y cuál, en fin, a otras visitas, y esto me convenció de la ventaja de hacerlas en día de fiesta. A todo esto eran ya las tres, y por indicación de D. Magnífico, y aunque no teníamos necesidad de ello, atravesamos a lo largo la calle de la Montera, en cuya acera izquierda se hallaba reunida a aquella hora, entre sol y sombra, la flor y la nata de la andante caballería, y al pasar por aquellos grupos, no pudo prescindir mi vecino de bajar el cristal y sacar por el ventanillo la mano a de su uniforme, con lo cual quedó satisfecho de haber fijado la conversación general por cinco minutos.

La tarde de un día de fiesta necesitaría por sí una prolija descripción, en que podría lucir el pintor el efecto de los contrastes. Pintaría de un lado a una buena parte de la multitud, piadosa y recogida, poblando las iglesias para asistir al jubileo o al sermón, en tanto que otra gran parte del pueblo corre bulliciosa a los circos a presenciar las gracias de un novillo o las desgracias de un volatín; opondría la variedad y la alegría de los retirados paseos, tales como la pradera del Canal, la Florida, la Virgen del Puerto, la Fuente Castellana y otros así, en que las meriendas improvisadas, las danzas provinciales y los juegos bulliciosos ofrecen una animación exagerada, y aun peligrosa algunas veces, a la prosopopeya uniforme de los paseos de buen tono, como el Prado y el Retiro; las ruidosas disputas de las tabernas y las acaloradas discusiones de los cafés; la complacencia extraordinaria de los espectadores de la escena muda del descuartizado, ejecutada por el primer fantasmagórico español, o de los azares de D. Simplicio Bobadilla, y la fría indiferencia de la sociedad altisonante escuchando pocas horas después el *Cid* de Corneille o el *Pirata* de Bellini. Esto me hizo repetir la observación que alguno ha hecho antes que yo, a saber: «Que las fiestas son variedad en el aburrimiento del rico, consuelo y verdadero placer del pobre».

Tarareando aún el rondó final de la ópera regresé a mi casa para descansar de una vez; pero me hallé con un nuevo suceso, que vino a distraer mi atención, y fue que, al entrar en mi cuarto, me hallé tendido al Sr. Postas llorando su desventura.

-¿Qué hay, Sr. Postas? ¿qué llanto es éste?

-¡Pobre de mí, señor vecino; pobre de mí, que he ido por lana y vuelvo trasquilado!; quiero decir, que salí de mi casa a cazar sin haberlo conseguido, mientras que otro ha cazado en mi casa todo lo que había en ella.

-¡Qué desgracia!

-Verdad es que no había nada; pero menos he hallado yo fuera, como no sea este fognazo que me ha abrasado media cara.

-Vaya, consuélase V.; podrá ser que... pero ¿qué voces son estas que se sienten arriba?: «¡que me mata, vecinos!». ¿Qué es esto?

-Nada, señor vecino, no se asuste V., será el tío *Curro Cariñena*, el oficial de zapatero que vive en la buhardilla de la esquina, que vendrá con el refuerzo acostumbrado en tales días, y tratará de disculparse con su mujer dándola de palos.

-¡Infeliz! Vamos a socorrerla.

Hicimoslo, en efecto, no sin grave trabajo, y dejando al Sr. Postas en su habitación, torné yo a la mía para acostarme, como lo hice, procurando desechar penas y enojos; pero el ruido del baile que aquella noche daba don Magnífico, pared por medio de mi alcoba, no me dejaba sosegar un momento, haciéndome renegar de mi vecindad y del día de la fiesta, cuando de repente siento una agitación universal en toda la casa, y entre carreras y gemidos llegan a mí las voces de «¡fuego, fuego!». -Salto precipitado de mi lecho, corro al peligro, y encuentro que era el fogón del Sr. Liga, que habiéndole abandonado sin precaución por todo el día, el marido ausente en la pesca, y la mujer en los novillos, salía ahora con la ocurrencia de que se estaba quemando desde las seis de la tarde. La consternación entonces se hizo general; toda la vecindad acudió a apagar el incendio, y aunque felizmente lo conseguimos muy pronto, tardamos aún el resto de la noche en recoger las reliquias de muchos efectos que algunos amigos officiosos, para librarles de todo peligro, habían arrojado violentamente por el balcón.

(Abril de 1833)

LA CASA A LA ANTIGUA

«Ne gênez pas, je vous en donne avis,
Tant vos enfans, o vous, pères et mères,
Tant vos moitiés, vous, épous et maris,
C'est où l'amour fait le mieux ses affaires».
--LA FONTAINE.

Muy distinto era el asunto que me proponía tratar en mi artículo de esta semana; pero, al prepararme a ello, hallé sobre mi bufete una carta que me hizo variar de idea. Firmábala *D. Perpetuo Antañón*, sujeto para mí desconocido, aunque sus circunstancias me parecieron tan notables, que desde luego me propuse ponerlas en conocimiento de mis lectores. Cavilando largo rato sobre el modo de hacerlo con mayor efecto, no hay que decir que corté varias plumas, tracé algunas líneas, las borré luego, cambié muchas veces de papel, y me rasqué no pocas las orejas y la frente; pero todo en vano, pues nada de lo que escribía llenaba mis deseos; hasta que volviendo a leer la carta, me ocurrió la feliz idea de que en vano intentaría yo prestar a mi pintura aquel colorido fiel y sencillo que la da el piticel del propio interesado; y en su consecuencia, nada podrían agradecerme tanto

mis lectores como recibir de mis manos el mismo bosquejo original. Lo cual diciendo, tuve por bien salir de mis apuros sin otro trabajo que el de trasladar literalmente dicha carta, y hela aquí punto por coma:

«Señor Curioso: Usted es el mismísimo Diablo Cojuelo, y aún más, pues sin el ingenioso expediente de alzar los tejados de Madrid ni hacernos volar por los aires, como aquél al licenciado D. Cleofas, nos pone V. de manifiesto aquellas escenas que pasan de puertas adentro de nuestras casas, y cuya observación se escapa a la mayor parte de los testigos. Esta pintura, desdeñada por el historiador, y exagerada en pro o en contra por viajeros y poetas satíricos, es tanto más importante, cuanto que nos ofrece un espejo fiel en que mirar nuestras inclinaciones, nuestros placeres, y también nuestras virtudes, nuestros defectos y ridiculeces (pues desde luego convengo con usted en que los crímenes no entran en su benévola inspección), y puede ofrecernos más modelos que seguir y más escollos que evitar que la misma historia, por la sencilla razón de que hay más Juanes o Mengas que Titos y Dioclecianos, y que la mayor parte de los hechos y dichos de los varones célebres de Plutarco parecerían ridículos en un mercader de la calle de Postas.

»Pero supuesta la necesidad de esta moral linterna mágica, y supuesta también la dificultad de iluminarla de modo que todos la veamos, no pudo menos de asaltarme la idea de que V. tenga a sus órdenes algún espíritu foletto para comunicarle los sucesos con la verdad con que los describe, como si a un mismo tiempo fuera joven, viejo, elegante pelucón, padre, amante, galán, cortejo o pretendiente. Esta consideración, que me ha ocupado tres noches de desvelo, me ha hecho temer que el dicho malandrín, al comunicarle la noticia de mi desmán, la fuerza y desfigure tal vez en menos pro de mi buena fama; y por si así sucediere, quiero yo mismo ser fiel coronista de ella y describírsela a V., a fin de que después haga el uso que crea conveniente.

»Para mayor inteligencia de mi discurso, empezaré por decir a V. que aquí donde no me ve, soy un antiguo comerciante; que habiendo debido a la Divina Providencia y a cuarenta años de trabajo un capital respetable, fruto, sino de quiebras fraudulentas ni de especulaciones ilícitas, sino de una honradez y buena fe nunca desmentidas, resolví, habrá cinco años, retirarme de los negocios y vivir tranquilo en mi casa con aquella uniformidad y dulzura a que me inclinaba ya el conocimiento del mundo.

»No le negaré a V. que la causa principal de mi retiro fue, sin duda, la continuada reflexión sobre los vicios que la miseria parece haber puesto a la moda. Observé la mala fe de los diestros estafadores; vi la hipocresía de los falsos amigos; adiviné el interés de los bajos aduladores, y conocí, en fin, la delicada posición de un hombre de bien en medio de las asechanzas que le rodean; y sea esta convicción, o mi natural deseo del descanso, ello fue que desde entonces me encerré herméticamente en mi casa, con la sola compañía de mi esposa, una hija niña y dos antiguos criados de conciencia experimentada.

»Confesaré a V. que el edificio que ocupo en un barrio lejano es de los más antiguos de Madrid, y que su aspecto sombrío, sus balcones de gran vuelo, la enorme ala del tejado y toda su exterioridad están anunciando a los transeúntes su fecha de tres siglos; convengo

también en que el interior no es de más moderna invención; que no reina en él la economía presente; que las pinturas son antiguas, los techos envigados y de una altura desmesurada; las puertas colosales, los vidrios pequeños y verdinegros, las baldosas cortadas y desiguales; pero en cambio es casa propia, tengo en ella salones inmensos, corredores interminables, escaleras interiores, habitaciones independientes, buhardillas y sótanos para guardar un almacén. Por otro lado, la prodigiosa multitud de muebles que poseo, no solamente encuentran cabida en este inmenso casarón, sino que juegan muy bien, por su fecha y por su forma, con lo material del edificio; y si no, dígame V., ¿en cuál de los del día podría yo colocar las costosas arañas de doce brazos, que llenan ellas solas una sala; los cuadros de tres o cuatro varas, las mesas macizas de nogal, los sillones de vaqueta de Moscovia, las camas imperiales, los bufetes de cuatro registros, las alacenas y las cómodas de doce cajones? ¿Ni qué bien irían en una casita de muñecas las floreadas cornucopias, las estampas del Hijo Pródigo, los ricos escaparates del Nacimiento, los sitaliales encarnados, los bancos de respaldo, las colgaduras de damasco, los tapices de Ciro, los tiestos de tinaja, los relojes de flautas elevados en la pared, las rinconeras de dos pies, los mapas de media caña, los biombos chinescos, los velones de cuatro pábilos o de bomba de cristal, los armarios enrejados, las figuras de talla, y tantos enseres a este tenor como forman el adorno de mi habitación? Y, por último, ¿qué figura había de hacer yo mismo, vestido a la 1805, con mis zapatos en punta, hebilla de plata, media negra, calzón corto, chaleco cumplido, corbata blanca sin lazo, bastón de tres altos, empolvado tupé y sombrero en facha?

»Sin querer, señor Curioso, le he hecho a V. la descripción de mi habitación y de mi persona; ¿quiere usted saber mi método de vida? -Pues óigale V. -Yo me levanto al salir el sol, y mi primera diligencia es acudir a oír misa a la parroquia, donde todos los concurrentes nos conocemos ya de vista cotidiana; satisfecho este primer deber, me suelo dirigir a cualquiera de las plazuelas de San Ildefonso o de Santo Domingo; allí, al mismo tiempo que tengo un rato agradable, con la animación y bullicio del mercado, ajusto de paso algunas provisiones, y sé mejor que sus amos lo que cuestan las que llevan los criados de mi vecindad. De vuelta a mi casa, me entretengo agradablemente con el jicarón de dos onzas de chocolate, eclipsado entro cuatro baluartes de tostadas y bollos, cuya sustancia restauradora me presta fuerzas para la lectura del *Diario* (único papel a que conservo afición, por ser, a mi entender, el que más ideas contiene), y como vea en él el anuncio de alguna almoneda o pública subasta, no dejo de anotarlas en mi registro para darme una vuelta por ellas, último resto que conservo de mi inclinación mercantil.

Cuido después de mis tiestos y mis canarios, y salgo a las diez a visitar algún amigo de mi humor y de mi edad, con el cual me entretengo en ensalzar lo pasado a costa de lo presente; entro luego en una librería donde suelo escuchar cosas que no están escritas en ningún libro; recorro después plazas y prenderías, buscando preciosidades parecidas a las que yo conservo en mi casa, lo cual suele darme cierto aspecto de anticuario; examino después el estado de las obras públicas, calculando su duración (en cuyo cálculo suelo equivocarme en algunos años), y por último, vengo a parar en mi antiguo almacén, recordando en él los vaivenes de mi juventud, cual el viejo marinero sentado en la playa contempla como en sueños sus pasados sustos y alegrías.

»Allí permanezco hasta que suena una del reloj del *Buen Suceso*, a cuya hora vuelvo a mi casa, en la que percibo ya el olor de mis compras de la mañana; mas como no hay cosa que se envidie más que un sentido a otro, no tardo en confiar al gusto los placeres del olfato, y sentado entre mis dos femeninas compañeras, empiezo la comida, que, entre trabajo y descanso, suele prolongarse hasta las tres.

»Alzados los manteles, me retiro a dormir una horita de siesta, y después salgo a paseo con algún amigo (que por lo regular suele ser un religioso), dirigiéndonos despacito por el camino de Chamberí o a las Ventas de Alcorcón. Sentámonos donde nos parece, al sol o a la sombra; parámonos de vez en cuando a tomar un polvo, y departiendo nuestros sentimientos en sabrosa e inocente plática, aguardamos a que el sol empiece a esconderse para volver a la capital y dirigirnos, ya juntos, ya separados, a restaurar nuestras fuerzas con la segunda toma de chocolate, precedida de un vaso de limón o de agraz. Reúno después la familia, rezamos nuestro rosario, y acabado éste, suelo retirarme a mi despacho a leer un par de horas, o bien acontece bajar el vecino D. Segundo con su esposa (que forman con la mía y conmigo dos parejas homogéneas), para jugar una manita de mediator o malilla hasta las nueve, hora en que indispensablemente he de cenar, a fin de poder oír entre sábanas la campana de las diez.

»Tal es mi método de vida, que sólo se interrumpe dos días en el año, cuales son el del santo de mi esposa y el mío; en ellos, aderezas del convite a los vecinos a mesa y refresco, es de ordenanza el tomar un palco para ver la función del coliseo, sea cual fuere, y sin cuidarnos de si pertenece a la familia clásica o a la romántica, aunque siento mucho cuando toca en el género fastidioso.

»Pero es el caso, señor Curioso de mi alma (y aquí entra la parte más sensible de mi narración), que así como no siempre llueve a gusto de todos, tampoco esta serenidad complacía a mi hija única desde que dio asomos de querer cumplir los quince, y desde aquel instante cesó la tranquilidad de mi existencia. Hecho un Argos vigilante de sus pasos, con el fin de que no llegase a conocer las seducciones del mundo, me oponía a todo aquello que consideraba propio a despertar sus pasiones, evité cuidadosamente que ninguna persona humana, mas que mis dichos vecinos, visitase nuestra casa; cerré puertas y balcones; prohibí amiguitas; desterré lecturas, músicas y baile, y en los ratos que me ostentaba más amable, de vuelta a casa, después de un paseo con ella a la fuente del *Pajarito* o a Nuestra Señora del Puerto, en vez de mi ordinaria canción contra las costumbres del día, la daba a leer algunos de los artículos de usted en las *Cartas es pañolas* o la *Revista*, tales como *Las Visitas de días*, *El Prado*, *Las Tertulias*, *Las Niñas del día*, etc., con lo cual creía haberla convencido de los inconvenientes del gran mundo para la juventud; pero si estos y los demás medios de mi defensa surtieron el efecto que me propuse, va V. a juzgarlo por sí mismo.

»Ya he dicho a V. que mi casa era inaccesible a los pretendientes que la belleza y buena dote de mi hija podrían suscitar; sin embargo, el amor y el interés fueron bastante móvil para hacer que algunos (y por cierto no despreciables) me hicieran proposiciones por medio de mis amigos; pero mi contestación se reducía siempre a decir que mi hija era muy niña y no perdía tiempo (y a la verdad que esto último era demasiado cierto), con lo

cual todos quedaban despedidos y yo satisfecho de mi precaución. El cielo, sin embargo, me reservaba el castigo de mi confianza, y aún no sé si diga de mi manía.

»Yo tenía, por mis pecados, un pleito pendiente, de cuyo estado venía a darme parte alguna vez mi procurador *don Simón Papirolario*, el cual solía traer consigo, para llevar los autos, a su escribiente *Frasquito*, mozo despierto y hablador; éste, con toda intención, encontraba siempre el medio de empeñarme en disputas con su principal, mientras iba él a la cocina o a la pieza de labor a beber agua o a encender el cigarro, y... ¿lo creará usted, señor observador?... Pues tal ha sido el disfraz que tomó el amor para rendir el corazón de mi hija; con éste trastornó su cabeza, inspirándola una pasión frenética, y éste, en fin, es el que, a consecuencia de una larga serie de disgustos, de males y contiendas, tengo que consentir, como yerno mío, después de haber despreciado tan ventajosos partidos. ¡Un escribiente de procurador!...

»Ahora dígame V. si debí esperar tan desgraciado suceso de mi sistema de vida, o si cree más bien que haya sido un resultado forzoso de él; en cuyo caso debo desengañar a los que le sigan, aconsejándoles que se engolfen en el gran mundo y que escarmienten en cabeza del inconsolable *-Perpetuo Antañón*».

Hasta aquí la carta del afligido corresponsal, y no habrá un solo lector que no haya observado en este buen señor a uno de aquellos espíritus exagerados que tienen la desgracia de no ver más que los extremos de las cosas. Huyendo de las seducciones del gran mundo, vino a caer en el ridículo opuesto, convirtiendo su casa en un castillo; cerró las puertas al amor, y se le entró por la ventana. ¡Lástima grande que no hubiera tenido un amigo sincero que a tiempo le hubiera aconsejado lo conveniente!

«Vigile V. en buen hora (le hubiera dicho) sobre la conservación de las buenas costumbres en su familia; pero no las revista de una austeridad insoportable; huya tal vez de las tertulias y sociedades en donde la seducción se halla sistematizada; mas no cierre su casa a un pequeño número de personas escogidas y dignas de frecuentarla; dirija, en vez de torcer, las inclinaciones de su hija, y no dude que éstas serán racionales cuando cese de mirar en el techo paterno una prisión, y en el primer miserable atrevido que se la presente, su libertador y paladín».

(Abril de 1831)

LA CASA DE CERVANTES

«Los sitios habitados en otro tiempo por los hombres ilustres excitan grandes y generosos recuerdos, y no sin razón se ha comparado la fama que les sigue a aquellas preciosas esencias que llenan el espacio y se evaporan difícilmente».

--JOUY.

El antiguo Madrid no existe ya. Si por ventura lució con el nombre de *Mantua* en tiempo de los griegos, ningún testimonio sólido nos queda para probar tan remota antigüedad. ¿Pretendemos buscar el *Maioritum* o la *Ursaria* de los romanos? ¿Dónde están, pues, los templos, los circos, los caminos, los acueductos con que aquéllos enriquecieron su recinto? Ni una sola piedra nos demuestra su existencia en aquella época. Los godos, que arrancaron a los romanos el imperio de España, gobernándola por siglos hasta la invasión de los sarracenos, ¿qué monumentos de su poder dejaron a esta villa? ningunos; ni las historias de aquellos reinados la nombran aún.

¿Qué pruebas tenemos de la prosperidad del *Magerit* de los mahometanos? Un estrecho recinto contenido desde el sitio donde estuvo el Alcázar y al de Puerta de Moros, y en él muchas calles revueltas y costaneras; uno o dos templos de mezquinas proporciones, y los nombres de algunos sitios; tales son los únicos restos de la villa avanzada de Toledo, de la conquista de Alfonso VI.

El soberbio Alcázar de Madrid, que resistió a las tropas del Sultán de Marruecos, y posteriormente jugó un papel de importancia en las civiles guerras de don Pedro y D. Enrique, doña Isabel y doña Juana; las poderosas murallas, las torres y puertas que aún se conservaban en el reinado del Emperador, todo fue desapareciendo con el tiempo, pudiéndose hoy apenas encontrar algún otro edificio cuya fecha sea anterior al establecimiento de la corte en Madrid por el señor don Felipe II. Empero, aquella real determinación, atrayendo a esta villa el poder y la riqueza de dos mundos, hizo nacer como por encanto una población cuya extensión y suntuosidad oscureció casi del todo las glorias de la antigua; y he aquí la razón por que los recuerdos matritenses apenas penetran más allá de aquella época.

La imaginación se sorprende con el brillante espectáculo de la corte del poderoso Felipe II y de sus dos sucesores. Capital de la monarquía más extendida del orbe; llave de la política europea; teatro de los más importantes acontecimientos; centro de los hombres más distinguidos, Madrid se identifica entonces con los recuerdos más gloriosos, y su historia es ya desde aquella época la historia de la monarquía. -Eternos, por lo tanto, deberían ser los monumentos de tal grandeza; mas, por desgracia, el trascurso de los tiempos, los desastres de las guerras y el capricho y comodidad de los moradores de esta villa han ido destruyendo continuamente aquellos históricos documentos, en términos que sólo algún otro edificio público nos queda para idea de la corte de los siglos XVI y XVII.

Verdad es que la munificencia de los augustos soberanos de la casa de Borbón, dirigida por el buen gusto de la época presente, han hecho olvidar la falta de aquellas antigüedades con magníficas obras que prestan a la villa su actual suntuosidad. -El palacio de Felipe IV pereció, pero en su lugar se eleva uno de los más elegantes de Europa. El sitio del Buen-Retiro, obra del poderoso Conde-Duque, apenas conserva vestigios de su primera faz, si bien ostenta en el día nuevos primores. Los templos fundados durante los reinados de la casa de Austria, destruidos por la mayor parte en la invasión francesa, aparecen hoy despojados de su carácter de antigüedad, y revestidos del gusto moderno. Los paseos, teatro de las de aquella época, presentan hoy un aspecto y una importancia diferentes; el ingenioso Calderón desconocería el florido *Parque de*

Palacio en el inculco término que hoy conocemos con aquel nombre, al paso que sentiría admiración al contemplar el magnífico paseo que ha sustituido al desigual y escabroso *Prado de San Hierónimo*. Los palacios de los magnates, los edificios públicos, las magníficas puertas, y el aspecto, en fin, de novedad y elegancia que adornan a la corte de Carlos III y Fernando VII, la harían desconocida a los mismos que en otro tiempo la pintaran; al inmortal Cervantes al sublime Calderón, al fecundo Lope, al festivo Quevedo, y a tantos otros como en aquellos siglos formaron las delicias de Madrid, cautivando la admiración de Europa.

Mas si nuestra exigencia y nuestro lujo pueden tal vez hallarse satisfechos con la moderna belleza de los objetos que nos rodean, no así lo quedaría nuestro entendimiento y nuestra memoria si pretendieran saborear la magia de los recuerdos, despojados ora de los restos de la antigüedad; en vano intentaríamos respirar el aura de la gloria en los sitios habitados por los hombres ilustres; en vano pretendiéramos identificarnos con ellos, uniendo su memoria a los objetos materiales que les rodearon en vida; la simple vista de aquellos monumentos nos sacaría al instante de nuestro error, ofreciéndonos solamente la mano del moderno artista donde buscábamos la sombra del antiguo genio.

No era un mero capricho el que había determinado en mí estas reflexiones, sino la escena que acababa de presenciar, y en la que yo había sido uno de los interlocutores. Parado una de estas últimas mañanas en la calle del León, viendo derribar la casa número 20 de la manzana 228, que hace esquina y vuelve a la de Francos, había largo rato que permanecía abismado en aquellas o semejantes consideraciones, cuando llamó mi atención, viniendo a sacarme de mi éxtasis, el caballero Roberto Welford, joven inglés de ilustre nacimiento, y uno de los poquísimos extranjeros que visitan nuestra España con sólo el objeto de verla.

-¿Qué hace V. ahí -me dijo-, tan absorto y entretenido?

-Veo derribar una casa.

-Por cierto que es un filosófico espectáculo.

-Acaso más de lo que V. cree.

-Conforme: si la casa es de V., desde luego le doy la razón.

-No, no es mía, ni un sentimiento material y mezquino es lo que me ocupa en este momento; más sublime es la idea que me hacen nacer esas ruinas, y V. sin duda participará de mi sensación cuando le diga que en esa casa, que desaparece ante nuestra vista, vivió y murió pobremente MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA¹³.

-¡*La casa de Cervantes!*... (un golpe eléctrico no hubiera hecho impresión tan repentina en el semblante del inglés como la que le produjo el solo nombre del autor inmortal). ¿Es posible? -exclamó con resolución-, y ¿quién se atreve a profanar la morada del *escritor alegre, del regocijo de las musas?*

-El interés, míster, el interés será el que justamente incline a su dueño a sacar más partido de su propiedad, sin cuidarse de glorias que nada le producen.

-¿Y por qué no le producen? ¿Por qué los magnates, los cuerpos literarios, los particulares amantes de su país no se apresuraron a adquirirla toda costa el único resto conmemorativo de tan célebre autor, para evitar cuidadosamente su aniquilamiento? -(Y esto diciendo, sacó su álbum y empezó a dibujar la fachada de la casa; acción sencilla, pero expresiva, que hizo correr mis lágrimas.

-Los ilustrados historiadores y anotadores de Cervantes (decíale yo mientras continuaba su dibujo) han averiguado con efecto, a no poderlo dudar, que habitando esta casa arrebató la muerte al hombre célebre, cuya sangre derramada en los combates, cuyo ánimo esforzado en las prisiones, y el sublime mérito, en fin, de sus obras en la paz y en el retiro, no pudieron despertar la atención de sus contemporáneos, viviendo en medio de ellos pobre y necesitado, y muriendo oscura y miserablemente el día 23 de abril de 1616.

-¡Cómo! (exclamó vivamente el inglés), ¡en el mismo día que nuestro *Shakespeare*! Pero el poeta britano tiene el soberbio mausoleo de Westminster, al lado de nuestros monarcas, mientras que el español... ¡Qué contraste!

-Su cuerpo fue depositado, por disposición suya, en el convento contiguo de las monjas Trinitarias; pero el injusto desdén que le persiguió durante su vida, privó a sus cenizas del homenaje merecido, llegándose a ignorar hoy el lugar de su sepultura; culpa imperdonable en sus ingratos contemporáneos.

Los más eruditos españoles que vinieron después, ocupados cuidadosamente en recoger los más pequeños datos de la vida del autor del QUIJOTE; los sabios de todas las naciones, formando una sola voz para encomiar aquella obra inmortal; las prensas y buriles, continuamente ocupados en reproducir sus bellezas con todo el lujo artístico, no eran aún completo desagravio a la ultrajada memoria de Cervantes. Estaba, pues, reservada esta gloria a nuestro monarca actual, consagrando a aquél un monumento más noble y desconocido entre nosotros; si, amigo mío; a la voz del Soberano, y bajo la dirección de un ilustrado magnate, cuyo nombre se enlaza naturalmente con los estímulos dados a las letras y a las artes, ya el cincel del español Solá reproduce las facciones del *Manco de Lepanto*, para que, colocada su estatua en una de las plazas públicas de esta capital, sirva de eterno tributo consagrado a la memoria del escritor que forma el orgullo de la nación y las delicias del género humano.

-Cuando el Gobierno da el ejemplo (replicó el inglés), el público no debía mostrarse indiferente, y una suscripción voluntaria debería, no sólo haber libertado esta casa de su ruina, sino haberla consagrado exclusivamente a la mansión de un Cuerpo literario u otro objeto adecuado a la memoria del ilustre escritor.

-¡Qué quiere V.! Esos testimonios, prodigados al genio en otros países, no excitan entre nosotros emulación ni entusiasmo. Vea V. desde aquí, sin ir más lejos, aquella casa baja, señalada con el número 11 antiguo (en la nueva numeración tiene el 15), en la calle de

Francos; pues ésa fue propiedad del famoso LOPE DE VEGA, el cual colocó sobre su puerta esta filosófica inscripción: «*Parva propria magna, magna aliena parva*». En ella vivió y murió, y aunque, por una excepción extraña entre nosotros, reunió durante su vida a una decente medianía la gloria que sus numerosas obras le produjeron¹⁵, y mereció a su muerte el duelo general de todo un pueblo, que acompañó sus restos hasta la bóveda de San Sebastián, muy luego fue olvidado en ella, y a pesar de los propósitos del Duque de Sesa, su testamentario, de levantarle un mausoleo correspondiente, es lo cierto que no llegó a verificarse, y que sus cenizas fueron confundidas después con las de la multitud.

Vuelva V. la vista a esa calle que tenemos a la derecha (que es la llamada del Niño); en ella, y su número 4, vivió el ingeniosísimo *Quevedo*, aunque de resultas de las graves persecuciones que sufrió, murió pobremente en la Torre de Juan Abad, siendo enterrado en Villanueva de los Infantes, a pesar de haber ordenado que su cuerpo se trajese a Santo Domingo de Madrid.

El más privilegiado en este punto de nuestros antiguos escritores es *Calderón*, quien, habiendo legado sus bienes a la piadosa Congregación de Presbíteros naturales de esta corte, de que fue Hermano mayor, mereció de ésta un sencillo cenotafio en el sitio de su sepultura, a los pies de la iglesia de San Salvador, que aún existe, con el retrato del poeta, pintado por su amigo D. Juan de Alfaro¹⁶.

Este es el único monumento que recuerdo existente hoy en Madrid elevado a las cenizas de un escritor, al paso que observará V. muchos prodigados a nombres sólo conocidos por sus títulos y riquezas. *Mariana, Solís, Saavedra, Moreto, Tirso, Juan de Herrera, Velázquez*, y otros tantos cuyos sublimes genios formaron otro tiempo el encanto de la corte y de la nación entera, yacen ignorados, sin que nadie se duela de ellos; los modernos *Jovellanos, Isla, Meléndez, Moratín, Cienfuegos, Maiquez*, y otros muchos, víctimas de su desgraciada suerte, fueron, por lo general, cubiertos con extraña tierra; y si bien la benevolencia del Monarca ha levantado monumentos duraderos a la memoria de algunos de ellos con la edición magnífica de sus obras, la indiferencia del público es la misma; y en prueba de ello, me contentaré con citar a usted un hecho solo.

Aun no hace tres años que la Real Junta de Damas de Honor y Mérito de la piadosa Casa Inclusa de esta corte determinó rifar la casa y huerta de Moratín en la villa de Pastrana, de que aquél había hecho generosa cesión a dicho establecimiento. Dejo a V. considerar el resultado de una rifa abierta en Londres a la casa de Shakespeare, o en Paris a la de Molière; pues bien, en Madrid fueron tan pocos los billetes despachados a la de Moratín, que volvió a quedar por el mismo Establecimiento; bien es verdad que ni en los anuncios ni billetes se expresó haber pertenecido al Terencio español; pero esto mismo prueba la persuasión en que se estuvo de que semejante título no añadiría mayor estímulo a los jugadores¹⁷.

A este punto llegábamos de nuestra plática, cuando un gran trozo de pared, viniendo al suelo y envolviéndonos en una nube de polvo, nos obligó a retirarnos de aquel sitio, si bien lentamente y volviendo a cada paso los ojos a *la casa de Cervantes*.

NOTA. -La lectura de este artículo, publicado por el Curioso Parlante en la Revista Española el día 23 de abril de 1833 (aniversario de la muerte de Cervantes), llamó la atención del rey don Fernando VII, y excitó de tal manera el celo patriótico del difunto Comisario de Cruzada, D. Manuel Fernández Varela, que inmediatamente llamó al autor y empezó a dar activos pasos, que produjeron a los diez días la Real orden que se copia a continuación. El autor de esta obrita se lisonjea en recordar aquí la parte que pudo caberle en tan patriótica resolución.

REAL ORDEN

«Ministerio del Fomento general del Reino. -Cuando llegó a noticias del Rey nuestro señor que se estaba demoliendo, por hallarse ruinosa, la casa núm. 20 de la calle de Francos de esta corte, en que tuvo su modesta habitación el célebre Miguel de Cervantes Saavedra, que tanto honor y lustre ha dado a su patria, se sirvió S. M. prevenirme que por medio de V. S. se hiciesen proposiciones al dueño de ella, para que, adquiriéndola el Gobierno, se reedificase y destinase a algún establecimiento literario. Pero habiendo manifestado V. S. que aquél tenía repugnancia a enajenarla, y queriendo S. M., por una parte, que sea respetada la propiedad particular, y por otra, que quede a lo menos en dicha casa y a la vista del público un recuerdo permanente de haber sido la morada de aquel grande hombre, ha tenido por conveniente resolver que en la fachada de la referida casa, y en el paraje que parezca más a propósito, se coloque el busto de Miguel de Cervantes, de que está encargado D. Esteban del Agreda, director de la Real Academia de San Fernando, con una lápida de mármol y la correspondiente inscripción en letras de bronce. El Comisario general de Cruzada, vice-protector de la misma Academia, D. Manuel Fernández Varela, animado de su celo por el fomento de las artes y por las glorias de su patria, se ha apresurado a proponer a S. M. que de los fondos que se hallan bajo su dirección, y de la parte de ellos que está destinada a auxiliar a los artistas, se haga el gasto necesario para llevar a efecto este pensamiento, lo que S. M. se ha dignado aprobar. Y de su Real orden lo comunico a V. S. para que tenga su debido cumplimiento, poniéndose V. S. de acuerdo con el expresado Comisario general, vice-protector de la Academia, a quien lo traslado con esta fecha, y con el dueño de la casa, que ha dado para ello su consentimiento. Dios guarde a V. S. muchos años. -El Conde de Ofalia. -Madrid, 4 de mayo de 1833. -Señor Corregidor de esta villa».

En consecuencia de esta Real orden, y verificada la reedificación de la casa, se colocó sobre la puerta principal de ella, que da a la antigua calle de Francos, un medallón de mármol de Carrara, que representa la imagen de Cervantes en alto relieve, sobre un cuadrilongo de piedra berroqueña, adornado con trofeos poéticos, militares y de cautividad, y debajo una lápida de mármol de Granada con esta inscripción en letras de oro:

AQUÍ VIVIÓ Y MURIÓ
MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA,
CUYO INGENIO ADMIRA EL MUNDO.
FALLECIÓ EN MDCXVI.

La manifestación al público de este monumento tuvo lugar el día 13 de junio de 1834; y posteriormente, en la reforma de los nombres de muchas calles de Madrid, verificada por el celoso Corregidor Marqués viudo de Pontejos, se dio a la ya dicha de Francos el nombre de *Calle de Cervantes*, aunque, para proceder con claridad, este nombre le merecía la calle del León, porque en ella propiamente estaba la casa, aunque con accesorias a la de Francos; y con eso pudiera haberse llamado a esta última calle de *Lope de Vega*, pues consta la casa en que vivió y murió aquel gran poeta.

A propuesta mía en el seno de la Real Academia Española, esta ilustre Corporación dispuso colocar un elegante monumento en dicha casa, propiedad del *Fénix de los Ingenios*, LOPE DE VEGA, y en la cual falleció; y la solemne inauguración de dicho monumento tuvo lugar el 25 de Noviembre de 1862, aniversario del nacimiento del gran poeta.

También se dio (a propuesta mía en el Ayuntamiento) el nombre de Quevedo a la llamada del Niño, y se colocó una inscripción conmemorativa a la casa de la calle Mayor, núm. 95, en que falleció el insigne *Calderón de la Barca*. Últimamente, cuando en 1869 amenazó el derribo de la iglesia y convento de las Trinitarias en que yace CERVANTES, mis gestiones, en unión del Excmo. señor Marqués de Molins y D. Antonio Ferrer del Río, patrocinadas por el patriota Gobernador Sr. Moreno Benítez, dieron por resultado, no sólo la conservación de dicha iglesia y convento, sino que movieron a la Real Academia Española a costear el bello monumento mural, obra del escultor Ponzano, que luce en la fachada de dicho edificio religioso.

ADVERTENCIA

Desde el artículo anterior de *La Casa de Cervantes*, publicado en abril de 1833, hasta el de *El Diario de Madrid*, que lo fue en igual mes de 1835, mediaron dos años cabales, que el autor empleó en un viaje de recreo hecho a Francia o Inglaterra. -En este largo período y dilatado paseo, no sólo tuvo ocasiones de ejercitar su espíritu de observación, sino que coincidiendo con aquel período los graves acontecimientos acaecidos en nuestro país, la muerte del Monarca, la variación del sistema político, la reunión de las Cortes y promulgación del Estatuto Real, la guerra civil, la invasión del cólera morbo, y la supresión de las comunidades religiosas, varió completamente el aspecto, carácter y costumbres del pueblo español, así como la mayor libertad en la expresión del pensamiento abría ya ancho campo a la pluma del escritor. -En una sociedad constituida ya de tan diversa manera, agitada por tan encontradas pasiones y movida por tan nuevos resortes, para quien la lucha de las opiniones políticas era el principal alimento la guerra, y el debate los medios, la victoria y el triunfo su fin, déjase conocer cuán pálidos o insignificantes debían parecer los cuadros sencillos e inofensivos de una sociedad apacible y normal, que ya no existía, trazados por el modesto pincel del *Curioso Parlante*. -Así lo reconoció él mismo, y convencido de su insuficiencia para brillar en otro terreno más propio del día, renunció por largo período a su agradable y filosófica

tarea, dejando a la marcha del tiempo y de los acontecimientos públicos el cuidado de marcarle la oportunidad de continuarla.

Pero la comezón del escritor es una tiranía que domina absolutamente su voluntad, y aunque supo contenerla por espacio de dos años, no pudo menos de transigir con ella algún tiempo antes del que se había propuesto, si bien encerrándose siempre dentro de los estrechos límites que se impuso desde el principio, y limitándose a *terminar* con algunos cuadros más la revista festiva de la sociedad que desaparecía, sin darse por entendido del nuevo giro que tomaba la moderna. -Los artículos de *El Diario de Madrid*, *La Procesión del Corpus*, *Paseo por las calles*, *El Patio de Correos*, *Las Casas de Baños*, *El Sombrerito y la mantilla*, y *A prima noche*, son los que completaron por entonces aquella serie, que publicó con el título de PANORAMA MATRITENSE, y comprende desde enero de 1832 hasta octubre de 1835; y para hacerlos más independientes de las circunstancias presentes, para separarlos absolutamente de toda tendencia política, renunció el autor a insertarlos en ninguno de los numerosos periódicos que por entonces se disputaban ya el favor del público, y escogió para transmitirlos el modesto folletín del *Diario de Madrid*.

«Con esto, (dije entonces) conseguiré ser leído, antes que un despiadado tendero me convierta en envoltorio de manteca de Flandes o de queso de Gruyère; y si de este modo paso a la posteridad, no será por lo menos sin algo de sustancia».

EL DIARIO DE MADRID

I

Por real privilegio, firmado en el Sitio del Buen Retiro por el rey D. Fernando VI, en 17 de enero 1758, se concedió permiso a don Manuel Ruiz de Urive y Compañía para publicar en esta corte un *Diario curioso, erudito, comercial y económico*. Dicho Urive dio principio a su publicación el 1º. de febrero del mismo año, dándole la forma de medio pliego español, y componiéndole de discursos eruditos, y una segunda parte dedicada a las noticias comerciales de ventas, alquileres, etc., y he aquí el principio del *Diario de Madrid*, de cuyas primeras y mezquinas bases se ha ido apartando tan lentamente con el trascurso del tiempo y de los adelantos de la perfección social.

Desde luego llamó mucho la atención del público por la importancia y utilidad de su objeto, y el Gobierno por su parte no dejó de sacar partido de su publicación, haciendo insertar en él aquellas noticias y advertencias que juzgaba oportunas. Entre otras, y como muestra de la época, citaremos únicamente la disposición del juez de imprentas, que al mes de la publicación, y con fecha de 9 de marzo del mismo año de 1758, dispuso que la primera página del Diario la ocupase la vida del Santo del día; y así se empezó a verificar desde el siguiente, 10 de marzo, con notable entretenimiento sin duda y edificación de los lectores. Sin embargo, no debieron ser éstos tan completos, cuando vemos que esta

piadosa costumbre no se observó sino el resto de aquel año, dejando de poner dicho capítulo en 1º. de enero del siguiente de 1759.

Desde entonces empezó a insertar en su primera parte discursos eruditos y científicos sobre historia, viajes, geografía, astronomía y otras ciencias, que si bien no decían nada de nuevo ni eran otra cosa que copias miserables de obras conocidas, no dejaban de tener un objeto laudable.

Por este tiempo fue cuando, apoderándose el editor de la *Historia general de los viajes*, tuvo la entretenida ocurrencia de ir copiando en un Diario do medio pliego algunos tomos de ella, lo cual no deja de ser una prueba más de la candidez de aquella época bienaventurada. Sin embargo, sea que el público no correspondiese con su gratitud a aquel torrente de ilustración, sea por cualquiera otra causa, es lo cierto que el Diario por entonces no llevó una marcha tan firme, que no hubiera de sufrir sus intercadencias, y así le vemos eclipsarse de vez en cuando, y dejar de salir, por ejemplo, todo el año de 1775, volviendo a aparecer en 1º. de enero de 1776, tornando a suspenderse en 1º. de julio de dicho año y durante todo el de 1777, y cesando, en fin, de todo punto en 31 de diciembre de 1781.

Apagose por fin aquella luminosa antorcha matritense, y puesto que seamos historiadores de ella, no nos atreveremos a asegurar si el público de la capital la olvidó pronto, o si bien, una vez conocida su utilidad, se condolió de su desaparición; pero hablando con la buena fe que nos caracteriza, como que nos inclinamos a creer esto último, y sin duda hubo de pensar así el extranjero don Santiago Thewin, que considerando el partido que podía sacarse de esta publicación solicitó y obtuvo el permiso para continuarla; y en su consecuencia, empezó a salir a luz el *Diario curioso, erudito y comercial*, en 1º. de julio de 1786. De esta época, pues, data la verdadera existencia del *Diario de Madrid*, y desde luego por su redacción y por su forma empezó a tener más analogía con el verdadero objeto de su publicación.

Un observador que cotejase el primer *Diario* de Urive con el de Thewin, por las materias contenidas en la primera parte, no dejaría de reconocer el progreso que los conocimientos y el gusto iban adquiriendo, así como también el inayor movimiento mercantil e industrial de la capital, por el número de anuncios que ya contenía. Bajo todos conceptos, pues, no se puede negar a D. Santiago Thewin la gloria de verdadero fundador de esta empresa, y no queremos desaprovechar la ocasión de hacer observar al público una coincidencia singular, que un poeta romántico no hubiera dudado atribuir a *la fuerza del sino*. Consiste, pues, en que habiéndose hecho la verdadera fundación de este *Diario* por dicho Thewin, puso su imprenta y redacción en 1786 en la Puerta del Sol, número 7, frente al Buen Suceso; y vemos que después de medio siglo, por una combinación casual de circunstancias, ha vuelto a situarse en la misma *Puerta del Sol, número 7*, si bien no en la misma casa, y sí tres o cuatro puertas más arriba; pero la nueva numeración de Madrid ha venido a suplir esta diferencia, dando el número 7 al actual despacho de este periódico.

Desde dicha época siguió tranquilo el *Diario de Madrid* en la posesión de entretener al público con anécdotas más o menos curiosas, secretos raros de artes y oficios, documentos históricos, y observaciones sobre todas las cosas observables. El famoso *don Santiago Salanova*, que le dirigió por algún tiempo, amenizaba los más de los números con acrósticos y ovillejos, que debían ser un pasmo en aquella época; *Guerrero* y *Cacea*, dos famosos ingenios de entonces, cuyos nombres ha denunciado a la posteridad el gran Moratín, terciaban en tan agradable tarea, ya ofreciendo al público tiernas endechas y lastimeras elegías «A la muerte del perro de Filis», ya retozando, en burlescas letrillas de estrambote y pie quebrado, sobre las faltas de las mujeres o las sobras de los maridos; y finalmente, el inagotable *don Lucas Alemán*, el Néstor de los poetas españoles, cerraba la función con sus relaciones y curiosos romances, que han sabido excitar la sonrisa de tres generaciones. ¡Felices tiempos, en que tan fácil era entretener a un público tranquilo, y de cuyas más fuertes sensaciones eran dueños Romero y Costillares, la Rita y García Parra! Entonces faltaban a los periodistas los asuntos en que ocuparse, y debía ser tal esta carencia, que vemos en un Diario de 1790 el ofrecimiento que hacía la redacción de la cantidad de *diez reales* a todo el que le comunicase un artículo o discurso sobre asuntos eruditos o curiosos, lo cual no dejaba de deponer en favor de la fecundidad de los redactores ya citados.

Mas, en fin, con un grado de interés mayor o menor, arribó tranquilamente nuestro Diario al famoso siglo XIX, y aún consiguió alcanzar sin interrupción hasta 10 de mayo de 1808, en que, a consecuencia de los notorios sucesos del 2 del mismo mes, fue envuelto en el trastorno general, y se empezó a publicar con carácter oficial por el Gobierno francés, en un pliego común y conteniendo noticias políticas. En estos términos siguió hasta 17 de junio del mismo año, en que se suprimió por aquel Gobierno, sustituyéndole por la *Gaceta* diaria: en 8 de agosto del mismo año, libre ya la capital de franceses, volvió a publicarse el *Diario* en la antigua forma de medio pliego, si bien conteniendo las noticias, políticas que por entonces absorbían la atención, y habiendo perdido su carácter primitivo; mas, aunque después volvieron los franceses a ocupar la capital, no recibió el *Diario* nueva alteración, antes bien siguió tranquilamente durante la época de su dominación, y pudo en 1814 recibir en sus páginas las apasionadas coplas del elegíaco *don Diego Rabadán*, las de la *musa sombreroera de Madrid*, y otras de varios ingenios de esta corte, de cuyos nombres no queremos acordarnos. Pasó aquella época, vino la de la Constitución y nuestro *Diario* siguió tranquilo en medio de los vaivenes políticos, que le respetaron constantemente.

Sea por prudencia, sea por falta de dirección, fue escaseando los razonamientos y aun las coplas, y limitándose más bien a la inserción de avisos oficiales y particulares, que daban ya suficiente alimento para llenar el medio pliego, hasta que en la *Gaceta* de 28 de marzo de 1829 apareció el prospecto del *Diario de Avisos de Madrid*, y se notificó al público que S. M. había concedido el privilegio de su publicación por diez años a D. Pedro Jiménez de Haro, mediante una retribución anual para los establecimientos de Beneficencia. En dicho prospecto se anunciaba al público que el *Diario* en adelante no contendría ninguna especie de artículos razonados, sino simplemente los avisos del Gobierno y los anuncios de los particulares; y ha sido tan fiel a este propósito, que desafiamos al más lince a que en dicha serie de los diez años encuentre, no digamos un

solo artículo *razonado*, pero ni una línea, una palabra sola en razón, por el notorio abandono de los anuncios particulares.

De aquí nacían aquellos chistosos despropósitos que hacían reír diariamente al público maligno de esta capital; en unas ocasiones se vendían «*sombreros para niños de paja*»; en otras, «*medias para clérigos de lana*»; «*hábitos y cajas para difuntos completos y de medio herraje*»; «*zapatos para hombres rusos hechos en Madrid*»; «*camas de matrimonio con su cópula correspondiente*», y otras a este tenor, de que cada uno de los lectores tiene en su memoria suficiente acopio, sin necesidad de más citas de nuestra parte.

Cumpliose en fin aquella década, y en 1º. de abril del presente año, de gracia de 1835, a virtud del nuevo permiso concedido a D. Tomás Jordán, salió a relucir el *Diario*, doblando de un golpe sus dimensiones; y habrásenos de permitir el que, después de traer la historia de esta publicación, entretengamos ahora la paciencia de nuestros lectores sobre el objeto y utilidad de ella, y las mejoras que a nuestro corto entender ha recibido.

II

Hemos hecho en nuestro anterior artículo una historia del origen y progresos de este periódico; réstanos, pues, en el presente discurrir sobre su estado actual, y las utilidades que promete al vecindario de esta capital. Ellas son tales, que le hacen indispensable a toda persona regular residente en Madrid; y si bien limitado al recinto de sus muros, viene a ser dentro de ellos la *orden del día* para el movimiento económico de la población.

¿Quién es, con efecto, el que no acude a este depósito central a adquirir las noticias respectivas que su curiosidad o su interés le hacen desear? -La vieja devota, el hombre timorato buscan el santo del día o las funciones religiosas; -los que desean saber a punto fijo el grado de calor o de frío que han sentido el día anterior, no quedan persuadidos de ello hasta que lo ven confirmado en el *Diario*; el militar busca la orden de la plaza, y el paisano las de las autoridades civiles; -el tendero o la viuda rica examinan los anuncios de casas, ya *en pública subasta*, ya a *voluntad de sus dueños*; todo con el objeto de encontrar una en que poder colocar su arrinconado monetario, que el corto movimiento de nuestra industria les impide emplear más útilmente; -los acreedores se consuelan con ver el señalamiento para las juntas de concurso, en que tendrán la facultad de poder nombrar un síndico que parta con el escribano el resto del caudal del deudor; -los aficionados a la lotería tienen la satisfacción de saber que tal o cual premio ha caído en Madrid, y aun el nombre de una patriota conexasionada con las víctimas del Dos de Mayo; -los que tuvieran alhaja que empeñar saben que hay Monte de Piedad; -el público todo conoce a cómo pagan el trigo los tahoneros, -y los que fiaron en el crédito del Estado para comprar una renta que los produjese un 5 por 100 al año, tienen la satisfacción de saber que en el mismo espacio de tiempo han perdido un 15 en el capital.

Esto en cuanto a la primera parte de *anuncios oficiales*; que si de ahí nos deslizamos en la segunda, que comprende los *particulares* de comercio e industria, ¿quién es el sér tan completamente independiente, que no tenga que ver con alguna de estas líneas?

Si consideramos al hombre en general, debemos suponer que este hombre ha sido niño y ha necesitado vacunación, a menos que haya transigido con las viruelas; ha necesitado nodriza (siempre que su madre no haya pertenecido a la plebe); -ha sido mancebo, y se ha visto obligado a tener bigotes o patillas, o bien lo ha sido preciso quitarse uno y otro, según la aplicación que se haya dado al género romántico o al clásico; y en cualquiera de los dos casos ha tenido que acudir a los cosméticos para hacerlas crecer, o las navajas para rasurarlas; -ha sido dama, y ha necesitado ser hermosa; y si la naturaleza ingrata la ha negado una fina tez o un agradable color, se ha visto obligada a adoptar *el agua de madama Ma*, o *la balsámica de la Meca*, que usan las damas de Borneo; -ha sido libertino, y siente los dolores osteocopos o sifilíticos; en este caso, nadie mejor que los empiricos pueden sacarle. del apuro con bálsamos y redomitas; -ha sido gastrónomo, y es probable que le hayan gustado los jamones de Candelas o las truchas del Barco de Ávila; -ha sido viejo, y ha tenido pelo, ha tenido dientes, y ahora tiene callos, tiene gota, tiene los unguentos, los calefactores, los bragueros vienen a su socorro; -por último, se ha muerto; no tiene que pasar cuidado, que no ha de faltarle caja y mortaja a precios cómodos y a gusto del consumidor.

Todas estas y otras más, ventajas ofrece la lectura del *Diario* al hombre considerado en su estado natural; mas si le concretamos al social en que vivimos, este hombre por fuerza se ha visto precisado a vestirse según su clase, y ha debido acudir a los almacenes cuyos curiosos inventarios publica diariamente este periódico; -si ha obtenido un empleo, puede encontrará poca costa el uniforme, tal vez de su antecesor, y con él comprar la ciencia infusa que los bordados llevan consigo; -si ha de tomar casa o poner tienda, se le presentan alquileres y traspasos de enseres y reputación; -si aficionado a la literatura, verá por los copiosos anuncios el estado floreciente de la nuestra; -si necesita criados que le sirvan, podrá escogerlos en la dilatada escala que media desde los sujetos decentes que se ofrecen a administrarle las fincas o llevarle sus libros, hasta el mozo de mulas que se compromete a cuidárselas, si las tiene; -si necesita dinero, encontrará quien se lo preste, siempre que medie el correspondiente interés y una hipoteca bastante a juicio de usurero; -mas si, por el contrario, le sobrase y no supiera en qué emplearlo, podrá escoger cualquiera de las ocasiones que se presentan todos los días de casas que se reedifican, hipotecándose el piso principal para la construcción del segundo.

Sobre la tercera parte del *Diario*, de cuya oportunidad le felicitamos, se ha hablado bastante, y hasta el nombre de *Agenda* que la designa dio lugar a los chistes de algún periódico. Unos se irritaron porque estaba en latín; -para otros estuvo en griego, y hubo quien sostenía que era una palabra demasiado *francesa*. -Nosotros confesamos nuestro pecado; pero tratándose de indicar movimiento o *cosas que han de hacerse*, encontramos algo pobre en este punto nuestro Diccionario (sin duda porque acaso sea la moda del país el no hacer nada), y he aquí la razón por que creímos prudente el haber acudido a nuestra madre la lengua de los romanos, entre quienes no debía ser esta palabra vacía de sentido. Esto en cuanto a la cuestión del nombre; por lo que hace a la esencia de aquel artículo

diario, nos hace agradecerle el convencimiento de que en nuestra España todo el mundo es pretendiente o litigante; pues el que quiera moverse en cualquier sentido ha de acudir a solicitar permiso para ello; el propietario que paga sus contribuciones constantemente tiene que dar sendos pasos para obtener las cartas de pago; el que presta su dinero, ha de sostener un pleito para cobrarle, y el que adquiere cualquier derecho, le ha de costar *derechos* el conocerle. -Esto prescindiendo de las demás noticias curiosas que ofrece dicha *agenda* sobre correos y diligencias, museos y espectáculos. Este artículo faltaba, sin duda, a nuestro *Diario* para hacerle general a toda la población, y puede asegurarse que en las primeras capitales de Europa no existe ni puede existir esta comodidad de un depósito central de noticias locales; lo cual es natural, atendida la inmensa población de aquellas ciudades, que da suficiente alimento de anuncios a considerable número de periódicos; pero esto, sin embargo, no es tan cómodo para el público como poder encontrarlos reunidos en uno solo.

Concluiremos, en fin, la reseña del actual *Diario de Madrid*, advirtiendo que sobre todas sus ventajas ofrece la mayor en la baratura del precio. En efecto, todas aquellas se pueden obtener con poco más de *dos cuartos diarios*. ¿Y quién es, repetimos, el que no saca de la lectura del *Diario* mayor utilidad? ¿Quién el que no pone a usura aquella módica suma? El conocimiento de un bando que liberta de una multa, el de un género más barato, el aborro de un paseo inútil para acudir a una audiencia, y demás circunstancias que dejamos enumeradas, ¿no valen dos cuartos al día? Y si se calculan numéricamente todos estos conocimientos, ¿no habrá de tasarse más que en ocho reales al mes?

Después de todo lo dicho, sólo nos permitiremos una observación, que prueba el adelanto de los tiempos, a saber, que este periódico, que tan limitado principio tuvo y aun en sus mezquinas bases no podía sostenerse, no sólo se basta en el día a sí mismo, aun después de sus notables mejoras, sino que puede rendir y rinde efectivamente al Estado, y con aplicación a los establecimientos de beneficencia, la crecida suma anual de *ciento veinte mil reales*.

(Mayo de 1835)

LA PROCESIÓN DEL CORPUS

I

1623

Era el día 15 de junio del año de 1623, y celebraba en él la Iglesia Católica su fiesta principal al Santísimo Sacramento. Esta festividad había sido instituida en la ciudad de Lieja, en Flandes, por los años de 1240, a consecuencia de la revelación de unas virtuosas mujeres que la confesaron a Roberto, su obispo, y siendo arcediano de aquella iglesia Jacobo Pantaleón, después Urbano IV, que expidió bula en 1272 para su celebración. Desde entonces se verificó ésta solemnemente en toda la cristiandad, y en particular

distinguíanse siempre en ella, por su ostentación, la corte de los Reyes Católicos, que empleaban sus tesoros en tributar al Señor un culto magnífico, haciendo alarde de su religiosidad y grandeza.

Quisiéramos presentar a nuestros lectores un ligero diseño de cómo pasaban estas fiestas en lo antiguo; y puesto que nuestras fuerzas sean insuficientes para trasladarles en imaginación a aquella época, no queremos renunciar al placer de colocar aquí algunas noticias que, revolviendo archivos, hojeando cronicones y apuntando especies sueltas, hemos podido reunir sobre éste y otros usos de pasadas épocas.

Fijamos particularmente para ello nuestra atención en el dicho día 15 de junio de 1623, en que la corte de Felipe IV, ostentosa y poética, dispuso con mayor lujo que de ordinario la solemne función del Señor. Concurría para ello una circunstancia muy notable. Carlos Stuart, príncipe de Gales, hijo primogénito y heredero del rey de la Gran Bretaña (después Carlos I, que pereció desgraciadamente en un cadalso en 1649), había llegado a Madrid el 7 de marzo de aquel año (1623) para enlazarse con la infanta doña María de España. El rey, los príncipes, el poderoso valido Conde-duque de Olivares, y toda la corte, en fin, se esmeraban a porfía en obsequiar y halagar a tan distinguido huésped con ceremonias y festejos que le pudieran dar idea de la grandeza del católico monarca.

Hay un ceremonial antiguo y manuscrito en el archivo de esta heroica villa, que dispone el modo y forma de arreglarse la procesión en la primitiva y parroquial iglesia de Santa María la Real de la Almudena. Dicho ceremonial previene que, señalada la hora por S. M., si asiste a la procesión, o el Presidente del Consejo en caso contrario, se reúnan todos en dicha iglesia, y los Consejos, divididos cada uno en una capilla, y no habiendo, como no las hay, para todos, se forman con cancelas. Así hacia la pila del bautismo estaba el Consejo de Cruzada; a los pies de la iglesia, MADRID; en la capilla del Santo Cristo del Buen Camino, el de Indias; en la capilla antigua, frente a la puerta de las gradas, el Consejo Real de Castilla; en la del Santo Cristo de la Salud, el de la Inquisición; en la de Santa Ana, el de Hacienda; en el cuerpo de la iglesia, a mano derecha, los capellanes de honor y predicadores de S. M., y a la izquierda, los Grandes. El sitial del Rey y Príncipe, junto a la baranda del altar mayor, al lado del Evangelio. Al ofertorio de la misa (que se celebra siempre de pontifical) se les sirven al Rey y al Príncipe las velas por los caballeros regidores comisionados, en esta forma: llevan dos porteros de Madrid, vestidos con ropa carmesí, en dos fuentes de plata grandes e iguales, una hacheta pintada y una vela en la misma forma, una blanca de a libra y otra de a media, y en llegando al medio de la iglesia, toman las bandejas de manos de los porteros, y haciendo tres reverencias, las entregan al capellán de honor que está de asistencia, y éste al sumiller de cortina, primero para el Rey, y después al Príncipe. Después que se empieza la misa se la principio a ordenar la procesión por el mayordomo de semana y el aparejador de las obras de Palacio. Madrid lleva el palio, repartiéndose los regidores las cuatro varas y ocho bordones de él por antigüedad.

Aquel año se verificó así, y el Príncipe de Gales, desde uno de los balcones del cuarto en que se hospedó (que fue en el entresuelo de la torre primera del Alcázar), la vio pasar,

permaneciendo en pie durante toda ella, así como el Marqués de Boukingham y demás caballeros de su corte que le acompañaban, y al llegar el Santísimo, se arrodillaron todos.

El orden que llevaba la procesión era el siguiente: Abrían la marcha los atabales y clarines -seguían los niños Desamparados y los de la Doctrina -luego los pendones y las cruces de las parroquias -los hermanos del Hospital General -los de Antón Martín y las comunidades religiosas por este orden: -Mercenarios descalzos -Capuchinos -Trinitarios descalzos -Agustinos descalzos- Carmelitas descalzos -Clérigos menores -Padres de la Compañía de Jesús -Mínimos de la Vitoria -Jerónimos -Mercenarios calzados -Trinitarios -Carmelitas agustinos -Franciscos -Dominicos -Basilios -Premostratenses -Bernardos y Benitos. -La cruz de Santa María de la Almudena -la del Hospital General de corte -la clerecía en medio de las Órdenes militares Alcántara, Calatrava y Santiago con mantos capitulares. -Al lado derecho el Consejo de Indias -el de Aragón -el de Portugal -el Supremo de Castilla. -A la izquierda, el de Hacienda -el de las Órdenes -el de la Inquisición -el de Italia -el Cabildo de la clerecía -veinte y cuatro sacerdotes revestidos, con incensarios -la Capilla Real con su guión -tres caperos, el de en medio llevaba el báculo. -el Arzobispo de Santiago de pontifical -los pajes del Rey con hachas -las andas del Santísimo -la villa con el palio -el Rey. -El Príncipe al lado izquierdo -un poco detrás, el cardenal Zapata al derecho -el cardenal Espínola al otro lado -el Nuncio en medio de los dos -el Obispo de Pamplona detrás -El inquisidor general -el Embajador de Polonia -el Patriarca de las Indias -el Embajador de Francia -el de Venecia -el de Inglaterra -el de Alemania -el Conde-duque de Olivares -los grandes cerca de la persona del Rey -los títulos y señores o tropas en medio de la procesión -las dos guardias españolas y tudasca a los lados de la procesión -y detrás toda la de archeros.

Era costumbre en aquellos tiempos, y se observó constantemente hasta 1705, que por la tarde de este día empezase la representación pública de los *autos sacramentales*, que seguía durante toda la octava del Corpus. Levantábanse para ello en las plazas de Palacio y de la Villa sendos tablados, adonde se encaminaban ocho carros triunfales, cuatro para cada una de las dos compañías de comediantes; principiaba con notable aparato el primer auto en la plaza de Palacio delante del Rey, el mismo día del Corpus a las cuatro de la tarde, y acabado aquél empezaba el segundo, y pasaban los carros del primero a la plaza de la Villa a representarlo al Consejo de Castilla, y después la misma noche al de Aragón; seguía el segundo auto en la forma referida; y al viernes siguiente por la mañana se representaban los dos al Consejo de Inquisición, y por la tarde a Madrid, desde donde, por el orden que queda expresado del día antecedente, se seguían representando a los Consejos de Italia, Flandes, Órdenes; y el sábado a los de Cruzada, Indias y Hacienda; y acabadas las representaciones públicas por Consejos, continuaban en las casas de los señores presidentes, en que se gastaban todos los días de la octava, dando principio luego en los corrales el viernes siguiente a ella.

Así pasó hasta el año de 1676, en que por excusarse algunos Consejos de este gasto se hicieron variaciones, de que resultaron algunas dudas e inconvenientes, y habiéndose consultado a S. M., resolvió que no se hiciese novedad. Después, por lo molesto que era para los reyes la representación de los dos autos en una tarde, se resolvió el año 94 que se hiciesen uno el jueves y el otro el viernes, y este día se hiciesen los dos al Consejo, dando

principio la compañía que el día antecedente representó en Palacio, y el mismo día al Consejo de Aragón, y que si el Consejo de Inquisición quisiese autos se le representasen por la mañana, y por la tarde a la Villa; lo que se ejecutó algunos años, hasta que, por excusar gastos, se hacían estos festejos a SS. MM., al Consejo y Madrid, en los días jueves, viernes y sábado. Por último, en 1705, S. M. don Felipe V se sirvió aplicar a las urgencias de la guerra el gasto que se causaba en estas representaciones, y desde entonces no volvieron a verificarse más que en los Corrales.

Es bien sabido que en la composición de estos autos se emplearon los primeros ingenios de esta corte, y que muchos de ellos tienen cualidades que los hacen interesantes. Don Pedro Calderón de la Barca, solo, escribió setenta y dos, cuyos originales legó en su testamento a la villa de Madrid, que se los había pagado, a fin de se conservasen en su archivo; pero fueron extraídos y sustituidos por copias, y en 1746 se imprimieron por D. Pedro Prado y Mier, pagando a la villa diez y seis mil quinientos reales por su propiedad.

II

1835

Después del trascurso de los tiempos, se conserva en el día como la más solemne entre nosotros la festividad del Corpus, y la procesión con que la villa de Madrid la celebra, sigue el mismo orden de majestad y decoro que en el siglo XVII en que la hemos descrito, si bien con menos acompañamiento de comunidades y personajes, habiéndosela purgado también de los ridículos emblemas que bajo los nombres de *la tarasca*, *los gigantones* y otros, se conservan aún en algunos pueblos de España; y hasta antes de la guerra de los franceses se usaba en Madrid¹⁹.

Queda ya dicho que el orden de la procesión es en el día el mismo; y si bien puede haber perdido en cantidad de personajes asistentes, no en la calidad de ellos, que es siempre la más elevada, empezando por el mismo Monarca cuando se halla en la corte, los grandes, los supremos consejos y tribunales, el clero secular y regular, el ayuntamiento, etc., que en todo forma un tan dilatado como vistoso y rico acompañamiento.

Pero en lo que sin duda alguna debe exceder el Madrid actual al antiguo, en semejante día, es en el suntuoso y variado aspecto de sus calles, especialmente en las que constituyen la carrera de la procesión; el bullicio y animación del numeroso pueblo, la elegancia de las vestimentas, y la agradable armonía, en fin, de un conjunto tan vario y caprichoso.

Difícilmente una persona que no haya estado en esta corte podrá formarse una idea ni aproximada de todo ello. Si es extranjero y no conoce la pureza de nuestro cielo, la viva lumbre del sol que nos ilumina, la diafanidad de nuestra atmósfera, ¿cómo podrá imaginarse la alegría de aquel hermoso cuadro?

Una luz templada por los toldos azules y blancos que cubren toda la carrera; un piso blando de arena, que hace desaparecer la desigualdad del empedrado; dobles filas de tropas vistosamente enjaezadas, e interrumpidas de trecho en trecho por armoniosas músicas; un pueblo inmenso, bullicioso, expresivo, cubriendo absolutamente el espacio que la tropa permite; calles anchas y tiradas a cordel, que dejan contemplar una larga serie de casas, adornadas exquisita o caprichosamente con vistosas colgaduras, y tan henchidos de gente los balcones que parecen imprimir movimiento a los edificios, tal es el bellísimo conjunto que desde las primeras horas de la mañana, presentan las hermosas calles Mayor, de Carretas y de Atocha, Plaza Mayor y Puerta del Sol.

Los detalles son aún más interesantes. No bien apunta la aurora, que es bien pronto en un hermoso día de junio, empiezan a circular las bombas que riegan la carrera; apoderándose en seguida de ella los vendedores de flores, que la llenan de un agradable perfume; los vecinos, madrugadores aquel día, disponen y cuelgan las fachadas de sus casas, y desde aquel momento empieza la concurrencia, que, como debe suponerse, se compone al principio de las sirvientas y mancebos, que si ceden a la posterior concurrencia en elegancia y aderezo, pueden disputarla en alegría y gracia natural.

Siguiendo por una progresión ascendente, y mientras la tropa va formándose, llegan, ostentando sus respectivos atavíos y personas, la desenvuelta manola del Barquillo con su peineta elevada, cesto de trenzas, mantilla sobre los hombros, recortado guardapiés, guarnecido delantal, rica media calada y zapato de cinco puntos. -Síguela en pos el honrado artesano vestido de nuevo, reluciente sombrero de seda, frac improvisado en los portales de la calle Mayor, y guantes amarillos. -El mancebo de comercio, con su corbata de a cuarta, sus cadenas de similor y su camisa plegada; -la alegre modista, con una expresiva rosa en la cabeza, su zapatito primorosamente atacado, y sus mangas huecas de pergamino; -el mercader de la calle de Postas, envuelto en su casa con Tarrasa, su corbata blanca, ancho sombrero y zapato de oreja; -el antiguo abogado, el veterano procurador, conduciendo del brazo a la respetable mitad, y llevando por delante tal cual pimpollo femenino de quince a diez y seis (cosecha de 1835), que sale por primera vez al gran mundo, y se admira ella misma de la sorpresa y encanto que su ignorada belleza produce en los circunstantes. -Más allá vienen los almibarados y flexibles mozalbetes, con sus ajustadas levitas, sombrerito a los ojos, perilla romántica; -ni dejan de cruzarse con las pareadas filas de desdeñosas elegantes que ostentan sus gracias entre las blondas y rasos prendidos y recortados por las más hábiles manos de la calle de la Montera, o muestran su mal disimulado enojo porque madama Tal dejó de llevarlas a tiempo el traje punzó o el sombrerito Hortensia.

Guarda descuidadamente aquel género volátil la formidable marquesa, que cree hacer olvidar su fe de bautismo entre el fino encaje, las hiperbólicas guarniciones, los ingeniosos artificios de cintas y gasas; y alza la cabeza, habla con tono solemne y satisfecho, al verse servida por dos alumnos de Marte, cuyos hombros decoran por primera vez aquel día relucientes charreteras; uno de ellos se apresura a darla el brazo; otro a ponerla la sobrilla; cuál a hacerla observar lo más notable de la carrera; cuál, en fin, a apartar la gente para dejarla paso; pero una dulce mirada de alguna de las niñas que van delante recompensa de tanto afán a aquellos mártires, hasta que llegando al balcón

deseado, pueden dejar descansar al siglo XVIII, y trasladar su atención al de la juventud y de la hermosura.

En este armonioso y confuso laberinto la concurrencia se agita, vuelve y revuelve una y mil veces, y ni la vista puede seguir tan variable escena, ni la pluma pintarla con fidelidad. -Suena, en fin, el redoble del tambor; óyense las voces de atención y de mando; la procesión se acerca; es preciso acomodarse entre filas y dejar el centro despejado; ¡qué momento de confusión y de agradable desorden! ¡Qué combinaciones tan inesperadas y extravagantes! La joven inocente que gira asustada sobre su derecha, se encuentra sin saberlo colocada entre un grupo de oficiales, que se apresuran a hacerla sitio, en tanto que los papás, torciendo aturdidamente sobre la izquierda, la echan de menos, la buscan, la ven enfrente, quieren reunirse a ella, pero en vano; los batidores de la procesión se interponen e impiden el paso, y el indignado padre tiene que contentarse con hacer a la niña gestos expresivos, y jurar no volver a sacarla al público hasta el Corpus del año siguiente.

Aquí es una mujer que chilla por que la dejen colocar su chico delante de las filas; allá es un soldado que repugna y codea a una espantable vieja que se ha sabido colocar en correcta formación; ¡Qué movimiento en los balcones! ¡Qué estrechar las distancias! ¡Qué hacerse lugar entre dos sillas! ¡Qué abrir de quitasoles! ¡Qué mover de abanicos! ¡Qué enarbolar de anteojos!

La caballería llega, en fin, despejando la carrera, y entre el son de las campanillas y de los cánticos, empieza la larga fila de niños expósitos, ancianos mendigos, comunidades, pendones y cruces, consejos, alguaciles y personajes de la corte hasta que llega el Santísimo; las músicas militares y religiosas se mezclan a este punto en sonora armonía; la atmósfera aparece cubierta del humo del incienso que queman los sacerdotes; la tropa rinde las armas e hinca la rodilla en tierra a presencia del Omnipotente; los espectadores todos siguen el ejemplo; y las campanas llenan los aires con sus redoblados sonidos. Este momento es verdaderamente sublime. El bullicio y la confusión han desaparecido y un pueblo entero, silencioso y postrado, rinde a la Divinidad el homenaje de su adoración.

No bien ha pasado la guardia de la procesión, los balcones quedan despoblados, la gente del pueblo abandona la fiesta para retirarse a sus casas; pero la concurrencia elegante prolonga aún el paseo durante una hora, en que con más desahogo puede lucir las gracias de su persona o la riqueza de su vestido. Los funcionarios que asistieron a la procesión en gran uniforme recobran sus esposas y las pasean con cortés condescendencia; los jóvenes agrupados en la Puerta del Sol y calle de Carretas ven desfilar las bellezas y suelen ir desfilando en pos de ellas, y de este modo va disminuyendo la concurrencia hasta las tres de la tarde, en que cesa del todo. Una hora después los toldos han venido al suelo, las colgaduras han desaparecido, y cuando más tarde atraviesa la misma concurrencia aquellas calles para dirigirse al Prado, ya no encuentra en ellas la más mínima señal de la festividad de la mañana.

(Junio 1835

PASEO POR LAS CALLES

I

Nada hay más natural en un forastero que la curiosidad de reconocer el aspecto general del pueblo que por primera vez visita, y nada también suele ser tan frecuente como el decidir por esta primera impresión de la belleza o mezquindez de tal pueblo.

Aventurado por cierto sería aquel juicio, aplicable a nuestro Madrid, pues que variaría absolutamente según el lado de donde viniese el forastero, por donde pudiera observar su primera vista. El gallego y castellano, por ejemplo, mirando la población por su parte más antigua y escabrosa, atravesando su escaso río sobre el magnífico puente a que Juan de Herrera imprimió la severidad de su escuela, y entrando por una mezquina puerta, en solitaria y empinada calle, cuyos tejados forman una dilatada escalera, apenas encontraría diferencia notable con sus tétricas ciudades, si la presencia del Palacio Real a su izquierda no le hubiera dado de antemano a conocer la capital del reino.

Muy diferente idea formará el andaluz que viene de la parte del Mediodía, abrazando con su vista toda la población por su parte más vital y variada. Los suntuosos edificios del Seminario, cuartel de Guardias y Real Palacio a la izquierda; la Fábrica de tabacos, el Hospital general y el Observatorio a su derecha; el puente, paseo y nueva puerta de Toledo al frente; intermediado todo por variados edificios, numerosas torres, extensos grupos de casas, de distintas formas, y revelando, por decirlo así, la existencia de un pueblo grande y vivificado con la presencia del Gobierno, presta por este lado a Madrid su vista más completa e interesante. -Los catalanes, aragoneses y valencianos, arribando a la capital por la soberbia puerta de Alcalá o la de Atocha, formarán una idea aun más risueña y magnífica, por los elegantes paseos de las Delicias y el Prado, los pintorescos jardines del Retiro y Botánico, y las suntuosas calles de Atocha y Alcalá; y finalmente, los procedentes de las provincias del Norte juzgarán a nuestra villa árida y solitaria, al entrar por las puertas de San Fernando o de Fuencarral.

Si deseando modificar estas primeras impresiones, y conocerá un golpe de vista el conjunto del pueblo que los recibe, solicitasen subir a una altura céntrica y de la elevación correspondiente para medir y conocer a vista de pájaro todo el plano de la capital, sería aún más difícil el indicársela, careciendo, como carecemos, de un gran templo central, que suele ser en otros pueblos el sitio adonde los forasteros acuden para satisfacer este deseo. La torre de la parroquia de Santa Cruz es la única que puede suplir en Madrid aquella falta, aunque ni su elevación ni su situación son suficientes para abrazar distintamente todo el plano y conocer a un golpe de vista las varias fisonomías de los cuarteles de esta villa. Sin embargo, colocados en aquella altura, puede observarse el corte de la población, uno de los más cómodos y ventajosos que conocemos, pues que partiendo sus calles principales del centro común, que es la Puerta del Sol, se prolongan en forma de estrella hasta los últimos confines de la villa. Así que, conocidas una vez la dirección al E. de las calles de Alcalá y San Jerónimo y Atocha; de la Montera, Hortaleza

y Fuencarral al N.; de la Mayor al O., y de las Carretas, Concepción, Jerónima y Toledo al S., llega a ser fácil evitar la confusión que un pueblo nuevo infunde. -La frecuentación de sus calles hará conocer al forastero que todas ellas le llevan como por la mano a estos puntos capitales, que en la mayor extensión del radio se modifican y cruzan por otros más subalternos y parciales, conio las calles Ancha de San Bernardo, Jacometrezo, Correderas y otras. Por lo demás, en cuanto a la belleza del aspecto general menguada idea podrá formar desde aquel punto, no divisando desde él sino la desigualdad, tristeza y mezquina forma de los tejados de nuestras casas.

Esta desfavorable impresión será, sin embargo, modificada cuando, descendiendo a las calles, hiera la vista del observador la espaciosidad y desahogo de éstas, la regularidad bastante general de su alineación, la variada y caprichosa pintura de las fachadas de las casas, y sus distintas formas y dimensiones, que si bien puede condenarlas un ojo artístico por su falta de orden y simetría, llevan la ventaja de entretener agradablemente la vista, alterando a cada paso la insoportable monotonía de las ciudades edificadas bajo seguro plan y severas condiciones.

No es esto decir que nuestro Madrid actual no pueda y deba recibir graves modificaciones para imprimirle mayor regularidad y agrado; y las numerosas y continuas que hace veinte años experimenta, revelan, por decirlo así, el grado de belleza a que aún puede llegar. Cuando se haya reformado del todo el empedrado de las calles; cuando en la forma y revoque de las casas se haga general el gusto que se observa en las nuevamente edificadas, imitando a las de Cádiz; cuando se modifique la forma de los tejados y buhardillas, y desaparezcan del todo los canalones; cuando, en fin, se vean generalizadas aquellas variaciones. que observamos ya parcialmente, entonces será cuando Madrid llegará al punto de belleza que su situación local y el hermoso sol meridional le proporcionan, y merecerá con más justicia los dictados, que aun los mismos extranjeros la prodigan, de la *villa blanca*, la *villa joven del Mediodía*.

Mas si, prescindiendo ya del aspecto material de sus calles y casas, intentáramos dibujar, aunque ligeramente, su vitalidad y movimiento; si dejáramos las piedras por los hombres; los órdenes arquitectónicos por el orden de la sociedad; el Madrid físico, en fin, por el Madrid moral, ¡qué escena tan vária! ¡qué espectáculo tan animado no podríamos presentar a nuestros lectores!

Tosco y desaliñado es nuestro pincel para tamaño intento; pero no podemos resistir a la tentación de emprenderlo. No nos propondremos seguir metódicamente para ello las distintas fases de tan variado teatro según las diversas horas del día, las estaciones y demás circunstancias que alteran y modifican los usos populares. Escogeremos cualquier día del año; por ejemplo, el día en que nos hallamos: procederemos libremente y como al acaso, dejaremos vagar a nuestro discurso, y pues que el moderno romanticismo nos autoriza, renunciaremos a todas las unidades conocidas; y tanto más románticos seremos, cuanto menos pensemos en lo que vamos a escribir.

II

Ningún momento del día nos parece más oportuno para sorprender a los madrileños en el espectáculo de su vida exterior que aquellas apacibles horas que, aproximando el día a la noche, libertan del trabajo para acercarnos al descanso y al placer; aquellas horas que en la estación ardorosa en que nos hallamos vienen a mitigar los rigores de nuestro sol meridional, y en que la población, ansiosa de disfrutar las apetecidas brisas de la noche, abandona el interior de las casas, y se muestra generalmente en las calles y plazas, en las puertas y balcones. -No haya miedo el cojuelo Asmodeo, ni su licenciado don Cleofas, que para tal momento solicitemos sus auxilios con el objeto de levantar los tejados de las casas y reconocer lo que pasa en las buhardillas: por la ocasión presente dejémosles a los ladrones y enamorados (que también suelen aprovecharse a tales horas de aquel abandono), y pues que todo el pueblo se halla en la calle, bueno será mezclarnos y confundirnos con todo el pueblo.

El reloj de Nuestra Señora del buen Suceso ha dado las seis; la animación y el movimiento, interrumpidos durante la siesta, han vuelto a renacer en las calles; los vecinos de las tiendas, descorriendo las cortinas que las cubren, hacen regar el frente de sus puertas, asoman al cancel de ellas, y llaman al ligero valenciano, que con sus enagüetas blancas, su pañuelo a la cabeza y su garrafa a la espalda, cruza pregonando «*Gúa e sebá fría...*». Otros escogen en el cesto de aquella desenfadada manola tres o cuatro naranjas para remojar la palabra, dirigiéndola de paso algunas medianamente disparadas, si bien mejor recibidas; y otros, en fin, se contentan con un vaso de agua pura, que les ofrece en eco lastimero el asturiano por dos maravedís. -En tanto los muchachos, que a la primera campanada de las seis ha lanzado una escuela, improvisan en medio de la calle una corrida de toros, o atan disimuladamente a la rueda de un calesín alguna canasta de fruta, que al echar a andar el carruaje rueda por el suelo, con notable provecho de la alegre comparsa; o bien tratan de engañar a un barquillero, distrayéndole para que no mire al juego, o ya disparan sendas carretillas de pólvora a los perros y a los que no lo son.

A semejantes horas todavía no se siente circular más carruajes que los del riego o los bombés *facultativos*, y sin embargo, en todas las cocheras se disponen y preparan ya los que de allí a un rato han de conducir al Prado a la flor y nata de la aristocracia. Los cafés, oscuros aún y abiertos de par en par, no reciben todavía más que uno u otro provinciano que saborea el primero un gran cuartillo de leche helada, algún militar que fuma un cigarro mientras ojea la *Gaceta*, o un quídam que entra mirando al reloj, espera a un amigo que viene de allí a un rato y juntos parten a paseo.

«De la lotería -aaaao- chavó- A- ochavito los hijos- ¿Una calesa, mi amo? -De la fuente la trabajo, ¿quién la bebe? -Señores, a un lao, chas. -El papel que acaba de salir ahora nuevo. -Cartas de pega. -Orchateró».

Crece la animación por instantes; el rápido movimiento se comunica de calle en calle; las puertas vomitan gentes; los balcones se coronan de lindas muchachas; cruzan las elegantes carretelas, los ligeros tálburis, las damas y galanes a caballo; grupos

interesantes, numerosos, variados, se dirigen a los paseos ostentando sus adornos y atractivos; otros *medio hombres* y *medio esquinas* ocupan las encrucijadas de las calles y presencian a pie firme el paso de la concurrencia.

Punto central de esta agitación es la Puerta del Sol y principales calles que la avecinan, observándose el reflujo de la población en dirección al Prado. Las calles apartadas del centro no ofrecen tanto interés, si bien tienen el suficiente para ser consideradas. Cuando las de Alcalá, la Montera y Carretas ostentan rápidamente lo más elegante y bullicioso de nuestra población; cuando sus balcones, por lo regular abandonados demuestran que sus vecinos se hallan en paseo; cuando el ruido y el polvo de los carruajes ofuscan los sentidos y tienden un denso velo, que nos impide ver a cuatro pasos, salvémonos de este laberinto, y trasladémonos, por ejemplo, a la calle Ancha de San Bernardo o a la de Hortaleza, a la de San Mateo o a la de Leganitos.

Todo es tranquilidad en el dilatado recinto que media desde el monasterio de las Salesas hasta el seminario de Nobles. El silencio y soledad de las calles apenas es interrumpido por el paso de los pocos transeúntes. Tal cual matrinonio del pasado siglo, precedido de algunos retoños, representantes de la futura España, y dirigiéndose pausadamente a la puerta de Santa Bárbara o San Bernardino con objeto de llegar al obelisco o a la cuesta de Areneros; tal cual corro de dilettantis de blusa a la puerta de una taberna, saboreando el compás de la tirolesa de *Guillermo Tell*, tocada por el oreranillo del ciego; tal cual grupo de mozos de esquina ensayando sus ociosas fuerzas colosales; tal cual cuerpo de guardia o batallón pasando la lista al son de sinfonías y *cavaletas*, he aquí los únicos episodios que alteran de vez en cuando la unidad de acción de aquel clásico espectáculo.

Los conocedores, sin embargo, encuentran en este cuadro multitud de bellezas, y el más indiferente suele verse sorprendido al pasar por bajo de algún balcón donde no sospechaba tales tesoros. Aquella cortinilla, que parece casualmente recogida en los hierros de aquel balcón, está mejor dirigida que lo que aparenta; jamás ningún marinero manejó con tal destreza la vela de su bajel como la personita escondida bajo de ella hace servir a su gusto a la oficiosa cortina.

Pero vedla que la descorre de pronto, que deja el asiento, tira la labor y ostenta en pleno balcón toda la esbeltez y primor de su figura. ¿Y habrá todavía quien hable contra nuestros balcones?...

Lindo pie, encerrado sin violencia en un gracioso zapatito; limpio y eleerante vestido de muselina, primorosamente sencillo, que deja admirar una contorneada cintura por bajo la graciosa esclavina que cubre los hombros y el pecho; elegante nudo recogido a la garganta; gracioso rodete a la parte baja de la cabeza, a semejanza de la Venus de Médicis; dos primorosos bucles tras de la oreja, otro par de rizos pegados en la sonrosada mejilla, y diestramente combinados con unos lazos azules, que hubieran puesto envidia al mismo sol: tal es el espectáculo delicioso que ha asomado en aquel balcón. -Mas ¿por qué no lo hizo antes? ¿Por qué tan precipitadamente ahora? -El por qué, señores míos, yo me lo sé, pero no sé cómo contárselo a ustedes.

-«Mariquita.

-Matilde.

-¿Has visto?

-¡Qué quieres; paciencia!

-Yo no sé qué tendrán.

-Lo que es N.... estaba de guardia cerca de aquí, pero el otro...

-El otro apostaré que está en el Prado haciendo el galán con la de...

-No lo creas... puede que haya pasado... Pero, mira, ¿no reparas aquellos dos que han vuelto la esquina?

-¡Qué! Pero sí... no, no son... ¿a ver? saca el pañuelo.

-Sí, mira, mira cómo han sacado el suyo; mira cómo se ríen.

-Sí, ellos son... ¡Ay, qué vergüenza, Matilde! Cerremos los balcones.

-¿Pues qué?...

-¡Que no son ellos!...

-«Bravo, señoritas, lindamente», gritaban en esto dos caballeros de gentil aspecto, que llegaban precisamente en aquel momento por la parte opuesta de ambos balcones.

-¿Qué te parece, Carlos? ¡hemos quedado lucidos!

-¿Qué haremos?

-Yo sería de opinión de desafiar a aquellos dos.

-Yo de matarlas a ellas.

-Hombre, no; en tal caso, matarnos nosotros es más noble.

-Mira, lo mejor será que todos vivamos y nos vengamos marchándonos al Prado.

-No dices mal».

Bien diferente colorido presenta por cierto a los ojos del observador el otro trozo de pueblo comprendido desde el Palacio a la puerta de Atocha; las calles de Toledo y

Embajadores, del Mesón de Paredes y Lavapiés no ceden a tales horas en movimiento a las más animadas de Londres. Las enormes galeras de los ordinarios valencianos y andaluces, que salen para hacer noche en la venta de Villaverde; los calesines que esperan flete para los Carabancheles; el barbero que rasguea su vihuela a la puerta de su tienda; el corro de andaluces que sentados en el banco de aquel herrador entonan la Caña; los alegres muchachos que subidos en los mostradores y sobre las sillas de las tiendas, ríen de las habilidades de Juan de las Viñas o del perro que salta al monótono son de la dulzaina de aquel ciego; la terrible cohorte de cigarrerías de la Fábrica, que al anochecer dejan el trabajo y se mezclan y confunden con los no pequeños grupos de mozallones que esperan su salida... ¡Qué confusión, qué bullicio por todas partes!

También el amor embellece este animado cuadro.

Sigamos, por ejemplo, a algunas de esas parejas; verémosla dar fondo en cualquiera de las innumerables tabernas que ostentan al paso sus variadas provisiones de bacalao y sardinas, ensaladas y huevos duros. Mirad a aquel galán que dejó su tienda armado de punta en blanco, y demostrando que va de servicio de teatro o de patrulla. Mas ¿por qué no siguió la calle de Embajadores a la de Toledo, y ha dado esa vuelta para venir a la Plaza? ¡Cosa clara! ¿No habéis reparado en aquella tienda de cordonero de la calle de las Maldonadas? ¿No le habéis visto pararse delante de ella, dudar un rato mirando por las vidrieras, dejar el fusil apoyado en ellas mientras encendía un cigarro en la tienda de enfrente? ¿No habéis reparado una blanca mano que disimuladamente ha echado algo por el carión del arma? -¿Qué fue ello? -Nada; reparad al mancebo que la vuelve a echar al hombro con ligereza; apostaríais a que la niña ha burlado las precanciones de un padre tirano; el fusil encierra el misterio del amor. Jamás parte de una victoria fue conducido con más alegría.

Pero ya la campana de San Millán o San Cayetano llama a los fieles al rosario; la trompeta y el tambor desde el vecino cuartel dan el toque de oración; las tiendas y cajones de comestibles van encendiendo sus farolillos; los profundos coches del siglo XVII y los desvencijados calesines abandonan el puesto, y las tinieblas de la noche van, en fin, oscureciendo aquel animado teatro. Este espectáculo nocturno merece otro cuadro aparte, y tal vez algún día le emprenderé; el que intentaba dibujar por hoy concluye aquí.

(Julio de 1835)

EL PATIO DE CORREOS

Madrid es la patria común, el lugar de cita para todos los españoles; las varias necesidades de la vida, el comercio, la industria, el lujo, la miseria, el afán de figurar, el deseo de descanso; tantos motivos, en fin, diversificados según las circunstancias de cada individuo, le conducen tarde o temprano a la capital del Reino, y se tendría por muy infeliz el que una vez por lo menos en su vida no llegase a visitar este emporio de la

hispana monarquía. Los habitantes de él pueden, pues, vivir seguros de ver pasar ante su vista, como en una linterna mágica, todas las notabilidades provinciales.

Si Madrid es el centro de España, y la Puerta del Sol lo es de Madrid, un escolástico sacará la consecuencia de que la Puerta del Sol es el punto central del Reino. Es lo indudablemente, no tanto por su situación topográfica como por su vitalidad y movimiento. La memoria de este sitio es el primer pensamiento del forastero al dirigirse a Madrid, y no sería ridículo el que dos españoles que se encontrasen en las elevadas cordilleras de los Andes o en las heladas márgenes del Newa, se despidiesen citándose «para la Puerta del Sol». -Pero aún hay dentro de ella misma otro punto central, que por esta razón, y siguiendo el argumento que arriba dejamos sentado, puede tomarse por el disco de sus rayos. Tal es el *patio de Correos*, y para hablar de él tomamos por hoy la venia de nuestros lectores.

Todas las cosas de este mundo son grandes o pequeñas, sublimes o ridículas, según el punto de vista de donde se las mire; y tal espectáculo habrá que parezca mezquino a los ojos de un ser indiferente o desdeñoso, al paso que logre excitar la meditación del curioso y del observador.

Cierto que el que lea el epígrafe de este artículo no encontrará el asunto sobradamente interesante. -¡El patio de Correos!... ¿y qué hay en el patio de Correos?... Un cuerpo de guardia, una prisión nocturna, que más bien puede llamarse albergue de borrachos y descarriados; una escalera póstuma; tres o cuatro ventanillos cerrados; y esparcidos por los postes que circundan el recinto, sendos cartelones y cartelitos desde las colosales y laboreadas letras de Sancha o Jordán, hasta los más imperfectos garrapatos de los escribientes memorialistas... De todo esto poco o nada se puede decir, y por muy *Parlante* que sea el señor *Curioso*, que hoy nos enseña su linterna, hartó será que no consiga excitar los bostezos del auditorio. -

-Poco a poco, señor indiferente, poco a poco; y antes de juzgar de las cosas por su superficie, procure V. enterarse un tantico de su fondo. No, si no dé cuatro paseos y aguarde un rato en esta galería; y si luego de bien enterado de su contenido pretendiese dejarla bruscamente, para mi santiguada que es un necio o yo soy un bolo. Aguarde, repito, media hora; y pues que el reloj patronal de este recinto acaba de dar las doce y media, entreténgase un rato mirando esas columnas de piedra que ostentan una variedad literaria, por lo menos tan interesante como las de nuestros periódicos matritenses.

No se tome por chanza. Víctor Hugo es quien lo dice, que «los pueblos escriben en piedra sus invenciones y sus progresos». Vea V., si no, los nuestros en literatura: -«*Dirección de cartas*». No haga V. caso; por ahora no rige, pues por muy bien que V. las dirija, es lo regular que no logre darlas dirección segura; deje V., que en acabando la guerra civil, y luego que tengamos buenos caminos, y mejores postas, y empleados celosos, y... otra cosa será. -No se acerque V. a leer ese cartelito «*Curación de la vista*», no sea pierda la suya con la letrilla menuda y temblejona en que está impreso. -Deje a un lado el «*Manual de Madrid*», que es libro caro y puede pedirlo prestado al autor. -No haga caso del *Segur*, porque, según van menudeando tomos a 24 reales, es de temer que empleando uno para

cada año de los que comprende su *Historia Universal*, venga a ser una verdadera *segur* para nuestros bolsillos; -y en cuanto a aquella otra publicación «*Mariana y Sabau*», por Dios, no vaya a tomarla por una novela o drama romántico, o bien por el nombre de una tierna pareja conyugal; no repita el caso de aquella dama que leía el poema de Florián, y preguntándola cómo concluía, respondió sinceramente: «¿En qué había de concluir? en que *Numa* se casó con *Pompilio*, y todo quedó arreglado».

Pero veamos los anuncios manuscritos, no menos preciosos que los impresos.

-«El sugeto. que. forma. la presente. tiene. buena. conduta. y horto grafia. Tiene. ademas. buena. letra. castellana. de la lengua. Suplica. no le rasquen. ni le boren».

-«Un sugeto de buena forma, de letra solicita entrar en casa de un Señor comerciante, o Abogado o Curial, para tenedor de libros o administrador. Sabe todo lo necesario como afeitarse y cortar el pelo, cuidar los caballos y demas menesteres. Suplica no lo engañen».

-«Un joven decente natural de Segovia desea encontrar una Señora para arreglarla sus asuntos. Pide lo de costumbre y la manutención».

-«Con permiso del casero se le traspasa a quien le convenga: una tienda sita en las cuatro calles esquina a una de ellas que puede servir de aceite jabon velas de sebo y demas comestibles y géneros ultramarinos».

¡Que da la una! ¡Las listas! ¡Que ponen las listas!- La concurrencia ha ido creciendo asombrosamente. Mezcla confusa de hombres y mujeres, ciudadanos y lugareños, paisanos y militares; trajes y modales, acentos y aun idiomas tan variados como nuestras variadas provincias; vascuence y catalán, andaluz y valenciano, mezclan con sus paisanos los saludos provinciales, y por un momento el patio del Correo se ha convertido en una verdadera torre de Babel. Todos se agrupan, se acosan en torno de las listas, y buscan con ansia la inicial de su nombre, y algunos (los más) no encontrándole en ella, la buscan por todas las letras del alfabeto.

¡Qué variedad de escenas para un pintor de capricho! ¡Qué ir y venir de la lista a la ventana y de la ventana a la lista! Quién toma rápidamente el número de su carta en la memoria, la pide en el despacho; pero encuentra que se ha equivocado en una centena; otro ha pedido ligeramente una al sobre «N. Marqués», sin reparar que él no es Marqués sino Márquez; cuál no lleva bastantes cuartos para pagar su abultado paquete, y tiene que dejarlo no sin gran remordimiento; cuál faltándole tiempo para saber el contenido, abre la carta a la misma reja, y ocupa indebidamente un sitio que tantos desean.

Pero sigamos nuestro paseo por la galería; no hagamos caso de aquel grupo de militares en traje de paisano, y de paisanos con bigotes, que se estrechan en torno de aquel altiseco que, recostado en una columna, lee en alta voz una carta. Son noticieros, y si nos entretenemos con ellos, no nos dejarán tiempo para observar los demás; dejémosles, pues, estereotipar en sus cabezas la tal carta para ir a recitar como propia en la calle de la Montera y en el Prado, en el Café Nuevo y en el del Príncipe.

-Dígole a V. que yo no he sido.

-Yo sostengo que ha sido V... ¡Infamia!... sacarle a uno las cartas del correo.

-Usted es capaz de ello, y por eso lo piensa.

-Sí, que no sé yo de lo que es capaz un escribano; ¿no hizo V. lo mismo con los folios 86 al 97 inclusive de los autos?

-Usted me insulta.

-Yo no digo más que la verdad.

-Si no mirara...

-¿Qué?...

(Aquí todos los concurrentes terciamos como pudimos para impedir una intentona.)

El caso muy sencillo: dos litigantes de un mismo pueblo esperaban de sus respectivos corresponsales la noticia de cierta sentencia. Llegó el primero, sacó su carta, y sin duda vio el nombre de su contrario en la lista; antojósele saber lo que le decían y la sacó también (¡malicia humana!); llegó el segundo, y le contestaron que ya su carta estaba fuera (¡cosa clara!); empieza a maliciar, duda, recela, cuando mira al salir del patio a su antagonista, y ¡aquí fue Troya! empezó el diálogo arriba dicho, que tuvimos dificultad en interrumpir. La cara del escribano daba, en efecto, señales nada equívocas de la verdad del hecho.

No de carácter tan serio, aunque del mismo género, era otro incidente que pasaba en el extremo opuesto. Un marido había visto en las listas de militares el nombre de su mujer. ¡Una carta del ejército a mi mujer! ¡Si será este el conducto por donde se envían los partes! La curiosidad no es vicio peculiar solamente de las mujeres; los hombres no les vamos en zaga; acércase al ventanillo, pide la carta; pero se le responde que un chicuelo acaba de sacarla. ¡Oh ligereza femenil!... Lo demás de la escena pasaría en *familia*: no lo sabemos; sólo sí que aquella misma tarde vimos al esposo en la calle de la Montera leyendo una carta de las provincias con graves noticias; mas los circunstantes (narices políticas, ¿qué no oléis?) repararon que el sobre no tenía sello, y, por consecuencia, la carta estaba escrita en Madrid. En vano el hombre se esforzaba en asegurar que era de un amigo íntimo que había puesto el sobre a su mujer por precaución, etc. Nadie le creyó, y le tomaron por un escritor apócrifo; yo solamente, que estaba en autos, conocí su inocencia y la destreza de su Penélope para tejer este inocente enredo.

¡Cuántas y cuántas escenas semejantes! ¡qué expresiones tan raras y variadas en la fisonomía! ¡cómo descubren el secreto del alma! -Aquel aguador que sentado en su cuba deletrea los torcidos renglones de su correspondencia, ¿por qué va compungiendo su semblante y asoman a sus ojos gruesos lagrimones? ¡Desdichado! su familia le comunica

que ha caído quinto, y que tiene que trocar la cuba por la mochila, la montera por el schakó.

-¿Qué busca aquel pisaverde con su eterno lente en todas las listas atrasadas? Si no tiene carta, ¿para qué cansarse? -¿Qué busca? Busca los ojos de aquella linda paisanilla, que, para leer su nombre tiene que leer toda la lista hasta que ya se cansa; mira al rededor como demandando auxilio; ve al del lente; éste se adelanta a ofrecer sus servicios, no hallan la carta; pero ya ellos han entablado otra correspondencia que lleva tanta ventaja a la del ausente, cuanto va de la palabra a la escritura, de la falta de memoria a la sobra de la voluntad. ¡Es tan natural a una forastera buscar un conductor para no perderse en las calles de Madrid!

Sería nunca acabar el intentar describir uno por uno tan variados episodios. El que busca en el interior de una carta una letra de cambio, y halla en cambio muchas letras y palabras; el que se para sorprendido al ver la suya cerrada con negra oblea; el que sabe la noticia de un empleo, de una herencia, de un premio a la lotería; el que en finísimo oficio con sendo membrete grabado recibe la delicada nueva de su cesantía; el que en materia de pleitos encuentra la cuenta de su procurador, y en la de mujeres un cartel de desafío; el que...

Pero ¿adónde vamos a parar con estas observaciones? Sin embargo, todas pueden hacerse en este sitio... ¿Con que no es tan indiferente? ¿con que merece alguna atención?... Mas... las dos han dado, y empieza a quedar desierto y sin movimiento. Pasó el instante de su apogeo; la ventanilla de las esperanzas se ha cerrado, los consultores de aquel oráculo abandonaron ya el templo.

(Julio de 1835)

LAS CASAS DE BAÑOS

I

La costumbre del baño es tan natural, como que debe suponerse que nació con el hombre. La limpieza que Aristóteles no duda en calificar casi de virtud, el placer y el deseo de buscar alivio en las dolencias, debieron indicarle aquel grato recurso como el único reparador de sus fuerzas fatigadas, ya por el rigor de la estación, ya por la irritación de las enfermedades. Más tarde, el lujo, convirtiendo en objeto de moda lo que pudo tener en su principio el carácter medicinal, propagó insensiblemente esta costumbre; y los pueblos antiguos nos han dejado testimonios de la ostentación y grandeza con que en ellos se sostenía.

Los orientales fueron los primeros que construyeron edificios para servir de baños públicos, y los griegos no tardaron en imitarlos. Homero, en su divina *Odisea*, nos habla ya de estos baños, dando a entender que se hallaban cerca de los gimnasios o palestras, para entrar en ellos al salir de los ejercicios. También Vitrubio nos ha dejado una descripción circunstanciada de ellos, diciendo que se componían de siete piezas diferentes, intermediadas de otras varias destinadas a los ejercicios.

Los romanos, habitantes de un clima meridional y grandes en todas sus cosas, adoptaron con magnificencia las costumbres de los griegos; y desde tiempo de Pompeyo, según Plinio, empezaron a construirse baños públicos por toda la ciudad, siguiendo este movimiento en una progresión asombrosa. Agripa solo, en el año de su edilidad, hizo construir ciento sesenta. A su ejemplo, Nerón, Vespasiano, Tito, Domiciano, y casi todos los Emperadores, mandaron edificar baños magníficos de preciosos mármoles y elegante arquitectura, complaciéndose en concurrir a ellos con el pueblo, viniendo a tal extremo su profusión, que se asegura haber llegado a existir ochocientas de estas casas repartidas por toda la ciudad.

Las dilatadas conquistas de aquel pueblo magnífico y guerrero introdujeron, como era natural, sus costumbres en todos los países que dominaron, y en particular la del baño fue tan extendida por ellos, que se ha dicho que luego que conquistaban un país, lo primero que hacían era edificar *thermas*, así como más tarde los españoles construían una iglesia, los ingleses y holandeses una factoría, y los franceses un teatro. Los restos de nuestras ciudades antiguas prueban evidentemente que no fue España la menos favorecida en aquel punto.

Desalojados de nuestra Península por los godos, y éstos por los árabes, debió crecer naturalmente aquella costumbre bajo la dominación de los últimos, por la influencia que además del clima les daba su religión. En efecto, así sucedió, y aún pueden reconocerse pruebas positivas de ello en las ciudades del Mediodía, Granada, Córdoba y otras tantas. En *Magerit* mismo (Madrid) había baños públicos en la calle de Segovia por bajo de la parroquia de San Pedro, y hay también quien los supone en la plazuela de los Caños del Peral, fundándose en el nombre de la puerta de *Balnadú*, que estaba allí cerca, y que se hace derivar de las dos palabras latinas *Balnea duo*, si bien otros con mayor fundamento suponen a dicha palabra contracción de las árabes *Bal-al-nadur*, que significa *Puerta de las Atalayas*.

Pero los árabes y los turcos, que son, entre los pueblos modernos, los que han conservado el uso más habitual del baño, le verifican de un modo diferente que nosotros. Al salir de él, entran por lo regular en un *sudatorium* o estufa caliente, por medio de conductos abiertos en el suelo, y desde allí vuelven a trasladarse al baño caliente, haciéndose antes frotar violentamente las articulaciones y todo el cuerpo con cepillos suaves y guantes de franela, y perfumarse con aceites y esencias exquisitas.

Parécenos que en la moderna Europa no fue tan general la costumbre del baño, y desde luego puede asegurarse que perdió el carácter de magnificencia que tuvo en lo antiguo. Sin embargo, a mediados del siglo pasado, un monsieur Alvert restableció en París, cerca

del muelle de Orsay, una casa de baños, que aunque no más que mediana, obtuvo, por la novedad, una boga singular y fue considerada como un fenómeno de la industria. Su ejemplo no tardó en tener otros imitadores; multitud de establecimientos, en que el lujo y el buen gusto compiten a porfía, poblaron el río, las calles y plazas de aquella capital, de tal manera, que no sin razón se ha dicho que en París hay en el día tantos medios de lavarse como de volverse a ensuciar. -Hoy se cuentan en aquella capital ochenta casas de baños con dos mil doscientas setenta y cuatro pilas fijas, y mil cincuenta y nueve baños portátiles. Hay además cinco edificios vistosísimos en forma de barcos sobre el río, que tienen trescientos treinta y cinco baños fijos, y otros setenta y dos en el hospital de San Luis. Se calculan en cinco mil personas, tres mil hombres y dos mil mujeres, las que se emplean en el servicio de estos baños, y su producto al año, en diez y seis millones de francos (cerca de sesenta y tres millones de reales.)

La costumbre del baño, generalizada de nuevo en toda Europa, ha tomado en aquella ciudad, por las combinaciones de la ciencia y del buen gusto, un carácter tal de voluptuosidad y de encanto, que constituye un placer verdadero, no limitado, como entre nosotros, a la estación de verano y a una corta temporada, sino frecuentado durante todo el año, con lo cual pueden sostenerse y perfeccionarse cada día más tan numerosos e importantes establecimientos. En todo sucede lo mismo: la civilización y la cultura hacen nacer necesidades nuevas, que poniendo en circulación los capitales, alimentan la industria, dan aplicación a las ciencias y a las artes, y modifican y embellecen las costumbres públicas.

Deliciosa es sobremanera una visita a los baños de aquella encantadora capital. Los llamados *turcos* en forma de *kioskos*, cerrados con vidrios de colores y coronados de medias lunas; los *griegos* al rededor de un gran circo oblongo, iluminado por lo alto; los *chinos* con sus torrecillas armónicas; los numerosos establecimientos de *Vigier* y las escuelas de natación sobre el río Sena; los de *Tívoli*, elegantes y variados; las *Neothermas*, complemento de toda magnificencia en este género, dan una alta idea de la civilización de un pueblo que disfruta tan agradables recreaciones. Ni es sólo bajo este aspecto con el que deben considerarse; las ciencias físicas y químicas, haciendo aplicación de sus admirables investigaciones, han logrado reunir en ellos las diferentes aguas minerales, sulfurosas, aromáticas, ardientes, heladas, de todos los países y de todas las especies. Barèges, Bagnères, Plombières, Aix, Spa, Bath, Neris, Saint-Amand, Baden, todos los manantiales, en fin, más famosos de Europa han sido copiados por los mágicos procedimientos analíticos y sintéticos de la química en los estanques del Tívoli francés. En las Neothermas se hallan también los baños *egipcios*, en donde los bañadores, perfumados y frotados de pies a cabeza por manos ágiles, como en el gran Cairo, adquieren una gran esbeltez y soltura en sus movimientos. «*Las venerables dueñas* (dice una descripción un poco alegre de este establecimiento) *salen de él con el rosado de la aurora; los especuladores y usureros más comprimidos vuelven con una facilidad en sus movimientos, una movilidad en la espina dorsal capaz de dar envidia a los Hércules de teatro, y aun a los pretendientes del día*».

Añádase a todas estas circunstancias, elegantes cafés y fondas, donde se sirven variados y exquisitos manjares y bebidas; jardines pintorescos, gabinetes de lectura, y una sociedad

numerosa y amable; todos los agrados, en fin, que puede desear el ánimo más exigente, y se formará una idea aproximada del encanto de estos establecimientos en la capital del vecino reino. La costumbre de ella, difundida generalmente por la moda en todas las provincias, ha dado lugar a la creación de baños igualmente magníficos, y entre muchos que pudieran citarse, baste decir que los construidos últimamente en Burdeos han tenido de coste más de cinco millones de reales.

A este punto llegaba yo de mi discurso, cuando, hartado ya de revolver mamotreto, tomar apuntes, refrescar memorias y asentar especies sueltas, tiré la pluma, tomé el sombrero y me planté en la calle, deseoso de vivificar con el frescor de la mañana mi acalorada imaginación. Pero como ella sea tal, que una vez ocupada de un objeto, tarde o nunca llega a desasirse de él, enderezome la voluntad al mismo punto y caso en que de antemano se revolvía, y me hizo sospechar que si de pensar en los baños nacía mi agitación, nada como ellos podría conseguir calmarla. Y no hubo más, sino que el alma así predispuesta, y el cuerpo en ayunas, una vez resuelto a buscar en el agua el perfecto equilibrio de mis humores, me dirigí a la primera casa de baños que a la mano tenía.

II

La calle de los Jardines estaba allí cerca; con que, a la calle de los Jardines fue mi dirección. No era sola, a, decir verdad, aquella razón de proximidad la que me inclinó a darla la preferencia; otro motivo aun más poderoso tuvo no poca parte en mi determinación.

Recordando con cierto placer el establecimiento de baños, acaso primitivo de Madrid, que hace algunos años frecuentaba yo en semejante temporada, deseaba saber si aun conservaba aquella disposición sencilla y sin *disfraz* que tanto satisfacía a nuestros padres; pensaba con interés (¿se creará?) en los estrechos y sucios aposentos, las mezquinas pilas hundidas en el suelo, la desnudez absoluta de adornos y atavíos; y procurando desechar de mi imaginación el recuerdo de los magníficos baños extranjeros, como que intentaba rejuvenecerme en aquellas aguas esperando hallar en ellas... ¡qué delirio!... el placer y la alegría de mi niñez. -Mas ¡oh inestabilidad de las cosas humanas! Aquella casa matriz, aquel establecimiento inmemorial y primitivo, que un día hubo de bastar a las necesidades de la corte de dos mundos, ya no existe, y de toda su forma material sólo me pudo ofrecer sobre la puerta de entrada el nombre que en lo antiguo le distinguía: «Casa de baños del Cura». *Hic Troja fuit*.

Por fortuna hallábame en calle donde me era fácil aún escoger entre dos establecimientos semejantes, el de la *Cruz* y el de *Mena*, que podrían muy bien suplir al que buscaba. Dirigime al primero, que me pareció semejar más a la sencillez *patriarcal* que la extravagancia de mi imaginación me hacía desear en aquel momento; y con efecto, no quedó engañada mi expectativa, pues en toda su disposición, orden y, mecanismo me pareció tan idéntico al anterior, que no fui dueño a contener la persuasión de que el alma del cura, fundador de aquél, podría muy bien haber transmigrado a la acera de enfrente.

Sin embargo, la influencia del sétimo mes del año, haciendo frisar el Reaumur en los treinta grados, la hora cómoda de la mañana, y la centralidad de la calle, habían llamado tanta concurrencia, que no cabíamos en los varios callejones de que consta aquel edificio, ni en el estrecho y menguado patinillo; de suerte que siendo insoportable el esperar un largo rato en aquel *sudatorium*, renuncié generosamente a bañarme en esta casa, y verifiqué mi traslación corporal a la inmediata del rincón, que me pareció algún tanto más en el progreso del siglo; pero muy luego hube de reconocer los mismos inconvenientes que en la anterior.

Sencillez y naturalidad en el aparato, eso sí; como podrían ser los baños en tiempo de Adán; media docena de sillas y un arcón supletorio para sentarse; una tinaja de agua, emblema del edificio; una sala interior, bien caldeada, por supuesto, con los efluvios de los baños que la rodean, y hasta una docena de aposentos estrechos, conteniendo cada uno la menguada pila en que con dificultad una anguila podría revolverse.

Pero también grande concurrencia, mucha boga, mucho favor del público. Todo estaba lleno; con que, había que tomar billete y esperar turno y contar dos horas, sin otra distracción que el *Diario* o el espectáculo del interior del edificio, como si dijéramos el esqueleto de aquella máquina, reducido a la maniobra de dos hombres sacando agua cubo a cubo de un pozo de noventa pies de hondo para bañar el numeroso público espectador y expectante...

Yo no pude resignarme a aguardar en esta monotonía, y por otro lado, como ya había pasado mi hora, y estaba en ayunas, y *sine Certere et Baco friget Venus*, y en aquel sitio no se sirve más que el agua *en seco*, recordé que no lejos de allí estaba la calle del Caballero de Gracia, en donde tiene su establecimiento el famoso *Monier*, el *Vigier* de Madrid, a quien debe este pueblo los utilísimos baños portátiles, la fonda y gabinete de lectura a la parisién, y que, últimamente, en el presente año acaba de establecer en el Manzanares una escuela de natación y sitio de recreo bajo el nombre de *Pórtici*.

Dirigime, pues, a los baños del Caballero de Gracia, que ya conocía; entré en el patio: la concurrencia era numerosa y elegante; pero, resuelto a no salir de allí sin satisfacer mi deseo, tomé mi número 72 y me dispuse a aguardar el turno desde el 49, que era el último sumergido. Y considerando por una regla proporcional que esto no podía menos de dilatarse un par de horas, traté de invertir este tiempo lo más útilmente posible. El estómago obtuvo por entonces la preferencia sobre la cabeza; mas por fortuna pude complacerle con una taza de caldo y una copa de Jerez (circunstancia, entre paréntesis, que en vano hubiera deseado en otro de los establecimientos de esta clase en nuestra capital), con lo cual, restablecidas las fuerzas físicas, pudieron las mentales recobrar su equilibrio y ocuparme en hojear algunos periódicos nacionales y extranjeros. Pero era tan vario y animado el espectáculo que el patio me presentaba, que renuncié a la política (en lo cual no tengo que hacerme gran violencia) para entregarme al *impolítico*, papel de observador.

Yo no sé si será o no fundado mi capricho; pero nunca me parece más interesante una mujer hermosa que al salir del baño. Aquel sonrosado de las mejillas; aquel aspecto de

pudor, de pulcritud y de molicie; aquel andar voluptuoso y descansado; aquella satisfacción del semblante, que parece gloriarse en sus perfecciones; aquella ligereza y descuido del vestido; aquella sencillez del peinado, y sobre todo, si un largo velo encubre a medias tantas gracias, y si brillan por entre los dibujos de su bordado dos hermosos ojos españoles, ¿quién no convendrá conmigo en la exactitud de la observación? Muchos, los más de los concurrentes, debían ser de este modo de pensar, pues no bien sentían ruido en cualquiera de los picaportes de los baños, se agrupaban en medio, y si veían aparecer una de aquellas deidades, dejábanla paso con una mezcla de admiración, de respeto y de amor; es verdad que por desgracia no siempre sucedía aquello, y tal solía ser la aparición, que por miedo de verla otra vez cerraban los ojos y tornaban la espalda con más rapidez que si fuesen deslumbrados por imprevisto relámpago.

Como en semejantes sitios se hallan conservadas las tres unidades dramáticas de acción, tiempo y lugar, los circunstantes, identificados por la simpatía de situación, se agrupan naturalmente, forman diálogos interesantes y concurren a la acción principal, sin perjudicarla por los numerosos episodios que de vez en cuando saltan a embellecerla. Esta escena, repetida todos los días, hace nacer una intimidad, una franqueza, en que sólo le aventaja un viaje en diligencia; y personas que según el curso natural de los sucesos tardarían en la sociedad algunos años para hablarse con satisfacción, suelen contraerla en cuatro días frecuentando unos mismos baños. Ya se ve, ¿son en ellos tantas las ocasiones para entablar correspondencia!

La cesión de una silla, el caer de un abanico, el reír de una figura extraria, los diálogos de los mozos, el ruido del agua, el calor, el toldo, el... hasta el folletín del *Diario*, cualquiera de estos asuntos sirven de pie para entrar en relaciones con una linda mano; además, entre el círculo de concurrentes en Madrid a todas partes, es tan regular conocerse todos, o de vista, o de oído, o de... de cualquier modo, que las más de las veces una simple ojeada de inteligencia dice discursos enteros; luego se recuerda una *galop* bailada juntos en Santa Catalina o en Abrantes; se habla de la ópera y del tenor nuevo; se ríe del *Maniquí*²¹; se cuenta con la correspondiente guarnición alguna anecdotilla del día; se pone en berlina a la persona que acaba de salir o se dicen dos palabras al oído acerca de la que acaba de entrar; todos estos nada, oportunamente colocados, sirven de liga a voluntades inflamables, de imán a corazones sensibles, y luego al salir, una mano ofrecida para subir al coche, una sombrilla abierta, una cortesía hecha con gracia ¿Qué más para acabarse de abrasar?

Muy ocupado estaba yo en estas consideraciones mientras me figuraba leer la *Gaceta* - como si fuese cosa de interés- cuando un fuerte bastonazo sobre el papel vino a llamarme la atención. Siguiendo rápidamente con la vista la dirección del bastón, encontré que pendía de una mano pegada a un brazo de cierto amigo mío, de estos amigotes que uno tiene, que no sabe cómo se llaman, pero que acostumbra a pasear y reunirse con ellos en fondas, cafés, teatros, funciones públicas, toros y casas de baños; marqués sin título, militar de paisano, elegante talla, figura expresiva, traje noble, maneras distinguidas.

Este tal me saludó con la dicha franqueza, y sin hablarme más palabra, fue a conferenciar con el mozo; es cierto que no pude entender lo que decían; pero sí reparé en el recién

llegado un aire de distracción e impaciencia, intermediados por algunas miradas dirigidas a cierto baño cerrado que tenía yo a mi izquierda. Revolvíame en conjeturas para adivinar la causa de aquella distinción, cuando abriéndose de repente el baño, acertó a salir de él una elegante figura de dama semejante al bosquejo que arriba queda trazado; hízonos una profunda inclinación, y aún estaba yo correspondiendo a ella, cuando el mozo llamó en alta voz al número 72. -«Aquí está» -contesté precipitado echando mano al bolsillo; pero aún no había acabado de articularlo, y ya el amigo del bigote me tenía agarradas entrambas manos y me conjuraba *por nuestra amistad* que le cediese el número, pues que le iba la *existencia* en entrar en aquel baño. Yo no dejo de ser complaciente; pero esto de irme sin bañar después de dos horas de espera, era algo fuerte; sin embargo, tales fueron las instancias, tales las protestas del camarada, que me vi obligado a hacer con él un convenio, cual fue el dejarle el billete, cediéndome él su coche para trasladarme a otros baños; y sin volver atrás la cabeza, salí renegando de la casa y de la fatalidad de ser amigo de todo el mundo.

-¡Qué necesidad! (iba diciendo entro mí), ¡extraño modo de alimentar una pasión! ¡bañarse en el mismo baño que la persona amada! ¡éste es el *non plus ultra*, el necio ideal del amor!... Pero entre tanto, ¿será posible que esté yo condenado por todo el día al suplicio de Tántalo, viendo el agua sin poder disfrutarla? ¿será posible?...

-¿Adónde, señor?

-A la mejor casa de baños de Madrid; -y cerró la ventanilla y me dejó en paz.

Estaba yo ya cansado de establecimientos mezquinos y de baños de sol, de sudor y de vapores, y necesitaba respirar libremente y predisponer mi piel a la impresión del agua; ignoraba adónde el cochero me llevaría; pero siéndome conocida la elegancia de su amo, supuse que estaría versado en éste como en otros puntos; y con efecto, no me engañé viéndole dar cabo a nuestro viaje delante de una casa de moderno y elegante aspecto, por detrás de la parroquia de Santiago. -Éstos (me dijo al apearme) son los baños de *la Estrella*.

Un poco tarde, es verdad, amanecía para mí; pero me di por satisfecho de los pasados disgustos, cuando abriendo la persiana descendí por uno de los ramales de la doble escalera al salón de descanso. Al observar la bella disposición del edificio, su bien entendido compartimiento, el sencillo y elegante adorno del salón, la frescura del patio, los modales de los encargados del servicio, me felicité de encontrar este progreso en nuestra capital; y deseoso de comunicar con alguien mis sensaciones, me dirigí a un sujeto muy formal que acababa de dejar un periódico; entablamos, pues, un diálogo apoloético de la casa, del cual vino a subseguirse el contarle yo mis cuitas de aquella mañana.

«No lo extraño (me decía el descansado caballero); yo soy un bañador veterano, que heredé esta costumbre de mi padre, que era de Valencia, y así qué conozco por menor todos los establecimientos de Madrid, y podría escribir la historia de su fundación. Figurarían en ella en primera línea los que V. visitó esta mañana, que se abrieron durante

mi juventud, con gran asombro de nuestra población, acostumbrada hasta allí a bajar por sendos nueve días a sumergirse en el frío y seco Manzanares, bajo las casillas de estera que hoy han quedado únicamente como patrimonio de las modistas y artesanos; diríale también algo del famoso *Berete* y de su célebre casa en la plazuela de Lavapiés, y de la concurrencia que supo atraer a su puerta, nunca desocupada en aquel tiempo de calesines y simones peseteros, y hoy reducida al privilegio de refrescar por la módica suma de cinco reales las exterioridades de las abonadas de la calle de la Comadre o del rollizo tabernero del contorno. Todos los baños públicos de Madrid pasarían mi *revista de inspección*; los de la calle de la Flora, limpios, aunque mezquinos; los cesantes de la Victoria, en la Puerta del Sol; los antiguos de Santa Bárbara, que pretenden curar todas las enfermedades y otras muchas más; los vecinos de Oriente, más abajo de éstos, que fueron los primeros que dieron a conocer en Madrid el verdadero gusto y comodidad de estas casas; las suntuosas pilas romanas de la puerta del Conde-Duque, para el servicio sin duda de los vecinos de Hortaleza o Fuencarral; éstos, en fin, en que estamos, que, según mi corto saber y entender, son los mejores, y que han tenido la prerogativa de fijar mi *thermophila* persona».

-Todo está muy bien -replicaba yo-, y sin duda que revela un adelanto en la civilización de nuestro pueblo; pero ¿qué es ello todavía? Una docena de establecimientos entre buenos y malos, y en todos ellos unas ciento cincuenta pilas para servicio de un pueblo de doscientas mil almas. ¿Qué comparación tiene con lo que se ve en otros países? Y sin hablar más, le di a leer la parte primera de este artículo.

A este tiempo llaman a mi número, y al entregar mi billete, ábrese la persiana y baja precipitado la escalera mi amigo, el marqués, el de los baños de allá abajo, el del trueque, el...

-¡Cómo! ¿qué es esto? ¿viene V. a disputarme la vez aquí también?

-No, amigo mío, vengo a abrazar a V., vengo a darle las gracias, porque me ha proporcionado la mayor felicidad... lea V... lea V... y me dio a leer un pedacito de papel, en que había mal escritas con lápiz estas palabras misteriosas:

-«*Esta noche... las nueve... dos golpecitos a la puerta... fidelidad, amor y secreto*».

-¿Y qué tiene que ver con...?

-Detrás del espejo del baño ¿qué quiere V.? ¡el amor! éste es un medio como otro cualquiera.

-Ya no me extraño de que V. tuviera tal interés.

-Sí, amigo mío, todo lo debo a su bondad. Pero vaya V., vaya V. al baño; yo le aguardaré para conducirlo en mi coche, y de paso podré contar a V. toda la historia. Advierta V. que se le recomienda el *secreto*.

-¡Ah! pero entre amigos íntimos...

-Tiene V. razón, señor de... ¿Cómo es su gracia de usted?

Entré en la pieza del baño; encontré en ella sillas para sentarme y colocar mi ropa, una mesa para poner el dinero y el reloj, espejo, cepillos, peines, sacabotas, una pila hermosa de alabastro: ¡yo estaba absorto!... creía no encontrarme en Madrid... Por fin, me metí en el agua y... callé.

(Agosto de 1835)

EL SOMBRERITO Y LA MANTILLA

Los autores extranjeros, que han hablado tanto y tan desatinadamente acerca de nuestras costumbres, al describir el aspecto de nuestros paseos y concurrencias han repetido que la capa oscura en los hombres, y el vestido negro y la mantilla en las mujeres, presta en España a las reuniones públicas un aspecto sombrío y monótono, insoportable a su vista, acostumbrada a mayor variedad y colorido.

Hasta cierto punto, preciso será darles la razón, y acaso ésta es una de las pocas observaciones exactas que acerca de nosotros han hecho. Y decimos hasta cierto punto, porque el más preocupado con esta idea no dejaría de sorprenderse al ver la notable revolución que de pocos años a esta parte ha verificado la moda en el atavío de damas y galanes españoles. El Prado de hoy no es ya ni por asomo el Prado de 1808, ni aun el de 1832; ¡tales y tan variados son los matices que han venido a modificar su fisonomía! Con efecto; no es ya la uniformidad el carácter distintivo de aquel paseo; las leyes de la moda, encerradas antiguamente en ciertos límites, dejan ya más vuelo, más movimiento a la fantasía; en esto como en otras cosas se observa el espíritu innovador del siglo, y ante su influencia terrible, que hace ceder las leyes y los usos más graves apoyados en una respetable antigüedad, ¿cómo podría oponer resistencia la débil moda, variable de suyo y resbaladiza? Es sin duda por esta razón por la que, convencida de su impotencia, ha abdicado su imperio, resignándolo en otra deidad menos rígida: es, a saber, *el capricho*.

Desde que este último ensanchó los límites del imperio de la moda, nada hay estable, nada positivo en ella; huyeron los preceptos dictados a la fantasía; cada cual pudo crearlos a su antojo, y el buen gusto y la economía ganaron notablemente en ello. De aquí nace esa variedad verdaderamente halagüeña en trajes y adornos; el vestido dejó de ser ya un hábito de ordenanza, una obligación social; en el día es más bien una idea animada, una expresión del buen gusto, y hasta del carácter de la persona que le lleva. No es esto pretender erigir en principio la sabia aplicación de los colores a las pasiones; hartos estamos ya de celos azulados y de verdes esperanzas; pero en la combinación de todos ellos, en el dibujo, en el corte del vestido, ¿quién no reconoce aquella expresión del alma, aquella parte animada que podremos llamar *la poesía del traje*? Y siendo éste libre, como

lo es en el día, ¿por qué hemos de dudar que tenga cierta analogía con las inclinaciones de la persona? Así los anchos pliegues, las mangas perdidas, los ajustados ceñidores, serán adoptados con preferencia por las damas altisonantes y heroicas; la sencillez de la inocencia escogerá el color blanco, las gasas y las flores; la coquetería, las plumas; el orgullo, los diamantes, y la frivolidad y tontería... ¿pero qué escogerá la tontería, que luego no se dé a conocer?

Semejante observación no podía tener en lo antiguo exactitud pues, como queda dicho, la voz de la moda avasallaba todas las inclinaciones, hacía callar todas las voluntades. Arrastrados a su terrible carro veíanse correr hombres y mujeres, jóvenes y viejos, grandes y pequeños; la figura raquíca y la colosal se doblegaban bajo las mismas formas; la morena tez se ataviaba con los mismos colores que la blanca; la esbeltez del cuerpo sufría los pliegues que plugo darle a la obesidad; el hermoso cuello gemía bajo el yugo que disimulaba el feo; y la rubia cabellera usaba los mismos lazos que tan bien decían a la del color de ébano...

¿Qué significaba entonces el vestido relativamente a la persona que le llevaba? ¿Qué quería decir una joven fría y sin gracia vestida de andaluza? ¿qué una desenfadada malagueña cubriendo los zapatos con la guarnición de su vestido? Nada, absolutamente nada, sólo que era moda; que la modista y el sastre lo querían; el traje no era más que la expresión: el sastre, la idea.

¡Qué diferencia ahora! El albedrío es libre en la elección; el refinamiento de la industria ofrece tan portentosa variedad en las telas y en las formas, que sería ridículo hasta el pretender reducirlas a precepto. Sin negar las debidas aplicaciones, el color negro no tiene ya, respecto al gusto preferencia alguna sobre los demás; la seda sobre el hilo; el bordado sobre el dibujo. Recórranse, si no, esos surtidos almacenes, obsérvese ese Prado, y díctense después reglas fijas e invariables: telas de todos los colores y dibujos, trajes de todos los tiempos y naciones, han sustituido a la inveterada capa masculina, a la antigua basquiña femenil, y en variedad hemos ganado cuanto perdido en nacionalidad o españolismo.

Una de las innovaciones más graves de estos últimos tiempos es sin duda la sustitución del *sombrerillo* extranjero en vez de la *mantilla*, que en todos tiempos ha dado celebridad a nuestras damas. En varias ocasiones se ha procurado introducir esta costumbre; pero el crédito de nuestras mantillas ha ofrecido siempre una insuperable barrera. -El sombrero era un adorne, puramente de corte: como los uniformes y las grandes cruces, *imprimía carácter*; no hace muchos meses que una señora *de gorro* era equivalente a una señora *de coche*; y si tal vez se atrevía a pasear indiscretamente el uno sin el otro por las calles de Madrid, corría peligro de verse acompañada por la turba muchachil y chilladora. Únicamente saliendo al campo por temporada, la esposa del rico comerciante o la hija del propietario osaban aspirar al adorno de la aristocracia, al sombrero; y eso, para lucirlo en las eras de Carabanchel o en los baños de Sacedón. -Hoy es otra cosa; la mantilla ha cedido el terreno, y el sombrero, progresando de día en día, ha llevado las cosas al extremo que es ya miserable la modista que no logra envanecerse con él.

¿Hemos ganado hemos perdido en el cambio? Hay quien dice que presta gracia al semblante, y quien supone que oculta lo mejor de él; quien sostiene que las bonitas están más bonitas, y quien asegura que las feas están más feas; quien cree que es moda de niñas, y otros que la acomodan a las viejas; los maridos la encuentran cara; las mujeres sostienen que es económica, unos piensan que es moda de invierno; las madrileñas la han adoptado en verano; cuáles están por las flores, cuáles por la paja; éstas, por el terciopelo; aquéllas, por el raso. ¡Terrible extenuativa; profunda y difícilísima cuestión!

Todas estas reflexiones y otras muchas más se habían agolpado a mi imaginación a consecuencia de un suceso que acababa de presenciar; y como el corto espacio no me permite explayarme, limitareme a indicar lo más sustancial de él.

Días pasados tuve que ir a visitar la familia de mi amigo D... (pero el nombre no es del caso, pues que por ahora no ha de salir a la escena). La antigüedad de mis relaciones de amistad con aquella familia, y la franqueza de mi carácter, me hacen ser un consultor nato de la casa, reducida al matrimonio respetable, y a una hija única que frisa en los diez y nueve abriles, y a quien por legítimo derecho vienen a parar los 4000 pesos de renta que posee el papá, lo cual presta a sus lindas facciones nueva perfección y rosicler.

La ocasión era solemne, y como consejero áulico fui llamado para conferenciar *en familia*. Un cierto joven caballero, primo de la niña, y por consiguiente sobrino de su tío, acababa de llegar aquella mañana de vuelta de sus largos viajes, emprendidos después que dejó el colegio de *Blois* y la *Escuela Politécnica* de París. Este primo, pues, regresaba a su patria a los veinte y seis años, habiendo pasado fuera de ella los quince últimos; era elegante e instruido, bella figura, considerable caudal; con que no hay que decir si el partido era ventajoso para una prima que podía ofrecerle cuando menos iguales cualidades. Así lo debió sin duda pensar el papá, y al efecto nada perdonó hasta conseguir traerlo a Madrid y a su misma casa. ¡Amor de padre!

Pocas horas hacía que el extranjerísimo viajero había llegado, cuando yo entré en la casa; aquél se había retirado a descansar, y las damas, madre o hija, se hallaban regañando a la sazón con una modista sobre el corte de ciertos vestidos y sombreros que traía a prueba; apenas hicieron alto en mí; de manera que mientras duraba aquella *polémica*, tuve tiempo de ponerme al corriente de la sostenida por nuestros periódicos; por ahí puede calcularse lo que duraría la tal sesión; pero de toda ella sólo pude venir en conocimiento de la importancia que daban al atavío con que pretendían deslumbrar al elegante viajero.

No entraré en detalles sobre los demás diálogos y escenas que mediaron con éste luego que nos sentamos a la mesa, ni sobre su cortesía y atención con las damas; atención que respecto a *Serafina* (que así se llama la criatura), tenía todo el carácter de la más fina galantería.

-¡Es encantadora! -me decía por lo bajo-; pero lo que más me sorprende es que me parece una de nuestras bellezas parisienses; la misma expresión, los mismos modales, el mismo metal de voz... ¡Y temía yo tanto no encontrar una española que me gustase!

-Sin embargo -le contestaba yo-, no hay que desanimarse, amiguito; acaso no será la última.

Era ya la hora del paseo, y nuestras damas nos hicieron avisar de que estaban dispuestas a salir. Dejáronse, pues, ver en todo el lleno de su atavío, y es preciso confesar que no habían tenido razón para reñir a la modista; el mayor gusto y elegancia habían dirigido su hábil tijera: rasos lisos y floreados, blondas exquisitas, bordados y pedrerías, nada se había economizado en aquel momento; pero sobre todo me llamó la atención el gracioso sombrerillo de la niña, que oponía la elegante sencillez de sus flores y espiguillas al complicado laberinto de plumas y cintas del de la mamá.

El amigo estaba satisfecho; las señoras también; yo igualmente; con que todos lo estábamos. En esta conformidad nos íbamos a dirigir al Prado, cuando acertaron a llamar a la puerta. Ábrese ésta, y aparece *Paquita*, la prima de Serafina, que, con su papá y hermanos, venía a saludar al recién venido (también su pariente), y a convidarle a la función de toros de aquella tarde... ¡Ah!,... se me había olvidado que era lunes y que había función de toros.

Rico y elegante zapatito de raso, encerrando sin dificultad el breve pie; delgadísima media delicadamente calada; redondo y bien cortado vestido, guarnecido por todo su vuelo de brillante y móvil fleco y cordonadura; un ajustado corpiñito abrazando una cintura esbelta y delicada, y adornado de la misma guarnición en los hombros y bocamangas; un pañolito al cuello recogido con sendas sortijas sobre cada hombrillo, y correspondiendo por su color con la rosa de la cabeza; y una mantilla, en fin, de blonda blanca, cruzada con garboso brío sobre el pecho, dejaban contemplar desembarazadamente un cuerpo digno de las orillas del Betis, un semblante de diez y siete a diez y ocho, unas facciones picantemente combinadas, una tez de un moreno suave, y un par de ojos árabes, en fin, que no hubieran figurado mal en el paraíso de Mahoma.

Tal era la nueva interlocutora que se presentaba en aquel momento en nuestro cuadro; y si era temible y digna de figurar en primer término, dígalo el enmudecimiento general que ocasionó, y más que todo, el asombro y distracción que se leían en el semblante del recién venido.

Cambió la escena: la cortés galantería de aquél se trocó en indecisión y aturdimiento; la satisfacción de Serafina y su madre, en temor y aire receloso, y solamente yo ganaba en el cambio, porque amagado, como lo estaba, de haber de dar conversación toda la tarde a la mamá, sospeché desde luego que tendría que hacer los mismos oficios con la hija. -Y por cierto no me equivoqué; ni durante el camino, ni mientras la función, ni al tiempo del regreso fue posible tornar en sí al preocupado caballero, ni hacerle recuperar, respecto de las damas de casa, el lugar que ocupaba por la mañana; de suerte que era preciso, ser un poco conocedor para no anticipar el resultado de aquel negocio.

Mi curiosidad natural me llevó a la mañanita siguiente a explorar la disposición de los ánimos; y aunque no dejé de observar alguna nubecilla, resto de la pasada escena,

encontré algún tanto restablecida la armonía, y al caballero en disposición de acompañar a las damas a su paseo matutino por las calles de la capital. No lo extrañé a la verdad, porque el aspecto de Serafina en tal momento era capaz de fijar a más de un inconstante. Su ligero y blanquísimo vestido de muselina, sin más adorno que la sencilla esclavinita sobre los hombros; un gracioso nudo a la garganta, y un sombrerillo de paja de Italia en la cabeza, la hacían parecer tal a mi vista, que si fuera Chateaubriand no dudaría en compararla a *la virgen de los primeros amores*.

Mas... ¡oh *fuerza del sino*, o más bien sea dicho, de las femeniles combinaciones! La segunda prima, que sin duda se creía más adecuada para el carácter de prima que para el de segunda, vuelve a aparecer de repente.

Su traje era un sencillo hábito negro, más fino por cierto que el que podrían usar las vírgenes del Carmelo, pero con el escudo distintivo en una de las mangas; un ajustado ceñidor de charol desprendiéndose hasta el pie; una mantilla de rico tafetán, cuya elegante guarnición servía de dosel a la cintura; el pelo recogido tras de la oreja; y una cara... la propia cara, en fin, expresiva y revolucionaria de la tarde anterior.

Queda dicho: las mismas causas producen siempre los mismos efectos: el caballero volvió a aturdirse; las damas a anublarse, yo a cuidar de la amable Serafina, y cuando a la vuelta del paseo pude tener mi explicación con el galán, llegué a conocer que el mal no tenía remedio; que la más profunda e irresistible impresión era a favor de Paquita; y argumentándole como buen amigo, en favor de las gracias de su prima, concluyó con decirme que las reconocía, que hubiera podido resistir a los encantos naturales de su rival, pero que le era imposible, absolutamente imposible triunfar *de su mantilla*.

(Setiembre de 1835)

A PRIMA NOCHE

Fama es general, y aun pudiera decirse fundada, la que atribuye a los españoles la generosidad como una de las bases distintivas de su carácter. Generosos somos en efecto, en el sentido más lato de esta palabra; generosos y aun pródigos en los gastos necesarios y superfluos: dígalos nuestra deuda nacional, nuestras oficinas, nuestros palacios, iglesias y monumentos. Pródigos también somos en las hipérbolas y demás figuras retóricas, y de ello podrían dar testimonio los entusiastas historiadores, los encomiásticos poetas, y tantas alocuciones, exposiciones y manifestaciones como vemos diariamente, y que pudieran, recogidas con cuidado, servir de formulario general y completo de proclamas para todos los países del globo.

Pero en medio de nuestra prodigalidad, de nada somos tan pródigos como del tiempo, y nada en efecto sabemos desperdiciar con más garbo y bizarría.

Las naciones industriosas han considerado el tiempo como el más precioso de los capitales. Nosotros, generalmente hablando, le consumimos como réditos de nuestra existencia. La frase española de *hacer tiempo*, equivale a perderle, en cualquiera lengua, y un ligero paseo por nuestra capital (adonde la cortedad de nuestra vista nos limita) probaría mucho más que todos los discursos aquí estampados.

¿Qué hace, v. gr., esa turba parásita de plantones fijos en la Puerta del Sol, interrumpiendo el paso de los transeúntes, aprendiendo de memoria los carteles, mirando al reloj u oyendo cantar a un ciego? -Está *haciendo tiempo* para pasar a otro lado a ocuparse en trabajos semejantes.

¿Qué espera aquel almibarado petimetre, dije habitual de una elegante tienda de la calle de la Montera, parte integrante de su aparador, emblema de su muestra, y fiel contralor de sus operaciones mercantiles? ¿Muévele algún interés en éstas, o el deseo de hacer observaciones económicas o morales? Nada menos que eso: está *haciendo tiempo* para que un marido vaya a la oficina, y correr a consolar a la esposa, que le espera *haciendo tiempo* al balcón o ensayando al espejo la nueva combinación del prendido.

El esposo, entre tanto, sentado en su silla burocrática, ejercitando su pulso en bravos rasgos y jeroglíficos, recortando en picos el pelo de las plumas, paseando la badila alrededor del brasero para darle la forma piramidal, formando cigarrillos, que ofrece a sus compañeros, y disertando a la ventana, mientras los fuma, sobre la orden de la plaza o sobre la corrida de toros, *hace tiempo* de que venga el jefe a echar reprimendas al portero, atar y desatar legajos, tirar de la campanilla, y *hacer tiempo* de que den las dos para tomar el sombrero.

¿Qué espera aquel magistrado hundido en su sillón carmesí, la cabeza sobre el respaldo y los ojos elevados al cielo? ¿Medita sobre la defensa en que el abogado con frases anfibológicas ha hecho una hora de tiempo para martirizar un pensamiento? -Pues no señor, *está haciendo tiempo* de que el portero, que jugaba a los naipes con los lacayos de S. S., abra con estrépito la mampara diciendo: «Señor, la hora».

¿Qué busca el obrero paseando sus miradas desde el caballete de un tejado, con la piqueta alzada y la otra mano extendida en ademán de comunicar sus órdenes a la cuadrilla? ¿Inventa acaso un corte más ventajoso, una operación más fácil, que le economice tiempo y trabajo? Nada menos que eso: su vista penetrante, salvando tejados y chimeneas, se fija en la torre de la Trinidad, tarareando alegremente el antiguo romance:

«Medio día era por filo;
Las doce daba el reloj,
Comiendo está con sus grandes
El rey Alfonso en León».

Siente la primera campanada, arroja simultáneamente la piqueta, y desciende por el andamio como aliviado del peso del trabajo, corriendo a reunirse con su cara consorte,

que sentada al sol a la puerta de su casa, calle de la Paloma, *hace tiempo* de que se salga el puchero, o que caiga en la lumbre el chicuelo revoltoso o el gato dormilón.

En ningunos momentos es más perceptible este vacío universal, este *dolce far niente* (que dijo el Toscano), como en los que constituyen las primeras horas de la noche: no basta a nuestra apática indiferencia el interrumpir indiscretamente el trabajo del día con la solemne operación de la comida a las tres; no es suficiente a nuestro reposo la segunda noche, improvisada en la siesta; ni el paseo de ordenanza hasta que la luz del día llega a extinguirse: es preciso perder aún otro par de horas en un café, o sentados en derredor de una mesa de billar, o corriendo las calles sin dirección, o a la puerta de una tienda de confianza.

Si al cabo estas horas importantísimas, ya que no las ocupáramos en asistir a las academias y liceos, ya que prescindiéramos de todo trabajo mercantil o artístico, fueran empleadas en intimar nuestra sociedad, no aquella sociedad pública y ficticia, disputadora y pedantesca que se encuentra alrededor de un bol de ponche o con el taco en la mano, sino aquella grata franqueza que sólo se halla en el interior de las familias que nos son conocidas; aquella sociedad en que podemos aparecer tal cual somos sin riesgo de comprometernos ni de ofender a los demás; aquella compañía, en fin, amable y sin pretensiones que forma la verdadera amistad, el amor, y los lazos más dulces y duraderos, aun pudiera darse por bien empleado tal solaz.

Burlámonos de nuestros antepasados, porque tocando ligeramente en las botillerías y cafés para sólo el acto de refrescar, se retiraban a sus casas después de anochecer para recibir en ellas a sus amigos verdaderos y pasar algunas horas en sabrosas pláticas o en juegos permitidos. -Es la verdad que en la antigua botillería de *Canosa* o en la de San Antonio de los Portugueses no encontraban mesas de mármol, ni columnas, ni relieves, ni arañas de cristal, ni espejos, ni aparadores como en nuestros cafés del día; es la verdad que una estrecha mesa y un banco más estrecho aún, un candilón de cuatro pábilos, un vaso de campana y un cestillo de bizcochos eran todo el aliciente que ofrecían aquellas lóbregas salas; pero a la vuelta de esto, las bebidas eran excelentes, la concurrencia era general, y los escasos momentos de permanencia en ellas hacían llevaderas aquellas faltas. No hallaban allí, es cierto, periódicos que leer, políticos con quien disputar, literatos a quien engreír, militares que temer, ni crónica escandalosa que comentar; pero en cambio no ensordecían con el ruido infernal de las disputas; no adquirían los modales de mal tono; no se acostumbraban a repetir frases indecorosas; no se impregnaban en el pestífero olor del tabaco, y sobre todo, no perdían lastimosamente el tiempo...

-Buenas noches, señor *Curioso Parlante*.

-Buenas noches, don Pascual.

-¿Qué hace V.?

-Escribir.

-¿A quién?

-Al público.

-Excelente corresponsal, aunque algo sordo; ¿y se puede saber sobre qué?

-Véalo V.

Y le alargué el papel mientras *hacía tiempo* de que le leyese saboreando un purísimo habano. ¡Ah!... también me sirvió este tiempo para informar a mis lectores de que este interlocutor es aquel mismísimo don *Pascual Bailón Corredera*, de que ya tienen conocimiento, si han leído mis anteriores artículos de los *Cómicos en Cuaresma* y la *Capa vieja*.

-Todo esto está muy bueno -me replicó don Pascual alargándome el papel después de haberlo leído-; pero ¿quién le mete a V. a censor moralista? ¿pues hay cosa mejor que estas costumbres de *prima noche*? Míreme usted aquí: son las nueve, ¿no es verdad? pues si yo le contara a V. lo que me ha pasado mientras estaba *haciendo tiempo* para venir a quitarle a V. el suyo, había de reformar su opinión.

Por de pronto, luego que empezó a anochecer y que los árboles del Prado atraían a su atmósfera una humedad pernicioso, reflexioné que en ninguna cosa podría emplear los momentos como en refrescar mis fauces, resecaadas con el polvo y la agitación del paseo. El inmediato salón de Solís me ofrecía su socorro; pero era tal la concurrencia de los que calcularon como yo, que no me fue posible proporcionar una silla, y a la verdad no lo sentí, pues esto me ofreció la ocasión de ir a saborear cerca del famoso repostero *Amato* un exquisito *sentillé* a la rosa. ¡Figúrese usted lo dulce que es un *sentillé* a la rosa, tomado en una linda sala, viendo sucederse alternativamente la elegante concurrencia de damas y caballeros, que descendiendo de brillantes carretelas, llegan a rendir el tributo de su admiración a aquel amable Anfitrión! Por desgracia esta operación no puede prolongarse más que un cuarto de hora. *¡Sic transit gloria mundi!* y al cabo de él, ¿qué remedio? Abandonar aquel elegante recinto y buscar en otro sitio nuevas sensaciones.

¡La política! ¡qué campo tan inmenso para el observador! Por fortuna el café *Nuevo* sale al paso. ¡Estrépito! ¡confusión!... ¡qué noticias supe allí!... ¡qué discursotes escuché! ¡qué planes para concluir la guerra! ¡cómo diserté y argüí, y... parecía un Bernardotte!; pero me dolía la cabeza, y no tuve otro remedio que ganar las escalas de Levante; quiero decir, que subí la escalera del café de aquel nombre. -Transición; contraste romántico: -1835 y 1805.

Para descargar la cabeza no hay como sentarse a jugar una partida de ajedrez con un escribano; pero la bóveda de mirones que se formaba sobre nuestras figuras, encerrándonos herméticamente, no nos dejaba respirar. El humo del cigarro, el del café (que por cierto es excelente), el monótono ruido de los peones y damas, de las bolas y tacos, de los dados y fichas quédese para otro día la partida. Pasemos a la sala del billar: ¡aquella sí que es tranquilidad! Círculo inamovible alrededor de la mesa; senado nudo, expresivas fisonomías, escena original, iluminada por lo alto, digna del pincel de Teniers. ¿Y todo, para qué? para observar los movimientos de tres bolas redondas, impelidas por discursos más redondos aún. *Oh raras hominum mentes!*

Los próximos salones de Lorencini y la Fontana me ofrecían un espectáculo demasiado *clásico*, compuesto de antiguos abonados, que disertaban sobre el cólera del año pasado o la contribución de paja y utensilios del actual; pero ¡una formalidad!... Denme la broma y el ruido y... vamos, no hay otro café del *Príncipe* en el mundo; allí sí que hay que ver,

que escuchar ¿Quiere V. política? todos los correos se apean en este *Lloyd* madrileño. ¿Estima V. el derecho público? escuche V. a un centenar de abogados. ¿Diplomacia? antigua y moderna, a escoger. ¿Moral? ¡allí sí que se saben aventuras! ¿Poesía? el *Parnasillo* moderno está allí. ¿Periodistas? las Gradadas de San Felipe hablando. ¿Romanticismo? ¡es una Venecia! ¿Goces materiales, bebidas? medio sorbete, sorbete poético por dos reales. ¿Tono rigorista? al café de enfrente o al billar del Morenillo.

Todo cansa, sin embargo, y yo lo estaba a más no poder de aquella bataola; pero el reloj *no marchaba*, y todavía no eran más que las ocho, según me anunciaba estrepitosamente el ruido de la retreta, partida en distintas direcciones dé la Puerta del Sol, con gran séquito de desgñadas Andrómacas, que marchaban al compás de las cajas de guerra.

Huyendo, como es natural, de toda aquella bulla, que por la calle de Alcalá se dirigía al cuartel, me detuve involuntariamente en la calle de Peligros; y allí donde en historiado retablo se ostento, a la pública veneración el abogado de las cosas perdidas, hice alto un momento para reflexionar sobre mi dirección. -¡Ay, señor Curioso, y cómo quisiera yo tener aquí su pincel para bosquejarle las sombrías escenas que presencié! Créame V.; pocas figuras de contradanza o de mazourka salen tan bien ensayadas como las que formaban a mi vista las compaseadas manolas con su figura ondulante y campanil, y los listos aficionados al ojeo, apareciendo y desapareciendo alternativamente por las bocacalles de Hita y de Gitanos, de Peligros y San Jerónimo, del Príncipe y de la Cruz; mas como «la oscuridad de la noche y la escabrosidad del terreno permitían ocultarme sus movimientos», y como, por otro lado, recuerdo que ya V. nos ha descrito estas evoluciones en su romance *El Paseo de Juana*, nada más añadiré, ni me empeñaré en seguir paso a paso las sensibles parejas que tomaban puerto franco en una tienda de vinos, hartos escasa en verdad de picaportes y cerrojos, gracias a la previsora susceptibilidad del dueño; ni tampoco a las filarmónicas ambulantes, que paradas delante de un ciego cantante tendían su tela como las arañas en una esquina, no sin gran concurso de moscones embozados; ni, en fin, a las que al entrar con la terciada mantilla en la bulliciosa tertulia tabernaria, reanimaban aquella báquica reunión. Esta escena por sí sola, que contemplé parado delante de una de la calle de Toledo, merece un artículo aparte y prometo contárselo a V.

-Recojo la palabra.

-¿Y después de lo dicho llamará V. perderle esta manera de *hacer tiempo*? No; sino vénganos ahora a encarecer los círculos y sociedades, las academias y liceos extranjeros. ¿Quería V., por ejemplo, que los literatos y aficionados tuviesen aquí tertulias privadas donde reunirse a tales horas para charlar sobre sus obras? ¿Propondría que el pueblo encontrase espectáculos baratos a que acudir para ver las habilidades de un físico o las patochadas de un arlequín? ¿Desearía que las bibliotecas estuviesen abiertas a semejante hora y que fuera lícito a entrambos sexos el concurrir a ellas? ¿Encomiaría, en fin, las tertulias de confianza, con sus juegos de prendas y sus amores platónicos? ¡Fuego en las tales! Mas ¿dónde existen ya? Acérquese V., si no, a casa de su amigo *don Melquiades Revesino*. -La puerta cerrada... si serán dos golpes... si serán tres... vayan dos. -¿Quién es?

(pregunta una destemplada voz desde el piso tercero). -Un hombre. -¿A qué cuarto va V.?
-Al segundo. -Y cierra el balcón y se queda V. en la calle.

-Demos que le abre de caridad; demos que luego se sube a su cuarto; demos que tira V. la campanilla del segundo, y que no están las señoras, y que sólo le responde el falderillo que ladra, y que en fin no hay nadie en casa... ¡Por cierto que es rato divertido el encontrarse en una escalera a oscuras y con el portal cerrado!

Pero anímese V. a descolgarse *por vía de recurso de apelación o como más haya lugar* a casa del abogado don Pánfilo. Mire V. a toda la familia asustada con su visita extemporánea, y preguntarle: -«¿Qué es esto, don Fulano? ¿V. por aquí? ¿qué novedad es ésta? ¿hay algo de nuevo? ¿ha sucedido alguna cosa? -Nada, señores, el deseo de ver a VV... -Vaya, no es posible; muchacha, Margarita, tira esa labor, acércate: y tú, Toribio, avisa al amo, que está en el despacho. -No le incomode V. -Quita tú ese velón y trae unas velas. -Señores, de cualquier modo». -En fin, que observa V. (y es fácil de conocerlo) que ha venido a incomodar, y por cubrir el expediente, como si dijéramos, por *hacer tiempo*, tiene que improvisar una semi-declaración a la niña.

-Pero qué, ¿está V. ahí escribiendo jeroglíficos mientras yo hablo? ¿Está V. *haciendo tiempo* también?

-Nada de eso; estoy haciendo mi artículo, o por mejor decir, V. le está haciendo por mí, pues que sólo escribo en taquigrafía lo que V. va hablando.

-¿De veras? ¿Y qué ha salido de ello?

-Ha salido lo que yo deseaba: un rasguño de Madrid *a prima noche*, que habrá de suplir por otro mejor.

-¿Cómo?

-Sí, amigo: yo había bosquejado el paisaje; V. le ha dado la animación.

(Octubre de 1835)